MAHOMA

WASHINGTON IRVING



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

MAHOMA

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

MAHOMA

WASHINGTON IRVING

Prólogo

PEDRO MARTINEZ MONTAVEZ

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *Life of Mahomet,*
publicada en Londres en 1850.

Traducción del inglés a cargo de Jesús Fernández Zulaica.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8212-0
Depósito legal: NA-1258-1985.
Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca 41-49. 08029 Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.
Printed in Spain

Indice

Nota editorial

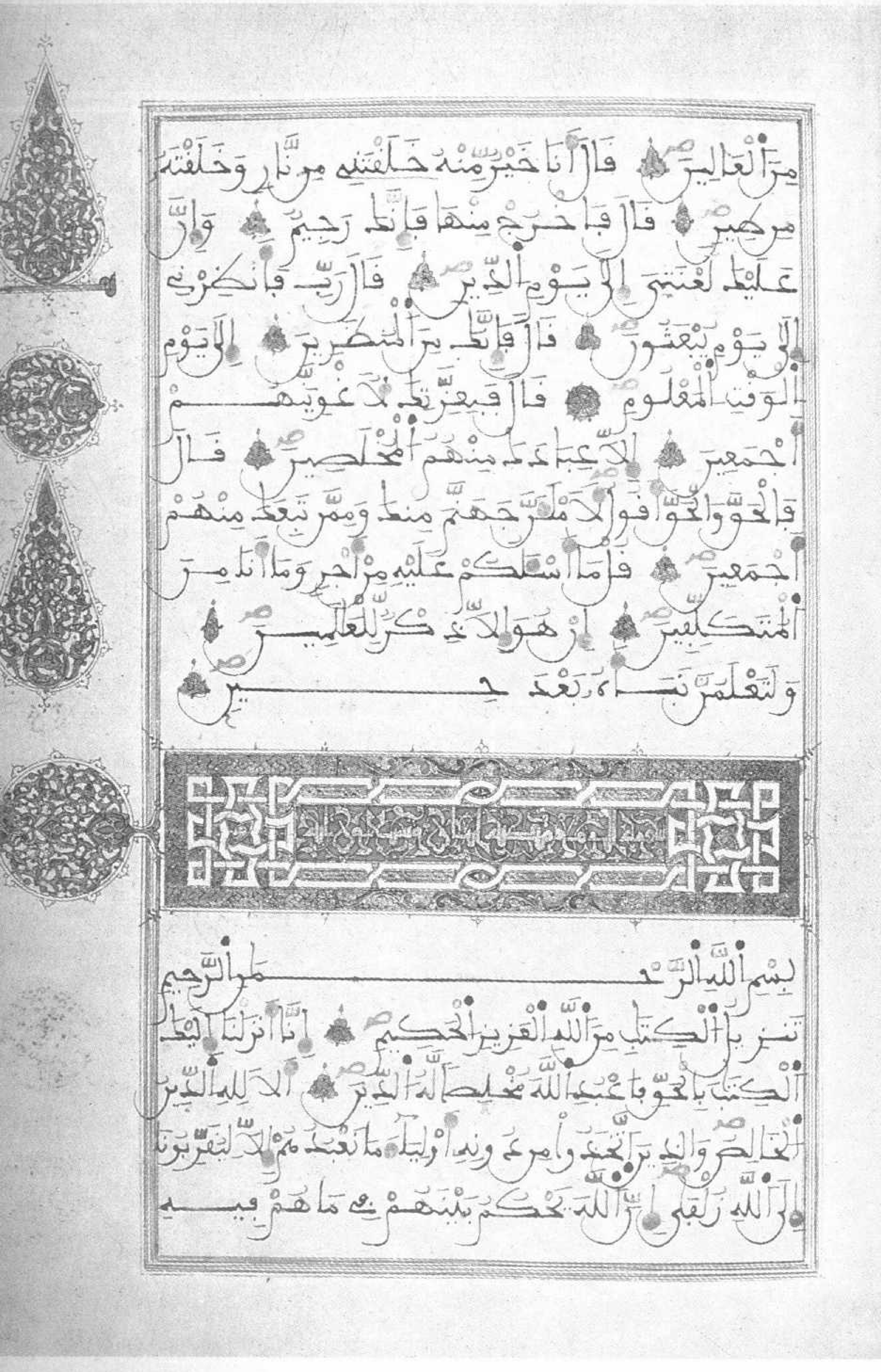
Los nombres propios árabes y antiguo-orientales, así como otros de significado muy específico, aparecen en esta edición en forma no totalmente coincidente con la que el autor emplea en el texto original en inglés. Estas leves modificaciones introducidas nos parecen justificadas por el doble criterio adoptado, tanto de que se tratara de trasliteraciones más próximas a la fonética hispánica, como más correctas también desde el punto de vista científico, desprovisto sin embargo en este caso de pretensiones de erudición.



Mahoma (569-632)

Perteneciente a la tribu árabe de los coraixíes, Mahoma nació en La Meca, en el seno de la familia Hasin. Huérfano a los seis años, fue recogido por su abuelo paterno y más tarde por su tío Abu Talib, que se convertiría en su mayor protector. Hacia los veinte años entró al servicio de Jadicha, acomodada viuda que no tardó en convertirse en su esposa. Una visión en el monte Hira provocó en Mahoma una crisis religiosa y una clara conciencia de ser enviado de Alá. A partir de entonces, caía en trances y creía leer en el *umm al-kitab* (madre del libro), una revelación ya otorgada a los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento. Los primeros años de predicación en La Meca fueron duros, enfrentado a los poderosos politeístas y sostenido más por la solidaridad del clan que por sus escasos y pobres adeptos. Tras la muerte de Jadicha y Abu Talib, Mahoma perdió uno de sus grandes apoyos y se vio obligado a huir de La Meca, refugiándose en Medina el año 622 (año de la Hégira). Afirmada su autoridad política en esta ciudad, inició una serie de acciones bélicas, propagandísticas del Islam y de bloqueo económico que culminaron con la sumisión de La Meca el año 630. Un año después, la peregrinación a esta ciudad santa y a la Kaaba quedaron reservados para los musulmanes; los peregrinos politeístas tenían cuatro meses de tiempo a partir del decreto para convertirse o salvar su vida huyendo. El 8 de junio de 632 murió el Profeta después de presidir la «peregrinación de despedida» a La Meca, cuyo ritual sigue vigente para sus fieles. Su robusta personalidad, su talento receptivo y práctico y la elevación económica y espiritual que aportó a su pueblo son las características más sobresalientes de Mahoma, el profeta de Alá.

◄ *Escena de la vida de Mahoma representada en una miniatura que se conserva en el Palacio Topkapi, Estambul.*



Prólogo

La biografía de un literato

por Pedro Martínez Montávez

Sin duda alguna, muy diversas acusaciones y críticas cabría dirigir a Washington Irving por esta biografía, que redacta al final de su azarosa y andariega vida, de Muhammad, Profeta del Islam,[1] pero hay que reconocer desde un principio que declara paladinamente su propósito al escribirla y que manifiesta con franqueza sus intenciones. Evidentemente, no se trata de la obra de un islamólogo profesional, ni de un historiador nato, ni tampoco de un especialista de la biografía, aunque quizá fuera este género en definitiva, como apunta Lewis Leary, para el que Irving estuviera más dotado.[2] A todo ello tendremos ocasión de referirnos, puntualmente, a lo largo de las páginas que siguen, pero, de momento, basta con recordar ese rasgo, e insistir en él, que el propio autor confiesa en el prefacio de su obra. Es decir, se trata simplemente de enhebrar un relato sencillo y fluido, «familiar», ampliamente basado en los elementos legendarios y sorprendentes —por ello, sumamente atractivos para el lector común—, alejado de pretensiones eruditas y de pruritos investigadores. Congruentemente, la verdad histórica no resulta el objetivo principal del autor, plegado más bien voluntariamente a la amenidad de la narración y a la imagen peraltada —tanto para mal como para bien, en la intensificación tanto de sus luces como de sus sombras— del protagonista supremo, del «héroe». En todo ello se transparenta una gustosa aceptación, sin ir más lejos, de la concepción «carlyleana» del hecho histórico, y bien que lo aprecia el lector. Su formación sociocultural y su propia idiosincrasia favorecerían tal perspectiva y tratamiento, pues Irving, según García Gómez, «como llegado de un nuevo mundo, ve los objetos y los hombres con mayor ingenuidad y con un incomparable entusiasmo poético».[3] Naturalmente, la ingenuidad y el entusiasmo poético, aunque espontáneos y naturales en el autor, resultaban mucho más fácilmente aplicables a la Alhambra y a sus gentes —hecho al que cuadra expresamente esta última referencia— que a la superpolémica y arriscada personalidad, para un cristiano, del Mensajero de Alá y portavoz de otra religión revelada. Todo ello se refleja también adecuadamente en el libro de Irving, y encontrará asimismo nuestras cumplidas y pertinentes observaciones.

Recientemente, uno de los más prestigiosos y sabios islamólogos musulmanes de nuestro tiempo, dentro de la que podemos considerar

◀ *El Corán, libro sagrado de los musulmanes, fue, según la tradición, revelado a Mahoma por Dios. Corán marroquí. Monasterio de El Escorial, Madrid.*

línea más ortodoxa de interpretación de la figura y la obra del Profeta en el contexto de la tradición islámica, Muhammad Hamidullah, ha escrito lo siguiente, breve, pero sumamente objetivo, clarificador y de enorme importancia: «En efecto, la biografía del Profeta es un océano inmenso: hay volúmenes y volúmenes sobre el tema que no reflejan la totalidad de las información que poseemos.»[4] Se trata de una afirmación absolutamente comprobable, de validez científica totalmente irreprochable, y en cuya formulación no interviene para nada el menor asomo de posible pietismo en el investigador musulmán. Naturalmente, la materia bibliográfica se ha incrementado de manera auténticamente asombrosa, y que llega sin duda a apabullar y asustar con el tiempo; y la cantidad de contribuciones al conocimiento mayor y la valoración más adecuada de la figura y la obra de Mahoma de que disponemos ahora es muy superior a la que existía en época de Irving, y bastante más plural, científica y diversificada. Ello es así, desde luego, pero también cabe fácilmente comprobar que ya en su tiempo se sabía bastante más del egregio personaje aquí biografiado que aquello de lo que Irving se hace eco, selecciona y aprovecha. No deja de ser otra muestra conspicua de esa su probada «ingenuidad», de esa su evidente ligereza científica, no tan sólo imputable, a nuestro parecer, a razones de época y de formación —«es el primero, aunque no el mejor, historiador romántico de su patria», le definirá también Leary[5]—, el afirmar desde un principio, como hace Irving, que poco nuevo podía añadirse a lo que se conocía ya sobre Mahoma. Desde luego, se sabía bastante más de lo que él, llevado sin duda por un concepto propio y personal de «biografía romanceada», recoge y contrasta. En realidad, a mediados del siglo XIX, y a pesar de todas sus evidentes limitaciones y casi insuperables alifafes parciales, el «orientalismo» científico se había embarcado ya en una encomiable y afanosa tarea de revisión de muchos de sus postulados, métodos y criterios de interpretación —también de la figura de Muhammad, por supuesto— y de aportación de una cuantiosa documentación mucho más correcta y digna de crédito. No se trataba tan sólo, por ejemplo, de la obra de Weil, que Irving tanto aprovecha y alaba, sino que otros muchos nombres preclaros y significativos del orientalismo de la época habría que añadir a la hipotética nómina. Y no olvidemos asimismo, al respecto, que pocos años después de la publicación del libro de Irving, en el mismo medio cultural anglosajón, aparecía la monumental obra de Muir.[6]

Tampoco, en mi opinión, habría que darle muchas más vueltas al asunto: Irving es, ante todo, un literato, un estilista, con muchas páginas ya a sus espaldas —cuando aborda la redacción de esta Vida de Mahoma— de literatura que podemos calificar sin desdoro y con justeza de costumbrista, marcadamente impresionista y de indudable talante descriptivo, irónica en buena medida, jugosa, rezongante, un tanto melancólica quizá, brillante casi siempre, recreativa; literatura carente de sentido trascendental, que Irving, como afirma acertadamente Ynduráin, «ni buscó ni tuvo».[7] Difícilmente, por consiguiente, podía salir de su pluma un texto distinto al curioso, ambivalente, en lo estrictamente

narrativo sazonado y bien ensartado, ideológicamente en moderado claroscuro, que salió. No podía ser, por supuesto, la obra de un profesional del orientalismo. Irving fue, eso sí, un limpio, pertinente y honesto aficionado al mismo, sin duda poderosamente atraído, y hasta fascinado, por algunas facetas, episodios y personajes de la super-extensa y riquísima historia árabe, historia del Islam —especialmente, como es bien sabido, lo «hispano-árabe»[8]—, pero no pasó de ahí ni tenía por qué hacerlo. Y tampoco fue, como se ha puesto repetidamente de manifiesto, un modelo de historiador. Esto se advierte con claridad no sólo en su tratamiento de Mahoma, sino en el que efectúa asimismo de otros altos personajes históricos, pero a pesar de todo menos polémicos e hiriente, poderosa, casi insuperablemente ideologizados: basta con recordar, en este sentido, la obra que dedicara a «la vida y obras de Cristóbal Colón» y el ponderado juicio que merece a un especialista tan acreditado como Morales Padrón.[9]

La «biografía romanceada» de un hombre «que da fecha a la Historia»

La entidad y concreción históricas del Profeta del Islam, en términos y datos estrictamente puntuales y objetivos, ampliamente verificables, están fuera de toda duda y resultan, en contraste con los que se conocen de otros personajes análogos, francamente superiores y más tranquilizadoras. Muhammad, como concluye Rizzitano, «al contrario que los otros grandes fundadores de religión, no es un personaje histórico evanescente».[10] Gran parte de la más sólida historiografía musulmana —y ya no cristiana, u occidental— casi en exclusividad dedicada a su figura (y a la que en algunos aspectos podría quizá tildarse de demasiado pietista o apologética) insiste una y otra vez en esta dimensión estrictamente histórica de su singular personalidad. Ya desde un principio, y como firme e inseparable soporte de su altísima y ejemplar, paradigmática, condición humana, supremamente humana. En todas sus dimensiones, desde lo trascendental a lo anecdótico, y por encima de cualquier punto parcial de discusión o controversia, la esencial «historicidad» de Muhammad es un hecho irrebatible.

Grandeza y significado históricos impresionantes, plenamente propios y naturales, que no tienen nada que ver con forzadas o convencionales valoraciones, y que resultan también muy difícilmente parangonables. Esta singular y personalísima categoría histórica ha sido excelentemente reiterada, no hace mucho, por el ensayista libanés Salah Stétié con los juicios siguientes: «La historia toma de estos hombres una u otra de sus fuentes. En función de ellos hay un río arriba y un río abajo, un antes y un después. Mahoma, Profeta del Islam, es uno de estos raros entre los más raros, uno de esos que dan fecha a la historia. Un día Mahoma decidió abandonar la Meca por Medina, emigrar: ese día fue el comienzo de la hijra, la Hégira, migración espiritual y mutación humana y social, cuyos efectos jamás dejarán de producir-

se y de aumentar hasta nuestros días.»[11] Se trata, pues, de un hecho, de una realidad absolutamente singular, como decíamos, al tiempo concreta y trascendente, personal y colectiva, local y universal, cronologizada y atemporal, que asume y trasciende la también singular y preeminente categoría histórica, de auténtica «clave» en el proceso de la existencia de la humanidad, que a la figura y la obra de Muhammad han otorgado, al margen de polémicas parciales totalmente justificadas desde el terreno de la reflexión y la teoría, distintos historiadores, como, caso seguramente más representativo y discutido, Henri Pirenne.[12] En una línea paralela de pensamiento no tiene nada de extraño, en definitiva, que un destacado economista y sociólogo libanés actual se haya decidido a escribir que «en la historia de los catorce últimos siglos, la de Arabia esté marcada por dos grandes hechos: la aparición del último profeta monoteísta, Muhammad, en la Meca, a finales del siglo VI; el descubrimiento de los más gigantescos recursos energéticos petroleros en el XX».[13] Quizá pueda haber, en tan rotunda e impresionante afirmación, algún desliz o tinte de «deformación profesional» o la inevitable presión de la inmediatez emocional de los hechos contemporáneos a los que el autor se refiere, y tal vez a más de un espíritu tibio pueda parecer sensacionalista e irreverente, pero, salvando adecuadamente las diferencias existentes entre las particulares naturalezas de los dos hechos a los que se hace referencia, no existe tanto de desproporcionado y de erróneo.

Resulta sumamente difícil y arriesgado escribir lo que sencillamente llamaríamos una buena vida de Mahoma. A algunos de esos riesgos y dificultades inherentes, y puede que en gran parte inevitables, hemos ido aludiendo a lo largo de estas páginas, tratando de concretarlos y centrarlos, además, en el caso específico de Washington Irving. Intentemos ahora por consiguiente, y conforme a nuestras apreciaciones personales, caracterizar los modos y las maneras que el autor sigue en el empeño, las opciones particulares que prefiere, en algunos de los planos principales de realización de su obra.

Abordemos en primer lugar aquello que corresponde al entramado doctrinal e ideológico, consustancial a una obra como ésta; entramado habitualmente expuesto en casos como el que aquí nos ocupa, o análogos, a través de planteamientos preferentemente comparativos —resulte o no pertinente, en cada caso concreto, hacerlo así— y que asumen además opciones y convicciones personales tomadas de antemano, y que suelen resultar prácticamente insuperables. No se trata sólo de mundos de creencias y de valores espirituales propios y diferenciados, sino de mundos, también, de emotividades y comportamientos no menos genuinos y asumidos, entrañables, que se distinguen habitualmente por su hipersensibilidad. En este orden de cosas, sobre Irving pesa lo suyo —y reconozcamos que resultaría sumamente difícil que fuera de otra manera— el lastre de toda una agobiante y secular tradición historiográfica, literaria y popular cristiano-occidental que, al tratar de la figura del Profeta del Islam, no le era sólo resueltamente hostil, sino radicalmente intolerante e injusta, maniquea e injuriosa, aparte de es-

casamente documentada con frecuencia. Es un tema suficientemente conocido y sobre el cual no merece la pena extenderse ni acumular más artillería retórica: existe toda una cantidad auténticamente mastrodóntica de textos para comprobarlo así, y en último término volvería a resultar, como tantísimas veces, inútil y hasta contraproducente. Imágenes tan manufacturadas y arraigadas, aunque también tan distorsionadas y falsas, resulta de hecho imposible que puedan ser extirpadas y aun hasta combatidas con éxito. De manera rotunda y ponderada (cualidades que no tienen por qué excluirse entre sí) el gran islamólogo Miguel Cruz Hernández ha escrito al respecto: «Posiblemente ningún hombre religioso haya encontrado a lo largo de la historia tantos detractores, ni haya sido tan injustamente vilipendiado como Mahoma. Ahora bien, tampoco ha existido una acusación tan fundadamente política y tan escasamente religiosa como la que se hizo al Islam. Y no se trata tan sólo de que durante siglos el Islam fuese el gran enemigo político de la Cristiandad, sino que desde sus orígenes entró en radical e inevitable conflicto con las formas políticas en las cuales había sido subsumido el primitivo "movimiento" cristiano.»[14]

Irving, por consiguiente, no puede sustraerse a esa realidad, y posiblemente tampoco se propuso con decisión el hacerlo. Tratemos de ser lo más objetivos posible, sin embargo, y advirtamos asimismo que tampoco Irving se sitúa en esa posición intransigente ni cerradamente detractora y difamatoria tan contumazmente mantenida durante siglos por tratadistas de toda especie y condición. Es la suya más bien, a nuestro entender, una postura moderada o intermedia, habitualmente tibia en este plano ideológico, por supuesto, pero desde luego no comparable a la de tanto furibundo y ciego polemista anterior y aun posterior. A lo largo de esta Vida de Mahoma es cierto que con frecuencia, y mediante diferentes rasgos, se refleja ese fuerte tirón que el autor romántico experimenta por lo islámico en muchas de sus facetas, la indudable simpatía que hacia ellas siente, su fascinación parcial, en lo que tampoco resulta caso único ni carece de significativos parangones y contrastes.[15] Es más, cabe afirmar que ejemplos preclaros de posturas indudablemente más comprensivas y de mayor afecto hacia la persona y la obra de Muhammad, claramente reivindicativas en este sentido en muchos aspectos parciales ante tanta presentación sectaria y difamadora, no habían dejado precisamente de producirse entre literatos, algunos de ellos de talla y proyección auténticamente universales: casos, por ejemplo, de Thomas Carlyle —contemporáneo de Irving, y cuyos juicios y valoraciones hubieron de influir, sin duda, en la obra de éste—, de Goethe y, seguramente como referencia aún más interesante en varios aspectos, de Voltaire, cuyo mérito mayor en última instancia habría sido, atendiendo a las palabras de un estudioso que ha tratado de este tema concienzudamente, «haber vulgarizado lo que los otros habían dicho mejor que él».[16] No queremos insinuar con estas alusiones términos de comparación fáciles y urgentes, pero sí suscitar un marco de reflexión en el cual, seguramente, valdría la pena profundizar. Establecer también, como otro botón de muestra, en qué medida las ideas

y principios de enjuiciamiento y valoración de Irving y Chateaubriand coinciden o se diferencian, se aproximan o se alejan.[17] En cualquier caso, como adelantábamos, lo esencial en la postura de Irving está, para nosotros, en esa alternancia, en ese tira y afloja entre lo que atrae y hasta parcialmente se admira en algunos rasgos al menos de su indudable grandeza histórica y personal, y lo que no gusta y hasta parcialmente repugna. Evidentemente, esa moderada tensión —y, en algún caso, equidistancia— existe y se aprecia en la obra, que por ello discurre con frecuencia por cauces de ambivalencia y hasta, en ciertos pasajes, de indecisión.

Si esto se produce así, a nuestro entender, en ese contexto que hemos llamado ideológico, conviene que veamos también de qué forma se manifiesta en ese otro —y no es abogar por el establecimiento de compartimentos estancos de análisis y valoración— que no menos convencionalmente calificaremos de estético. Y al respecto, consideramos que no resulta realmente exagerado afirmar en principio que el libro de Irving está hábilmente pensado y urdido, que responde a su manera de concebir el producto literario y demuestra en él ampliamente sus excelentes dotes de narrador; que está bien escrito y, consecuentemente, prende en el lector y, definitivamente, gusta. Ello concuerda con el mucho tiempo que, al parecer, le dedicó y el interés que en él puso,[18] y el notable éxito que obtuvo,[19] aunque no es menos cierto que, en el ámbito concreto de los especialistas, haya pasado prácticamente inadvertido.

Queda bastante claro, para nosotros, que esta Vida de Mahoma no puede ser tenida por un modelo preciso de biografía, al menos en los términos fundamentales en que la gran biografía moderna se entiende. Ello no nos parece nada extraño, ni va en demérito de la obra de Irving, ni ha de interpretarse como una acusación al autor. Es evidente que esa concepción de la biografía moderna se ha producido en época relativamente reciente todavía, próxima a nosotros cronológicamente, cuando ya los postulados y principios románticos principales habían dejado de tener vigencia, y cuando las diversas aportaciones de las tendencias psicologizantes habían enriquecido extraordinaria y polémicamente esta manifestación literaria, hasta definirla prácticamente como género. En conclusión, sería excesivo exigir a Irving lo que dificilísimamente podía dar.

Un crítico ha señalado que «por temperamento, los objetivos literarios de Irving no eran profundos, pero estaban realzados por uno de sus rasgos más admirables, su conciencia de lo que podía y no podía».[20] Parece que esta rara y admirable cualidad, bastante más infrecuente entre los humanos de lo que cabría en principio suponer, interviene decisivamente en la concepción y planteamiento que de su obra sobre Muhammad hiciera el autor. Así, lo biográfico se encauza preferentemente por vías muy próximas a lo narrativo, si no es que tiene plena cabida en esta forma, en exposición hábilmente dosificada y no menos certeramente expuesta, desarrollada. El texto, en conclusión, consigue ser un brillante y atractivo ejemplo de biografía romanceada, una

cuasi-novela, en el que son claramente advertibles y aislables los procedimientos, los recursos, los mecanismos propios de este género. Contribuye poderosamente al hecho de que así se produzca una parte nada desdeñable del «argumento» y de los «motivos» de los sucesos a exponer. Parece suficientemente demostrado que este hombre, que tan bien se conocía, carecía de capacidad creadora, pero sabía aprovechar perfectamente, por el contrario, las dotes más o menos modestas de cuya posesión también era totalmente consciente: «Este hombre de estilo tan primoroso estaba por completo desprovisto del poder de imaginar sus temas y se veía obligado a tomarlos ya hechos de allí donde los viera disponibles para traducirlos después a un lenguaje que se adaptaba expertamente al gusto popular.»[21] Y esa sana inclinación popularista de su obra encajaba además con toda naturalidad y muy funcionalmente en el acendrado gusto por lo legendario consustancial a lo romántico. Combinando hábilmente tales elementos y componentes, el éxito estaba prácticamente garantizado: «Irving se dio cuenta de que una literatura necesita cierto background de carácter popular y que una de las fórmulas más afortunadas de creación literaria culta es aquella que reelabora temas y mitos consabidos y compartidos. Por ello fue a buscar los viejos ecos donde podía encontrarlos.»[22] El inmenso y polifacético patrimonio de la historia y la cultura árabe islámica constituía un auténtico y en gran parte inexplorado filón al respecto (en gran parte lo sigue constituyendo todavía, apostillemos) y precisamente la vida del Profeta resultaba una de sus parcelas más ricas, apasionadas, exóticas, nimbadas de fantasía y realidad, polícromas y sugerentes; lo legendario, en ella, constituye un material de primerísima calidad para la explotación literaria, un venero prácticamente inagotable. Importaba mucho menos plantearse problemas de fidelidad histórica, de análisis de fuentes, y de delimitación certera y cuidadosa de aquello que, dentro de tan amplio, variado y abigarrado material legendario, tenía con seguridad procedencia árabe o islámica, o le era tangencial, cruzado o interferido, o le resultaba en última instancia casi total o parcialmente ajeno, impostado y hasta apócrifo.[23] Literaria, artísticamente, la Vida de Mahoma responde a unas concepciones, a unos procedimientos y a unos recursos muy propios de la obra de Irving, y por ello resulta en líneas generales, nos parece, y hasta en multiplicidad de rasgos y detalles, un texto congruente con la totalidad de su obra y, en este aspecto concreto, conseguido. El análisis y la valoración, en este punto, han de tratar de ser también lo más objetivos que resulte posible, y no despeñarse por trochas inadecuadas.

Aspectos menos divulgados de la personalidad y la obra de Muhammad

Consideramos que es ésta buena ocasión para referirse por último, y aunque sea brevísimamente, a algunos aspectos o rasgos fundamentales de la personalidad del Profeta del Islam menos conocidos y

divulgados, aunque no resulten en modo alguno inéditos o totalmente novedosos. Se trata en términos generales de temas que han gozado de menor accesibilidad al gran público del área cultural occidental, o hacia los que éste se ha mostrado claramente refractario, por seguir aferrado ante todo a arcaicos clichés e inertes tópicos acomodaticios, a sistemas de educación de masas y de comunicación social que, en este terreno concreto, resultan definitivamente caducos y desfasados, erróneos y gregarios, rígidos, inmovilistas y nocivos como pocos; temas que, en conclusión, han quedado lamentablemente recluidos en el archivo de la literatura especializada y de la pequeña minoría interesada. Así, además, la obra de Washington Irving, que no puede dejar de acusar al respecto los casi ciento cincuenta años transcurridos desde su aparición, puede quedar oportunamente reparada en algunos de sus fallos u omisiones principales, y actualizarse parcialmente en forma conveniente.[24]

Así, por ejemplo, el Muhammad lúcido e innovador estadista que sin duda fue, y el genial constructor asimismo de una comunidad dotada de su sólido y cuajado mensaje espiritual, con su específica y firme textura solidaria, animada de una vocación decididamente universalista y claramente contraria a proyectos, ideologías y concepciones en su opinión menos absolutos y trascendentes, teñidos de alguna manera de vocación menor y de mensaje más reducido. Por no citar más que un ejemplo de los renovados caminos por los que transita la más competente y representativa islamología occidental, una obra tan rigurosa y científica —no carente por otra parte de profunda humanidad y generosa comprensión, y hasta ribeteada en ocasiones de emocionado respeto, cosas que no tienen por qué estar reñidas con el rigor y con la ciencia— como la de Watt, es buena muestra de las actualizadas ópticas con que se enfocan estas cuestiones y de las nuevas y fecundas perspectivas de estudio y valoración que se abren, completando muchos y variados esfuerzos llevados a cabo por esa islamología científica contemporánea para revisar críticamente algunos de sus postulados, métodos y criterios, claramente erróneos y desfasados, y para sentar principios de entendimiento y aproximación bastante más fundamentados y eficaces. Watt tiene además el acierto de interesarse profundamente por algunos aspectos que, como los sociológicos y económicos, fueron menos conocidos por tratadistas anteriores o menos valorados por éstos, aunque tuvieran lógicamente una gran importancia en la configuración del hecho institucional islámico tal como se produjo.

Seguramente la característica más acusada, general y distintiva del propio Islam, por encima o al margen de las naturales distinciones de escuelas y tendencias, en la interpretación que hace de su Profeta y en la forma más genuina en que lo siente, sea la plena dimensión humana; más aún, cabría decir la estricta dimensión humana que da a su personalidad. Muhammad es, para el Islam, un hombre; eso sí, el hombre ejemplar, modelo supremo en el que se potencian y cumplen al máximo, en plena granazón y mantenimiento, energías, virtudes y capacidades. Esta naturaleza radical y estrictamente humana de su Profeta

es algo que el Islam ha cuidado celosamente, no dudando nunca en oponerse de forma drástica e inmediata a cualquier posible veleidad o apunte de «santificación» o «sacralización», que por muy diversas razones, en ocasiones tanto surgidas en su seno como resultado en otras de diferentes influencias o contagios socio-culturales, hayan podido producirse. No es de extrañar, por consiguiente, que la literatura biográfica sobre Muhammad propiamente debida a autores musulmanes se distinga tanto por el natural toque apologético, muy variadamente dosificado y encajado en los diferentes textos, como por el consciente propósito de realzar al máximo esa ejemplar condición humana, radicalmente humana, del Profeta. La obra entera de Muhammad Hamidullah resulta, quizá, la más representativa al respecto, o es al menos la más accesible al lector occidental. El Muhammad ejemplo de sagacidad, de tolerancia, de sentido común, de capacidad legisladora y de supremas dotes de estadista, de realismo sorprendente en la captación inmediata de las situaciones y en el conocimiento profundo de los individuos, por ejemplo, está expuesto y resaltado ahí con el rango que indudablemente merece. En conjunto, pues, humanizándose, la figura del Mensajero de Dios se hace más próxima al lector y bastante más entrañable; se engrandece, por unos caminos de engrandecimiento y protagonismo que no suelen ser los habituales en las presentaciones cristiano-occidentales. Ese «sello de los profetas», ese «profeta iletrado» adquiere ahí su rango superior, su máxima grandeza; nos encontramos ahí, obviamente, en las antípodas de la secular imagen detractora, de tanta circulación en nuestro medio occidental: la impostura, la filiación demoníaca, la abyecta sensualidad, el falso profetismo... Pero, por eso mismo, e independientemente de los reparos críticos puntuales que se les pueda hacer, resultan textos de lectura tanto más necesaria y aconsejable.

Como puede suponerse, por último, la vigencia de Muhammad en el mundo islámico es absoluta, y seguramente que en la etapa excepcionalmente dramática y conflictiva por la que ese mundo, prácticamente en su totalidad, atraviesa, tal vigencia se hace más apremiante y explicable. Está seguramente justificado el afirmar que vive desde hace algún tiempo como una especie de «nueva necesidad» de su Profeta, advertible en muchos órdenes o terrenos de su angustiosa existencia contemporánea; y por ello, tal situación de carencias profundas y de expectantes y emocionados sentimientos contribuye poderosamente para que su personalidad, su genio, su proyección histórica, su mensaje, actúen como importantes motivos y elementos generadores de recreación literaria e intelectual. El ya largo, enmarañado y acumulativo tiempo de plurales ideologías hiperbolizadas, de múltiples tendencias y formas literarias, artísticas e intelectuales habitualmente recibidas a través de medios y procedimientos muy poco adecuados, de numerosos modelos políticos y socio-culturales no sólo muy diferentes, sino también fuertemente contrapuestos y hasta excluyentes entre sí, que pretenden ser impuestos además a ritmo exagerado y sin las necesarias garantías objetivas de aclimatación, provocan y mantienen, entre otras

muchas causas, situaciones de confrontación, de hipersensibilidad, de emotividad, de confusión, que sirven para ampliar notablemente el tratamiento que se dé a estos temas, independientemente de su grado de acierto y calidad. De hecho, resultaría prácticamente imposible establecer una relación completa de esta nueva producción centrada en la figura del Profeta del Islam, aunque se tratara de efectuarla tan sólo, como sería nuestro caso, en lo que al mundo árabe se refiere, quizá el que sufre de manera más dura y acuciante, dentro del ámbito general del Islam contemporáneo, la situación aludida. Las características y límites de este prólogo tampoco, por otra parte, lo aconsejan. Baste pues, por consiguiente, con dejar constancia de unas mínimas menciones significativas, centradas preferentemente además en autores egipcios.

Cabe por ello encontrar interpretaciones y recreaciones tan variadas como la culturalista —sin la menor intención peyorativa en el término— y «liberal» de Taha Husain,[25] la interesantísima aventura dramática de Tawfiq al-Hakim,[26] en la que la poderosa capacidad imaginativa y la preocupación espiritualista y estetizante de este autor quedan perfectamente reflejadas, los apasionados y austeros tomos sobre el entorno femenino de Muhammad que escribe Bint al-Xati,[27] la defensa absoluta de la libertad del hombre que, manejando valientemente los argumentos religiosos, hace Jalid Muhammad Jalid,[28] o la audaz presentación de Muhammad como mensajero de libertad y justicia social que a su autor, Abd al-Rahman al-Xarqawi, le valió la violenta e irritada reacción de los conservadores ulemas del Azhar, y que era obra en realidad que cuadraba en el marco socio-político del «progresismo socialista» imperante en el país por aquellos años.[29] Y quizá no esté de más aludir también a la obra del llamado «Ghandi sudanés», Mahmud Muhammad Taha, recientemente asesinado, por sentencia oficial, en su país, y para quien «el Mahoma histórico de la Arabia del siglo VII *fue de hecho una especie de plano-intermedio en la historia del Islam, situado entre el Islam primario y el definitivo. El Profeta mismo representa el Islam definitivo pero se limitó a señalarlo como un hito, dejando para más adelante su realización. Mahoma no introdujo en el Islam definitivo, solamente señaló su dirección, explicó su existencia, así como la necesidad de moverse hacia él, y mostró el camino. Fue, pues, el supremo conductor».[30] O recordar también, finalmente, al pensador sirio y cristiano, ideólogo del panarabista partido* Baath, *Michel Aflaq, quien en su momento no dudó en remontarse también a la figura del Profeta para asentar sus tesis nacionalistas, porque «hasta ahora se ha mirado la vida del Profeta desde fuera como una estupenda imagen que se encontrara ahí para ser admirada y sacralizada. Hay que empezar a mirarla desde dentro para vivirla. Cualquier árabe en la actualidad puede vivir la vida del Profeta árabe, aunque sea en la proporción de un guijarro respecto a una montaña, o de una gota de agua comparada con el mar».[31]*

Permítasenos, pues, insistir en la impresionante vigencia y actualidad de Muhammad, debida a razones esenciales y permanentes y no

a coyunturas más o menos episódicas y manipulables. No es sino otro de tantos datos reveladores del excepcional significado de este hombre que, según sus propios dichos, sería «el último de los 124.000 enviados de Alá [Dios] que se fueron sucediendo desde Adán, trescientos quince de los cuales habrían sido también portadores de mensajes».[32]

Notas

1. Esta forma, Muhammad, constituye la más simple y correcta trasliteración del nombre original en árabe. Mahoma y otras análogas, según la lengua de que se trate, no son sino derivaciones. No obstante, las emplearemos indistintamente a lo largo de este texto.
2. «Washington Irving», por Lewis Leary, p. 39. En el vol. col. *Tres escritores norteamericanos*, t. VIII, Madrid, Gredos, 1965.
3. *Silla del Moro y Nuevas escenas andaluzas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1954, p. 34.
4. Muhammad Hamidullah: «La tolerancia en la obra del Profeta en Medina», p. 17. Artículo incluido en el volumen *El Islam, la Filosofía y las Ciencias*, París, Unesco, 1981.
5. Ob. cit., p. 52.
6. *The Life of Mahomet and history of Islam to the Hegira*, Londres, 1858-61, 4 tomos.
7. «Washington Irving, primer hispanista americano», por Francisco Ynduráin Hernández, p. 26. Trabajo incluido en el vol. col. *Washinton Irving (1859-1959)*, Universidad de Granada, 1960.
8. En este sentido, puede verse el artículo de Ynduráin mencionado en la nota anterior, esp. pp. 23-4, 27-8 y 35, y asimismo, en el citado volumen, el de Morales Souviron, «Cartas de Washington Iring desde la Alhambra», pp. 87-117.
9. Véase el trabajo de este autor, «El descubrimiento de América según Washington Irving», en el vol. col. mencionado, pp. 53-86.
10. Umberto Rizzitano: *Mahoma y el Islam*, Barcelona, [1976], p. 13.
11. Salah Stétié: «Hégira, año 1400: modernidad del Islam», pp. 7-8. Se trata de la introducción al número especial de la revista de la Unesco *Culturas*, II VII, 4, dedicado a la *Hégira, año 1400*, París, 1980.
12. Nos referimos, naturalmente, a su conocida obra *Mahoma y Carlomagno*, que citamos en la versión española de Esther Benítez, Madrid, Alianza, 1978. Quizá convenga añadir que, sobre muchos de los polémicos puntos suscitados por Pirenne, se puede consultar con provecho el reciente libro de Richard Hodges y David Whitehouse, *Muhammad, Charlemagne and the Origins of Europe. Archaeology and the Pirenne Thesis*, 1983.
13. Georges Corm: *Le Proche-Orient éclaté. De Suez à l'invasion du Liban, 1956-1982*, Madrid-París, Ed. La Découverte, 1984, p. 75.
14. «Mahoma ejemplo y modelo de virtudes», por Miguel Cruz Hernández, en *Encuentro*, documentos para el entendimiento islamo-cristiano, 62, Madrid, junio 1977, p. 2.
15. La bibliografía que cabría citar al respecto resultaría numerosísima. Como no es éste un trabajo de erudición, nos conformamos por ello con remitir al conocido ensayo de Maxime Rodinson, *La fascination de l'Islam*, París, Maspero, 1980.
16. Djavâd Hadidi: *Voltaire et l'Islam*, París, Publications Orientalistes de France, 1974, p. 195.

17. Según apunta Claudine Grossir (véase su libro *L'Islam des Romantiques, I, 1811-1840,* París, Maisonneuve et Larose, p. 43), «para Chateaubriand, en efecto, el Islam no es una religión, sino una doctrina política. Mahoma es considerado como un invasor, con los mismo títulos que Alejandro o Napoleón. La religión del Profeta funda ideológicamente el despotismo: se identifica con esa forma de gobierno que no entraña sino destrucción». Aprovechamos para decir que no sabemos si se ha publicado ya el segundo tomo de la mencionada obra de Grossir, que abarca la producción de 1840 a 1869, y que quizá por ello haga referencia a Irving.
18. Según Leary (trab. cit., p. 49) este libro le ocupó casi un cuarto de siglo.
19. Según Andrés Soria, en su trabajo «Washington Irving 1859-1959. Notas en su centenario», publicado en el vol. col. mencionado, pp. 119-159, «esta biografía del Profeta fue un libro de inmenso éxito, traducido al alemán, francés, italiano, español, ruso, polaco...»
20. Opinión de Stanley T. Williams, que recoge Andrés Soria en su trabajo mencionado, p. 126.
21. Leary, ob. cit., p. 49.
22. Ynduráin, trab. cit., p. 49.
23. No es éste el lugar adecuado para plantear la enorme y complejísima serie de problemas inherentes a la mayoría del material legendario relacionado con la figura del Profeta: su variadísima y confusa procedencia en múltiples ocasiones, su bastante oscura todavía intencionalidad en otras, sus mecanismos de recepción y cristalización, su posible tipología... Nos basta aquí con mencionar que en el reciente volumen *La Vie du Prophète Mahomet,* París, P.U.F., 1983, que recoge los textos de las comunicaciones presentadas al Congreso de Estrasburgo en octubre de 1980, convocado por el Centro de estudios superiores especializado en Historia de las Religiones, algunas de ellas aportan interesantes novedades al respecto.
24. Este es el propósito que nos ha animado a adjuntar al final una breve selección bibliográfica que recoge obras modernas de muy diversa factura ideológica e intelectual, pero de nivel científico y metodológico garantizado.
25. Se trata de su obra *Ala-hamix al-sira* («Al margen de la vida del Profeta»), El Cairo, 1933-1934, 3 vols.
26. Se trata de *Muhammad,* El Cairo, 1936. Esta obra de al-Hakim, la anterior citada de Taha Husain, y otras de tema análogo, debidas a Abbas Mahmud al-Aqqad y Muhammad Husain Haikal, han sido objeto de un importante estudio reciente de E. S. Sabanegh: *Muhammad, «Le Prophète». Portraits contemporains. Égypte 1930-1950. Jalons pour une histoire de la pensée islamique moderne,* París, Vrin, s.f.
27. Nos referimos específicamente a los cinco tomos publicados por la autora, sobre «la madre del Profeta», «las mujeres del Profeta», «las hijas del Profeta», Sayyida Zaynab y Sukaina bint al-Hussain.
28. Especialmente, sus libros: *Insaniyya Muhammad y Maan alá-l-tariq: Muhammad wa-l-Masih* («Humanidad de Mahoma» y «Juntos por el camino: Mahoma y el Mesías»).
29. En concreto, su *Muhammad rasul al-hurriyya* («Mahoma, mensajero de la libertad»), El Cairo, 1962.
30. «La epopeya de un pensador sufí ejecutado: el "Maestro" Mahmud Muhammad Taha» por Jalid Durán, en *Encuentro,* 180-161, agosto-sept. 1985, p. 6.
31. Carmen Ruiza Bravo, *La controversia ideológica nacionalismo árabe/nacionalismos locales. Oriente, 1918-1952,* Madrid, Instituto Hispano-Arabe de Cultura,, 1976, p. 356.
32. Muhammad Hamidullah: «Mahoma, Profeta de Dios», en el núm. esp. de la revista *Culturas* ya mencionado, p. 33.

Nota del autor

Quizá debamos pedir disculpas por presentar una vida de Mahoma en estos momentos, pues sabido es que no se ha descubierto nada nuevo referente a su persona. Hace ya muchos años, durante un período de estancia en Madrid, el autor se propuso escribir una serie de obras en que se ilustrara la dominación de los árabes en España. Como introducción figuraría un resumen de la vida del fundador de la fe islámica y primer impulsor de la conquista árabe. La mayoría de los detalles de dicha biografía hube de tomarlos de fuentes españolas y de la traducción por Gagnier del historiador árabe Abulfeda, de la que el autor encontró una copia en la biblioteca de los jesuitas del convento de San Isidro, en Madrid.

El plan original no pudo realizarse en su integridad, y el manuscrito quedó abandonado entre los papeles del autor hasta el año 1831, en que lo revisó y amplió para la Family Library [Biblioteca Familiar] de Mr. John Murray. Las circunstancias impidieron su publicación en aquellas fechas, y de nuevo el proyecto quedó marginado durante varios años.

Durante su última estancia en España, el autor alivió el tedio de una indisposición crónica revisando de nuevo el manuscrito, contando para ello con los nuevos progresos realizados en la materia por varios autores, y en particular por el Dr. Gustav Weil, el inteligente y erudito bibliotecario de la Universidad de Heidelberg, de cuyas laboriosas investigaciones y acertadas disquisiciones quien esto escribe se reconoce deudor.[1]

Este es el origen de la obra que ahora se presenta al público. El autor no pretende exponer hechos nuevos ni hacer gala de la profundidad de sus investigaciones. La obra lleva las huellas de un trabajo destinado a una Biblioteca Familiar. En todo momento, el objetivo del autor ha sido resumir en un relato fácil, claro y fluido los hechos conocidos sobre Mahoma, junto con las leyendas y tradiciones que se han introducido en todo el conjunto de la literatura oriental, y al mismo tiempo presentar un resumen de su fe que pueda ser suficiente para un lector no especializado. En tales circunstancias, no ha considerado conveniente perturbar sus páginas con un complicado montaje de referencias y citas ni alejarse de la forma tradicional de transcribir los nombres orientales.

Sunnyside, 1849.



1. La Arabia preislámica

Durante una larga sucesión de épocas, que abarcan desde los primeros momentos de la historia conocida hasta el siglo VII de la era cristiana, el gran quersoneso o península formada por el mar Rojo, el Eufrates, el golfo Pérsico y el océano Indico, y conocida con el nombre de Arabia, permaneció inalterada y casi ajena a los acontecimientos que perturbaron el resto de Asia y conmovieron a Europa y Africa hasta lo más profundo. Mientras caían y surgían reinos e imperios, mientras desaparecían antiguas dinastías, mientras cambiaban las fronteras y los nombres de los países y sus habitantes eran exterminados o conducidos a la cautividad, Arabia, a pesar de las vicisitudes experimentadas por sus provincias fronterizas, conservó en las profundidades de sus desiertos su independencia y carácter primitivo, y sus tribus nómadas no tuvieron que doblegar sus altivos cuellos ante el yugo de la esclavitud.

Los árabes remontan las tradiciones de su país hasta la más remota antigüedad. Fue poblado, dicen, poco después del Diluvio, por los descendientes de Sem, hijo de Noé, que con el tiempo dieron lugar a varias tribus, las más famosas de las cuales son los aadíes y los tamudíes. Se dice que todas estas tribus primitivas fueron barridas de la superficie de la tierra en castigo de sus iniquidades o bien desaparecieron en las posteriores modificaciones de las razas, por lo que no nos quedan de ellas más que algunas tradiciones confusas y unos pocos pasajes del Corán. Algunas veces se les menciona en la historia oriental con el nombre de «árabes primitivos» o de «las tribus perdidas».

La población permanente de la península fue obra, según las mismas fuentes, de Qahtán o Yaqtán, descendiente de la cuarta generación de Sem. Su posteridad se desparramó por la parte meridional de la península y a la orilla del mar Rojo. Yarub, uno de sus hijos, fundó el reino de Yemen, donde se puso su nombre al territorio de Araba, del que procede el nombre de los árabes y de su país. Churhum, otro hijo, fundó el reino de Hichaz, que sus descendientes dominaron durante muchas generaciones. Estos pueblos recibieron con afecto a Agar y a su hijo Ismael, cuando tuvieron que abandonar la casa del patriarca Abrahán. Con el paso del tiempo Ismael se casó con la hija de Mudad, príncipe gobernante de la línea de Churhum; de esta manera, en el tronco ori-

◄ *Estela árabe preislámica, procedente del sur de Arabia, que representa a un camellero y su familia durante los preparativos y la realización de un viaje por el desierto. Museo del Louvre, París.*

ginal árabe se injertó un extranjero de raza hebrea. El injerto resultó muy vigoroso. La mujer de Ismael le dio doce hijos, que llegaron a dominar el país, y cuya prolífica descendencia, dividida en doce tribus, expulsó o dominó y borró a la primitiva estirpe de Yaqtán.

Así es como cuentan su origen los árabes de la península[2]; los autores cristianos citan esta versión y ven en ella el cumplimiento de la alianza de Dios con Abrahán, tal como aparece en las Sagradas Escrituras. «Y Abrahán dijo a Dios: "Me contento con que guardes vivo a Ismael." Y Dios replicó: "En cuanto a Ismael, escucho tu petición: lo bendeciré, lo haré fecundo, lo haré multiplicarse sin medida, engendrará *doce príncipes* y haré de él una gran nación."» (*Génesis* 17, 18-20.)

Estos doce príncipes, con sus tribus, vuelven a aparecer en las Escrituras (*Génesis* 25, 18), ocupando el país que va «desde Javila hasta Sur, junto a Egipto, según se va a Asur»; los geógrafos han identificado esta región con parte de Arabia. Su descripción coincide con la de los árabes actuales. De algunos se dice que poseen ciudades y castillos, de otros que viven en tiendas o que tienen pueblos en el desierto. Nebayot y Quedar, los dos hijos mayores de Ismael, son los más destacados de entre los príncipes por su abundancia de ovejas y rebaños y por la fina lana de sus ovejas. De Nebayot descendieron los nabateos, que habitaron la Arabia Pétrea; por su parte, el nombre de Quedar se utiliza de vez en cuando en las Sagradas Escrituras para designar toda la nación árabe. «Pobre de mí —dice el salmista— que habito en Mesch, que moro en las tiendas de Quedar.» Ambos parecen ser los progenitores de los árabes errantes o pastores, que vagan en libertad por el desierto. «Las naciones poderosas —dice el profeta Jeremías— que viven sin preocupaciones; que no tienen ni puertas ni barras, que viven solas».

En los primeros tiempos se produjo una clara distinción entre los árabes que «poseían ciudades y castillos» y los que «vivían en tiendas». Algunos de los primeros ocuparon los valles fértiles, se desparramaron por allí entre las montañas, donde rodearon las ciudades y castillos con viñedos y huertas, plantaciones de palmeras, campos de trigo y pastos abundantes. Tenían hábitos muy arraigados, y se dedicaban al cultivo de la tierra y a la cría de ganado.

Otros miembros de esta clase se entregaron al comercio en los puertos y ciudades del mar Rojo, en las costas meridionales de la península y del golfo Pérsico; además transportaban mercancías a países lejanos en barcos y caravanas. Este era sobre todo el caso de los habitantes de Yemen, o Arabia Feliz, la tierra de las especias, los perfumes y el incienso; la Sabea de los poetas; la Sheba de las Sagradas Escrituras. Figuraban entre los comerciantes marinos más activos de los mares orientales. Sus barcos traían a sus costas la mirra y los bálsamos de la costa de Berbera, junto con el oro, las especias y los artículos de lujo de la India y el Africa tropical. Estos, junto con los productos de su propio país, eran transportados por caravanas a través de los desiertos hasta los estados semiárabes de Amón, Moab y Edom o Idumea, a los puertos fenicios del Mediterráneo, desde donde se distribuían por todo el mundo occidental.

Se ha dicho del camello que es el barco del desierto. La caravana sería su flota. Las caravanas del Yemen solían organizarlas, dirigirlas, guiarlas y protegerlas los árabes nómadas, los habitantes de las tiendas, que en este sentido podrían denominarse los «navegantes del desierto». Proporcionaban los innumerables camellos necesarios para el transporte y además colaboraban en las mercancías con los finos vellones de sus innumerables rebaños. Las obras de los profetas reflejan la importancia, en aquella época, de esta cadena interior gracias a la cual los países ricos del sur, India, Etiopía y Arabia Feliz, entraban en contacto con la antigua Siria.

Ezequiel, en sus lamentaciones por Tiro, exclama: «Arabia y todos los príncipes de Quedar negociaban contigo; en borregos, carneros y machos cabríos negociaban. Los mercaderes de Sabá y Ramá comerciaban contigo; te daban a cambio los mejores perfumes, piedras preciosas y oro. Jarán, Kanné y Edén,[3] asirios y medos comerciaban contigo.» E Isaías, dirigiéndose a Jerusalén, dice: «Te inundará una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y de Efá. Vienen todos de Sabá, trayendo incienso y oro... A los rebaños de Quedar los reunirán para tí y los carneros de Nebayot estarán a tu servicio.»

Sin embargo, los árabes agricultores y comerciantes, los habitantes de pueblos y ciudades no han constituido nunca el verdadero tipo representativo de la raza. Se fueron relajando tras sus ocupaciones permanentes y pacíficas, y perdieron gran parte de su sello original al mezclarse con extranjeros. Además, el Yemen era más accesible que las demás partes de Arabia y constituía una mayor tentación para los invasores, que habían penetrado con frecuencia en sus tierras y la habían sometido.

Fue entre los otros árabes, los vagabundos del desierto, los que «vivían en tiendas», con mucha diferencia los más numerosos de los dos grupos, donde se conservó el carácter nacional con toda su primitiva fuerza y frescor. De costumbres nómadas, dedicados a tareas pastoriles, familiarizados por experiencia y tradición con los recursos secretos del desierto, llevaban vida errante, trasladándose de un lugar a otro en busca de los pozos y manantiales utilizados por sus antepasados desde los días de los patriarcas; acampaban donde encontraban palmeras datileras que les brindaran sombra y sustento y pasto para sus rebaños y camellos. Cuando se acababan las reservas, cambiaban de residencia.

Estos árabes nómadas se dividían y subdividían en innumerables tribus o familias, cada una con su jeque o emir, representante del patriarca de antaño, cuya lanza, clavada junto a su tienda, era el emblema de la autoridad. Sin embargo, aunque el puesto se mantenía durante muchas generaciones dentro de la misma familia, no era estrictamente hereditario; dependía de la buena disposición de la tribu. El jefe podía ser depuesto y sustituido por otro de una familia diferente. También su poder era limitado, y dependía de su mérito personal y de la confianza en él depositada. Su prerrogativa consistía en entablar las negociaciones de paz y de guerra; en dirigir a la tribu contra el enemigo; en elegir el lugar de acampada y en recibir y agasajar a los extranjeros importantes.

Pero hasta en estos y en otros privilegios semejantes estaba controlado por las opiniones e inclinacions de su pueblo.[4]

Por muy mumerosas y minúsculas que fueran las partes en que se dividía una tribu, se tenían muy presentes los vínculos de afinidad. Todos los jeques de la misma tribu reconocían a un jefe común llamado jeque de jeques, quien, oculto en un castillo rocoso o acampado entre sus rebaños en el desierto, podía reunir bajo su bandera a todas las ramas dispersas ante una emergencia que afectara al bien común.

La multiplicidad de estas tribus errantes, cada una con su pequeño territorio y príncipe, pero sin una autoridad nacional, producía frecuentes conflictos. También la venganza era un principio casi religioso entre ellos. La venganza de un familiar asesinado constituía un deber para el resto de la familia, y muchas veces ponía en juego el honor de su tribu; estas deudas de sangre se mantenían pendientes, a veces, durante varias generaciones, ocasionando enfrentamientos a muerte.

La necesidad de estar en continua alerta para defender sus rebaños hacía que los árabes del desierto estuvieran familiarizados desde su infancia con el ejercicio de las armas. Nadie los superaba en el uso del arco, la lanza y la cimitarra, ni dominaba los caballos con tanta habilidad y elegancia. Eran también guerreros depredadores; aunque a veces se ponían al servicio de un mercader, proporcionándole camellos, guías y conductores para el transporte de sus mercancías, en la mayoría de las ocasions exigían tributos a las caravanas o sencillamente las saqueaban aprovechando su dificultad para avanzar por el desierto. Veían en todo ello una consecuencia del legítimo ejercicio de las armas; miraban con desprecio a los comerciantes enriquecidos con el intercambio, y los consideraban una raza inferior, degradada por acciones y costumbres despreciables.

Así eran los árabes del desierto, los que vivían en tiendas. En ellos se cumplía el destino profético de su antepasado Ismael. «Será un potro salvaje: él contra todos y todos contra él.»[5] La naturaleza les había preparado para su destino. Eran pequeños y delgados, pero vigorosos y ágiles, capaces de resistir la fatiga y las dificultades. Eran frugales y hasta abstemios, conformándose con una alimentación escasa y preparada sin refinamientos. También mentalmente eran despiertos y ágiles. Poseían ante todo los atributos intelectuales de la raza semita, su sagacidad penetrante y agudeza de ingenio, su riqueza de ideas y brillante imaginación. Eran de sensibilidad viva y aguda, pero sus reacciones no duraban mucho tiempo; su espíritu orgulloso y audaz quedaba reflejado en su rostro cetrino y resplandecía en sus ojos negros y brillantes. Se dejaban seducir fácilmente por los encantos de la elocuencia y los hechizos de la poesía. Con un lenguaje rico hasta el extremo, cuyas palabras se han comparado con piedras preciosas y flores, eran oradores por naturaleza; pero les encantaban los proverbios y apotegmas, más que las largas parrafadas declamatorias, y tenían gran inclinación a comunicar sus ideas al modo oriental, con apólogos y parábolas.

Estos guerreros inquietos y depredadores eran también generosos y hospitalarios. Disfrutaban haciendo regalos; sus puertas estaban siempre abiertas al caminante, con quien estaban dispuestos a compartir su último bocado; y hasta su más feroz enemigo, una vez que había compartido su pan, podía descansar sin peligro bajo el inviolable santuario de su tienda.

En cuestiones religiosas, los árabes, de lo que ellos denominan los Días de Ignorancia, practicaban sobre todo las dos grandes tradiciones, la sabea y la mágica, que por entonces predominaban en el mundo occidental. No obstante, eran más los que se inclinaban por la primera de ellas. Esta religión colocaba sus orígenes en Sabi, hijo de Set, que, con su padre y su hermano Enós, estarían enterrados en las pirámides. Otros derivan el nombre de la palabra hebrea *Sabá*, o las estrellas, y remontan su origen a los pastores asirios. Estos, al vigilar su rebaño por la noche en extensas llanuras y bajo cielos sin nubes, captaron las formas y movimientos de los cuerpos celestes y elaboraron teorías sobre sus influencias, buenas y malas, en los asuntos humanos; vagos conceptos que los filósofos y sacerdotes caldeos transformaron en un sistema, al parecer más antiguo incluso que el de los egipcios.

Hay quienes le buscan orígenes todavía más remotos: sería la religión del mundo antediluviano. Sobrevivió, según ellos, al Diluvio y tuvo continuidad en los patriarcas. Fue enseñada por Abrahán, adoptada por sus descendientes, los hijos de Israel, y santificada y confirmada en las tablas de la ley entregadas a Moisés, entre truenos y relámpagos, en el monte Sinaí.

En su forma original, la fe sabea era pura y espiritual; inculcaba la fe en la unidad de Dios, la doctrina de unas recompensas y castigos futuros y la necesidad de llevar una vida virtuosa y santa para lograr una inmortalidad feliz. Tan profunda era la reverencia de los sabeos hacia el Ser Supremo, que nunca pronunciaban su nombre ni se atrevían a acercarse a él; a no ser a través de las inteligencias intermedias o ángeles. Estos habitaban y daban vida a los cuerpos celestes, de la misma manera que el cuerpo humano está habitado y animado por un alma. Estaban colocados en distintas esferas para vigilar y gobernar el Universo, siempre en dependencia del Altísimo. Por eso, cuando se dirigían a las estrellas y a las demás luminarias celestiales, los sabeos no las adoraban como divinidades; sólo trataban de congraciarse con sus ocupantes angélicos como intercesores ante el Ser Supremo, dirigiéndose a Dios, el gran creador, a través de estos seres creados.

Progresivamente, esta religión perdió su sencillez y pureza originarias. La aceptación de nuevos misterios y de idolatrías la fueron complicando y degradando. Los sabeos, en vez de ver en los cuerpos celestes la morada de agentes intermedios, acabaron adorándolos como dioses; construyeron ídolos en su honor, y los colocaron en grutas sagradas y en la penumbra de los bosques; con el tiempo, entronizaron dichos ídolos en templos y los adoraron como si estuvieran ocupados por la divinidad. La fe sabea sufrió también cambios y modificaciones en los distintos países en que se propagó. Se ha acusado muchas veces a Egipto de reducirla al nivel más abyecto de degradación; las estatuas, jeroglíficos y sepulcros pintados de ese misterioso país los consideran algunos

como testimonio del culto no sólo a las inteligencias celestiales, sino también al orden ínfimo de los seres creados y hasta de los objetos inanimados. No obstante, las investigaciones modernas están redimiendo de esta calumnia a la nación más intelectual de la Antigüedad; al levantar poco a poco el velo de misterio que recae sobre las tumbas de Egipto, están descubriendo que todos estos aparentes objetos de adoración no eran más que símbolos de los diversos atributos del único Ser Supremo, cuyo nombre era demasiado sagrado para ser pronunciado por los mortales. Entre los árabes, la fe sabea se mezcló con supersticiones disparatadas y se degradó en burdas idolatrías. Cada tribu adoraba a su estrella o planeta propio o erigía su propio ídolo. Los horrores del infanticidio se confundían con sus ritos religiosos. Entre las tribus nómadas, el nacimiento de una hija se consideraba una desgracia, pues su sexo le hacía poco útil en una vida errante y depredadora y, por el contrario, podía atraer la desgracia a su familia si su conducta no era la adecuada o si caía cautiva. Por eso, estas actitudes antinaturales, mezcladas con sus sentimientos religiosos, dieron lugar a la costumbre de ofrecer a las niñas recién nacidas como sacrificio a sus ídolos o de enterrarlas vivas.

La secta rival de los magos o guebres (adoradores del fuego), que, como hemos dicho, tenían también gran aceptación en el mundo oriental, surgió en Persia. Pasado algún tiempo, sus doctrinas se plasmaron en las obras escritas del gran profeta y maestro Zoroastro, autor del *Zendavesta*. Su credo, como el de los sabeos, era originariamente sencillo y espiritual y proclamaba la fe en un solo Dios, eterno y supremo, en quien —y por quien— tenía existencia el Universo; mediante su palabra creadora, Dios producía dos principios activos: Ormuz, el principio o ángel de la luz y el bien, y Ahrimán, el principio o ángel de la oscuridad y el mal; éstos habían dado lugar al mundo, mezcla de sus elementos opuestos, y libraban en él una perpetua batalla. De ahí las vicisitudes del bien y el mal, según que prodominara el ángel de la luz o el de las tinieblas: este enfrentamiento duraría hasta el fin del mundo, en que habría una resurrección general y un día del juicio; entonces, el ángel de las tinieblas y sus seguidores quedarían condenados a un lugar lóbrego y siniestro, mientras que sus adversarios entrarían en el mundo dichoso de la luz sempiterna.

Los ritos primitivos de esta religión eran de una sencillez extrema. Los magos no tenían ni templos ni altares ni símbolos religiosos de ninguna clase, sino que dirigían sus plegarias e himnos directamente a la Divinidad, en lo que consideraban como su morada, el Sol. Reverenciaban a esta luminaria porque era la residencia de Dios y por ser la fuente de la luz y del calor de que se componían los demás cuerpos celestes; encendían hogueras en las cumbres montañosas para que dieran luz en su ausencia. Fue Zoroastro el primero que levantó templos. En ellos se mantenía el fuego sagrado, procedente de los cielos. Esta misión se confiaba a los sacerdotes, que lo vigilaban noche y día.

Con el paso del tiempo, esta secta, como la de los sabeos, olvidó el principio divino del símbolo y llegó a adorar la luz o el fuego como

divinidad independiente, y a confundir la oscuridad con Satán o el mal. Llevados por el fanatismo, los magos condenaban a los no creyentes a las llamas, ofreciéndolos como víctimas para aplacar a su terrible divinidad.

Un bello texto de la Sabiduría de Salomón hace referencia a los principios de estas dos sectas: «Eran naturalmente vanos todos los hombres que ignoraban a Dios, y fueron incapaces de conocer al que es partiendo de las cosas buenas que están a la vista, y no reconocieron al artífice fijándose en sus obras, sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire leve, a las órbitas astrales, al agua impetuosa, a las lumbreras celestes, regidoras del mundo.»

De estas dos religiones, la más extendida entre los árabes, como ya hemos observado, era la de los sabeos, pero en forma muy degradada, entremezclada con toda clase de abusos y con grandes diversidades de una tribu a otra. La religión de los magos predominaba en aquellas tribus que, por su situación fronteriza, tenían frecuentes contactos con Persia. Otras tribus compartían las supersticiones e idolatrías de las naciones limítrofes.

El judaísmo había llegado a Arabia en época anterior, pero en forma muy vaga e imperfecta. Con todo, muchos de sus ritos y ceremonias y de sus curiosas tradiciones habían arraigado en el país. Más tarde, cuando los romanos asolaron Palestina y tomaron y saquearon la ciudad de Jerusalén, muchos de los judíos se refugiaron entre los árabes, se incorporaron a las tribus nativas, formaron comunidades propias, adquirieron fértiles tierras, levantaron castillos y fortalezas y alcanzaron poder e influencia considerables.

También la religión cristiana tenía sus seguidores entre los árabes. El propio San Pablo afirma, en su Epístola a los Gálatas, que poco después de recibir la llamada para predicar el cristianismo entre los paganos, fue a Arabia. Luego, las disensiones que se produjeron en la iglesia oriental, a comienzos del siglo III, originaron sectas rivales que se perseguían mutuamente. Muchos se vieron obligados a refugiarse en zonas remotas del Oriente: de esta forma, los desiertos de Arabia se llenaron de anacoretas y la fe cristiana se extendió en algunas de las tribus principales.

Las circunstancias mencionadas, de orden físico y moral, pueden dar una idea de las causas que mantuvieron inalterable la situación de los árabes durante mucho tiempo. Su aislamiento y sus grandes desiertos los protegían de las conquistas exteriores, y sus divisiones internas y falta de lazos comunes, políticos o religiosos, les impidieron convertirse en grandes conquistadores. Eran una inmensa acumulación de partes independientes, vigorosas pero sin coherencia. Aunque su vida nómada los hacía audaces y emprendedores, aunque la mayor parte de ellos eran guerreros desde la infancia, sólo combatían entre sí —exceptuando algunas de las tribus fronterizas, que a veces participaban como mercenarios en guerras exteriores—. Otros pueblos nómadas del Asia Central, no tan bien preparados para la guerra, habían asolado y conquistado sucesivamente el mundo civilizado; en cambio, esta raza emi-

nentemente guerrera, y sin embargo desconocedora de su fuerza, permaneció fragmentada e inofensiva en las profundidades de sus extensos desiertos.

Más adelante, llegó un momento en que sus tribus dispares se unirían en un solo credo y estarían animadas por una causa común; para ello tendría que nacer un genio excepcional, capaz de unir estos miembros dispersos, infundirles su propio entusiasmo y audacia e impulsarles —como gigante del desierto— a quebrantar y a derribar los imperios de la Tierra.

2. Nacimiento e infancia de Mahoma

Mahoma, el gran fundador de la fe del Islam, nació en La Meca en abril del año 569 de la era cristiana. Era miembro de la valiente e ilustre tribu de Coraix, formada por dos ramas descendientes de dos hermanos, Haxim y Abd Xams. Haxim, el antepasado de Mahoma, era un gran benefactor de La Meca. Esta ciudad está situada en medio de una región pedregosa y desértica, y en tiempos pasados padecía muchas veces escasez de provisiones. A comienzos del siglo VI Haxim organizó dos caravanas anuales; una salía en invierno hacia Arabia del Sur o Yemen; la otra iba en verano a Siria. Gracias a ello aumentaron considerablemente los suministros de La Meca y llegó una gran variedad de mercancías. La ciudad se convirtió en un importante centro comercial, y la tribu de Coraix, que participó en gran medida en estas expediciones, se hizo rica y poderosa. En aquella época Haxim era el guardián de la Kaaba, el gran templo de peregrinación y culto de los árabes, cuya custodia se confiaba únicamente a las tribus y familias más prestigiosas (de la misma manera que, en épocas anteriores, el templo de Jerusalén sólo podían guardarlo los levitas). De hecho, la protección de la Kaaba iba unida a la posesión de dignidades civiles y privilegios y concedía a su titular el control de la ciudad sagrada.

A la muerte de Haxim, le sucedió en sus cargos y títulos su hijo Abd al-Muttalib, que también heredó su patriotismo. Liberó a la ciudad santa de un ejército invasor formado por soldados y elefantes, enviado por la princesa cristiana de Abisinia, que por entonces tenía sometido el Yemen. Tan señalados servicios del padre y el hijo contribuyeron a asociar más fuertemente la protección de la Kaaba a la descendencia de Haxim, con gran descontento y envidia de los sucesores de Abd Xams.

Abd al-Muttalib tuvo varios hijos e hijas. Los hijos que pasarán a la historia son Abu Talib, Abu Lahab, Abbás, Hamza y Abdallah. Este último fue el más pequeño y el más querido. Se casó con Amina, doncella de una rama lejana de la misma ilustre estirpe de Coraix. Tan notable era Abdallah por su belleza personal y por las cualidades que atraen el cariño de las mujeres, que, si creemos las tradiciones musulmanas, la noche en que se casó con Amina murieron, con el corazón destrozado, doscientas vírgenes de la tribu de Coraix.

Mahoma fue el primer y único fruto de tan señalado matrimonio. Su nacimiento, según tradiciones del mismo origen que la que acabamos de citar, se vio acompañado de señales y portentos que anunciaban la venida de un niño singular. Su madre no sufrió en lo más mínimo

dolores de parto. En el momento en que se produjo la llegada del niño a este mundo, una luz celestial iluminó la región circundante y el recién nacido, elevando los ojos al cielo, exclamó: «¡Dios es grande! No hay más Dios que Dios, y yo soy su profeta.»

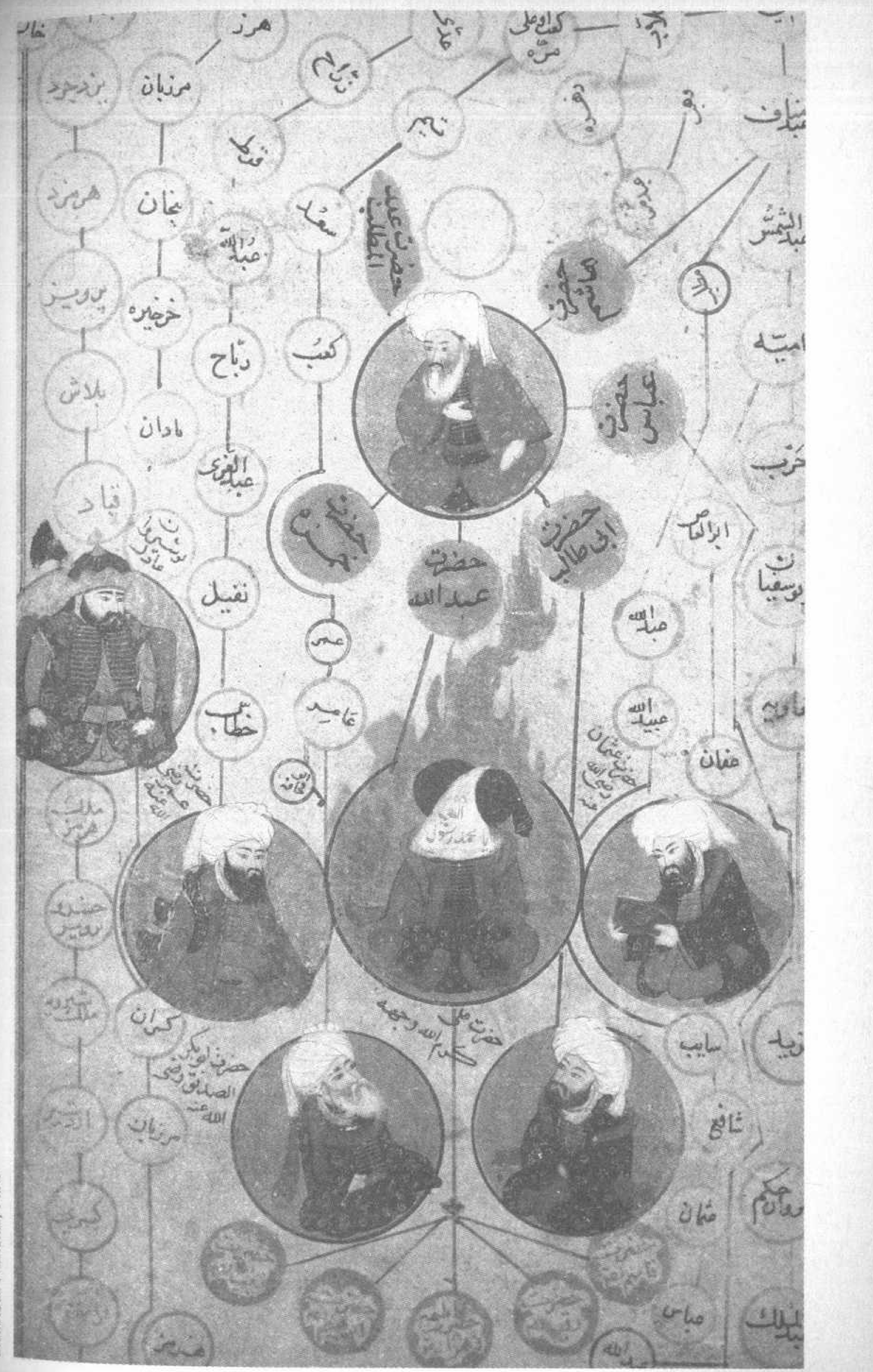
El cielo y la tierra se conmovieron con su llegada, cuentan las tradiciones. El lago Sawa vio cómo sus aguas regresaban a sus secretos manantiales, dejando el lecho seco; en cambio el Tigris se salió de cauce e inundó las tierras próximas. El palacio de Cosroes, rey de Persia, tembló hasta sus cimientos y varias de sus torres cayeron por tierra. En aquella noche tan agitada, el Qadí o juez de Persia vio en sueños cómo un corcel árabe dominaba a un camello feroz. Por la mañana contó su sueño al monarca persa y lo interpretó como una amenaza procedente de Arabia.

En tan memorable noche, el fuego sagrado de Zoroastro, que, bajo el cuidado de los magos, había ardido sin interrupción desde hacía más de mil años, se apagó de repente y cayeron por tierra todos los ídolos del mundo. Los demonios o genios malignos, escondidos en las estrellas y en los signos del zodíaco y que ejercen una influencia perversa sobre los hijos de los hombres, fueron arrojados por ángeles puros y enviados, con su jefe Iblis o Lucifer, a las profundidades del mar.

Los familiares del recién nacido, dicen las mismas fuentes, se llenaron de temor y admiración. El hermano de su madre, un astrólogo, predijo que el niño alcanzaría un poder enorme, fundaría un imperio y establecería una nueva fe entre los hombres. Su abuelo, Abd al-Muttalib, dio un banquete en honor de los principales coraixíes, al séptimo día de su nacimiento; en él les presentó al niño como la gloria futura de su pueblo y le puso el nombre de Mahoma (o Muhammad), como señal de su futuro prestigio.

Estos son los maravillosos relatos transmitidos por los escritores musulmanes sobre el nacimiento de Mahoma. Y sobre sus primeros años sólo disponemos de fábulas semejantes a las citadas. Tenía poco más de dos meses cuando murió su padre, que no le dejó más herencia que cinco camellos, unas pocas ovejas y una esclava de Etiopía llamada Barakat. Su madre, Amina, le había amamantado hasta entonces, pero las preocupaciones y el dolor habían secado las fuentes de sus pechos. Además, como el aire de La Meca era perjudicial para los niños, le buscó una nodriza de las tribus beduinas que vivían en los alrededores. Estas tenían la costumbre de venir a La Meca dos veces al año, en primavera y en otoño, a criar a los hijos de sus habitantes; pero buscaban las familias ricas, donde sabían que recibirían fuertes recompensas, y despreciaban a los nacidos en la pobreza. Por fin, Halima, la esposa de un pastor saadí, sintió compasión y se llevó consigo al niño indefenso. Vivía en uno de los valles ganaderos de las montañas.[6]

Arbol genealógico de Mahoma, según la crónica turca Zubdat al-Tawarij, *a partir de Ismael, del cual desciende Abd al-Muttalib, abuelo del Profeta. Este aparece con el rostro cubierto y rodeado de los cuatro califas ortodoxos que le sucedieron.*



Biblioteca Nacional, París

Muchas fueron las maravillas relatadas por Halima sobre el bebé. En el viaje desde La Meca, la mula que le transportaba comenzó milagrosamente a hablar y proclamó en voz alta que llevaba encima al mayor de los profetas, al jefe de los embajadores, al favorito del Todopoderoso. Las ovejas se inclinaban ante él al pasar; cuando el niño miró desde la cuna hacia la luna, ésta se inclinó también en señal de reverencia.

La bendición de los cielos, dicen los escritores árabes, recompensó la caridad de Halima. Mientras el niño estuvo bajo su techo, todo prosperó a su alrededor. Los pozos y manantiales no se secaron nunca; los pastos siempre estuvieron verdes; sus rebaños se multiplicaron por diez; los campos demostraron una abundancia maravillosa y la paz reinó en su casa.

Las leyendas árabes pasan luego a destacar los poderes corporales y mentales, casi sobrenaturales, manifestados por este niño a una edad tan temprana. Se mantenía en pie sin ayuda cuando sólo tenía tres meses; corría por su cuenta cuando tenía siete, y a los diez meses podía jugar con arcos y flechas en compañía de otros niños. A los ocho meses ya sabía hablar lo suficiente para que le entendieran, y un mes más tarde podía hacerlo con fluidez, manifestando una sabiduría que asombraba a cuantos le oían.

A los tres años de edad, mientras jugaba en el campo con su hermano de leche Masaud, aparecieron ante ellos dos ángeles con vestidos resplandecientes. Colocaron a Mahoma suavemente sobre el suelo, y Gabriel —uno de los ángeles— le abrió el pecho, pero sin hacerle el menor daño. Luego tomó su corazón, lo limpió de toda impureza y extrajo las gotas negras y amargas del pecado original (heredado de nuestro padre Adán y que permanece en el corazón de todos sus sucesores, incitándoles al mal). Después de purificarlo por completo, lo llenó de fe y de conocimiento y luz profética, y lo volvió a colocar en el pecho del niño. Entonces, nos dicen los mismos autores, comenzó a emanar de su rostro la misteriosa luz que procedía de Adán y a través de los profetas había llegado hasta la época de Isaac y de Ismael, pero que había permanecido dormida en los descendientes de este último, hasta que volvió a brillar con nuevo esplendor en los rasgos de Mahoma.

Tras aquella visita sobrenatural, nos siguen diciendo, quedó impreso entre los hombros del niño el sello de la profecía, que fue durante toda su vida el símbolo y credencial de su divina misión, aunque los no creyentes no veían en él más que un gran lunar, del tamaño de un huevo de paloma.

Cuando Halima y su esposo tuvieron conocimiento de la maravillosa visita del ángel, sintieron temor de que pudiera ocurrirle alguna desgracia al niño o de que sus visitantes sobrenaturales fueran de la raza de los genios o espíritus malos, que habitan en la soledad del desierto y siembran el mal entre los hijos de los hombres. Por eso, su doncella saadí lo llevó de nuevo a La Meca y lo entregó a su madre, Amina.

Estuvo con su madre hasta cumplir los seis años. Entonces Amina le llevó a la ciudad de Medina, con ocasión de una visita a sus familiares de la tribu de Aadi, pero falleció en el viaje de vuelta y fue enterrada en Abwá, pueblo entre Medina y La Meca. Su sepulcro sería un lugar de recogimiento y tiernos recuerdos para su hijo en el último periodo de su vida.

Barakat, la fiel esclava abisinia, hizo entonces de madre del niño huérfano y lo llevó a su abuelo Abd al-Muttalib, en cuya casa estuvo dos años, rodeado de atenciones y cariño. Abd al-Muttalib era ya de edad muy avanzada; viendo que su fin se acercaba, llamó ante sí a su hijo primogénito, Abu Talib, y le confió la protección especial de Mahoma. El bueno de Abu Talib se llevó a su sobrino hasta el pecho y a partir de entonces lo trató como a un hijo. Cuando, a la muerte de su padre, Abu Talib heredó su misión de proteger la Kaaba, Mahoma siguió durante años viviendo en una especie de hogar sacerdotal, donde se observaban rígidamente los ritos y ceremonias sagrados.

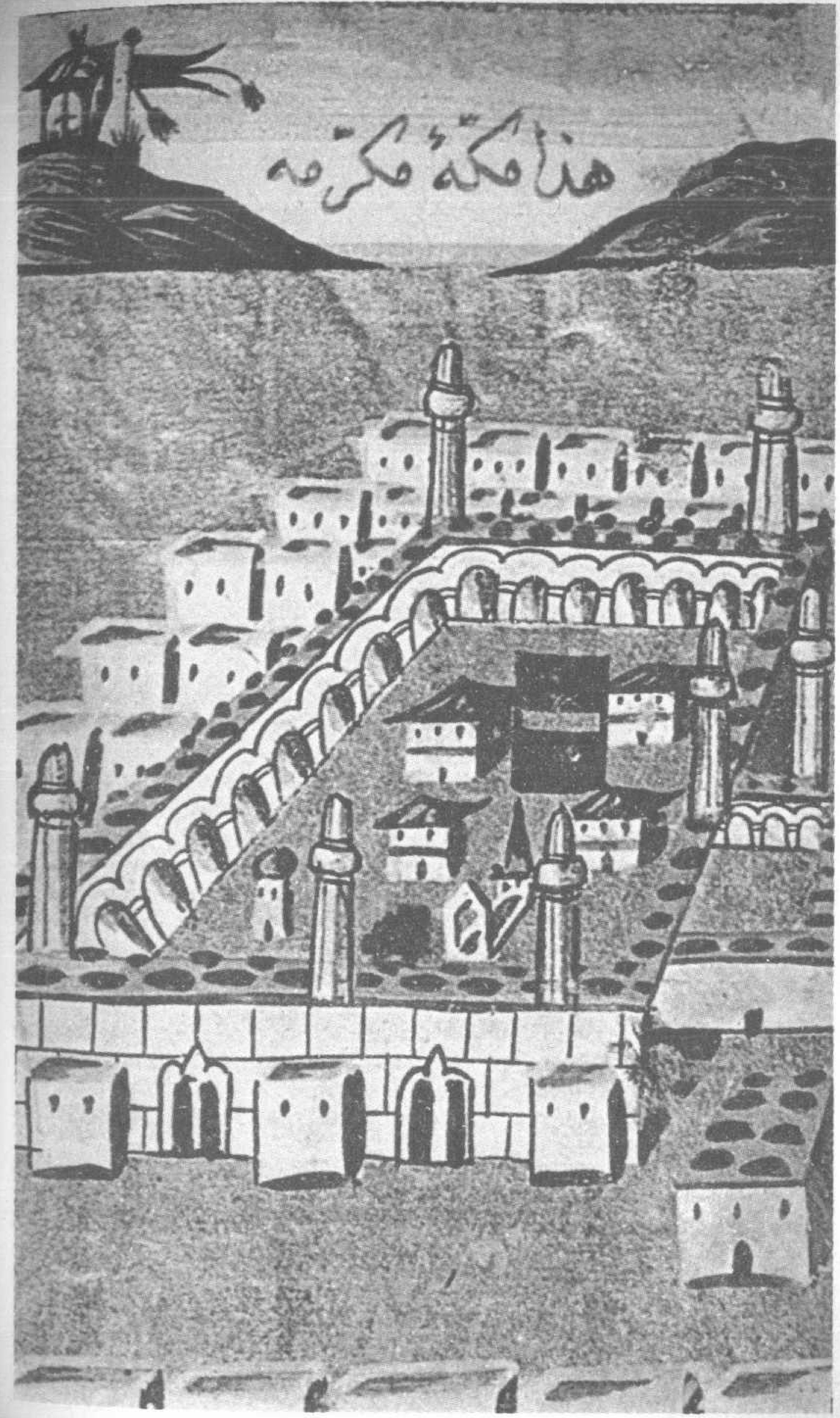
Antes de seguir, nos parece necesario dar alguna información sobre el supuesto origen de la Kaaba y sobre los ritos, tradiciones y supersticiones con ella relacionados, pues están en estrecho contacto con la fe islámica y con la vida de su fundador.

3. Tradiciones sobre La Meca y la Kaaba

Cuando Adán y Eva fueron arrojados del paraíso, cayeron —dicen las tradiciones árabes— en diferentes partes de la tierra: Adán en una montaña de la isla de Sarandib, o Ceilán; Eva en Arabia, a las orillas del mar Rojo, donde se encuentra ahora el puerto de Yedda. Durante doscientos años deambularon por separado y en solitario hasta que, en consideración de su penitencia y abatimiento, pudieron reunirse de nuevo en el monte Arafat, no lejos de la ciudad de La Meca. En medio de su dolor y arrepentimiento, Adán levantó las manos y los ojos al cielo e imploró la clemencia de Dios, suplicando que le permitiera tener un templo semejante al que había contemplado en el paraíso, a cuyo alrededor los ángeles daban vueltas y lo adoraban.

La súplica de Adán fue escuchada. Los ángeles hicieron descender un tabernáculo o templo formado por nubes radiantes. Lo colocaron inmediatamente debajo de su prototipo en el paraíso celestial. A partir de entonces, Adán se volvía hacia el templo para orar y daba todos los días siete vueltas a su alrededor, a imitación de los ángeles.

A la muerte de Adán —dicen las mismas tradiciones—, el tabernáculo de nubes desapareció, o fue elevado de nuevo al cielo; pero Set, hijo de Adán, construyó otro de la misma forma y en el mismo lugar, hecho de piedra y barro. El Diluvio arrasó dicho templo. Muchas generaciones más tarde, en la época de los patriarcas, cuando Agar y su hijo Ismael estaban a punto de perecer de sed en el desierto, un ángel les mostró un manantial o pozo de agua, junto al antiguo emplazamiento del tabernáculo. Era el pozo de Zem Zem, considerado desde entonces como lugar sagrado. Poco después, dos individuos de la raza gigante de los amalecitas, que buscaban un camello extraviado de su campamento, descubrieron el pozo y, después de saciar su sed, llevaron a sus compañeros. Fundaron allí la ciudad de La Meca, colocando a Ismael y a su madre bajo su protección. Pronto fueron expulsados por los habitantes originarios de la región. Ismael se quedó entre ellos. Cuando se hizo hombre, se casó con la hija del príncipe gobernante, de quien tuvo numerosa descendencia: los antepasados del pueblo árabe. Pasado algún tiempo, por orden de Dios decidió reconstruir la Kaaba, en el mismo lugar donde se había encontrado el tabernáculo de nubes originario. En su pia-



La mezquita de La Meca, con la Kaaba en el centro, según un manuscrito árabe conservado en la Biblioteca del Monasterio de Monserrat, Barcelona.

dosa obra recibió la ayuda de su padre Abrahán. Una piedra milagrosa servía a éste de andamio; subía y bajaba con él según iba levantando las paredes del edificio sagrado. Todavía se conserva allí como reliquia de valor incalculable, y los verdaderos creyentes perciben en ella claramente la huella del pie del patriarca.

Mientras Abrahán e Ismael se dedicaban a su trabajo, el ángel Gabriel les trajo una piedra, que ha dado lugar a tradiciones diferentes; según una versión, era una de las piedras preciosas del paraíso, que había caído a la tierra con Adán y luego se había perdido en el fango del Diluvio, hasta que la recuperó el ángel Gabriel. Pero la tradición más comúnmente aceptada dice que en principio había sido el ángel guardián nombrado para vigilar a Adán en el paraíso, convertido en piedra y arrojado de allí tras la caída de éste, en castigo por no haber estado más vigilante. Abrahán e Ismael recibieron la piedra con la debida reverencia y la introdujeron en una esquina del muro exterior de la Kaaba, donde se conserva hasta hoy. Los fieles la besan devotamente cada vez que dan una vuelta completa al templo. Cuando la introdujeron en la pared era, según los relatos, un solo jacinto de deslumbrante blancura, pero poco a poco se fue ennegreciendo con los besos de los mortales pecadores. El día de la resurrección recuperará su forma angélica y constituirá ante Dios un testimonio en favor de los que han realizado fielmente los ritos de la peregrinación.

Estas son las tradiciones árabes, que hicieron de la Kaaba y del pozo de Zem Zem objeto de gran veneración desde la más remota antigüedad entre los pueblos del Oriente y en especial entre los descendientes de Ismael. La Meca, dentro de cuyos muros se encuentran estos sagrados objetos, era una ciudad santa mucho antes de la aparición del mahometismo, y fue un centro de peregrinación visitado por gentes de todas las partes de Arabia. Tan universal y profundo era el sentimiento religioso que rodeaba esta observancia, que cada año se dedicaban cuatro meses a los ritos de la peregrinación, durante los cuales no se podían cometer actos de violencia ni emprender guerras. Las tribus hostiles dejaban de lado las armas; quitaban la punta a las lanzas; atravesaban tranquilamente los desiertos poco antes intrasitables por la guerra; daban siete vueltas a la Kaaba a imitación de las huestes angélicas; tocaban y besaban la misteriosa piedra negra; bebían y realizaban sus abluciones en el pozo de Zem Zem en memoria de su antepasado Ismael; y, tras haber realizado todos los demás ritos primitivos de la peregrinación, volvían a casa sin peligro, para inmediatamente tomar las armas y reanudar sus guerras.

Entre las observancias religiosas de los árabes en aquellos «días de la ignorancia» —es decir, antes de la promulgación de las doctrinas musulmanas—, el ayuno y la oración ocupaban un lugar central. A lo largo del año había tres ayunos: uno de siete días, otro de nueve y otro de treinta. Rezaban tres veces al día: al salir el sol, al mediodía y al ponerse el sol; al hacerlo, volvían el rostro hacia la Kaaba, que era su Qibla o punto de adoración. Tenían muchas tradiciones religiosas, algunas de ellas procedentes de sus contactos anteriores con los judíos. Al parecer, nutrían sus sentimientos religiosos con la lectura del libro de los salmos y de un libro atribuido a Set, donde se recogían discursos morales.

Mahoma se crió en la casa del guardián de la Kaaba. Cabe pensar que las ceremonias y devociones relacionadas con el sagrado edificio influirían desde muy pronto en su espíritu y le inclinarían hacia las especulaciones religiosas que con el tiempo constituirían su principal preocupación. Aunque sus biógrafos musulmanes hayan querido convencernos de que su infancia estuvo marcada por signos y prodigios que presagiaban su destino, la verdad es que su educación fue tan poco esmerada como la de los demás niños árabes. Es más, sabemos que no le enseñaron ni a leer ni a escribir. No obstante, fue un muchacho de inteligencia despierta, con dotes de observación, dado a la meditación y dominado por una imaginación fecunda, audaz y comunicativa. La influencia anual de los peregrinos procedentes de los sitios más lejanos hacía de La Meca un receptáculo de todos los conocimientos existentes, que el muchacho debió de asimilar con avidez y conservar con su gran retentiva. Con el paso de los años dispuso de una esfera de observación cada vez más amplia.

4. Primer viaje de Mahoma

Mahoma había cumplido los doce años, pero, como hemos visto, tenía una inteligencia muy superior a la de un niño de su edad. Tenía un gran sentido de la observación, estimulado por el contacto con peregrinos de todas las partes de Arabia. Su tío Abu Talib, además de tener rango sacerdotal en cuanto guardián de la Kaaba, era uno de los mercaderes más emprendedores de la tribu de Coraix, y estaba en estrecha relación con las caravanas organizadas por su antepasado Haxim para establecer contactos con Siria y Yemen. La llegada y salida de dichas caravanas, que se apretujaban en las puertas de La Meca y llenaban sus calles de animación, eran acontecimientos apasionantes para un joven como Mahoma y le trasladaban en su imaginación a regiones remotas. No podía dominar por más tiempo su curiosidad. En una ocasión, cuando su tío estaba a punto de subir a su camello para partir rumbo a Siria con la caravana, se agarró a él y le suplicó que le permitiera acompañarle: «Tío, ¿quién va a cuidar de mí mientras estés fuera?»

Abu Talib no pudo hacer oídos sordos a su súplica. Debió de pensar también en la conveniencia de que el joven tomara contacto con las actividades de la vida árabe y en que su gran capacidad le permitiría colaborar eficazmente en las faenas habituales de una caravana. Así pues, accedió a su petición y le llevó consigo a Siria.

El camino atravesaba regiones ricas en leyendas y tradiciones, que los árabes gustan repetir por las noches mientras descansan del viaje. Las vastas soledades del desierto, donde este pueblo errante pasa gran parte de su vida, se prestan a la aparición de leyendas y supersticiones; por eso, han poblado estos espacios vacíos de genios buenos y malos, los han hecho intervenir en relatos de encantamientos y participar en acontecimientos maravillosos ocurridos en tiempos ancestrales. En estos descansos de la caravana, la mente juvenil de Mahoma debió de empaparse de muchas de las supersticiones del desierto y conservarlas para siempre en su memoria. Es claro que ejercieron gran influencia en su imaginación. Podemos subrayar en especial dos tradiciones que debió de escuchar entonces y que él reprodujo años más tarde en el Corán. Una se relaciona con el distrito montañoso de Hachar. En él, mientras la caravana serpenteaba entre valles desiertos y silenciosos, iban apareciendo cuevas en las laderas de las montañas; en ellas habían habitado los hijos de Tamud, una de las «tribus perdidas» de Arabia; ésta era la tradición sobre ellos:

Pertenecían a una raza orgullosa y gigantesca, que existía desde antes de la época del patriarca Abrahán. Habían caído en la más ciega idolatría y Dios les envió un profeta llamado Salih para volverlos al buen camino. No obstante, se negaron a escucharle hasta que no demostrase la divinidad de su misión haciendo que de las entrañas de una montaña saliera una camella embarazada. Salih así lo pidió a Dios y, ¡oh prodigio!, se abrió una roca de la que salió una camella, que pronto tuvo una cría. Algunos de los tamudeos se dejaron convencer por el milagro y renunciaron a su idolatría; sin embargo, la mayor parte se resistió. Salih dejó la camella allí como señal, advirtiéndoles que caería sobre ellos el juicio del cielo si le hacían el menor daño. Durante algún tiempo estuvo yendo a alimentarse en los pastizales, saliendo por la mañana y regresando por la tarde. Es cierto que cuando inclinaba la cabeza para beber de un arroyo o pozo, no la levantaba hasta acabar con la última gota de agua; pero, en cambio, daba leche suficiente para alimentar a toda la tribu. Sin embargo, como asustaba a los demás camellos, los tamudeos la tomaron con ella, la inmovilizaron y la mataron. Entonces se oyó un grito terrible desde los cielos acompañado de grandes truenos, y por la mañana todos los culpables aparecieron tendidos en el suelo, muertos. De esta manera desapareció de la tierra aquella raza y su país tuvo que padecer desde entonces la maldición del cielo.

Este relato impresionó fuertemente a Mahoma, hasta el punto de que, años más tarde, no permitió que su pueblo acampara en aquella zona y lo alejó de la región maldita.

Otra tradición, escuchada en este viaje, hacía referencia a la ciudad de Ayla, situada junto al mar Rojo. Se decía que el lugar había sido habitado en tiempos remotos por una tribu de judíos, que cayeron en la idolatría y profanaron el sábado, pescando en el día sagrado; en castigo, los ancianos quedaron transformados en cerdos y los jóvenes en monos.

Hemos señalado de forma especial estas dos tradiciones porque ambas aparecen citadas por Mahoma como ejemplos del juicio divino contra la idolatría y reflejan la mentalidad que se iba formando sobre tema tan importante.

Como siempre, los escritores musulmanes nos relatan las maravillosas circunstancias que acompañaron al joven durante este viaje, como demostración de la ininterrumpida protección celestial. En una ocasión, mientras atravesaba las arenas ardientes del desierto, un ángel invisible revoloteaba sobre él, protegiéndole con sus alas; evidentemente es un milagro que no puede basarse en el testimonio de ningún testigo presencial. En otra ocasión, le protegió una nube suspendida sobre su cabeza durante el calor asfixiante del mediodía; más tarde, mientras intentaba protegerse en la escasa sombra de un árbol marchito, éste echó de repente hojas y flores.

Después de bordear los antiguos dominios de los moabitas y los ammonitas, muchas veces mencionados en las Sagradas Escrituras, la caravana llegó a Bosra o Bostra, en los confines de Siria, en el país de la tribu de Manasés, al otro lado del Jordán. En los días de la Escritura había sido la ciudad de los levitas, pero entonces estaba habitada por

cristianos nestorianos. Era un gran centro comercial, visitado anualmente por las caravanas. Nuestros caminantes se detuvieron allí y acamparon junto a un convento de monjes nestorianos.

Los miembros de esta hermandad recibieron a Abu Talib y a su sobrino con generosa hospitalidad. Uno de los monjes —que unos llaman Sergio y otros Bahira[7]— entabló conversación con Mahoma y se sorprendió ante la precocidad de su inteligencia y su insaciable deseo de aprender, sobre todo en cuestiones religiosas. Hablaron muchas veces de estos temas y al parecer el monje debió de centrar sus esfuerzos en arremeter contra la idolatría en que se había educado hasta entonces el joven Mahoma, pues los cristianos nestorianos condenaban con energía no sólo el culto de las imágenes, sino la exhibición de las mismas. Sus escrúpulos al respecto llegaban hasta el punto de que incluían en esta prohibición la misma cruz, el emblema común del cristianismo.

Muchos han relacionado el conocimiento de los principios y tradiciones de la fe cristiana demostrado luego por Mahoma con estas conversaciones de juventud con el monje; sin embargo, es probable que tuviera nuevos contactos con él en las visitas que realizó más tarde a Siria.

Los autores musulmanes afirman que el interés demostrado por el monje hacia el joven desconocido se debía a que éste había descubierto, por casualidad, el sello de la profecía que Mahoma tenía entre los hombros. Dicen también que, cuando estaban a punto de regresar hacia La Meca, advirtió a Abu Talib que tuviera cuidado de que su sobrino no cayera en manos de los judíos, anticipando así con su visión profética los problemas y enfrentamientos que tendría con ellos.

Pero no hacía falta ningún peligro para explicar el interés de un monje exaltado hacia un joven inteligente y curioso que además era sobrino del guardián de la Kaaba y podía depositar en La Meca la semilla del cristianismo; y era lógico que el monje procurara evitar que su posible converso, todavía indeciso en materia religiosa, se dejara atraer hacia la fe judía.

Cuando Mahoma regresó a La Meca, bullían en su imaginación increíbles relatos y tradiciones escuchados en el desierto, y estaba profundamente impresionado por las doctrinas aprendidas en el convento nestoriano. En adelante, debió de sentir una misteriosa reverencia hacia Siria, probablemente por las impresiones religiosas allí recibidas. Era la tierra adonde se había dirigido Abrahán desde Caldea, llevando con él el culto primitivo al único Dios verdadero.[8] «Verdaderamente —solía decir años más tarde—, Dios ha mantenido siempre guardianes de su palabra en Siria; son cuarenta; cuando uno muere, otro viene a ocupar su lugar; y gracias a ellos es una tierra bendita.» O también: «¡Bendito el pueblo de Siria, pues los ángeles del buen Dios extienden sus alas sobre él!»[9]

5. Jadicha

Mahoma se dedicó por completo a la vida activa, acompañando a sus tíos en varias expediciones. En una ocasión, cuando tenía dieciséis años de edad, lo encontramos con su tío Zubair, marchando con la caravana rumbo a Yemen; en otra, llevando armas al servicio de su mismo tío, que dirigía una expedición militar de los coraixíes en ayuda de los kinaníes, contra la tribu de Hawazin. Suele considerarse ésta la primera experiencia de Mahoma con las armas, aunque debió de limitarse a proporcionar flechas a su tío en los momentos de acción más intensa y a protegerle de los dardos del enemigo. Los autores árabes condenan esta guerra, conocida con el nombre de Fachr, o guerra impía, por haber tenido lugar durante los meses sagrados de la peregrinación.

Al ir avanzando en años, Mahoma fue empleado por diferentes personas como agente comercial o agente de ventas en los viajes de las caravanas a Siria, Yemen y otros lugares. Todo ello contribuyó a ampliar su esfera de observación y a permitirle conocer desde muy pronto el verdadero carácter de los asuntos humanos.

También acudió con frecuencia a ferias. En Arabia las ferias no eran meros lugares de intercambio, sino también escenario de competiciones poéticas entre diferentes tribus, donde se premiaba a los triunfadores y los poemas vencedores se guardaban como tesoros en los archivos de los príncipes. Así ocurría de forma especial en la feria de Ukaz; siete de los poemas premiados en ella colgaban como trofeos en la Kaaba. Además, en estas ferias se recitaban también las tradiciones populares de los árabes y se inculcaban las diversas creencias religiosas que coexistían en Arabia. Gracias a estas fuentes orales, Mahoma fue adquiriendo poco a poco gran parte de la rica información sobre credos y doctrinas de que hizo gala más tarde.

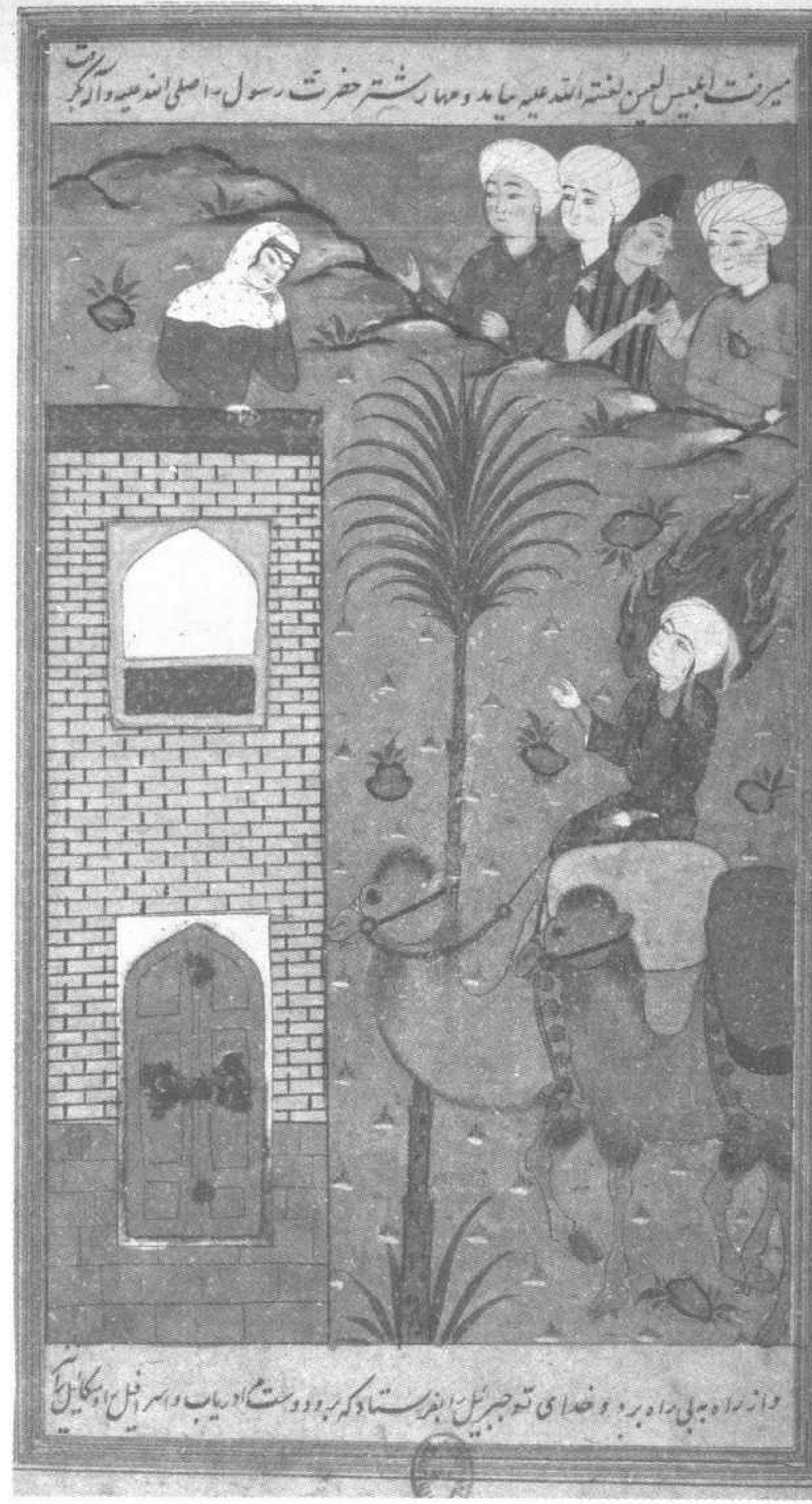
Por entonces residía en La Meca una viuda llamada Jadicha, de la tribu de Coraix. Había estado casada dos veces. Su último esposo, un comerciente adinerado, acababa de morir y los importantes negocios familiares necesitaban alguien que los dirigiera. Un sobrino de la viuda, llamado Juzaina, había entrado en contacto con Mahoma durante las expediciones comerciales de éste, y había observado la habilidad e integridad de que el joven hacía gala en todas las ocasiones. Habló de él a su tía y alabó sus cualidades para organizar sus asuntos comerciales. El físico de Mahoma debió de contribuir también a dar más fuerza a esta recomendación; tenía entonces unos veinticinco años y los escritores árabes ponderan su belleza varonil y atractivos ademanes. Tan de-

seosa se mostró Jadicha de conseguir sus servicios, que le ofreció un salario doble del normal por encargarse de una caravana que estaba a punto de enviar hacia Siria. Mahoma consultó con su tío Abu Talib y, por consejo de éste, aceptó la oferta. En la expedición contó con la compañía y la ayuda del sobrino de la viuda y la del esclavo de ésta, Maisara. Jadicha quedó tan complacida de la manera en que Mahoma realizó su misión que, a la vuelta, le pagó el doble de la cantidad convenida. Después le envió a las regiones meridionales de Arabia en expediciones semejantes, y en todas ellas los resultados fueron igualmente satisfactorios.

Jadicha tenía entonces cuarenta años y era una mujer inteligente y con experiencia. La capacidad mental de Mahoma le hizo cada vez más atractivo a sus ojos y pronto su corazón comenzó a suspirar por aquel hombre joven y atractivo. Según las leyendas árabes, se produjo un milagro que, de forma muy oportuna, confirmó y santificó sus inclinaciones. Un día estaba Jadicha con sus doncellas, a la hora del mediodía, en la terraza de su casa, viendo la llegada de una caravana dirigida por Mahoma. Mientras se acercaba, ella vio, con asombro, cómo dos ángeles le protegían con sus alas de los ardores del sol. Se volvió emocionada a las doncellas y exclamó: «¡Mirad al amado de Alá, que envía dos ángeles para que cuiden de él!»

La leyenda no aclara si las doncellas miraron con los mismos ojos de devoción que su señora ni si vieron o no a los ángeles. El caso es que la viuda quedó dominada por una fe ardiente en los méritos sobrehumanos de su fiel servidor y poco después envió a su fiel esclavo, Maisara, a ofrecerle su mano. El relato de la negociación es breve y sencillo. «Mahoma —preguntó Maisara—, ¿por qué no te casas?» «No tengo medios para ello», replicó Mahoma. «Sí, pero si una dama rica te ofreciera su mano... siendo además bella y de alto linaje...» «¿Quién es ella?» «¡Jadicha!» «¡No es posible!» «Déjalo en mis manos.» Maisara volvió a su señora y le contó lo que había ocurrido. Eligieron una hora para verse personalmente y el asunto se arregló satisfactoriamente con la rapidez y sagacidad que había distinguido a Mahoma en sus relaciones con la viuda. El padre de Jadicha presentó cierta oposición a la boda. Mahoma era pobre, y la idea más extendida era que los ricos debían casarse también con ricos. Pero la viuda consideró, sabiamente, que sus riquezas no eran más que un medio que le permitía seguir los dictados de su corazón. Organizó un gran banquete, al que fueron invitados su padre y el resto de sus familiares, así como los tíos de Mahoma, Abu Talib y Hamza, además de algunos otros coraixíes. En este banquete se sirvió vino con generosidad y pronto todos estuvieron de buen humor. Se olvidaron las objeciones a la pobreza de Mahoma; hubo discursos de Abu Talib, por una parte, y de Waraka, de la familia de Jadicha, por la otra, ambos a favor de las nupcias propuestas; se fijó la dote y se realizó oficialmente el matrimonio.

Entonces Mahoma mandó matar un camello delante de su puerta y distribuyó la carne entre los pobres. La casa quedó abierta a todos. Las esclavas de Jadicha bailaron al son de las panderetas y por todas partes se respiraba jolgorio y alegría. Abu Talib, olvidándose de su edad y



Miniatura persa que representa el momento en que la viuda Jadicha observa desde la terraza de su residencia a su empleado Mahoma, quien, envuelta su cabeza en un halo divino, regresa de una expedición comercial a Siria. Biblioteca Nacional, París.

de su habitual melancolía, disfrutó mucho de la celebración. Había pagado de su propio bolsillo una dote de doce *uqqas* y media de oro, el equivalente a veinte camellos jóvenes. Halima, que había criado a Mahoma durante su infancia, fue invitada también a participar en la celebración de las nupcias y recibió como regalo un rebaño de cuarenta ovejas, con las que regresó, enriquecida y feliz, a su valle natal, en el desierto de los saadíes.

6. Mahoma, profeta de Dios

El matrimonio con Jadicha situó a Mahoma entre los hombres más ricos de su ciudad natal. Su categoría moral le daba también gran influencia en la comunidad. Alá, dice el historiador Abulfeda, le había concedido todos los dones necesarios para hacer de él un hombre honrado: era tan puro y sincero, tan ajeno a los malos pensamientos, que casi todos lo llamaban con el nombre de Al Amín, o El Fiel.

La gran confianza que suscitaban su juicio y honradez le convirtió muchas veces en árbitro en las disputas de sus conciudadanos. Nos ha llegado una anécdota que ilustra su sagacidad en tales ocasiones. La Kaaba había sufrido daños por un incendio y la estaban reparando. Mientras duraban las obras, hubo que quitar la piedra negra sagrada. Entonces estalló una discusión entre los jefes de las diversas tribus, pues todos querían realizar tan honrosa misión. Decidieron someter la decisión a la primera persona que entrara por la puerta de *al Hâram*. Esa persona fue Mahoma. Al oír sus contrapuestas exigencias, mandó que pusieran un gran manto en el suelo y encima la piedra. Luego, un hombre de cada tribu cogería el borde del paño. De esta manera la piedra sagrada fue elevada en la misma medida y al mismo tiempo por todos ellos hasta una altura determinada, y entonces Mahoma la sujetó con sus propias manos.

Fruto de su matrimonio con Jadicha fueron cuatro hijas y un hijo. Este recibió el nombre de Qasim, y por eso Mahoma fue llamado a veces Abu Qasim, o padre de Qasim, según la nomenclatura árabe. Pero el niño murió al poco tiempo.

Durante varios años después de su matrimonio siguió dedicándose al comercio, visitando las grandes ferias árabes y realizando prolongados viajes con las caravanas. Sus expediciones no fueron tan rentables como en los días anteriores a su boda, y en el curso de estas operaciones la riqueza recibida de su mujer, más que aumentar, fue disminuyendo. Pero lo importante es que gracias a la fortuna de su mujer ya no tenía necesidad de trabajar para mantenerse y podía disfrutar de tiempo libre para seguir las inclinaciones originarias de su espíritu: el ensueño y la especulación religiosa, que le habían atraído desde sus primeros años. Esta tendencia se había visto fortalecida a lo largo de sus viajes y por el contacto con judíos y cristianos, en un principio fugitivos de las persecuciones, pero ahora reunidos en tribus o confundidos con la población de las ciudades. También los desiertos árabes, llenos como estaban de fantásticas supersticiones, habían dado pábulo a sus ensueños entusiastas. Desde su matrimonio con Jadicha disponía también de un

oráculo familiar que le influiría en sus opiniones religiosas. Era el primo de su esposa, Waraka, hombre de mente especulativa y flexible, que había pasado del judaísmo al cristianismo y además tenía pretensiones de astrólogo. Su figura es importante, pues realizó la primera traducción al árabe de algunas partes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Mahoma debió de recibir de él gran parte de su información sobre las Escrituras y sobre las tradiciones de la Mishná y del Talmud, reflejadas en el Corán.

Los conocimientos adquiridos y almacenados en su increíble memoria estaban en directa oposición con la tosca idolatría dominante en Arabia y practicada en la Kaaba. El sagrado edificio se había llenado progresivamente de ídolos, hasta un número de trescientos sesenta, uno por cada día del año árabe. Habían traído ídolos de distintas regiones, las divinidades de otras naciones. La principal de ellas era Hubal, de Siria, que tenía el poder de enviar la lluvia. Entre los ídolos figuraban también Abrahán e Ismael, reverenciados antiguamente como profetas y antepasados y ahora representados con flechas adivinatorias en las manos, en clara alusión a sus poderes mágicos.

Mahoma era cada vez más sensible a la tosquedad y absurdo de esta idolatría, pues en su espíritu la contraponía con las religiones espirituales que habían constituido el centro de sus investigaciones. Varios pasajes del Corán revelan la idea dominante que poco a poco fue aflorando en su mente, hasta obsesionar sus pensamientos y determinar sus acciones: la idea de la reforma religiosa. Después de tanto meditar y aprender, había llegado a la firme convicción de que la única religión verdadera era la revelada a Adán en el momento de su creación y promulgada y practicada en los días anteriores al pecado. Dicha religión proclamaba el culto directo y espiritual a un solo Dios verdadero.

Además, estaba persuadido de que esta religión, tan elevada y sencilla, había sufrido numerosas corrupciones y degradaciones, la más grave de las cuales sería la idolatría; por eso, de vez en cuando había aparecido un profeta inspirado por una revelación del Altísimo para devolver a la religión su pureza original. Tal fue el caso de Noé, de Abrahán, de Moisés y de Jesucristo. Cada uno de ellos había restablecido sobre el mundo la religión verdadera, pero sus seguidores la habían falseado a continuación. La fe, tal como la enseñó y practicó Abrahán al salir de la tierra de Caldea, debió de constituir el modelo religioso para su espíritu, dada su veneración hacia el patriarca en cuanto padre de Ismael, progenitor de su raza.

Mahoma creía que había llegado de nuevo el momento de hacer otra reforma. El mundo había caído una vez más en una ciega idolatría. Era necesaria la llegada de otro profeta, autorizado por un mandato de lo alto, para llevar al buen camino a los hombres extraviados, y para restaurar el culto de la Kaaba tal como había sido en los días de Abrahán y de los patriarcas. La probabilidad de esta llegada, con sus reformas consiguientes, debió de constituir una obsesión para su mente y le inclinó al ensueño y a la meditación, actitudes incompatibles con las actividades cotidianas y con el bullicio del mundo. Se cuenta que poco a poco se fue alejando de la sociedad en busca de la soledad de una cueva en

el monte Hira, unas tres leguas al norte de La Meca, donde, a imitación de los anacoretas cristianos del desierto, se pasaba días y noches enteras dedicado a la oración y a la meditación. Así pasaba siempre el mes del Ramadán, el mes sagrado de los árabes. Esta concentración mental en un único tema, junto con su fervoroso entusiasmo espiritual, tenía que dejar profunda huella en él. Padecía sueños, éxtasis y trances. Durante seis meses seguidos —según uno de sus historiadores— tuvo sueños constantes sobre lo que constituía su obsesión. Muchas veces perdía por completo la conciencia de los objetos circundantes y caía al suelo, al parecer totalmente insensible. Jadicha, que a veces le acompañaba fielmente en su soledad, observaba estos paroxismos con preocupación y nerviosismo y trató de averiguar la causa; pero Mahoma no contestaba a sus preguntas o le daba respuestas misteriosas. Algunos de sus adversarios han atribuido estos fenómenos a la epilepsia,[10] pero los musulmanes devotos ven en ellos manifestaciones de su carácter profético, pues, según ellos, ya habían comenzado a llegar a su espíritu las llamadas del Altísimo, aunque todavía en forma confusa; su mente tenía que hacer frente a concepciones demasiado grandiosas para un ser mortal. Con el tiempo —siguen diciendo—, lo que antes se había adivinado en sueños se fue manifestando en forma clara y precisa gracias a una aparición angélica y a una anunciación divina.

Tenía cuarenta años de edad cuando se produjo esta famosa revelación. Nos han llegado relatos de autores musulmanes que escucharon sus propias palabras, y hay ciertas alusiones en el Corán. Como tenía por costumbre, estaba pasando el mes del Ramadán en la cueva del monte Hira, tratando de llegar —mediante el ayuno, la oración y la meditación solitaria— a la contemplación de la divina verdad. Era la noche que los árabes llaman Al Qadr, o el Decreto Divino; una noche en que, según el Corán, los ángeles descienden a la tierra y Gabriel hace llegar los decretos de Dios. Durante esa noche hay paz en la tierra, una paz sagrada reina en la naturaleza entera hasta la llegada del alba.

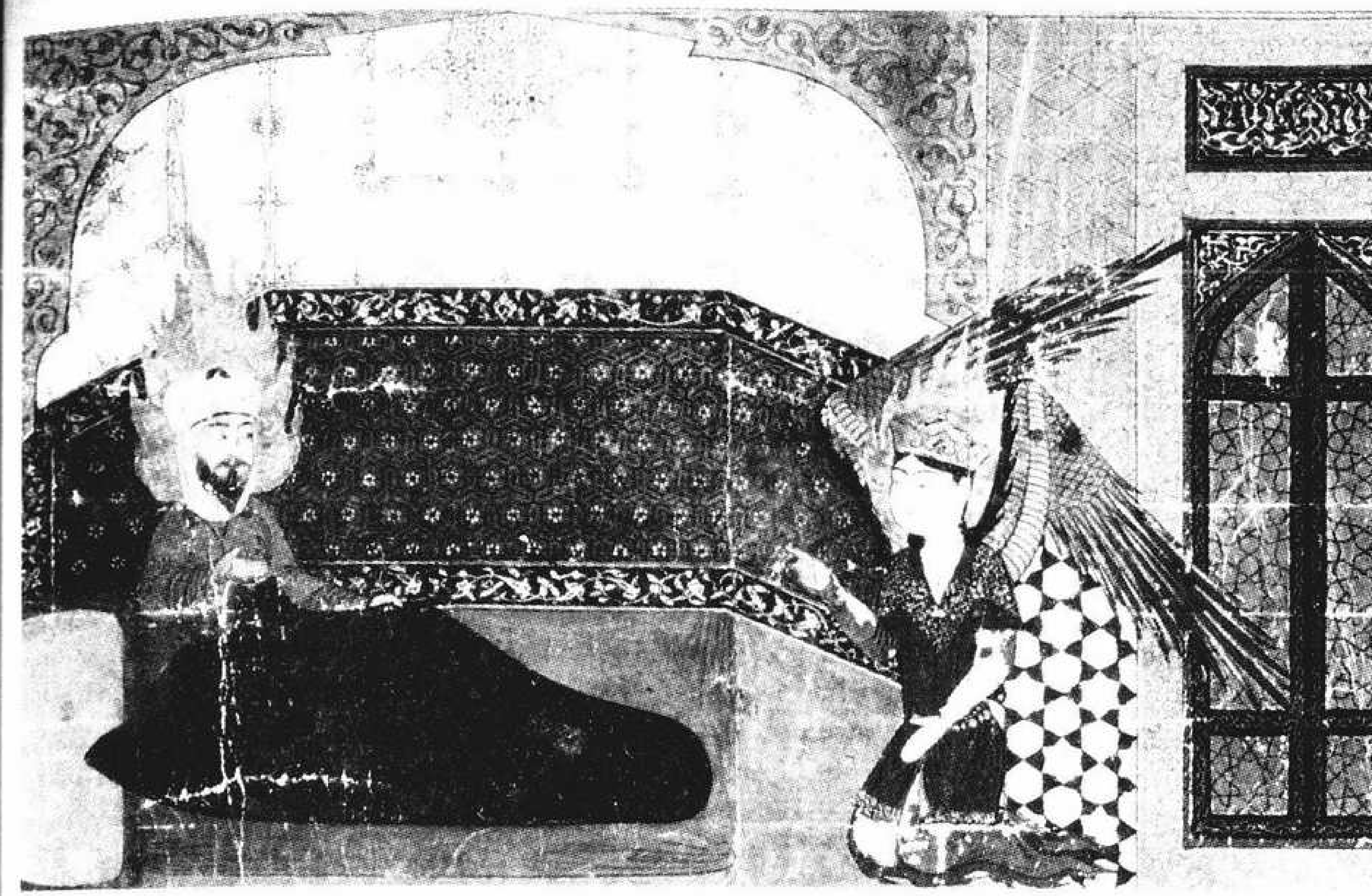
En el silencio de la noche, Mahoma estaba acostado, envuelto en su manto, cuando oyó una voz que le llamaba; se descubrió la cabeza y descendió sobre él un rayo de luz tan fuerte, que le hizo perder el conocimiento. Cuando recuperó la conciencia, vio un ángel en forma humana que, aproximándose desde cierta distancia, le enseñaba un paño de seda, cubierto con caracteres escritos.

«Lee», dijo el ángel.

«No sé leer», respondió Mahoma.

«Lee —repitió el ángel— en el nombre del Señor, que ha creado todas las cosas; que creó al hombre de un coágulo de sangre. Lee en el nombre del Altísimo, que enseñó al hombre a utilizar la pluma; que envía a su alma la luz del conocimiento y le enseña lo que antes no sabía.»

Al oír estas palabras, Mahoma sintió que una luz celestial iluminaba su inteligencia y leyó las palabras escritas en el paño. En ellas se reproducían los decretos de Dios, tal como se promulgaron luego en el Corán. Al finalizar la lectura, el mensajero celeste anunció: «¡Oh Mahoma, en verdad tú eres el profeta de Dios y yo soy su ángel Gabriel!»



Mahoma recibe la revelación divina por mediación del ángel Gabriel. Miniatura conservada en la Biblioteca Nacional, París.

Mahoma llegó por la mañana a presencia de Jadicha temblando e inquieto; no sabía si lo que había oído y visto era cierto, en cuyo caso él era un profeta enviado a realizar la reforma soñada en sus meditaciones, o si todo había sido una apariencia, un engaño de los sentidos o, lo que era todavía peor, la aparición de un espíritu maligno.

Sin embargo, Jadicha lo vio todo con la mirada de la fe y la credulidad de una mujer enamorada. Vio en ello el cumplimiento de los deseos de su esposo y el final de sus paroxismos y privaciones. «¡Qué buenas nuevas me traes! —exclamó ella—. Por aquel en cuya mano está el alma de Jadicha, te reconoceré en adelante como el profeta de nuestra nación. Alégrate —siguió diciendo, al verle todavía deprimido—, Alá no dejará que te pase nada malo. ¿No has sido tú hombre amante de tus familiares, amable con tus vecinos, caritativo con los pobres, hospitalario para los desconocidos, fiel a tu palabra y defensor de la verdad?»

Jadicha corrió rápidamente a informar de lo que había oído a su primo Waraka, el traductor de las Escrituras, el cual, como hemos visto, había sido para Mahoma una especie de oráculo doméstico en materia de religión. Se entusiasmó en seguida ante tan milagroso anuncio. «Por aquel en cuya mano está el alma de Waraka —exclamó—, tú dices la verdad, ¡oh Jadicha! El ángel que se ha aparecido a tu esposo es el mismo que, en la Antigüedad, fue enviado a Moisés, el hijo de Amrán. El anuncio es verdadero. ¡Tu esposo es un profeta!»

La fervorosa colaboración del ilustrado Waraka debió de contribuir en gran medida a fortalecer el vacilante espíritu de Mahoma.

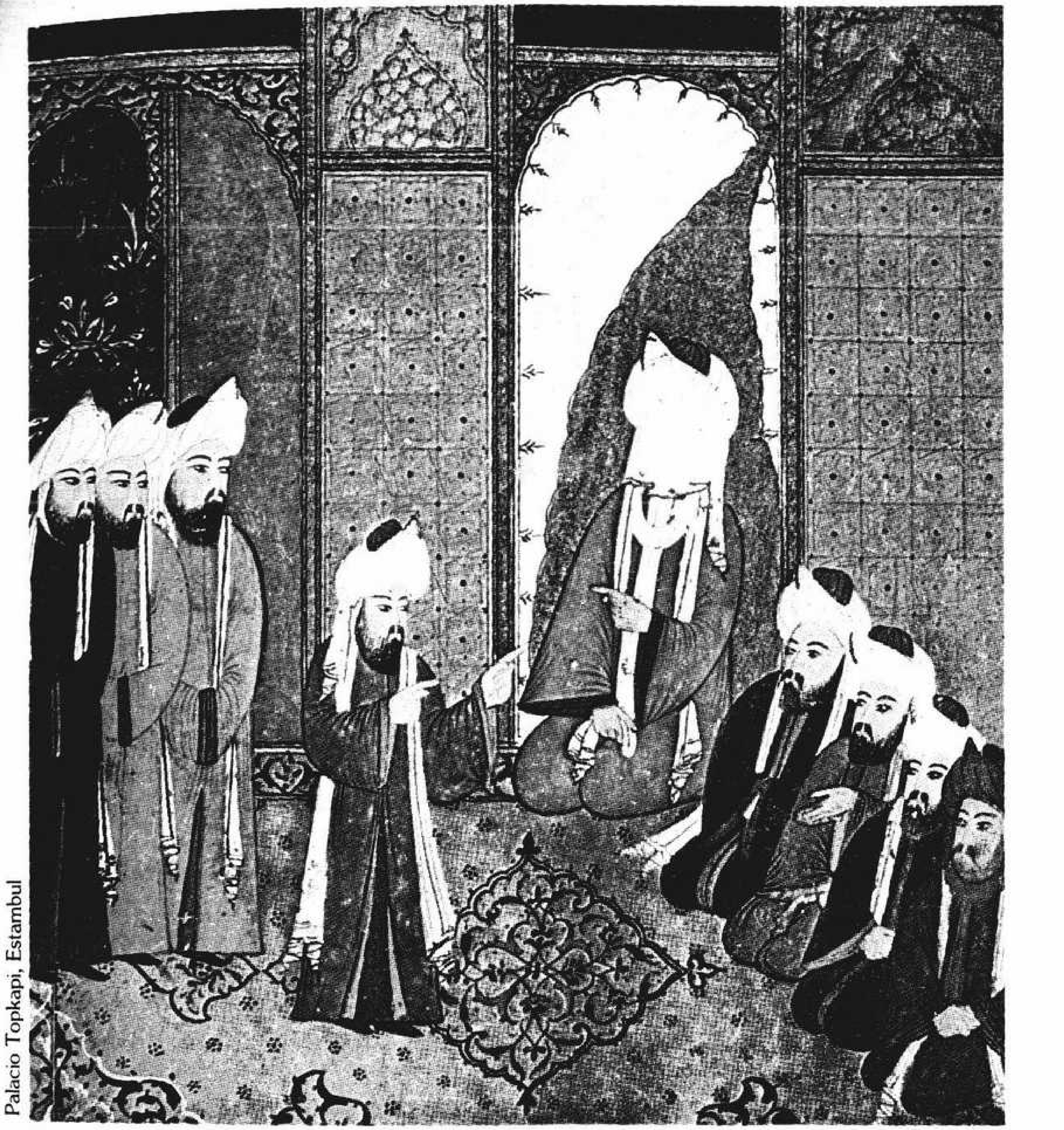
7. «Predicar y glorificar a Dios»

Durante algún tiempo, Mahoma sólo relató sus revelaciones a s propia familia. Uno de los primeros en confesarse creyente fue su sierv Zaid, árabe de la tribu de Kalb. Este joven había sido capturado en s niñez por una banda de salteadores coraixíes y había llegado —por com pra o repartos— a ser propiedad de Mahoma. Varios años después s padre tuvo conocimiento de que estaba en La Meca y fue hasta allí, ofr ciendo una suma considerable por su rescate. «Si decide ir contigo —dij Mahoma—, se irá sin necesidad de rescate; pero si prefiere quedars conmigo, ¿por qué voy a obligarle a que se vaya?» Zaid prefirió queda se, pues, dijo él, le habían tratado siempre más como a un hijo que co a un esclavo. Entonces Mahoma le adoptó públicamente y desde ento ces había permanecido fielmente a su servicio. Ahora, al abrazar la nu va fe, quedó en completa libertad, pero a lo largo de toda su vida co servó la abnegada fidelidad que Mahoma debió de inspirar en much de sus seguidores y subordinados.

Los primeros pasos de Mahoma en su carrera profética fueron v cilantes, peligrosos y secretos. Tenía que enfrentarse con la posible en mistad de todos los que le rodeaban: de su familia más próxima, los c raixíes del linaje de Haxim, cuyo poder y prosperidad se identificaba con la idolatría; y todavía más del linaje rival de Abd Xams, que hab sentido desde siempre envidia y celos de los haximíes y aprovecharía e cantado la acusación de herejía e impiedad para arrebatarle la prote ción de la Kaaba. Al frente de esta rama rival de Coraix estaba Abu S fián, hijo de Harb, nieto de Omeya y bisnieto de Abd Xams. Era homb capaz y ambicioso, de gran riqueza e influencia. Con el tiempo sería un de los más tenaces y poderosos rivales de Mahoma.[11]

En circunstancias tan adversas la nueva fe se propagó en secret y con gran lentitud, hasta el punto de que durante los tres primeros año el número de conversos no pasó de cuarenta; éstos, en su mayor part eran además jóvenes, extranjeros y esclavos. Cuando se reunían a or lo hacían en privado, bien en la casa de uno de los iniciados o en un cueva próxima a La Meca. Pero su secreto no les libró de sufrir ultraje Sus reuniones fueron descubiertas; una chusma entró en la cueva y s produjo un enfrentamiento. Uno de los atacantes fue herido en la cab za por Saad, un armero que pasaría a la posteridad como el primero d los creyentes que derramó sangre por la causa del Islam.

Uno de los principales oponentes de Mahoma era su tío, Abu L hab, hombre acaudalado, de espíritu orgulloso y temperamento irrit



Palacio Topkapi, Estambul

Miniatura de un libro del siglo XIII en la que se ve a Mahoma con el rostro cubierto predicando la doctrina islámica a sus primeros seguidores.

ble. Su hijo Utba se había casado con la tercera hija de Mahoma, Ruqaya, estableciendo así una doble relación. No obstante, Abu Lahab tenía también vínculos con el linaje rival de Coraix, pues estaba casado con Umm Chamil, hermana de Abu Sufián, y estaba muy dominado por su esposa y su cuñado. Condenó lo que él llamaba herejías de su sobrino, pues consideraba que atraerían la desgracia a su descendencia inmediata y que merecían las hostilidades del resto de la tribu de Coraix. Mahoma sufrió mucho por la rencorosa oposición de su tío, que atribuía a las instigaciones de su esposa, Umm Chamil. Lo deploraba muy en especial al ver que afectaba a la felicidad de su hija Ruqaya, cuya inclinación hacia sus doctrinas le había ganado los reproches de su esposo y de su familia.

Estas y otras causas de preocupación abrumaron su espíritu y aumentaron la perturbación de su mente. Estaba ojeroso y agotado, y cada vez más encerrado en sus abstracciones. Los familiares que le tenían afecto, al ver su semblante, temían que padeciera alguna enfermedad. Otros le acusaban despectivamente de alucinación mental; entre los que se burlaban destacaba la esposa de su tío, Umm Chamil, la hermana de Abu Sufián.

El resultado de esta inquieta situación anímica y corporal fue otra visión, o revelación, en que recibió la orden de «levantarse, predicar y glorificar a Dios». Debía proclamar, pública y valientemente, sus doctrinas, empezando por los miembros de su familia y de su tribu. Así pues, el cuarto año de lo que se llama su misión, reunió a todos los coraixíes de la familia de Haxim en la colina de Safa, en las proximidades de La Meca, para explicarles algunos asuntos importantes para su bienestar. Acudieron a la convocatoria. También estaba presente el tío de Mahoma, Abu Lahab, y su esposa, Umm Chamil. Cuando el profeta acababa de comenzar su alocución, hablando de su misión y de sus revelaciones, Abu Lahab se levantó hecho una furia, le recriminó por reunirlos con una idea tan peregrina y, cogiendo una piedra, levantó la mano dispuesto a lanzarla contra él. Mahoma le dirigió una mirada fulminante; maldijo la mano que intentaba amenazarle y predijo su condenación al fuego de la Gehena, asegurando además que su esposa, Umm Chamil, llevaría el haz de espinas con que se encendería el fuego.

La asamblea se disolvió en medio de una gran confusión. Abu Lahab y su esposa, indignados por la maldición pronunciada contra ellos, obligaron a su hijo, Utba, a repudiar a su esposa, Ruqaya, y la devolvieron a Mahoma. Al principio estaba desconsolada, pero pronto tuvo su recompensa y pudo casarse con un seguidor de la nueva fe.

Mahoma no se dejó desanimar por el fracaso de su primer intento y convocó una segunda reunión de los haximíes en su propia casa. Tras obsequiarles con la carne de un cordero y leche, se levantó y proclamó, con todo detalle, las revelaciones recibidas del cielo y el mandato divino de transmitirlas a su familia.

«¡Hijos de Abd al-Muttalib! —exclamó con entusiasmo—, de entre todos los hombres Alá os ha elegido a vosotros como destinatarios de estos inapreciables dones. En su nombre os ofrezco las bendiciones de este mundo, y luego la alegría que no tiene fin. ¿Quién de vosotros quiere recibir el peso de mi ofrecimiento? ¿Quién quiere ser mi hermano, mi lugarteniente, mi visir?»

Todos permanecieron en silencio, unos dudando, otros sonriendo en actitud de incredulidad y burla. Por fin, Alí, llevado por el entusiasmo juvenil, se ofreció a servir al Profeta, aunque reconociendo humildemente sus pocos años y su debilidad física.[12] Mahoma abrazó al generoso joven y lo estrechó contra su pecho. «Os presento a mi hermano, mi visir, mi representante —exclamó—; que todos escuchen sus palabras y le obedezcan.»

La respuesta al arrebato de aquel mozalbete fue una estentórea carcajada de los coraixíes; luego comenzaron a gastar bromas a Abu Talib,

padre del joven prosélito, y a decirle que tendría que inclinarse ante su hijo y prestarle obediencia.

Pero aunque las doctrinas fueron tan mal acogidas entre sus familiares y amigos, encontraron aceptación entre otras personas, en especial entre las mujeres, siempre dadas a apoyar una causa perseguida. Muchos de los judíos le siguieron también durante algún tiempo, pero cuando comprobaron que permitía a sus discípulos comer carne de camello y de otros animales prohibidos por la ley, cambiaron de actitud y tacharon su religión de impura.

Mahoma, decidido a actuar sin reservas, o más bien inspirado por un entusiasmo creciente, se dedicó abiertamente a proclamar sus doctrinas y a presentarse como un profeta, enviado por Dios para acabar con la idolatría y para mitigar el rigor de la ley judía y cristiana. Los lugares favoritos de su predicación fueron las colinas de Safa y Kubeis, santificados por tradiciones sobre Agar e Ismael, y el monte Hira fue su Sinaí, adonde se retiraba de vez en cuando, lleno de fervor y entusiasmo, para regresar con nuevas revelaciones del Corán.

Los escritores cristianos antiguos, al tratar de la aparición de quien condenan como enemigo de la Iglesia, recogen supersticiosamente diversos prodigios ocurridos por entonces, que consideran como presagios de los males que iban a agitar el mundo. En Constantinopla, por entonces sede del imperio cristiano, nacieron varios monstruos y hubo apariciones prodigiosas, que llenaron de consternación a los testigos. En algunas procesiones religiosas celebradas en la ciudad, las cruces comenzaron a moverse solas y a agitarse violentamente, causando asombro y terror. El Nilo, ancestral madre de prodigios, engendró dos formas espantosas, al parecer un hombre y una mujer, que salieron de sus aguas, miraron a su alrededor con aire terrible y volvieron a sumergirse entre las olas. Durante todo el día el sol quedó reducido a una tercera parte de su tamaño normal, arrojando rayos pálidos y tétricos. Durante la noche la luna se ocultó y apareció en los cielos una luz en medio de lanzas ensangrentadas.

Todas estas, y otras maravillas semejantes, se interpretaron como señales de los males que se avecinaban. Los antiguos servidores de Dios movían la cabeza tristemente, anticipando la inminencia del reino del anticristo, con la violenta persecución de la fe cristiana y gran desolación de las iglesias. Los hombres santos que han padecido persecuciones y pruebas por la fe, dice el venerable padre Jayme Bleda, pueden comprender y explicar estos misteriosos prodigios, que anticipan desastres para la Iglesia, de la misma manera que los marineros experimentados leen en el aire, en los cielos y en las profundidades la amenaza de una tempestad que va a poner en peligro su barco.

Muchos de estos hombres santos fueron llamados a la gloria antes de que se cumplieran sus profecías. Desde allí, sentados a salvo en los cielos empíreos, habrán mirado con compasión los sufrimientos del mundo cristiano, como los hombres situados en las serenas alturas de las montañas contemplan las tempestades que barren el mar y la tierra, hundiendo grandes barcos y derribando altas torres.

8. Esbozo de la fe mahometana

Aunque no es nuestra intención entrar a fondo en el estudio de la doctrinas promulgadas por Mahoma, es importante exponer sus princi-pales rasgos, si queremos valorar debidamente su personalidad y con-ducta y los acontecimientos y circunstancias que aparecerán más ade-lante en el relato.

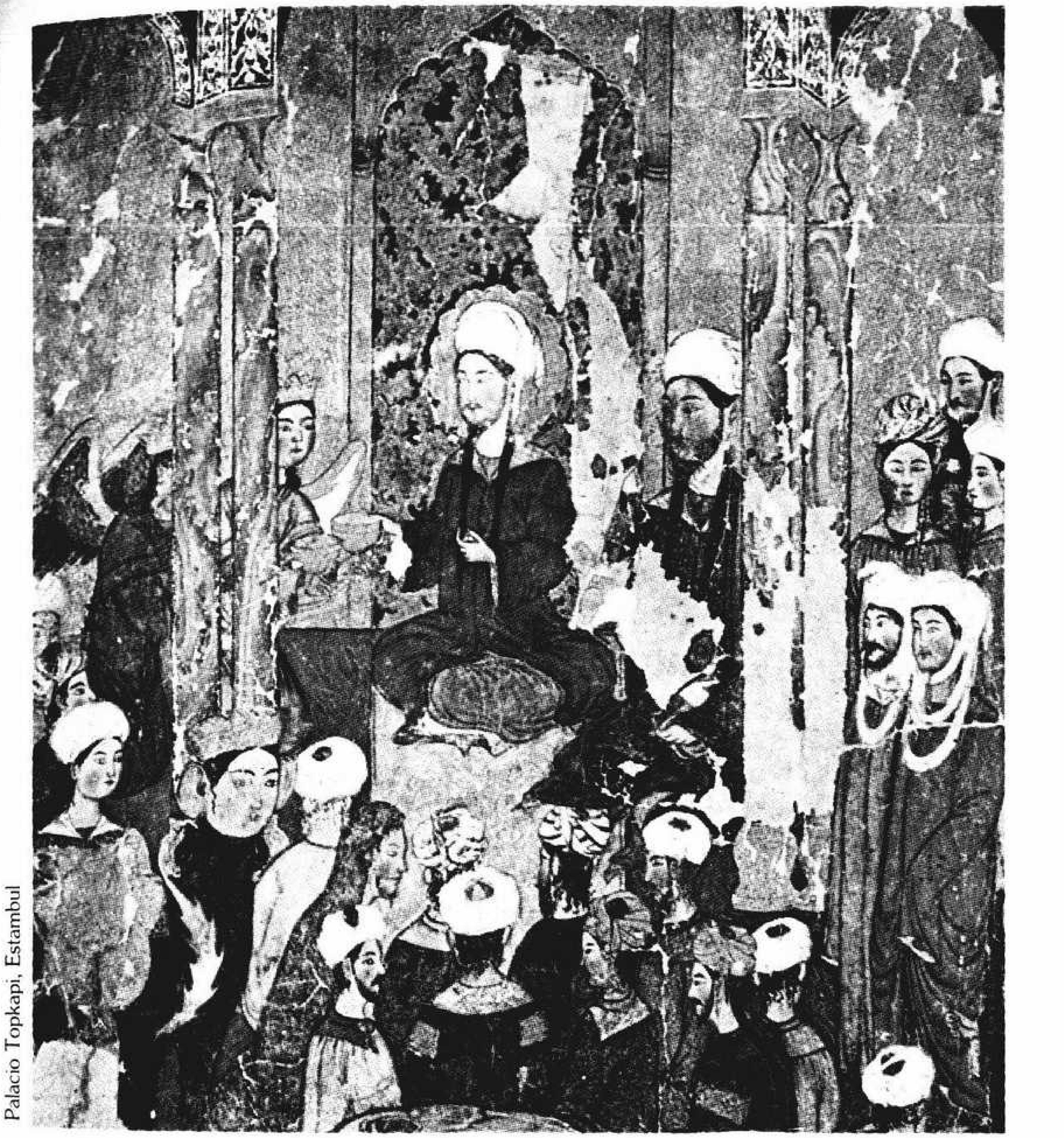
Conviene tener siempre presente que Mahoma no se propuso fun-dar una nueva religión, sino restaurar la que procedía, desde los prime-ros tiempos, del mismo Dios. «Seguimos —dice el Corán— la religión de Abrahán el ortodoxo, que no fue idólatra. Creemos en Dios y en l que se nos ha comunicado y en lo que se comunicó a Abrahán y a Is-mael, y a Isaac y a Jacob y a las tribus, y en lo que se comunicó a Moi-sés y a Jesús, y en lo que se comunicó a los profetas del Señor: no es-tablecemos ninguna distinción entre ellos y en Dios confiamos»[13].

El Corán,[14] que fue el gran libro de su fe, se fue elaborando po partes con el paso del tiempo, y responde a la excitación de sus senti-mientos o a las exigencias del momento. No se presentó como obra ori-ginal suya, sino como una revelación divina; como si fueran las misma palabras de Dios. Se supone que la divinidad habla en todos los caso «Te hemos hecho llegar el libro de la verdad, confirmando la escritur que se reveló antes de él y conservando lo que en ella se dice en tod su pureza».[15]

La Ley de Moisés, se decía, había sido durante algún tiempo la guí y la norma de la conducta humana. A la venida de Jesucristo, el Evan-gelio ocupó su puesto; ambos dejaban ahora lugar al Corán, que er más completo y explícito que los anteriores códigos y trataba de refor-mar los abusos que se habían deslizado en ellos por la negligencia o corrupciones de quienes los habían divulgado. Era la culminación de la ley; después de él no habría ya más revelaciones divinas. Mahoma er el último, y el mayor, de los profetas enviados para dar a conocer la vo-luntad de Dios.

La unidad de Dios era la piedra angular de esta religión reformada «No hay más Dios que Dios», era su dogma central. Por eso recibió e nombre de religión del Islam,[16] palabra árabe que significa la sumisión a Dios. A este dogma central se añadía como complemento la afirmación «Mahoma es el profeta de Dios», incorporación autorizada por la pro-clamación divina e importante para lograr la debida aceptación de su revelaciones.

Además de la unidad de Dios, se proclamaba la creencia en sus án-geles o espíritus servidores; en sus profetas; en la resurrección del cuer-



Palacio Topkapi, Estambul

Mahoma en el cielo, donde vio a Jesús y a los patriarcas bíblicos.

po; en el último juicio y en un futuro estado de recompensas y castigos, y en la predestinación. Gran parte del Corán tiene sus antecedentes en la Biblia, en la Mishná y en el Talmud de los judíos,[17] en especial sus terribles —pero con frecuencia bellísimas— tradiciones sobre los ánge-les, los profetas, los patriarcas y los genios buenos y malos. Desde muy temprana edad, Mahoma había desarrollado una gran reverencia hacia la fe judía; se dice que su madre practicó dicha religión.

El sistema establecido en el Corán estaba, no obstante, basado esencialmente en las doctrinas cristianas inculcadas en el Nuevo Testa-mento, tal como se las habían expuesto los cristianos de Arabia, perte-necientes a diversas sectas.[18] Había que tener suma reverencia a nues-tro Salvador, pues era un profeta inspirado, el más grande de todos los enviados antes de Mahoma, cuya misión había sido reformar la ley; pero

se rechazaba como impía toda alusión a su divinidad, y la doctrina de la Trinidad se consideraba como una ofensa a la unidad de Dios. Estas dos desviaciones se calificaron de errores e interpolaciones de los comentaristas; y ésta, como se verá, era la opinión de algunas de las sectas cristianas árabes.

El culto a los santos y la utilización de imágenes y figuras que los representaran significaban un alejamiento idolátrico de la pura fe de Cristo. Como ya hemos señalado, éstas eran las tesis de los nestorianos, con los que Mahoma tuvo estrechos contactos.

Se prohibían todas las representaciones de seres vivos. Mahoma decía que los ángeles no entrarían en una casa en que hubiera tales representaciones y que los que las hacían serían condenados en el mundo futuro a buscar almas para ellas o serían castigados.

El Corán incorporaba la mayoría de los preceptos caritativos de nuestro Salvador. Se imponía como obligación apremiante la limosna frecuente, y como norma para la conducta del fiel se recurría a la ley inmutable del bien y el mal: «Haz a los otros lo que querrías que ellos te hicieran a ti.»

«No trates injustamente a los otros —dice el Corán— y no serás tratado injustamente. Si algún deudor tiene dificultades para pagar su deuda, el acreedor debe esperar hasta que pueda saldarla sin dificultad; pero todavía será mejor si la perdona.»

Mahoma predicaba la justicia y sinceridad en los tratos: «¡Oh mercaderes! —solía decir—, la falsedad y el engaño pueden abrirse paso en el intercambio; purifícalo con limosnas; da algo en caridad como expiación; Dios se indigna ante el engaño en los tratos, pero la caridad aplaca su cólera. El que vende algo con engaño, ocultando algún defecto, provocará la ira de Dios y las maldiciones de los ángeles.

»No os aprovechéis de las necesidades de otro para comprar cosas en su sacrificio; mejor haríais en aliviar su indigencia.

»Dad de comer al hambriento; visitad al enfermo y liberad al cautivo, si está injustamente encarcelado.

»No miréis despectivamente a los demás hombres; ni caminéis por la tierra con insolencia, pues Dios no ama al arrogante ni al que se vanagloria. Sed de andar moderado y hablad con tono moderado, pues no hay voz más molesta que la voz de los asnos.»[19]

Se prohibía rigurosamente la idolatría, cualquiera que fuera su naturaleza. Era, sin duda, lo que más aborrecía Mahoma. Sin embargo, se conservaban muchos de los usos religiosos practicados desde tiempo inmemorial entre los árabes, a los que se había acostumbrado desde la infancia y que no eran incompatibles con la doctrina de la unidad de Dios. Tal era el caso de la peregrinación a La Meca, incluyendo todos los ritos relacionados con la Kaaba, el pozo de Zem Zem y otros lugares sagrados de los alrededores, pero siempre rechazando todo culto a los ídolos que los habían profanado.

El antiguo rito árabe de la oración, acompañado o más bien precedido de la ablución, siguió vigente como antes. Se realizaban oraciones a determinadas horas del día y de la noche; eran sencillas por su forma

y expresión, se dirigían directamente a la Divinidad e iban acompañadas de ciertas inflexiones o a veces de una postración total del cuerpo, siempre con el rostro vuelto hacia la Qibla o punto de adoración.

Al final de cada oración se recitaba el siguiente verso del segundo capítulo del Corán. Se dice que resulta de gran belleza en el árabe original y aparece grabado en ornamentos de oro y plata y en piedras preciosas que se llevan como amuletos. «¡Oh Dios! No hay más Dios que El, el que vive; el que vive siempre, no duerme ni tiene sopor. A él pertenecen los cielos y la tierra y todo lo que ellos contienen. ¿Quién intercederá ante él sin su permiso? Conoce el pasado y el futuro, pero nadie puede entender nada de lo que él sabe si no es por su revelación. Su poder se extiende por cielos y tierra y sostiene a ambos sin ningún esfuerzo. Es el Altísimo, el Poderoso.»

Mahoma insistió machaconamente en la importancia y eficacia de la oración. «Los ángeles —decía— están entre vosotros noche y día; luego, los de la noche ascienden al cielo y Dios les pregunta cómo han dejado a sus criaturas. Los encontramos, dicen ellos, haciendo sus oraciones y los dejamos haciendo sus oraciones.»

Las doctrinas del Corán sobre la resurrección y el juicio final eran, en algunos aspectos, semejantes a las de la religión cristiana, pero mezcladas con extraños conceptos tomados de otras fuentes; las alegrías del cielo musulmán, aunque espirituales en parte, quedaban oscurecidas y degradadas por la sensualidad terrestre, siendo infinitamente inferiores a la inefable pureza y bienaventuranza espiritual del cielo prometido por nuestro Salvador.

Sin embargo, la descripción del último día, tal como aparece en el capítulo ochenta y uno del Corán —y que debió de ser revelada a Mahoma al principio de su misión en La Meca, pues es una de sus primeras revelaciones—, es también sublime:

«En nombre del Dios misericordioso, llegará el día en que el sol se oculte y las estrellas caigan de los cielos.

»En que se abandone a la camella a punto de parir y las fieras salvajes se reúnan movidas por el miedo.

»En que las olas del océano hiervan y las almas de los muertos vuelvan a unirse a sus cuerpos.

»En que la niña enterrada viva pregunte: "¿qué delito he cometido para que me sacrifiquen?", y se abran los libros eternos.

»En que los cielos desaparecerán y el infierno arderá violentamente y quedarán patentes las alegrías del paraíso.

»Ese día toda alma sabrá lo que ha hecho.

»En verdad, os juro por las estrellas que se mueven con rapidez y se pierden en el brillo del sol, y por la oscuridad de la noche, y por el amanecer del día, éstas no son las palabras de un mal espíritu, sino de un ángel lleno de dignidad y poder, que goza de la confianza de Alá y es reverenciado por los ángeles a él sometidos. Y no desvaría Mahoma, vuestro compañero. El ha visto al mensajero celestial en la luz del horizonte claro, y las palabras a él reveladas quieren ser una advertencia para todo ser viviente.»

9. Primeras persecuciones

La mayor dificultad que encontró Mahoma al principio de su carre-
ra profética fueron las burlas de sus adversarios. Los que le habían co-
nocido desde la infancia —que le habían conocido como niño que reco-
rría las calles de La Meca y luego como joven ocupado en las activida-
des normales de la vida cotidiana— se reían de su pretensión de se[r]
un apóstol. Le señalaban con menosprecio al pasar y exclamaban: «¡Ah
está el nieto de Abd al-Muttalib, que dice que sabe lo que ocurre en e[l]
cielo!» Algunos habían presenciado sus arrebatos de excitación menta[l]
y de éxtasis y le daban por loco: otros declaraban que estaba poseíd[o]
por un demonio y algunos le acusaban de brujería y magia.

Cuando paseaba por las calles tenía que soportar las pullas, las bur-
las y los insultos que los más vulgares suelen utilizar contra los hombre[s]
de conducta extravagante o de espíritu inquieto. Si intentaba predicar
su voz quedaba ahogada por ruidos discordantes y cantos obscenos; e[s]
más, mientras rezaba en la Kaaba le arrojaban basuras.

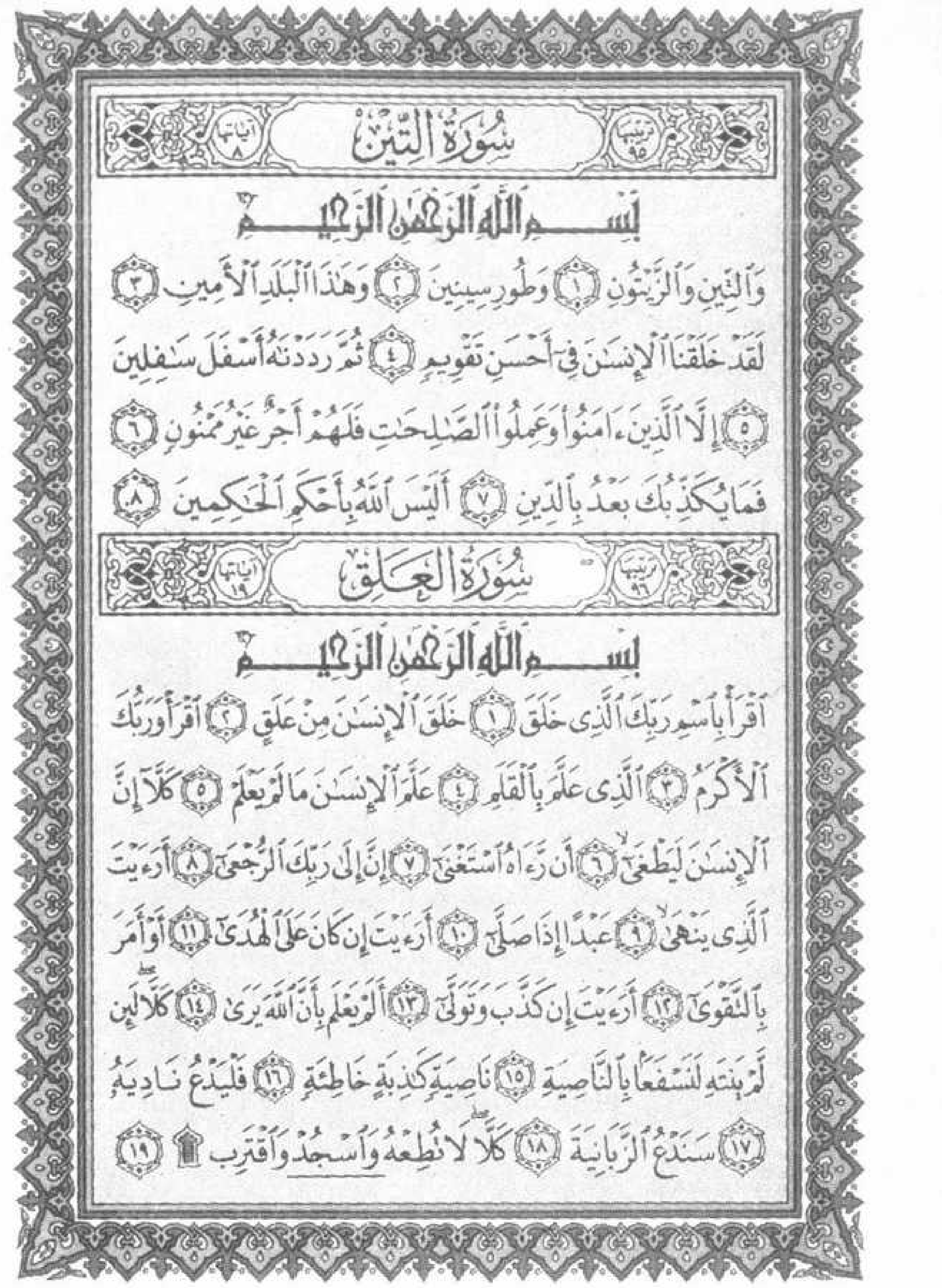
Pero no sólo le insultaban los vulgares e ignorantes. Uno de su[s]
más feroces agresores era un joven llamado Amr; como después ser[ía]
una figura destacada en la historia musulmana, nos gustaría reproduci[r]
con detalle las circunstancias de esta su primera aparición. Era hijo d[e]
una cortesana de La Meca que debió de ejercer una fascinación no in-
ferior a la de Friné y Aspasia en Grecia y que debió de tener como aman-
tes a algunos de los personajes más distinguidos de la región. Cuand[o]
dio a luz a este niño, mencionó a varios miembros de la tribu de Corai[s]
que tenían las mismas posibilidades de ser su padre. Se llegó a la con-
clusión de que a quien más se parecía era a Aas, el más anciano de su[s]
admiradores, por lo que, además de su nombre de Amr, recibió la de-
signación de Ibn al Aas, hijo de Aas.

La naturaleza había sido muy generosa con este hijo natural y l[e]
había dotado magníficamente, quizá para hacer olvidar la mancha de s[u]
origen. Cuando era todavía joven, era ya uno de los poetas más popu-
lares de Arabia y famoso por sus mordaces alusiones satíricas y por l[a]
cautivadora dulzura de sus poemas serios.

Cuando Mahoma anunció por primera vez su misión, el joven le ata-
có con libelos y madrigales humorísticos que estaban muy acordes co[n]
el gusto poético de los árabes, por lo que adquirieron amplia difusión [y]
mostraron ser más perjudiciales para el desarrollo del islamismo que un[a]
persecución declarada.

Los más firmes en su oposición exigían a Mahoma pruebas sobre-
naturales de lo que afirmaba. «Moisés y Jesús y el resto de los profeta[s]

Para Mahoma, su mayor milagro era el Corán, «un libro revelado a través de un hombre ignorante». Página de una edición actual del Corán.



—decían— realizaron milagros para demostrar la divinidad de sus mi-
siones. Si tú eres de verdad un profeta, mayor que ellos, haz también
milagros.»

La respuesta de Mahoma puede deducirse de sus propias palabras
en el Corán: «¿Qué mayor milagro quieren que el propio Corán, un li-
bro revelado a través de un hombre ignorante; un libro de lenguaje tan
elevado, de argumentos tan incontrovertibles, que ni uniendo el talento
de los hombres y los diablos podría realizarse nada semejante? ¿Qué ma-
yor prueba pueden tener de que procede solamente de Dios? El Corán
es en sí mismo un milagro.»

Sin embargo, le pedían pruebas más palpables, milagros aprecia-
bles por los sentidos: que hiciera hablar a los mudos, oír a los sordos,
ver a los ciegos, resucitar a los muertos; o que produjera cambios en la
naturaleza, como hacer brotar fuentes, convertir un lugar desértico en
un jardín con palmeras y parras y surcado por arroyos; que hiciera apa-

recer un palacio de oro cubierto de joyas y piedras preciosas o que ascendiera por una escalera al cielo en presencia de ellos. O bien, si, como él decía, el Corán procedía de verdad de los cielos, que pudieran verlo bajar o cómo lo bajaba un ángel. Entonces creerían.

Mahoma respondía algunas veces argumentando, otras condenando. Decía que no era más que un hombre enviado por Dios como apóstol. Si los ángeles caminaran por la tierra, se habría encomendado a uno de ellos aquella misión; pero habría sido terrible la suerte de los que, como en su caso, hubieran dudado de su palabra. No habrían podido discutir, ni hablar ni tardar cierto tiempo en dejarse convencer; su perdición habría sido instantánea. «Dios —añadía— no necesita ángeles para realizar mi misión. Se basta como testigo entre vosotros y yo. Los que él disponga que se dejen convencer, creerán sinceramente; aquellos a quienes permita permanecer en el error, no contarán con nadie que les ayude a salir de su incredulidad. El día de la resurrección aparecerán ciegos y sordos y mudos y arrastrándose por el suelo. Su destino serán las llamas eternas de la Gehena. Este será el premio de su incredulidad.

»No hacéis más que pedir milagros. Dios dio a Moisés el poder de hacer milagros. ¿Qué fue lo que pasó? El faraón no hizo caso de sus milagros, le acusó de brujería y trató de echarle a él y a su pueblo de la tierra; pero el faraón se ahogó y con él todo su séquito. ¿Queréis tentar a Dios para que haga milagros y arriesgaros a recibir el castigo del faraón?»

Según Al Maalim, escritor árabe, algunos de los discípulos de Mahoma se unieron a la multitud en su deseo de ver milagros y le pidieron que probara de inmediato la divinidad de su misión convirtiendo en oro la colina de Safa. Ante tal urgencia, comenzó a orar y al finalizar aseguró a sus seguidores que el ángel Gabriel se le había aparecido y le había dicho que, si Dios atendía a su oración y realizaba el milagro deseado, serían exterminados todos los que no creyeren. En bien de la mayoría que parecía seguir en su postura recalcitrante, no les expondría a la destrucción: la colina de Safa pudo seguir en su estado primitivo.

Otros autores musulmanes dicen que Mahoma no cumplió siempre la norma que él mismo se había impuesto y realizó algún milagro que otro cuando sus oyentes se resistían demasiado a creer. Así, en una ocasión, estando en presencia de una multitud, hizo que se presentara ante él un toro y sacó de sus cuernos un rollo donde estaba escrito un capítulo del Corán, enviado desde el cielo. En otra ocasión, mientras hablaba en público, una paloma blanca revoloteó sobre él, se posó en su hombro y pareció decirle algo al oído; era, como él dijo, un mensajero de Dios. Otra vez mandó que se abriera la tierra ante él y aparecieron dos jarras, una llena de miel y otra de leche, que él interpretó como emblemas de la abundancia prometida por el cielo a todos los que obedecieran su ley.

Los autores cristianos se han mofado de estos milagros: la paloma estaría adiestrada de antemano y buscaba los granos de trigo que solía encontrar en la oreja de Mahoma; el pergamino estaría previamente atado a los cuernos del toro, y las vasijas de leche y miel habrían sido depositadas allí previamente. Lo más correcto sería olvidarse por completo de estas narraciones milagrosas, pues sólo son leyendas concebidas por algunos fanáticos equivocados; ésta es también la opinión de los comentaristas musulmanes de más prestigio.

No hay ninguna prueba de que Mahoma recurriera a tales argucias para divulgar sus doctrinas o demostrar su misión apostólica. Debió de recurrir únicamente a la razón y a la elocuencia y tener como único apoyo en esta fase inicial y dudosa de su carrera el entusiasmo religioso. Sus primeros ataques contra la idolatría que había degradado y sustituido al primitivo culto de la Kaaba comenzaron a tener efecto notable y alarmaron a los coraixíes. Insistieron a Abu Talib que hiciera callar a su sobrino o le alejara de la ciudad; al no conseguir ser escuchados, informaron al anciano de que si el supuesto profeta y sus seguidores persistían en sus herejías, lo pagarían con sus vidas.

Abu Talib informó en seguida a Mahoma de estas amenazas, pidiéndole que no se creara tantos ni tan poderosos enemigos, por su propio bien y el de su familia.

Lejos de intimidarse, Mahoma respondió con palabras llenas de entusiasmo: «Tío, aunque vengan contra mí reforzados por el sol, a mi derecha, y la luna, a mi izquierda, nunca abandonaré mi misión si Dios no me lo ordena o me lleva de este mundo.»

Ya se retiraba con semblante apenado, cuando Abu Talib le llamó de nuevo. El anciano no se había convertido todavía, pero estaba profundamente admirado ante la inquebrantable firmeza de su sobrino y le afirmó que, predicara lo que predicara, nunca le abandonaría a manos de sus enemigos. Comprendiendo que él solo no podía protegerle en la debida forma, acudió a los demás descendientes de Haxim y Abd al-Muttalib, solicitándoles que le ayudaran a proteger a su pariente del resto de la tribu de Coraix; y tan fuertes son los vínculos familiares entre los árabes que, aunque suponía protegerle en lo que consideraban una herejía peligrosa, todos decidieron cooperar, a excepción de Abu Lahab.

La enemistad de los coraixíes se fue recrudeciendo hasta llegar a la violencia física. Mahoma fue atacado en la Kaaba y quizá le hubieran estrangulado si no hubiera acudido en su ayuda Abu Bakr, que sufrió lesiones personales en la reyerta. Sus familiares más próximos se convirtieron en blanco de un odio desmedido, especialmente su hija Ruqaya y su esposo Utmán Ibn Affán. Los discípulos que no tenían amigos poderosos para protegerles estuvieron en peligro de muerte. Lleno de inquietud por la seguridad de los suyos, Mahoma les aconsejó que de momento evitaran su peligrosa compañía y se refugiaran en Abisinia. La estrechez del mar Rojo facilitaba el acceso a la costa africana. Los abisinios eran cristianos nestorianos y, gracias a su religión, se encontraban en una situación superior a la de sus bárbaros vecinos. Su rey tenía fama de tolerante y justo. Mahoma confiaba en que su hija y sus discípulos fugitivos encontrarían refugio a su lado.

Utmán Ibn Affán era el jefe de este pequeño grupo de musulmanes, formado por once hombres y cuatro mujeres. Avanzaron por la cos-

ta oriental hasta Yedda, puerto situado a unos dos días de viaje de La Meca. Al llegar encontraron dos barcos abisinios anclados, embarcaron y partieron hacia su tierra de salvación.

Este suceso, ocurrido el quinto año de la misión de Mahoma, es conocido con el nombre de primera Hégira o Huida, para distinguirlo de la segunda Hégira, o huida del propio Profeta de La Meca a Medina. El buen trato recibido por los fugitivos indujo a otros creyentes a seguir su ejemplo, hasta que el número de refugiados musulmanes en Abisinia ascendió a ochenta y tres hombres y dieciocho mujeres, además de los niños.

Los coraixíes, al ver que no podían reducir al silencio a Mahoma y que cada día conseguía nuevas conversiones, aprobaron una ley en la que se condenaba a todos los que abrazaran su fe. Mahoma se retiró al ver aproximarse la tormenta y se refugió en la casa de un discípulo llamado Arqam, situada en la colina de Safa. Esta colina, como ya hemos mencionado, era famosa en la tradición árabe, según la cual fue allí donde Adán y Eva pudieron reunirse de nuevo, tras vagabundear en solitario por la tierra después de su expulsión del paraíso. También se la relacionaba con los destinos de Agar e Ismael.

Mahoma estuvo un mes en casa de Arqam. Allí siguió con sus revelaciones y con sus conversiones. La hostilidad de los coraixíes le siguió hasta su retiro. Abu Chahl, árabe de dicha tribu, le buscó, le insultó con palabras soeces y hasta llegó a maltratarle físicamente. Hamza, tío de Mahoma, tuvo conocimiento de la ofensa mientras regresaba a La Meca de cazar. Hamza no era partidario del islamismo, pero tenía obligación de proteger a su sobrino. Acudió con el arco en la mano a una asamblea de coraixíes, donde Abu Chahl estaba jactándose de su reciente hazaña. Hamza propinó un golpe al fanfarrón en la cabeza, dejándole gravemente herido. Los familiares de Abu Chahl acudieron en su ayuda, pero éste había quedado impresionado por el fuerte brazo y el indomable espíritu de Hamza y trató de calmar los ánimos. «Dejadle —dijo a los suyos—; es cierto que traté a su sobrino sin ninguna consideración.» Intentó justificar su conducta aludiendo a la apostasía de Mahoma, pero Hamza no se dejó convencer: «¡Muy bien! —gritó con tono indignado y despectivo—, tampoco yo creo en vuestros dioses de piedra; ¿vais a impedírmelo?» La cólera le había llevado a una conclusión a la que quizá nunca habría llegado razonando. Poco después proclamó su conversión; hizo el juramento de adhesión al Profeta y pasó a ser uno de los más celosos y audaces defensores de la nueva fe.

10. La conversión de Habib el Sabio

El odio de Abu Chahl hacia el profeta aumentó ante el severo castigo recibido de manos de Hamza. Tenía un sobrino llamado Umar Ibn al-Jattab, de veintiséis años de edad, estatura gigantesca, fuerza prodigiosa y gran valor. Su aspecto feroz intimidaba a los más valientes y su solo bastón infudía más terror que la espada de otro hombre. Así lo describe un historiador árabe, Abu Abdallah Muhammad Ibn Umar Alwaqidi, y las posteriores hazañas de este guerrero demuestran que no se le puede tachar de exagerado.

Incitado por su tío Abu Chahl, este terrible joven se propuso llegar hasta el lugar de retiro de Mahoma, que seguía en casa de Arqam, y clavarle un puñal en el corazón. Se acusa a los coraixíes de haberle prometido cien camellos y cien onzas de oro si realizaba el crimen; pero es algo que no se puede probar. Además, no parece que el vengativo sobrino de Abu Chahl necesitara sobornos.

Mientras se dirigía a casa de Arqam se encontró con un coraixí a quien comunicó su propósito. El coraixí se había convertido en secreto al islamismo y trató de apartarle de su sangrienta misión. «Antes de matar a Mahoma —le dijo— y de atraer sobre ti la venganza de sus familiares, mira si los tuyos están libres de herejía.» «¿Hay alguno de los míos culpable de alejarse del buen camino?», preguntó Umar asombrado. «Sin duda —fue la respuesta—; tu hermana Amina y su esposo Said.»

Umar se dirigió sin tardanza a casa de su hermana. Entró sin llamar y la sorprendió a ella y a su esposo leyendo el Corán. Said intentó ocultarlo, pero su confusión demostró a Umar la verdad de la acusación y no pudo dominar su indignación. Enfurecido, derribó a Said al suelo de un golpe; le sujetó el pecho con el pie y le habría atravesado con la espada si no se hubiera interpuesto su hermana. Esta recibió un golpe en la cara, que comenzó a sangrar. «¡Enemigo de Alá! —dijo Amina sollozando—, ¿me pegas por creer en el único Dios verdadero? A pesar de ti y de tu violencia, perseveraré en la verdadera fe. Sí —añadió ella llena de fervor—. No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta. Y ahora, Umar, ¡acaba tu obra!»

Umar hizo una pausa; pareció arrepentirse de su conducta violenta y apartó el pie del pecho de Said.

«Enséñame el texto», dijo él. Amina no le dejó tocar el sagrado pergamino hasta que se lavó las manos. El pasaje que leyó fue el capítulo veinte del Corán, que empieza así:

«¡En nombre del Dios misericordioso! No hemos enviado el Corán para traer calamidades a la humanidad, sino como una advertencia, para enseñarle a creer en el verdadero Dios, creador de la tierra y de los altos cielos.

»El Todomisericordioso está en su trono en lo más alto; a él pertenece todo lo que hay arriba en los cielos y abajo en la tierra y en las regiones existentes por debajo de la tierra.

»¿Realizas tus oraciones con grandes voces? Sabe que no es necesario. Dios conoce los secretos de tu corazón; sí, hasta lo más escondido.

»En verdad, yo soy Dios; no hay otro. Servidme a mí y no sirváis a ningún otro. No ofrezcáis vuestras oraciones más que a mí.»

Las palabras del Corán calaron hondo en el corazón de Umar. Siguió leyendo y cada vez se sentía más conmovido. Cuando llegó a los párrafos que trataban de la resurrección y del juicio, su conversión era completa.

Reanudó su camino hacia la casa de Arqam, pero con el corazón cambiado. Llamó humildemente a la puerta, y pidió permiso para entrar—. «Entra, hijo de al-Jattab —exclamó Mahoma—. ¿Qué te trae por aquí?»

«Vengo a añadir mi nombre a la lista de los que creen en Dios y en su Profeta.» Al decirlo, hizo profesión de la fe musulmana.

No quedó contento hasta que se dio a conocer públicamente su conversión. Por petición suya, Mahoma le acompañó a la Kaaba a realizar públicamente los ritos del islamismo. Umar caminaba a la izquierda del Profeta y Hamza a la derecha, para protegerle de insultos y agresiones. Les seguían más de cuarenta discípulos. Atravesaron las calles de La Meca, con gran asombro de sus habitantes. Dieron siete vueltas a la Kaaba, tocando en cada una de ellas la piedra negra y realizando todos los demás ritos del ceremonial. Los coraixíes observaban atónitos aquella procesión, pero no se atrevían a acercarse ni a molestar al Profeta, asustados como estaban por el aspecto de aquellos terribles hombres de batalla, Hamza y Umar, quienes les miraban como dos leones a quienes hubieran robado su cachorro.

Intrépido y resuelto en todo, Umar fue al día siguiente a la Kaaba sin ninguna compañía. Allí rezó como musulmán, desafiando abiertamente a los coraixíes. Otro musulmán que entró al templo tuvo que interrumpir sus oraciones y fue maltratado por los asistentes, pero nadie molestó a Umar, pues era el sobrino de Abu Chahl. Umar declaró a su tío: «Renuncio a tu protección, no quiero estar en mejor situación que mis compañeros de fe.» A partir de entonces corrió la misma suerte que ellos y fue uno de sus más encarnizados defensores.

Así fue la prodigiosa conversión de Umar, que luego sería el más famoso defensor de la fe islámica. Tal fue la indignación de los coraixíes ante este nuevo triunfo de Mahoma, que su tío Abu Talib temió que pudieran atentar contra la vida de su sobrino mediante traiciones o actos manifiestos de violencia. Este, cediendo a sus insistentes súplicas, acompañado de algunos de sus principales discípulos, se retiró a una especie

de castillo o fortaleza que era propiedad de Abu Talib y estaba situada en las proximidades de la ciudad.

La protección ofrecida por Abu Talib, jefe de los haximíes, y por otros miembros de su familia a Mahoma y a sus seguidores, a pesar de que no profesaban la misma fe, atrajo sobre ellos la ira de la rama rival de los coraixíes y provocó un cisma dentro de la tribu. Abu Sufián, el jefe de dicha rama, se sirvió de las acusaciones de herejía contra el Profeta para desacreditar no sólo a aquellos de su familia que habían abrazado su fe, sino a todo el linaje de Haxim, que, a pesar de no aceptar su doctrina, había sido fiel a las obligaciones del clan y lo había protegido. Es evidente que la hostilidad de Abu Sufián no procedía meramente del odio personal o de los escrúpulos religiosos, sino de un enfrentamiento familiar. Su mayor ambición era lograr para su linaje los honores que hasta entonces habían disfrutado en la ciudad los haximíes. La última medida del bondadoso Abu Talib, al colocar a Mahoma al abrigo de las persecuciones y ofrecerle un castillo como refugio, fue utilizada por Abu Sufián y sus fieles como pretexto para condenar a todo el linaje rival. Publicaron un decreto en virtud del cual se prohibía al resto de la tribu de Coraix que se casara o tuviera relaciones, ni siquiera comerciales, con los haximíes mientras éstos no entregaran a su familiar, Mahoma, para que recibiera el castigo merecido. Este decreto, promulgado el séptimo año de lo que se llama la misión del Profeta, se escribió en un pergamino que quedó expuesto en la Kaaba. Las consecuencias fueron muy duras para Mahoma y sus seguidores, que a veces atravesaron situaciones de gran escasez en su refugio. La fortaleza fue además asediada en algunas ocasiones por los coraixíes, empeñados en que se cumpliera el decreto en todo su rigor y en evitar la posibilidad de que recibieran suministros.

Sin embargo, la época del peregrinaje anual, en que toda una multitud de peregrinos parte de todos los rincones de Arabia con dirección a La Meca, supuso un alivio pasajero para los perseguidos. Durante aquella época sagrada, según una legislación y una costumbre inmemoriales entre los árabes, quedaban suspendidas todas las hostilidades y las tribus en guerra hacían una paz temporal para acudir a rendir culto a la Kaaba. Mahoma y sus discípulos se atrevieron a salir de su fortaleza y a regresar a La Meca. Protegido también por la inmunidad del mes sagrado, Mahoma se mezcló con los demás peregrinos, con quienes hablaba y rezaba, les exponía sus doctrinas y proclamaba sus revelaciones. De esta manera logró nuevos conversos que, a la vuelta a sus distintos puntos de partida, llevaban consigo las semillas de la nueva fe hasta regiones remotas. Entre estos conversos hubo algunos príncipes o jefes de tribus, cuyo ejemplo tuvo gran influencia en sus súbditos. Las leyendas árabes presentan una versión pomposa y extravagante sobre la conversión de uno de estos príncipes. Quizá valga la pena reproducirla brevemente, pues en ella aparecen algunos de los más importantes milagros atribuidos a Mahoma.

El príncipe en cuestión era Habib Ibn Malik, denominado «el Sabio» por sus grandes conocimientos y erudición. Era hombre muy ver-

sado en la magia y en las ciencias y conocedor profundo de todas las religiones, pues había leído todos los libros escritos sobre el tema y además había adquirido información práctica al respecto, pues había pertenecido sucesivamente a todas ellas: había sido judío, cristiano y mago. También había tenido más tiempo del normal para estudiar y experimentar, ya que, según la leyenda árabe, había alcanzado los ciento cuarenta años de edad. En la ocasión que nos ocupa, se dirigía a La Meca al frente de un nutridísimo séquito de veinte mil hombres. Traía con él a una hija de pocos años, Satiha, que había tenido siendo ya muy anciano y por la que iba a rezar a la Kaaba, pues se había quedado muda, sorda y ciega y había perdido el control de sus miembros.

Según la leyenda, Abu Sufián y Abu Chahl consideraron que la presencia de aquel anciano y sabio príncipe, notable por su poder y por sus inclinaciones idolátricas, constituía una excelente ocasión para provocar la perdición de Mahoma. Informaron a Habib el Sabio de las herejías propaladas por el supuesto profeta y convencieron al venerable príncipe de que lo llamara a su presencia, en el Valle del Pedernal donde había acampado, para que defendiera su doctrina, con la esperanza de que su obstinación en el error le valdría el destierro o la muerte.

La leyenda describe con todo lujo de detalles la magnificencia de la caravana de coraixíes idólatras, lujosamente ataviados, a caballo y a pie, encabezados por Abu Sufián y Abu Chahl, y el lujo oriental con que fueron recibidos por Habib el Sabio, sentado bajo una tienda carmesí, sobre un trono de ébano con incrustaciones de marfil y sándalo y cubierto de láminas de oro.

Mahoma estaba en casa de Jadicha cuando recibió la convocatoria para presentarse ante tan impresionante tribunal. Jadicha expresó abiertamente sus temores, y las hijas se le colgaron del cuello, llorando y suplicando, pues creían que se dirigía a una muerte segura. Con buenas palabras, les recriminó sus temores y les pidió que confiaran en Alá.

En contraste con el lujo de sus enemigos, Abu Sufián y Abu Chahl, acudió al lugar del juicio vestido con gran sencillez, con un manto blanco y un turbante negro y una túnica que había pertenecido a su abuelo, Abd al-Muttalib. El pelo le caía por debajo de los hombros y su rostro irradiaba la misteriosa luz de la profecía. Aunque no se había ungido la barba ni utilizado más perfume que un poco de almizcle y alcanfor para el pelo de su labio superior, dejaba un suave olor a su paso que, según los autores árabes, era la fragancia emanada de su propia persona.

Iba precedido del celoso Abu Bakr, vestido con un chaleco escarlata y un turbante blanco, y con un manto que llevaba recogido bajo los brazos, dejando ver sus zapatillas de color escarlata.

Al acercarse el Profeta, sigue diciendo la leyenda, la numerosa asamblea se calló de repente. No se oía ni un murmullo, ni un susurro. Hasta los animales quedaron en silencio; dejó de oírse el relincho del caballo, el bramido del camello y el rebuzno del asno.

El venerable Habib le recibió con cortesía. La primera pregunta fue directamente al grano: «Dicen que te haces pasar por un profeta enviado por Dios ¿Es cierto?»

«Sí —replicó Mahoma—. Alá me ha enviado a proclamar la verdadera fe.»

«De acuerdo —siguió diciendo el precavido sabio—, pero todos los profetas han dado pruebas de su misión con señales y milagros. Noé con su arco iris; Salomón con su anillo misterioso; Abrahán con el fuego del horno, que se enfrió por orden suya; Isaac con el carnero que se sacrificó en su lugar; Moisés con su vara que obraba prodigios; y Jesús dio vida a los muertos y calmó las aguas con su palabra. Si tú eres en verdad un profeta, haznos un milagro que lo demuestre.»

Los seguidores de Mahoma temieron por él cuando oyeron tal petición. Abu Chahl, por su parte, se frotaba las manos y alababa la sagacidad de Habib el Sabio. El Profeta se dirigió a él con tono despectivo:

«¡Calma, perro de tu raza! —exclamó—; ¡vergüenza de tu linaje y de tu tribu!»

Luego comenzó tranquilamente a realizar los deseos de Habib.

El primer milagro solicitado a Mahoma fue que revelara lo que Habib tenía dentro de su tienda y dijera por qué lo había traído a La Meca.

Al escuchar la petición, dice la leyenda, Mahoma se agachó y comenzó a escribir en la arena. Luego levantó la cabeza y respondió: «¡Oh, Habib! Has traído aquí a tu hija, Satiha, sordomuda y coja y ciega, con la esperanza de obtener un alivio de los cielos. Ve a tu tienda; habla con ell y escucha su respuesta y sabrás que Dios es todopoderoso.»

El anciano príncipe fue inmediatamente hacia su tienda. La hija salió a recibirle con paso presuroso y los brazos abiertos. Había recuperado todas sus facultades, los ojos resplandecían de alegría, tenía el rostro sonriente y estaba más bella que la luna en una noche sin nubes.

El segundo milagro propuesto por Habib fue todavía más difícil. Mahoma tenía que cubrir el radiante cielo del mediodía con una oscuridad sobrenatural y hacer que la luna descendiera hasta colocarse sobre la Kaaba.

El Profeta realizó este milagro con la misma facilidad que el primero. Dio la orden y una densa oscuridad ocultó toda la luz del día. La luna comenzó a desviarse de su curso y a errar por el firmamento. Por el irresistible poder del profeta abandonó los cielos y fue a descansar sobre la Kaaba. Luego dio siete vueltas a su alrededor, tal como hacían los peregrinos, y tras hacer una profunda reverencia a Mahoma se quedó ante él con un movimiento ondulante, como una espada ardiente, dándole el saludo de la paz y proclamándole como profeta.

No contento con este milagro, continúa la leyenda, Mahoma obligó a la obediente luminaria a entrar por la manga derecha de su manto y a salir por la izquierda; luego, a dividirse en dos partes, una de las cuales fue hacia el Este y la otra hacia el Oeste, para volver a juntarse en el centro del firmamento en un globo redondo y brillante.

Ni que decir tiene que Habib el Sabio se dejó convencer y se convirtió con estos milagros;[20] otro tanto hicieron cuatrocientos setenta habitantes de La Meca. Sin embargo, Abu Chahl se obstinó en su incredulidad, exclamando que todo había sido mera ilusión y encantamiento, fruto de la magia de Mahoma.

11. El año del luto

Habían transcurrido tres años desde que Mahoma y sus discípulos se refugiaran en el castillo de Abu Talib. El decreto contra ellos seguía expuesto en la Kaaba, y por tanto les estaban prohibidas todavía todas las relaciones con el resto de su tribu. Como suele suceder, la secta creció al ser perseguida. Muchos se unieron a ella en La Meca; hubo comentarios en contra del enfrentamiento antinatural ocurrido entre los coraixíes, y Abu Sufián fue criticado por los extremos a que había llegado en su hostilidad contra algunos de su linaje.

De repente, se descubrió que el pergamino de la Kaaba en que estaba escrito el decreto había quedado tan destruido que no podían leerse más que las palabras iniciales: «En tu nombre, Dios Todopoderoso.» Por tanto, se consideró anulado el decreto y Mahoma y sus seguidores pudieron regresar tranquilamente a La Meca. Los musulmanes devotos ven en la misteriosa desaparición del impedimento legal otro milagro realizado por agentes sobrenaturales en favor del Profeta, aunque los no creyentes hayan supuesto que el documento, de consecuencias cada vez más desagradables para el propio Abu Sufián, fue destruido secretamente por manos mortales.

La vuelta de Mahoma y sus discípulos a La Meca fue seguida de importantes conversiones, tanto de habitantes de la ciudad como de peregrinos venidos de lejos. La contrariedad que esto supuso para los coraixíes quedó en parte paliada con las noticias sobre las victorias de los persas frente a los griegos, con la consiguiente conquista de Siria y de parte de Egipto. Los idólatras coraixíes se alegraron por la derrota de los griegos, cuya fe cristiana se oponía al culto a los ídolos y por tanto les parecía algo semejante a lo predicado por Mahoma. Este respondió a sus mofas y exclamaciones de entusiasmo con el capítulo trece del Corán, que comienza con estas palabras: «Los griegos han sido vencidos por los persas, pero dentro de no muchos años los primeros vencerán a los segundos.»

El impetuoso y creyente Abu Bakr se apostó diez camellos a que esta predicción se cumplía en menos de tres años.

«Aumenta la apuesta, pero prolonga el plazo», le insinuó Mahoma.

Abu Bakr elevó la apuesta a cien camellos, pero para un plazo de nueve años. La predicción se cumplió y él ganó la apuesta. Esta anécdota aparece citada por los doctores musulmanes, que ven en ella una prueba de que el Corán procedía del cielo y de que Mahoma poseía el don de la profecía. Si el relato es cierto, se trataba sin duda de una de

mostración de su visión de futuro, basada en el conocimiento de la situación de las fuerzas que estaban en guerra.

No mucho después de su regreso a La Meca, Mahoma recibió la noticia de la enfermedad de su tío Abu Talib, hombre venerable de más de ochenta años de edad. Al acercarse la hora de su muerte, Mahoma pidió a su tío que hiciera la profesión de fe, necesaria, según el credo musulmán, para conseguir una resurrección feliz.

El moribundo patriarca tenía todavía su orgullo. «¡Oh, hijo de mi hermano! —replicó él—, si repito esas palabras, los coraixíes dirán que lo hice por miedo a la muerte.»

El historiador Abulfeda afirma que Abu Talib murió de hecho tras confesar su fe. Al Abbás —dice— estaba inclinado sobre su hermano moribundo y vio cómo movía los labios. Acercó el oído y oyó sus últimas palabras. Eran la deseada confesión. Otros dicen que sus últimas palabras fueron: «Muero en la fe de Abd al-Muttalib.» Los comentaristas han intentado conciliar las dos versiones, afirmando que Abd al-Muttalib en sus últimos días, renunció al culto a los ídolos y creyó en la unidad de Dios.

Sólo habían transcurrido tres días de la muerte del venerable Abu Talib cuando falleció también Jadicha, la fiel y abnegada esposa de Mahoma. Tenía sesenta y cinco años. Mahoma lloró amargamente en su tumba y llevó luto por ella y por Abu Talib. Por eso, aquel año se llamó «el año del luto». Le consoló en parte, dice el autor árabe Abu Huraira, la revelación del ángel Gabriel de que Jadicha había recibido en el paraíso un palacio de plata, en recompensa por su fe y por sus servicios a la causa.

Aunque Jadicha era mucho mayor que Mahoma, y aunque el Profeta fue hombre de temperamento ardiente, se dice que le permaneció fiel hasta el final; ni siquiera se acogió al derecho árabe que permite tener varias mujeres. Pero cuando ella murió y pasó el primer momento de dolor, trató de consolarse de su pérdida casándose de nuevo; y a partir de entonces no tuvo inconveniente en tener varias mujeres. En su ley, permitió a cada uno de sus seguidores disponer de cuatro esposas; pero él no se conformó con cuatro, pues —como él mismo comentó— un profeta tiene especiales dotes y privilegios y no tiene por qué atenerse a las mismas leyes que los demás mortales.

Su primera elección la realizó al mes de la muerte de Jadicha, y recayó sobre una bella niña llamada Aixa, hija de su fiel discípulo Abu Bakr. Quizá buscara, con esta alianza, asociar más todavía a Abu Bakr a su causa, pues era una de las personas más valientes y queridas de su tribu. Pero Aixa sólo tenía siete años de edad y, aunque en los climas orientales las mujeres maduran mucho antes, era todavía demasiado joven para adoptar el estado matrimonial. Así pues, Mahoma se limitó a desposarse con ella y aplazó la boda dos años. En ese tiempo, ella debería prepararse con todo esmero para cumplir a la perfección las obligaciones de una joven árabe de alto rango.

El profeta demostró por esta esposa, elegida en la flor de los años, más cariño y pasión que por cualquiera de las que fue luego eligiendo

en sus sucesivos matrimonios. Todas éstas habían tenido experiencia matrimonial; Aixa, decía él, era la única que había acudido a sus brazos siendo una virgen pura y sin mancha.

Sin embargo, para no estar privado del debido consuelo mientras Aixa llegaba a la edad del matrimonio, tomó por esposa a Sawda, viuda de Sukrán, uno de sus seguidores. Había sido doncella de su hija Fátima y estado entre los fieles que huyeron a Abisinia cuando las primeras persecuciones de La Meca. Se dice que, estando en el exilio, tuvo una misteriosa advertencia del futuro honor que le estaba reservado; efectivamente, soñó que Mahoma apoyaba la cabeza en su seno. Luego contó el sueño a su esposo Sukrán, que lo interpretó como una predicción de su pronta muerte y del matrimonio de ella con el Profeta.

Pronosticado o no, en la realidad fue un matrimonio de conveniencia, y nada más. Mahoma no tuvo nunca por Sawda el afecto que manifestó a sus demás esposas. Con el tiempo llegó a repudiarla, pero ella le suplicó que le concediera el honor de seguir llamándose su esposa, asegurando que cuando le tocara el turno de compartir la cama matrimonial, cedería sus derechos a Aixa. Mahoma llegó a un acuerdo que era beneficioso para sus inclinaciones y Sawda siguió siendo nominalmente, hasta el final de sus días, esposa de Mahoma.

Mahoma experimentó muy pronto la pérdida que había supuesto la muerte de Abu Talib, que había sido no sólo un familiar cariñoso sino también un protector decidido y poderoso, con gran influencia en La Meca. A su muerte no quedó nadie que pudiera frenar o responder a las hostilidades de Abu Sufián y de Abu Chahl, que pronto despertaron entre los coraixíes un deseo de persecución tan virulento que Mahoma consideró peligroso seguir en su ciudad natal. Así pues, acompañado de su liberto Zaid, fue a buscar refugio en Taif, pequeña ciudad amurallada situada a cien kilómetros de La Meca y habitada por taqifíes o árabes de la tribu de Taqif. Era uno de los lugares privilegiados de Arabia, situado entre viñedos y huertos. Había melocotones y ciruelos, melones y granadas; higos azules y verdes, lotos y palmeras con frutos verdes y dorados. Sus pastos eran tan tiernos y sus campos tan productivos, en contraste con la esterilidad de los desiertos próximos, que los árabes contaban la leyenda de que originariamente el territorio formaba parte de Siria, y se habría desprendido de allí en tiempos del Diluvio, cuyas aguas lo habrían llevado hasta su emplazamiento actual.

Mahoma entró por las puertas de Taif con cierta confianza, creyendo que estaría protegido por la influencia de su tío Al Abbás, que tenía posesiones allí. No podía haber elegido un refugio peor. Taif era uno de los baluartes de la idolatría. Allí se mantenía con toda su fuerza el culto a Al Lat, uno de los ídolos femeninos ya citados. Su imagen de piedra estaba cubierta de joyas y piedras preciosas, ofrendas de sus adoradores. Se creía que tenía vida y solicitaban su intercesión por considerarla hija de Dios.

Mahoma se quedó aproximadamente un mes en Taif, intentando inútilmente hacer prosélitos entre sus habitantes. Cuando intentaba predicar sus doctrinas, las protestas ahogaban su voz. Más de una vez fue

herido por las piedras que arrojaban contra él y que el fiel Zaid intentaba inútilmente detener. La indignación popular contra él fue ascendiendo, hasta el punto de que fue arrojado de la ciudad y perseguido más allá de las murallas por una multitud amenazante de esclavos y niños.

Le habían expulsado ignominiosamente de su anhelado refugio y todavía no se atrevía a volver públicamente a su ciudad natal. Decidió seguir en el desierto hasta que Zaid le consiguiera un asilo secreto entre sus amigos de La Meca. En aquella adversidad, tuvo una de las visiones o visitas sobrenaturales que siempre parecían producirse en momentos de soledad o inquietud, en que cabe suponer que se encontraría en un estado de excitación mental. Fue después de la oración de la tarde, dice, en un lugar solitario del valle de Najla, entre La Meca y Taif. Estaba leyendo el Corán y le oyó una legión de genios que pasaba por allí. Los genios[21] son seres espirituales, unos buenos y otros malos, que, como el hombre, pueden recibir recompensas o castigos futuros. «¡Eh, escuchad!», se dijeron los genios unos a otros. Se detuvieron y escucharon a Mahoma mientras continuaba con su lectura. «En verdad —dijeron ellos al final—, hemos oído un discurso admirable que nos ha llevado por el camino del bien; a partir de ahora creeremos en él.»

Esta visita espiritual consoló a Mahoma de su expulsión de Taif, y le demostró que aunque él y sus doctrinas fueran rechazadas por los hombres, merecían el respeto de las inteligencias espirituales. Eso es al menos lo que podemos deducir de la alusión que hace del episodio en los capítulos cuarenta y seis y setenta y dos del Corán. Desde entoces declaró que su misión era convertir a estos genios además de a los hombres.

12. Viaje nocturno al séptimo cielo

Mahoma consiguió asilo en la casa de Mutim Ibn Aadi, uno de sus discípulos, y se atrevió a volver a La Meca. A la visita sobrenatural de los genios en el valle de Najla siguió pronto una visión o revelación mucho más extraordinaria y que desde entonces ha constituido un tema de comentario y conjeturas entre los mahometanos devotos. Nos referimos al famoso viaje nocturno a Jerusalén y de ahí al séptimo cielo. Los detalles del mismo nos han llegado como si los narrara el propio Mahoma, pero la verdad es que se trata de una tradición que no procede directamente del Profeta. No obstante, algunos citan textos del Corán como confirmación de la misma.

No intentamos presentar aquí esta visión o revelación con toda su amplitud y exotismo. Nos limitaremos sólo a exponer algunos de sus rasgos más esenciales.

La noche en que se produjo se describe como una de las más oscuras y silenciosas acaecidas hasta entonces. No se oía ni el canto del gallo, ni el ladrido de los perros, ni los alaridos de las bestias, ni el ulular de las lechuzas. Las mismas aguas dejaron de murmurar y los vientos de silbar; era como si toda la naturaleza se hubiera quedado inmóvil y muerta. A medianoche, Mahoma se despertó al oír una voz que le decía: «¡Despierta, deja de dormir!» Vio junto a él al ángel Gabriel. Su frente era limpia y serena, su cutis blanco como la nieve, el pelo le caía sobre los hombros; tenía alas de muchos y deslumbrantes colores, y sus ropas estaban cubiertas de perlas y bordados de oro.

Presentó a Mahoma un corcel blanco de formas y características maravillosas; no se parecía a ningún ejemplar de los que había visto antes, y, a decir verdad, es distinto de todos los animales descritos hasta entonces. Tenía rostro humano, pero las mejillas eran las de un caballo; sus ojos eran como jacintos y brillantes como estrellas. Tenía alas de águila, resplandecientes de rayos de luz; y todo su conjunto aparecía cuajado de gemas y piedras preciosas. Era una hembra y por su increíble esplendor y velocidad recibió el nombre de Al Buraq, o relámpago.

Mahoma se dispuso a montar en este corcel sobrenatural; pero cuando alargó la mano hacia él, el animal retrocedió y se encabritó.

«¡Estáte quieto, oh Buraq! —dijo Gabriel—; respeta al profeta de Dios. Nunca te ha montado un hombre mortal más honrado por Alá.

—¡Oh Gabriel! —replicó Al Buraq, que en quella ocasión recibió el don milagroso del habla—; ¿acaso no llevé en tiempos antiguos a Abra-

hán, el amigo de Dios, cuando visitó a su hijo Ismael? ¡Oh Gabriel! ¿no es él el mediador, el intercesor, el autor de la profesión de fe?

—Sí, Buraq, pero éste es Mahoma Ibn Abdallah, de una de las tribus de Arabia Feliz y de la verdadera fe. Es el jefe de los hijos de Adán, el mayor de los legados divinos, el sello de los profetas. Todas las criaturas deben contar con su intercesión antes de entrar en el paraíso. El cielo está a su mano derecha, como recompensa para los que creen en él; a su izquierda está el fuego de la Gehena, donde serán arrojados quienes se opongan a sus doctrinas.

—¡Oh Gabriel —suplicó Buraq— por la fe que existe entre tú y él, haz que interceda por mí en el día de la resurrección.

—Te aseguro, ¡oh Buraq! —exclamó Mahoma—, que gracias a mi intercesión entrarás en el paraíso.

Al oír estas palabras, el animal se acercó y se inclinó para que el Profeta subiera a sus espaldas. Luego se levantó y se remontó por encima de las montañas de La Meca.

Mientras pasaban como el rayo entre el cielo y la tierra, Gabriel clamó en voz alta: «¡Detente, oh Mahoma!, desciende a la tierra y haz la oración con dos inflexiones del cuerpo.»

Bajaron a la tierra y después de la oración Mahoma dijo:

«¡Oh amigo y querido de mi alma!, ¿por qué me ordenas rezar en este lugar?

—Porque éste es el monte Sinaí, en el que Dios se comunicó con Moisés.»

Ascendiendo de nuevo por los aires, pasaron rápidamente entre el cielo y la tierra hasta que Gabriel volvió a decir por segunda vez: «¡Detente, oh Mahoma! Desciende y haz la oración con dos inflexiones.»

Descendieron; Mahoma rezó y volvió a preguntar: «¿Por qué me has ordenado rezar en este lugar?

—Porque estamos en Belén, donde nació Jesús, el hijo de María.»

Luego reanudaron su recorrido por los aires, hasta que se oyó una voz a la derecha, que exclamó: «¡Oh Mahoma! Detente un momento, que quiero hablarte; de todos los seres creados es a ti a quien tengo mayor amor.»

Pero Buraq seguía avanzando y Mahoma no hizo nada por detenerlo, pues pensó que no estaba en su mano fijar su marcha, sino en la de Dios, el todopoderoso y glorioso.

Entonces se oyó otra voz a la izquierda, pidiendo a Mahoma con palabras semejantes que se detuviera; pero Buraq seguía avanzando y Mahoma no se detuvo. Entonces vio ante él a una dama de resplandeciente belleza, adornada con todos los lujos y riquezas de la tierra. Ella se dirigió hacia él con cautivadora sonrisa: «Detente un momento, oh Mahoma, que quiero hablar contigo. Te amo a ti más que a todos los demás seres.» Pero Buraq seguía hacia adelante y Mahoma no hacía nada por impedirlo, considerando que no era él quien debía marcar su camino sino Dios, el todopoderoso y glorioso.

Sin embargo, dirigiéndose a Gabriel le preguntó: «¿Qué voces son las que he oído y quién es la dama que me ha saludado?»

«La primera, oh Mahoma, era la voz de un judío; si le hubieras escuchado, todo tu pueblo se habría pasado al judaísmo.

»La segunda era la voz de un cristiano: si la hubieras escuchado, tu pueblo se habría inclinado al cristianismo.

»La dama era el mundo, con todas sus riquezas, vanidades y atractivos; si la hubieras escuchado, tu nación habría elegido los placeres de esta vida en vez de la felicidad eterna, y todos habrían quedado condenados a la perdición.»

Siguiendo su marcha por los aires, llegaron a la puerta del sagrado templo de Jerusalén. Mahoma bajó de Al Buraq, lo ató a los aros donde los profetas lo habían atado en tiempo anteriores. Luego entró al templo y encontró allí a Abrahán, a Moisés, a Isa (Jesús) y a muchos más de los profetas. Después de rezar en su compañía un rato, vio cómo bajaba del cielo una escalera de luz hasta que la parte inferior descansó en la Sajra o piedra angular del templo, la piedra de Jacob. Ayudado por el ángel Gabriel, Mahoma subió por la escalera con la rapidez del relámpago.

Cuando llegó al primer cielo, Gabriel llamó a la puerta. «¿Quién es?» —preguntaron desde dentro—. «Gabriel» —contestó el ángel—. «¿Quién está contigo?» «Mahoma.» «¿Ha recibido su misión?» «Sí.» «¡Entonces le damos la bienvenida!» Y se abrió la puerta.

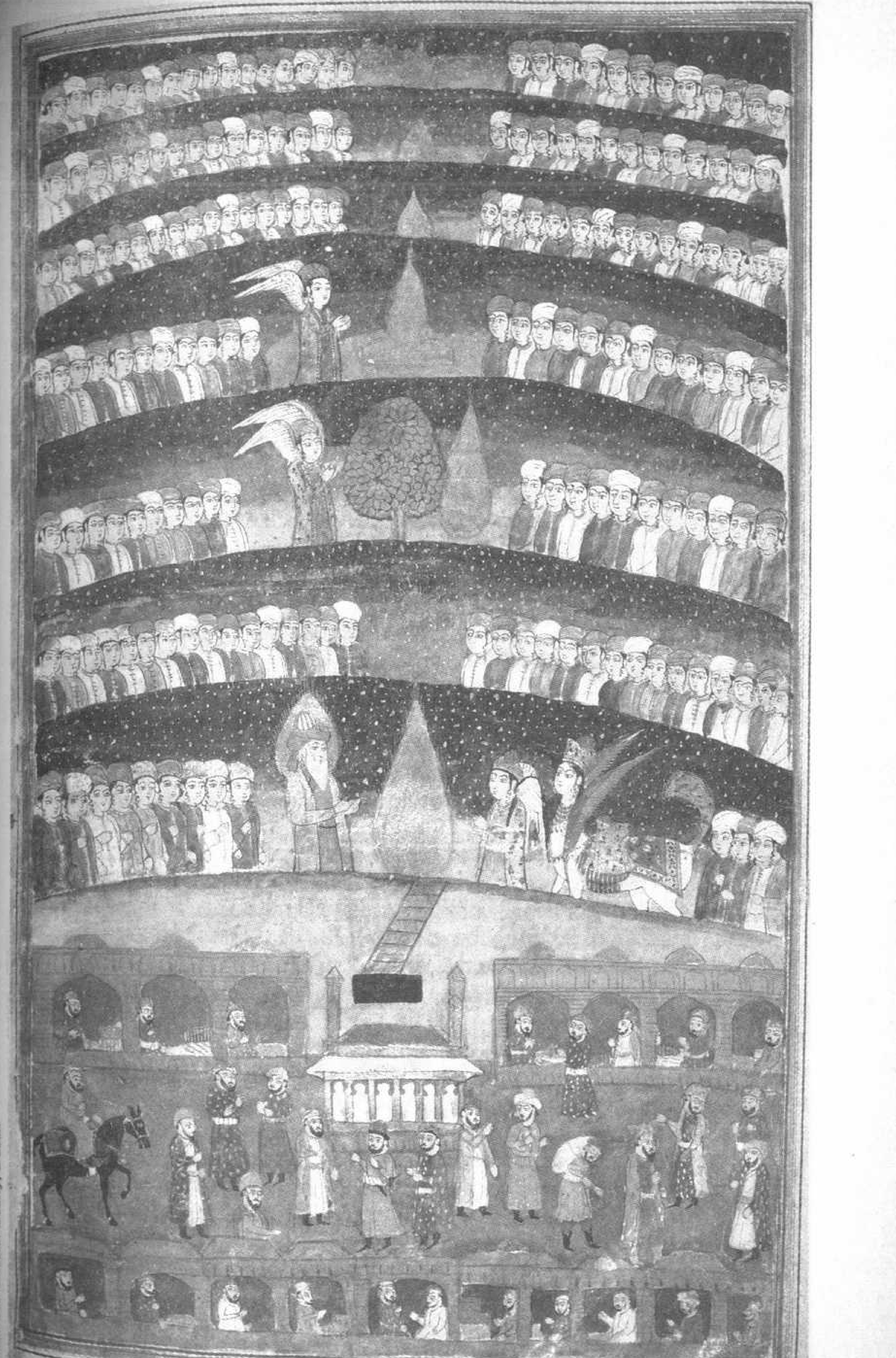
El primer cielo era de plata pura, y en su bóveda resplandeciente las estrellas estaban colgadas de cadenas de oro. En cada estrella hay un ángel colocado como centinela para evitar que los demonios asciendan a la sagrada mansión. Al entrar Mahoma, se le acercó un anciano y Gabriel dijo: «Este es tu padre Adán, ríndele homenaje». Así lo hizo Mahoma y Adán le abrazó y le llamó el mayor entre sus hijos y el primero de los profetas.

En este cielo había innumerables animales de todas las clases. Gabriel explicó que eran ángeles que, con aquellas formas, intercedían ante Alá por las distintas razas de animales existentes en la tierra. Entre ellos había un gallo de inmaculada blancura y tan alto que su cresta tocaba el segundo cielo, a pesar de estar situado a más de quinientos días de viaje por encima del primero. Aquella ave tan maravillosa regalaba el oído de Alá todas las mañanas con su canto melodioso. Todas las criaturas de la tierra, excepto el hombre, se despiertan con su voz, y todas las aves de su especie cantan aleluyas imitando su tono.[22]

Luego subieron al segundo cielo. Como antes, Gabriel llamó a la puerta; se hicieron las mismas preguntas y respuestas; abrieron la puerta y entraron.

Este cielo era todo él de acero pulido y de brillo resplandeciente. En él encontraron a Noé, que abrazó a Mahoma y le proclamó como el mayor de los profetas.

Representación de los siete cielos del paraíso mahometano. En el primero, se ve al ángel Gabriel junto a Mahoma y la yegua Al Buraq. Miniatura persa perteneciente a la Historia de la vida de Mahoma.



Biblioteca Chester Beatty, Dublin

Al llegar al tercer cielo, entraron con el mismo ceremonial. Est
todo él cuajado de piedras preciosas, demasiado brillantes para los o
humanos. Había un ángel sentado, de inmensa altura, cuyos ojos es
ban separados por una distancia equivalente al recorrido de un viaje
setenta mil días. Tenía a sus órdenes cien mil batallones de hombres
mados. Ante él había un enorme libro abierto, en el que estaba co
nuamente escribiendo y borrando.

«Este, ¡oh Mahoma! —dijo Gabriel—, es Azrail, el ángel de la mu
te, que goza de la confianza de Alá. En el libro que tiene ante él escr
los nombres de los que van a nacer y borra los nombres de los que h
vivido ya el tiempo que se les ha asignado y que, por lo tanto, muer
en ese mismo instante.»

A continuación ascendieron hasta el cuarto cielo, hecho de pla
de la mejor calidad. Entre los ángeles que lo habitaban había uno cu
altura equivalía al recorrido de un viaje de quinientos días. Tenía el ro
tro preocupado y le caían lágrimas de los ojos. «Este —dijo Gabriel
es el ángel de las lágrimas, destinado a llorar por los pecados de los h
jos de los hombres y a predecir los males que les aguardan».

El quinto cielo era de oro purísimo. En él Mahoma fue recibido p
Aarón con abrazos y felicitaciones. En este cielo habita el ángel veng
dor, que domina sobre el fuego. De todos los ángeles vistos por Mah
ma, éste era el más espantoso y horrible. Su rostro parecía de cobre
estaba lleno de quistes y verrugas. De sus ojos salía un brillo como
del relámpago y en su mano tenía una lanza de fuego. Estaba senta
en un trono rodeado de llamas, y ante él había un montón de caden
al rojo vivo. Si descendiera a la tierra en su forma verdadera, las mo
tañas se consumirían, los mares se secarían y todos sus habitantes m
rirían de terror. A él, y a los ángeles que le sirven, le está confiada
ejecución de la venganza divina contra los infieles y pecadores.

Abandonaron tan terrible morada y ascendieron al sexto cielo, h
cho de piedra transparente, llamada Hasala, que significa carbúncul
Había en él un gran ángel, mitad de nieve y mitad de fuego, pero ni
nieve se derretía ni se apagaba el fuego. En torno a él había un coro d
ángeles menores que no cesaba de exclamar: «¡Oh Alá, que has uni
la nieve y el fuego, une a todos tus fieles servidores en la obediencia
tu ley!»

«Este —dijo Gabriel— es el ángel guardián del cielo y de la tierr
El es quien envía a los ángeles hasta las personas de tu pueblo para i
clinarles en favor de tu misión y las llama al servicio de Dios; segui
haciéndolo hasta el día de la resurrección.»

Allí estaba el profeta Musa (Moisés). A diferencia de los demás pr
fetas que se habían alegrado al ver a Mahoma, Moisés derramó lágrima

«¿Por qué lloras?», preguntó Mahoma. Moises le respondió: «Po
que estoy viendo a un sucesor que está llamado a enviar al paraíso
muchos más miembros de su pueblo de los que yo podré enviar de e
tre los recalcitrantes hijos de Israel.»

Desde allí ascendió al séptimo cielo, donde fue recibido por el p
triarca Abrahán. Esta feliz morada está formada por luz divina, y su g

ria es tan inmensa que la lengua humana no puede describirla. Para hacernos una idea del resto, bastará con describir a uno de sus habitantes celestiales. Sobrepasaba a toda la tierra en magnitud y tenía setenta mil cabezas; cada una de ellas tenía setenta mil bocas; cada boca setenta mil lenguas; cada lengua hablaba setenta mil idiomas distintos y en todos ellos se cantaban sin cesar las glorias del Altísimo.

Mientras contemplaba a este maravilloso ser, Mahoma se vio transportado de repente hasta el loto conocido con el nombre de Sidra, que florece a la derecha del trono invisible de Alá. Las ramas de este árbol cubren una distancia superior a la que existe entre la tierra y el sol. Bajo su sombra viven, felices, ángeles en número superior al de las arenas de las costas marinas o de las orillas de todos los ríos y arroyos. Las hojas son como las orejas de un elefante; miles de pájaros inmortales pueblan sus ramas y desde ellas repiten los sublimes versos del Corán. Sus frutos son más suaves que la leche y más dulces que la miel. Si reuniéramos a todos los seres creados por Dios, podríamos alimentar a todos ellos con uno solo de estos frutos. Cada semilla contiene una hurí, o virgen celestial, destinada a proporcionar la felicidad a los verdaderos creyentes. De este árbol manan cuatro ríos: dos fluyen hacia el interior del paraíso y otros dos salen más allá del mismo y se convierten en el Nilo y en el Eufrates.

Mahoma y su guía celestial se dirigieron luego hacia Al Mamur, o Casa de Adoración, formada por rubíes o jacintos rojos y rodeada de innumerables lámparas, siempre encendidas. Cuando entró Mahoma, le ofrecieron tres recipientes: uno con vino, otro con leche y otro con miel. Cogió el recipiente lleno de leche y bebió de él.

«Has obrado bien; tu elección ha sido correcta —exclamó Gabriel—. Si hubieras bebido vino, tu pueblo se habría descarriado.»

La casa sagrada se parece, en la forma, a la Kaaba de La Meca, y está situada justo encima de ella, en el séptimo cielo. Todos los días la visitan setenta mil ángeles del rango más elevado. En aquel preciso momento estaban realizando la sagrada procesión a su alrededor. Mahoma se incorporó a ellos y dio también siete vueltas.

Gabriel no podía seguir ya adelante. Mahoma recorrió entonces, más rápido que el pensamiento, un espacio inmenso, atravesando dos regiones de luz deslumbrante y una de profunda oscuridad. Al salir de esta oscuridad total, quedó sobrecogido de terror y miedo al encontrarse en presencia de Alá y a sólo dos tiros de flecha de su trono. El rostro de la divinidad estaba cubierto por veinte mil velos, pues la contemplación de su gloria no podía ser resistida por el hombre. Extendió las manos y colocó una sobre el pecho y otra sobre el hombro de Mahoma, que notó cómo un frío helador penetraba hasta su corazón y hasta la médula de sus huesos. Luego experimentó una sensación de felicidad extática, mientras le rodeaba una atmósfera dulce y fragante, que nadie puede entender, exceptuando los que han estado en la presencia divina.

Mahoma recibió de Dios mismo muchas de las doctrinas contenidas en el Corán y la prescripción de señalar las cincuenta oraciones que todo creyente de verdad debía realizar diariamente.

Cuando descendió de la presencia divina y volvió a encontrarse con Moisés, éste preguntó qué le había ordenado Alá.

«Que haga cincuenta oraciones todos los días.

—¿Y piensas cumplir esta obligación? Yo lo he probado antes que tú. Lo intenté con los hijos de Israel, pero en vano; vuelve, pues, y pide una misión menos difícil.»

Mahoma volvió y consiguió una reducción de diez oraciones; pero cuando contó a Moisés el éxito de su intento, éste volvió a hacerle la misma objeción. Cuarenta oraciones eran demasiadas. Siguiendo su consejo, Mahoma regresó otra vez y consiguió que las redujeran a cinco.

Moisés siguió formulando objeciones. «¿Crees que tu pueblo va a rezar diariamente cinco veces? ¡Por Alá! Yo lo intenté con los hijos de Israel, y todo fue en vano; vuelve, pues, y pide una nueva reducción.»

«No —replicó Mahoma—, he pedido tantas veces clemencia que me siento avergonzado.» Con estas palabras saludó a Moisés y se marchó.

Por la escalera de luz descendió hasta el templo de Jerusalén, y encontró a Buraq en el sitio donde lo había dejado. Montó en él y en un instante llegó al lugar de donde había partido.

Este relato de la visión, o viaje nocturno, responde sobre todo a las versiones de los historiadores Abulfeda, Al Bujari y Abu Huraira, y aparece con más detalle en la *Vida de Mahoma* de Gagnier. El viaje ha suscitado infinitos comentarios y disputas entre los especialistas. Algunos dicen que no fue más que un sueño o visión nocturna y basan su tesis en una tradición procedente de Aixa, la esposa de Mahoma, que declaró que, en la noche en que se produjo la visión, su cuerpo había estado totalmente inmóvil, y que el viaje nocturno había sido de carácter espiritual. Pero al presentar esta tradición no tuvieron en cuenta que, cuando se dice que ocurrió el viaje, Aixa era todavía una niña y, aunque desposada con él, no era todavía la esposa de Mahoma.

Otros afirman que hizo el viaje celestial corporalmente y que todo transcurrió en un espacio de tiempo tan breve que, al volver, consiguió evitar que cayera al suelo un vaso de agua que el ángel Gabriel había empujado con el ala al marcharse.

Otros dicen que Mahoma sólo dijo que había hecho el viaje nocturno al templo de Jerusalén y que la subida posterior al cielo era una visión. Según Ahmed ben Joseh, la visita nocturna al templo aparece testificada en palabras del mismo patriarca de Jerusalén. «Por entonces —dice—, cuando Mahoma envió un mensajero al emperador Heraclio, en Constantinopla, invitándole a abrazar el islamismo, el patriarca estaba en presencia del emperador. El mensajero relató el viaje nocturno del profeta. El patriarca no salía de su asombro e informó al emperador de una circunstancia que coincidía con el relato del mensajero. "Tengo costumbre —dijo él— de no retirarme a descansar por la noche hasta después de cerrar todas las puertas del templo. La noche mencionada las cerré todas según mi costumbre, pero había una que era imposible mover. Mandé llamar a los carpinteros, que, después de examinar la puerta, declararon que el dintel del pórtico y el edificio mismo habían

cedido de tal manera que era imposible cerrar la puerta. Así pues, tuve que dejarla abierta. Por la mañana temprano, al despuntar el día, volví de nuevo a la puerta y vi cómo la piedra situada en el ángulo del templo estaba perforada y había vestigios del lugar donde habían sujetado a Al Buraq. Entonces dije a los presentes que aquella puerta no se habría quedado inmóvil a no ser que algún profeta hubiera estado en oración."»

Las tradiciones siguen diciendo que cuando Mahoma relató su viaje nocturno a una gran asamblea convocada en La Meca, muchos se maravillaron y creyeron, otros se quedaron dudando, mientras que los coraixíes se reían con menosprecio.

«Dices que has estado en el templo de Jerusalén —exclamó Abu Chahl—; demuestra la verdad de tus palabras y descríbelo.»

Durante un momento, Mahoma no supo cómo reaccionar a aquella petición, pues había visitado el templo por la noche, cuando no era posible distinguir sus formas. Pero, de repente, el ángel Gabriel se puso a su lado y colocó ante sus ojos una reproducción exacta del edificio sagrado, y de esa manera pudo responder sin vacilar a las preguntas más minuciosas.

El relato resultaba demasiado fuerte incluso para algunos de sus discípulos. Pero Abu Bakr, viéndoles vacilar en su fe y en peligro de apostatar, comprometió su palabra de que el relato era cierto. En recompensa de ello, Mahoma le dio el título de Al Siddiq, o Testigo de la Fe, con que fue conocido en adelante.

Como ya hemos observado, este viaje nocturno se basa casi por completo en la tradición, aunque algunas de sus circunstancias aparecen vagamente aludidas en el Corán. Toda la historia pudo ser una creación fantástica de musulmanes fanáticos a propósito de una de las visiones o éxtasis a que Mahoma era propenso y cuya descripción hizo que los coraixíes le tacharan de loco.

13. La Hégira

Las perspectivas de Mahoma eran cada vez más negras en su tierra natal. Jadicha, su primera bienhechora, la abnegada compañera en su soledad y aislamiento, la fervorosa creyente en sus doctrinas, estaba ya en el sepulcro; también lo estaba Abu Talib, hasta entonces su fiel y eficiente protector. Privado de la protectora influencia de éste, Mahoma se había convertido en cierta manera en un proscrito en La Meca; tuvo que ocultarse y recurrir a la hospitalidad de los que ya habían sufrido persecución por causa de sus doctrinas. Si lo que buscaba era el triunfo visible, ¿cómo le habían ido las cosas? Habían pasado más de diez años desde que proclamara su misión profética; diez largos años de enemistades, problemas y desgracias. Sin embargo, no se dio por vencido y entonces, a una edad en que los hombres intentan descansar y disfrutar del pasado en vez de arriesgarlo todo en nuevos programas para el futuro, vemos cómo él, tras haber renunciado a la comodidad, a la fortuna y a los amigos, está dispuesto también a abandonar su casa y su país antes que claudicar de su fe.

En cuanto llegó el periodo sagrado de la peregrinación, abandonó una vez más su escondite y se mezcló con la multitud procedente de todas las partes de Arabia. Su intención era encontrar una tribu poderosa o habitantes de alguna ciudad importante dispuestos a recibirle como huésped y a protegerle en la práctica y propagación de su fe.

Durante algún tiempo buscó en vano. Los que había acudido a rendir culto en la Kaaba miraban con malos ojos a un hombre condenado por apóstata; y los menos devotos no querían tratar con alguien perseguido por los miembros más poderosos de su ciudad natal.

Finalmente, un día en que estaba predicando en la colina de Al Aqaba, al norte de La Meca, logró acaparar la atención de unos peregrinos de la ciudad de Yatrib. Esta ciudad, llamada luego Medina, estaba a unos trescientos cincuenta kilómetros al norte de La Meca. Muchos de sus habitantes eran judíos y cristianos de alguna secta herética. Los peregrinos en cuestión eran árabes de la antigua y poderosa tribu de los jazrachíes, que mantenían contactos amistosos con los keneeditas y los nadiríes, dos tribus judías instaladas en La Meca, que se consideraban herederos de la familia sacerdotal de Aarón. Los peregrinos habían oído a sus amigos judíos hablar de los misterios de su fe y del Mesías esperado. Quedaron impresionados por la elocuencia de Mahoma y por el parecido de sus doctrinas con las de la ley judía, hasta el punto de que cuando le oyeron proclamarse como profeta enviado por los cielos para



Un grupo de nobles de Medina visita a Mahoma para rogarle que se establezca en su ciudad. Miniatura persa perteneciente a la Historia de la vida de Mahoma. *Siglo* XIX. *Biblioteca Nacional, París.*

restaurar la antigua fe, se dijeron entre sí: «Este es sin duda el Mesías prometido de que nos han hablado.» Cuanto más le escuchaban, más se convencían de ello. Terminaron dejándose convencer y haciendo proclamación de su nueva fe.

Como los jazrachíes pertenecían a una de las tribus más poderosas de Yatrib, Mahoma intentó conseguir su protección y les propuso acompañarles en su viaje de vuelta; pero éstos le hicieron saber que estaban

enfrentados a muerte con los awsíes, otra importante tribu de dicha ciudad, y le aconsejaron que retrasara su llegada hasta que hicieran las paces. Mahoma se dejó convencer, pero cuando regresaron los peregrinos, envió con ellos a Musaab Ibn Umair, uno de los más preparados y eruditos de sus discípulos, con la misión de fortalecer su fe y de predicar a sus conciudadanos. Fueron las primeras semillas del islamismo en la ciudad de Medina. Durante algún tiempo sus progresos fueron muy lentos. Musaab tropezó con la oposición de los idólatras, que atentaron contra su vida; pero él siguió exponiendo sus ideas y poco a poco fue logrando conversiones entre los habitantes más distinguidos de la ciudad. Entre ellos estaban Saad Ibn Muad, príncipe o jefe de los awsíes, y Usaid Ibn Judair hombre de gran autoridad en la ciudad. Muchos de los musulmanes de La Meca abandonaron la ciudad por causa de las persecuciones y se refugiaron en Medina, ayudando a propagar la nueva fe entre sus habitantes, hasta lograr seguidores en casi todas las familias.

Cuando estuvieron seguros de que podían ofrecer asilo a Mahoma en la ciudad, más de setenta conversos de Medina, dirigidos por Musaab Ibn Umair, acudieron a La Meca junto con los peregrinos, durante el mes sagrado del año trece de «la misión», para invitarle a fijar su residencia en la ciudad. Mahoma se reunió con ellos a medianoche en la colina de Al Aqaba. Su tío Al Abbás —que, como el fallecido Abu Talib, sentía gran preocupación por la seguridad de Mahoma, a pesar de no aceptar sus doctrinas— le acompañó a esta conferencia secreta, por temor a que ocurriera algo desagradable. Suplicó a los peregrinos de Medina que no invitaran a su sobrino a la ciudad mientras no pudieran protegerle mejor y les advirtió que, si seguían proclamando públicamente su nueve fe, lograrían que toda Arabia se levantara en armas contra ellos. Sus advertencias y súplicas fueron en vano: los distintos grupos llegaron a un pacto solemne. Mahoma les pidió que renunciaran a la idolatría y adoraran al único Dios sin temor ni ocultamiento. Respecto a su propia persona, les exigió obediencia en la suerte y en la desgracia; pidió también la protección para los discípulos que le acompañaran, de tal manera que pudieran acudir con sus esposas e hijos. Si se cumplían aquellas condiciones, se comprometía a quedarse entre ellos, a ser amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos. «Pero si perecemos en defensa de tu causa —preguntaron—, ¿cuál será nuestra recompensa?» «¡El paraíso!», respondió el Profeta.

Aceptaron sus condiciones; los emisarios de Medina colocaron sus manos en las manos de Mahoma y juraron respetar el pacto. Luego, el Profeta eligió a doce de ellos, a quienes nombró apóstoles, a imitación, parece ser, de nuestro Salvador. En aquel momento se oyó una voz en lo alto de la montaña, condenándolos como apóstatas y amenazando con castigarlos. Al oír aquella voz, en medio de la oscuridad de la noche, algunos se asustaron.

«Es la voz del malvado Iblís —dijo Mahoma con desprecio—, es el enemigo de Dios: no temáis.»

Probablemente sería la voz de algún espía de los coraixíes, pues al día siguiente éstos sabían lo que había ocurrido por la noche y trataron

a los nuevos confederados con aspereza cuando se marcharon de la ciudad.

Esta pronta conversión a la fe y la ayuda prometida y luego prestada a Mahoma y a sus discípulos fueron las cosas que hicieron merecer a los musulmanes el apelativo de ansaríes, o auxiliares, con que se les conocería más tarde.

Al marcharse los ansaríes y finalizar el mes santo, se reanudaron las persecuciones contra los musulmanes con violencia todavía mayor, hasta el punto de que Mahoma, viendo que se avecinaba una crisis, decidió abandonar la ciudad y aconsejó a sus seguidores que tomaran medidas de seguridad. El siguió todavía algún tiempo en La Meca, con algunos de sus fieles seguidores.

Abu Sufián, su implacable enemigo, era por entonces gobernador de la ciudad. Estaba indignado —y al mismo tiempo alarmado—, por la difusión de la nueva fe. Convocó una reunión de los principales coraixíes con la intención de buscar los medios de acabar definitivamente con aquella situación. Algunos creían que había que desterrar a Mahoma de la ciudad; pero se objetó que podía ganarse a otras tribus, o quizá a la población de Medina, para volver luego al frente de ellos y vengarse. Otros propusieron encerrarlo en una mazmorra y tenerlo allí hasta que muriera; pero cabía la posibilidad de que sus seguidores intentaran rescatarle. Todas las objeciones las iba formulando un anciano de carácter violento y pragmático, un desconocido de la provincia de Nachd que, según los autores musulmanes, no era ni más ni menos que el diablo disfrazado, que contagiaba su espíritu maligno a todos los presentes. Al final Abu Chahl llegó a la conclusión de que la única forma eficaz de poner fin a aquel peligro creciente era dar muerte a Mahoma. En esto estuvieron todos de acuerdo, y como forma de distribuir entre todos la responsabilidad de la acción, y teniendo en cuenta los deseos de venganza que podría provocar entre los familiares de la víctima, se llegó al acuerdo de que un miembro de cada una de las familias debía hundir su espada en el cuerpo de Mahoma.

El capítulo octavo del Corán hace alusión a esta conspiración. «Y recuerda cómo los impíos tramaron contra ti, para encarcelarte o darte muerte o expulsarte de la ciudad; pero Dios tramó contra ellos; y nadie sabe hacer esto tan bien como Dios.»

Cuando los asesinos llegaron ante la casa donde estaba Mahoma, éste había sido advertido del peligro que le amenazaba. Como siempre, la advertencia se atribuye al ángel Gabriel, pero es probable que le llegara de algún coraixí menos sediento de sangre que sus confederados. Llegó en el momento oportuno para salvar a Mahoma de manos de sus enemigos. Estos se detuvieron ante la puerta, pero vacilaron en el momento de entrar. Mirando por una grieta vieron, como esperaban, a Mahoma envuelto en su manto verde y acostado en la cama. Esperaron un momento, y brevemente discutieron si debían abalanzarse sobre él mientras dormía o esperar a que saliera. Al final, abrieron violentamente la puerta y se arrojaron sobre la cama. El ocupante se despertó sobresaltado; pero no era Mahoma, sino Alí. Sorprendidos y avergonzados, pre-

guntaron: «¿Dónde está Mahoma?» «No lo sé», respondió Alí con vo seria y se marchó; nadie se atrevió a molestarle. Sin embargo, enfure cidos por la huida de su víctima, los coraixíes anunciaron una recom pensa de cien camellos a quien les entregara a Mahoma, vivo o muert

Nos han llegado diversas versiones sobre la forma en que Mahom huyó de la casa después de que el fiel Alí se cubriera con su manto ocupara su lugar en la cama. La narración más portentosa cuenta qu abrió la puerta sin hacer ruido, cuando los coraixíes estaban ya delant de ella, y, arrojando un puñado de polvo al aire, los dejó momentánea mente ciegos, de manera que pudo caminar entre ellos sin ser visto. A lo confirma el verso del capítulo trece del Corán: «Los hemos dejado cie gos para que no vean.»

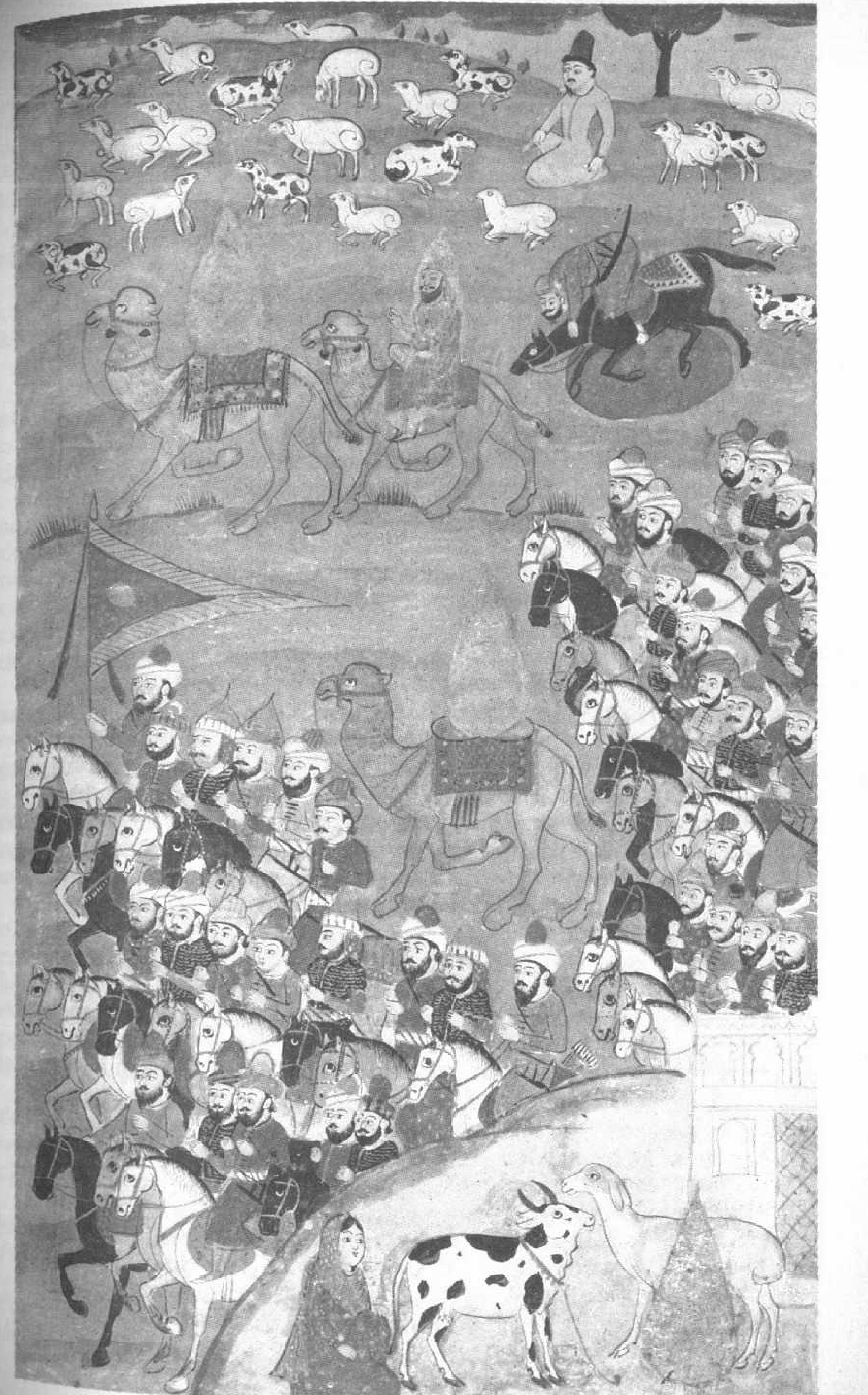
Lo más probable es que saltara el muro que había en la parte pos terior de la casa ayudado por un criado, que se agachó para que él s apoyara en su espalda.

Se dirigió en seguida a casa de Abu Bakr y allí prepararon su fug inmediata. Decidieron refugiarse en una caverna del monte Tur, a un hora de camino de La Meca, y esperar allí hasta que pudieran dirigirs sin peligro a Medina. Mientras estuvieran allí, los hijos de Abu Bakr le llevarían alimentos en secreto. Salieron de La Meca cuando era todaví de noche, caminando a pie y aprovechando la luz de las estrellas. Cuan do amaneció, se encontraban al pie del monte Tur. Acababan de entra en la caverna, cuando oyeron cómo se aproximaban sus perseguidores Abu Bakr, a pesar de su valentía, temblaba de miedo. «Nuestros perse guidores —dijo— son muchos y nosotros sólo somos dos.» «No —res pondió Mahoma—, somos tres; ¡Dios está con nosotros!» En este pun to, los escritores musulmanes narran un milagro muy querido para to dos los verdaderos creyentes. Según este relato, cuando los coraixíes llegaron a la boca de la cueva había crecido delante de ella una acacia en cuyas largas ramas había puesto su nido una paloma y cuyo conjun to estaba cubierto por una gran tela de araña. Cuando los coraixíes con templaron aquellas señales, concluyeron que era imposible que nadie hu biera entrado recientemente en la caverna. Dieron la vuelta y continua ron su búsqueda en otra dirección.

Ocultos milagrosamente o no, los fugitivos estuvieron tres días en la cueva sin ser descubiertos. Asama, hija de Abu Bakr, les llevaba ali mentos cuando comenzaba a anochecer.

Al cuarto día, cuando supusieron que sus perseguidores se habrían cansado de buscar inútilmente, los fugitivos decidieron aventurarse y di rigirse hacia Medina montados en camellos que la noche anterior había llevado un criado de Abu Bakr. Dejaron el camino generalmente utiliza do por las caravanas y siguieron un curso más sinuoso, junto a la costa del mar Rojo. No habían avanzado mucho cuando fueron alcanzados por un grupo de jinetes, a cuyo frente iba Suraqa Ibn Malik. Abu Bakr

Mahoma, bajo la apariencia de una llama, huye a Medina, el año 622 acompañado por su fiel amigo Abu Bakr. Biblioteca Nacional, París.



sintió otra vez miedo ante el número de sus perseguidores, pero Mahoma le tranquilizó de nuevo: «No te preocupes; Alá está con nosotros.» Suraqa era un guerrero implacable, con pelo desgreñado y brazos musculosos y cubiertos de pelo. Al dar alcance a Mahoma, su caballo retrocedió y cayó al suelo. Su mente supersticiosa vio en ello un mal augurio. Mahoma comprendió lo que estaba pensando y con términos elocuentes le movió a cambiar de actitud y a concederle su perdón; decidió volver con su tropa y dejar que Mahoma continuara tranquilamente su camino.

Los fugitivos prosiguieron el viaje sin nuevas interrupciones hasta llegar a Quba, colina situada a unos tres kilómetros de Medina. Era uno de los lugares favoritos de los habitantes de la ciudad. Allí enviaban a los enfermos a respirar el aire puro y saludable de las alturas. Además, constituía un importante centro de producción de fruta para la ciudad: la colina y sus alrededores estaban cubiertos de viñas y de plantaciones con dátiles y lotos, con cidras, naranjas, granadas, higos, melocotones y albaricoques. Había también claros arroyos que permitían regar los frutales.

Al llegar a tan agradable lugar, *Al Qaswá*, el camello de Mahoma, dobló las rodillas, incapaz de seguir adelante. El Profeta vio en ello un signo favorable y decidió quedarse en Quba para preparar desde allí la entrada en la ciudad. El lugar donde se arrodilló el camello lo recuerdan todavía los musulmanes piadosos, pues en conmemoración del hecho se edificó allí una mezquita conocida con el nombre de Al Taqwa. Algunos dicen que la fundó el mismo Profeta. Cerca de ella hay también un pozo profundo, a cuyo lado Mahoma descansó a la sombra de los árboles y en el que se le cayó su sello. Se cree que todavía está allí, lo que da carácter santo al pozo, cuyas aguas llegan por una conducción subterránea hasta Medina. En Quba estuvo cuatro días, alojado en la casa de un awsí llamado Kultum Ibn Hidm. Estando allí todavía, se le unió un jefe distinguido, Buraida Ibn Husaib, con setenta seguidores, todos de la tribu de Sahm. Todos ellos confesaron su fe entre las manos de Mahoma.

Otro famoso prosélito que acudió ante el Profeta fue Salmán al Farisi (o el persa). Se dice que procedía de una pequeña aldea próxima a Ispahan y que, al pasar un día por una iglesia cristiana, quedó tan impresionado por la devoción de la gente y la solemnidad del culto, que no pudo soportar la idolatría en que le habían educado. Luego había estado errando por el Oriente, de ciudad en ciudad, y de convento en convento, en búsqueda de una religión, hasta que un monje anciano, lleno de años y de achaques, le habló de un profeta que había aparecido en Arabia para restaurar la auténtica fe de Abrahán.

Salmán adquirió una posición influyente más adelante y los no creyentes de La Meca le acusarán de haber ayudado a Mahoma a compilar su doctrina. Así parece dar a entender el capítulo dieciséis del Corán: «En verdad, los idólatras dicen que alguién ayudó a componer el Corán; pero la lengua de este hombre es achamí (o persa), y el Corán está escrito en lengua árabe.»[23]

Los musulmanes de La Meca, que llevaban cierto tiempo refugiados en Medina, al oír que Mahoma estaba a las afueras de la ciudad salieron a su encuentro en Quba. Entre los que acudieron estaban el converso Talha y Zubair, sobrino de Jadicha. Al ver la ropa de Mahoma y Abu Bakr, destrozada después de tan largo viaje, les ofrecieron mantos blancos para que pudieran entrar dignamente en Medina. Muchos de los ansaríes, o auxiliares, de Medina, que habían pactado con Mahoma el año anterior, renovaron en seguida su compromiso de fidelidad.

Al saber, a través de ellos, que el número de los prosélitos de la ciudad iba rápidamente en aumento y que había una disposición general a recibirle favorablemente, decidió hacer su entrada pública un viernes —el sábado musulmán—, el dieciséis del mes de Rabía.

La mañana de aquel día reunió a sus seguidores para rezar. Después de pronunciar un sermón en el que expuso los principios más importantes de su fe, montó en su camello *Al Qaswá* y partió hacia la ciudad que luego se haría famosa por haber sido su refugio.

Buraida Ibn al Husaib, con sus setenta jinetes de la tribu de Sahm, se constituyó en su guardián. Algunos de los discípulos se iban turnando para llevar un dosel hecho con hojas de palmera con el que le protegían del sol. A su lado cabalgaba Abu Bakr. «¡Oh apóstol de Dios! —exclamó Buraida—, no entrarás en Medina sin estandarte.» Y mientras decías estas palabras, comenzó a quitarse el turbante. Luego sujetó uno de sus extremos a la punta de su lanza y lo hizo ondear ante el Profeta.

La ciudad de Medina era famosa por la belleza de su entorno, la salubridad de su clima y la fertilidad del suelo, la fecundidad de sus palmeras y la fragancia de sus arbustos y flores. Cuando la comitiva estaba ya cerca de la ciudad, salió a recibirles, en medio de una nube de polvo y bajo un sol implacable, una multitud de nuevos conversos. La mayoría de ellos no había visto nunca a Mahoma y, por error, rindieron homenaje a Abu Bakr, pero éste apartó la pantalla de hojas de palmera y les señaló a Mahoma, que fue saludado con entusiastas aclamaciones.

De esta manera, Mahoma, hasta hacía poco fugitivo de su ciudad natal y a cuya cabeza se había puesto precio, entraba en Medina, más como conquistador a quien se aclama triunfalmente que como un exiliado que busca asilo. Se detuvo en la casa de un jazrachí, llamado Abu Ayub, musulmán fervoroso, con quien además estaba remotamente emparentado: fue recibido con hospitalidad y allí estableció su morada, en la planta baja.

Poco después de su llegada se le unió el fiel Alí, que había huido desde La Meca a pie, ocultándose durante el día y viajando sólo por la noche para no caer en manos de los coraixíes. Llegó cansado y deshecho, con los pies sangrando por las asperezas del camino.

Pocos días más tarde llegó Aixa y el resto de la familia de Abu Bakr, junto con la familia de Mahoma, dirigida por su fiel liberto Zaid y por Abdallah, siervo de Abu Bakr.

Así fue la memorable Hégira o «huida del Profeta», la era del calendario árabe a partir de la cual comienzan a contar el tiempo los verdaderos musulmanes: corresponde al año 622 de la era cristiana.

14. Maschid al Nabi

Mahoma estuvo pronto al frente de una numerosa y poderosa se ta, formada en parte por los discípulos que habían huido de La Me llamados desde entonces muhachiríes o fugitivos, y en parte por l nativos del lugar, que al proclamar la nueva fe recibieron el nombre ansaríes o auxiliares. La mayoría de estos últimos eran de las imp tantes tribus de los awsíes y jazrachíes que, aunque descendían de d hermanos, Al Aws y Al Jazrach, llevaban doscientos años envueltos enfrentamientos de gran violencia; pero ahora se hallaban unidos p los vínculos de la fe. Con las tribus que no aceptaron inmediatame sus doctrinas estableció una alianza.

Los jazrachíes estaban influenciados en gran parte por un prínci o jefe llamado Abdallah Ibn Ubayy, que estaba a punto de ser nombr do rey cuando la llegada de Mahoma, y el impacto provocado por s doctrinas orientaron la opinión popular en un sentido distinto. Abdall era persona de aspecto solemne y gran encanto personal, de lengua á y elocuente; tenía gran simpatía hacia Mahoma y, con varios compañ ros de su misma mentalidad y personalidad, solía asistir a las reunione de los musulmanes. Mahoma se dejó cautivar por su aspecto físico, s agradable conversación y su aparente deferencia, pero al final compr bó que Abdallah estaba celoso de su popularidad y en el fondo sent gran enemistad hacia él. Asimismo descubrió que la amistad de sus co pañeros era también mera fachada. Por eso les puso el apodo de «lo hipócritas». Abdallah Ibn Ubayy siguió siendo durante mucho tiemp su enemigo político en Medina.

Cuando dispuso de autorización para practicar su fe y predicar s doctrinas, Mahoma procedió a levantar una mezquita. El lugar elegid era un cementerio cubierto de palmeras datileras. Se dice que en el m mento de la elección se dejó influir por lo que consideró un augurio f vorable: su camello se había arrodillado enfrente del lugar el día de s entrada pública en la ciudad. Trasladaron los restos de los difuntos y s talaron los árboles para despejar el terreno del futuro edificio. Este e de forma y estructura sencillas, en conformidad con la religión que profesaba, carente de toda ostentación, y con los reducidos y precari medios de sus seguidores. Los muros eran de tierra y ladrillo; los tro cos de las palmeras recientemente cortadas sirvieron como pilares pa soportar el techo, construido con las ramas y las hojas. Era de un cien metros cuadrados y tenía tres puertas; una al sur, donde se coloc luego la Qibla; otra llamada la puerta de Gabriel, y una tercera o puer

de la Misericordia. Parte del edificio, llamado Suffa, estaba destinado a servir de vivienda a los creyentes que no tuvieran casa.

Mahoma colaboró con sus propias manos en la construcción de la mezquita. A pesar de su visión del futuro, nunca llegó a sospechar que estaba construyendo su propia tumba y monumento funerario, pues allí es donde están depositados sus restos. El edificio ha experimentado numerosas ampliaciones y remodelaciones pero sigue llevando el nombre de Maschid al Nabi (la mezquita del Profeta), por haberla construido él con sus propias manos. Durante algún tiempo estuvo dudando sobre la forma más adecuada de convocar a sus seguidores para practicar sus actos de devoción. No sabía si utilizar la trompeta, como solían hacer los judíos, o la pandereta o incluso encender hogueras en los lugares altos. Mientras dudaba sobre el camino que debía seguir, Abdallah, hijo de Zaid, le dijo que había tenido una visión en la que se le habían revelado unas palabras que debían pronunciarse en voz alta como invitación a la oración. Mahoma adoptó de inmediato aquella fórmula. Este es el origen de la siguiente llamada, que diariamente se proclama desde los elevados minaretes para convocar a los musulmanes al lugar de culto: «¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es el apóstol de Dios! ¡Venid a la oración! ¡Venid a la oración! ¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios!» Al amanecer se añaden las palabras: «¡La oración es mejor que el sueño! ¡La oración es mejor que el sueño!»

En aquella humilde mezquita, al principio todo se hacía con gran sencillez. Por la noche se iluminaba con astillas de palmera; pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a utilizar lámparas y petróleo. El Profeta estaba de pie a la misma altura que todos. Para predicar se apoyaba en uno de los troncos de palmera que hacían de pilar. Luego, mandó construir un púlpito o tribuna, a la que ascendía mediante tres peldaños, para poder estar por encima del auditorio. Según la tradición, la primera vez que subió al púlpito, la palmera donde antes se había apoyado emitió un sonido lastimero. Entonces, como compensación, le dio a elegir entre ser transplantada a un jardín donde volvería a florecer o ser llevada al paraíso para dar frutos, en la otra vida, para los verdaderos creyentes. La palmera eligió sabiamente la segunda posibilidad y fue enterrada luego debajo del púlpito, a la espera de la feliz resurrección.

Mahoma predicaba y rezaba en el púlpito, algunas veces sentado y otras de pie apoyado en un bastón. Sus preceptos eran de tono pacífico y benevolente e insistían en la fidelidad hacia Dios y la bondad para con los demás hombres. Durante algún tiempo, se dejó influir por la bondad de la fe cristiana. «El que no se muestra cariñoso con las criaturas de Dios y con sus propios hijos —decía—, no disfrutará del cariño de Dios. El musulmán que vista al desnudo de su propia fe, será vestido por Alá con la indumentaria verde del paraíso.»

En uno de sus sermones tradicionales recogidos por sus discípulos, aparece el siguiente apólogo sobre la caridad: «Cuando Dios creó la tierra, ésta se conmovió y tembló hasta que él la afirmó con las montañas. Entonces los ángeles preguntaron: "¡Oh Dios!, ¿hay algo en tu creación

más fuerte que estas montañas?" Y Dios respondió: "El hierro es más fuerte que las montañas, pues es capaz de destruirlas." "¿Y hay algo en la creación más fuerte que el hierro?" "Sí; el fuego es más fuerte que el hierro, pues lo derrite." "¿Hay algo en la creación más fuerte que el fuego?" "Sí, el agua, pues lo apaga." "Señor, ¿hay algo en tu creación más fuerte que el agua?" "Sí, el viento, pues domina el agua y la pone en movimiento." "Oh, apoyo nuestro!, ¿hay algo en la creación más fuerte que el viento?" "Sí, un hombre que da limosna; si da con la mano derecha sin que lo sepa la izquierda, es capaz de vencer a todas las cosas."

Su concepción de la caridad abarcaba el amplio círculo de las buenas obras. Toda buena acción, solía decir, es caridad. Sonreír a un hermano es caridad; animar al prójimo a obrar bien es lo mismo que dar limosna; encaminar al descarriado es caridad; ayudar al ciego es caridad; quitar las piedras y espinas y otros obstáculos del camino es caridad; dar de beber al sediento es caridad.

«La verdadera riqueza del hombre es el bien que hace en este mundo a sus semejantes. Cuando muera, la gente dirá: "¿Qué bienes ha dejado?" Pero los ángeles que le examinen en el sepulcro preguntarán: "¿Qué buenas acciones has realizado?"»

«Profeta —le dijo uno de sus discípulos—, mi madre, Umm Saad, ha muerto; ¿cuál es la mejor limosna que puedo ofrecer en bien de su alma?» «¡El agua! —respondió Mahoma, acordándose de los fuertes calores del desierto—. Cava un pozo y da de beber al sediento.» El hombre cavó un pozo en recuerdo de su madre y dijo: «Este pozo está dedicado a mi madre. Que el bien que haga redunde en beneficio de su alma.»

Mahoma proclamó también una de las obras buenas menos cultivadas, la benevolencia en el hablar. Abu Jaraiya, habitante de Basra que había acudido a Medina después de haber oído hablar de la misión apostólica de Mahoma, le pidió un consejo que sirviera para regular su conducta. «No hables mal de nadie»,respondió el profeta. «Desde entonces —dice Abu Jaraiya—, nunca he vuelto a hablar mal de nadie, ni libre ni esclavo.»

Las normas del islamismo incluían también las normas habituales de cortesía. Hacer un *salam* (o saludo) a una casa al entrar y al salir. Devolver el saludo a los amigos y conocidos y a los caminantes. El que va a caballo debe saludar antes que el que camina; el que camina, antes que el que está sentado; un grupo pequeño antes que un grupo grande y los jóvenes, antes que los ancianos.

Cuando Mahoma llegó a Medina, algunos de los cristianos de la ciudad se pasaron rápidamente a sus filas. Serían probablemente de alguna de las sectas que defendían la naturaleza humana de Cristo y no veían nada de malo en el islamismo, que consideraba a Cristo como el mayor de los profetas. El resto de los cristianos residentes en la ciudad mostró poca hostilidad hacia la nueva fe, considerándola muy superior a la antigua idolatría. Por otra parte, los cismas y enconadas disensiones entre los cristianos orientales habían perjudicado su ortodoxia, debilitado su celo y favorecido su aceptación de nuevas doctrinas.

Los judíos, entre los que había ricas y poderosas familias de Medina y sus alrededores, mostraron una actitud menos favorable. Con algunos de ellos, Mahoma estableció alianzas de paz, confiando que con el tiempo llegarían a aceptarle como profeta o Mesías prometido. Llevado —quizá inconscientemente— por esta esperanza, había inspirado muchas de sus doctrinas en los dogmas de la religión judía y conservado algunos de sus ayunos y prácticas. A quienes abrazaban el islamismo les autorizaba a seguir observando el sábado y algunas de las leyes y ceremonias mosaicas. Las distintas religiones orientales tenían la costumbre de disponer de una Qibla o punto sagrado hacia el que se volvían para orar: los sabeos miraban hacia la estrella polar; los adoradores del fuego persas hacia el Este, lugar del sol naciente; los judíos hacia la ciudad santa de Jerusalén. Hasta entonces Mahoma no había establecido nada en ese sentido; pero llegó un momento en que, por deferencia a los judíos, tomó como Qibla a Jerusalén, hacia la que debían volverse todos los musulmanes al hacer oración.

Cada día aumentaba el número de conversos entre los habitantes de Medina, pero al mismo tiempo comenzaron a propagarse entre los fugitivos de La Meca las enfermedades y el descontento. No estaban acostumbrados a aquel clima y eran frecuentes los casos de fiebres violentas. La enfermedad y el debilitamiento hicieron que muchos añoraran la tierra que habían abandonado.

Para darles un nuevo hogar y relacionarlos más estrechamente con sus nuevos amigos y aliados, Mahoma creó una hermandad entre cincuenta y cuatro de ellos y otros tantos habitantes de Medina. Dos personas unidas por tal hermandad tenían la obligación de apoyarse mutuamente en la suerte y en la desgracia; era un vínculo que los unía más estrechamente que las relaciones de parentesco, pues en el momento de la herencia contaban más estas relaciones de hermandad que los lazos de sangre.

Se trataba de una solución impuesta por la necesidad que sólo duró hasta que los recién llegados echaron raíces en Medina, y sólo afectaba a las personas de La Meca que habían huido de la persecución. Se alude a ella en el siguiente versículo del capítulo octavo del Corán: «Los que han creído y abandonado su país y dedicado sus bienes y personas a luchar por la fe, y los que han acogido al profeta y le han ayudado, serán entre sí los más cercanos de los parientes.»

Así, con habilidad y sencillez, se pusieron los cimientos de un poder que pronto adquiriría una fuerza formidable y derribaría los imperios más poderosos del mundo.

15. Aixa, la favorita

Las relaciones familiares de Mahoma habían sufrido mucho con hostilidad que tuvo que padecer por su celo religioso. Su hija Ruqa estaba todavía en el exilio con su esposo, Utmán Ibn Affán, en Abisin su hija Zainab seguía en La Meca con su esposo, Abul Aas, tenaz en migo de la nueva fe. Los familiares que acompañaban a Mahoma en M dina eran su nueva esposa Sawda, y Fátima y Umm Kultum, hijas d su anterior esposa Jadicha. Era hombre afectuoso y abierto a la influe cia femenina, pero nunca había demostrado excesivo amor por Saw y, aunque siempre la trató con amabilidad, necesitaba a alguien que oc para el lugar de la fallecida Jadicha.

«Umar —dijo un día—, el mayor tesoro del hombre es una muj virtuosa que cumpla las órdenes de Dios y sea obediente y complacie te con su marido: éste contempla embelesado sus bellezas personales espirituales; cuando le ordena hacer algo, ella obedece; y cuando es ausente, defiende su honor y sus bienes.»

Comenzó a fijarse en Aixa, la bella hija de Abu Bakr con quien s había desposado. Habían pasados dos años desde su desposorio y l niña había cumplido nueve años. No obstante, debe tenerse en cuen que las mujeres maduran con gran precocidad en los vivificantes clima de Oriente. Las nupcias tuvieron lugar pocos meses después de su ll gada a Medina y se celebraron con gran sencillez; el banquete de boda se redujo a un poco de leche, y la dote de la novia fue de sólo doce u *qas* de plata.

Poco después se produjo el desposorio de Fátima, su hija meno con su leal discípulo Alí. Algo más adelante celebraron su matrimoni Fátima tenía entonces entre quince y dieciséis años de edad, era de gr belleza y, según los autores árabes, sería una de las cuatro mujeres pe fectas con que Alá se ha dignado bendecir a la tierra. Alí tenía unos ve tidós años.

El cielo y la tierra, dicen los escritores musulmanes, se unieron pa honrar tan felices desposorios. Medina fue una fiesta, llena de luces de olores aromáticos. La noche nupcial, cuando Mahoma llevó a su hi a presencia del novio, el cielo quiso rendir homenaje a la joven: a su d recha estaba el arcángel Gabriel, a su izquierda estaba Miguel y tras e venía una comitiva de setenta mil ángeles, que velaron toda la noche rededor de la mansión de la feliz pareja.

Estas exageraciones son frecuentes en los relatos sobre la vida d Profeta y no hacen más que perjudicar la auténtica grandeza de su pe

sonalidad, que siempre se distinguió por su sencillez. Según una versión más fiable, el banquete de bodas consisitió en dátiles y aceitunas; el lecho nupcial era una piel de cordero; la dote de la novia estaba formada por dos faldas, un adorno para la cabeza, dos brazaletes de plata, una almohada de cuero rellena de hojas de palmera, una copa, un molinillo, dos jarras grandes de agua y un cántaro. Todo ello concordaba con la sencillez de la vida doméstica árabe y con la situación de la pareja. Para conseguir la dote exigida, Alí tuvo que vender varios camellos y unas cotas de malla.

La forma de vida del propio Profeta no se dintinguía de la de sus discípulos. Aixa comentaría años más tarde: «Durante un mes seguido no encendimos el fuego ni una sola vez para preparar nuestros alimentos; sólo nos alimentábamos de dátiles y agua, a no ser que alguien nos enviara algo especial. Los que vivían con el Profeta nunca comieron pan de trigo dos días seguidos.»

Su comida más habitual consistía en dátiles y pan de cebada, junto con leche y miel. El mismo barría su habitación, encendía el fuego, se arreglaba la ropa y era en la práctica su propio siervo. A cada una de sus esposas las obsequió con una casa independiente, junto a la mezquita. El residía alternativamente con una u otra, pero Aixa fue siempre su favorita.

La literatura musulmana ha subrayado la castidad de los años jóvenes de Mahoma. Es curioso que, a pesar de la pluralidad de esposas que podían tener los árabes y que él mismo aceptó posteriormente, y a pesar de la inclinación que demostró hacia la actividad sexual, fue fiel a Jadicha hasta el día de su muerte, y nunca se permitió buscarle una rival. Ni los tiernos encantos de Aixa, que pronto ejercerían un poderoso influjo sobre él, pudieron hacerle olvidar los profundos y entremezclados sentimientos de ternura y gratitud hacia su primera benefactora. Un día Aixa le oyó recordar con cariño la figura de Jadicha y le preguntó con cierto resentimiento: «¡Oh apóstol de Dios!, ¿no tenía Jadicha demasiados años? ¿No te ha dado Alá a cambio una esposa mejor?»

«¡No! —exclamó Mahoma, llevado por la sinceridad—, ¡Dios no me ha dado mejor esposa que ella! Cuando yo era pobre, ella me hizo rico; cuando todos me llamaban mentiroso, ella creyó en mí; cuando el mundo entero me ofrecía resistencia, ella confió en mí.»

16. La religión de la espada

Llegamos a un momento importante en la carrera de Mahoma. Hasta aquí había intentado lograr prosélitos mediante su capacidad de convicción y había encomendado a sus discípulos que utilizaran la misma táctica. Sus exhortaciones a que soportaran con paciencia y resignación la violencia de sus enemigos recordaban el precepto de nuestro Salvador: «Si alguien te abofetea, ponle la otra mejilla.» Ahora va a llegar a un punto en que se separa por completo del espíritu celestial de las doctrinas cristianas y contamina su religión con el sello de la mortalidad falible. Su naturaleza humana no pudo seguir practicando el autodominio que había proclamado hasta entonces. Trece años de sufrimientos sólo le habían servido para tener que soportar mayores agravios e insultos. Sus principales perseguidores habían sido los miembros de su propia tribu, los coraixíes, en especial los de la familia rival de Abd Xams, cuyo vengativo jefe, Abu Sufián, tenía ahora el control de La Meca. Con su violenta hostilidad había aplastado al Profeta, había degradado, empobrecido y dispersado a su familia y él mismo había tenido que refugiarse en el exilio. Quizá habría seguido soportando todas las calamidades con forzada resignación si una circunstancia imprevista no hubiera puesto en sus manos los medios de desquite. Había llegado a Medina como fugitivo que buscaba asilo y cuya única aspiración era encontrar un lugar de residencia tranquilo. Poco después, y probablemente con gran sorpresa por su parte, se encontró con un ejército a sus órdenes: entre los numerosos conversos que cada día conseguía en Medina —los fugitivos procedentes de La Meca y los prosélitos de las tribus del desierto— había hombres de carácter decidido, adiestrados en el uso de las armas y enamorados de la guerrilla. Con este repentino incremento del poder se despertaron las pasiones humanas y los resentimientos. Se mezclaron con el celo por la reforma religiosa, que seguía siendo la inspiración predominante del Profeta. En sus momentos de entusiasmo, éste trataba de convencerse —y quizá lo consiguiera— de que el poder que se le había puesto al alcance de la mano era un medio de realizar su gran objetivo, y de que era voluntad divina que utilizara tal poder. Este es, al menos, el fondo del famoso manifiesto que publicó por esta época y que cambió por completo el tono y el destino de su fe.

«Diferentes profetas —decía— han venido en nombre de Dios a ilustrar sus distintos atributos. Moisés, su clemencia y providencia; Salomón, su sabiduría, majestad y gloria; Jesucristo, su justicia, omnisciencia y poder: su justicia por la rectitud de su conducta, su omnisciencia por el conocimiento de los secretos de todos los corazones, su poder por los milagros que realizó. Pero ninguno de estos atributos ha bastado para lograr la conversión, y hasta los milagros de Jesús y Moisés han sido recibidos con incredulidad. Por lo tanto, yo, el último de los profetas, soy enviado con la espada. Los que promulgan mi fe no deberán entrar en argumentaciones ni discusiones, sino acabar con todos los que se nieguen a obedecer la ley. Todo el que luche por la verdadera fe, tanto si cae como si vence, recibirá una recompensa gloriosa.»

»La espada —seguía diciendo— es la llave del cielo y del infierno; todos los que la sacan en defensa de la fe serán recompensados con beneficios temporales; cada gota de sangre que derramen, cada peligro y tribulación que padezcan quedarán registrados en lo alto y se les atribuirá más mérito que al ayuno y a la oración. Si caen en la batalla, sus pecados quedarán perdonados en el acto y serán transportados al paraíso, donde vivirán en medio de eternos placeres entre los brazos de huríes de ojos negros.»

Se recurría a la predestinación en apoyo de estas doctrinas beligerantes. Según el Corán, todo acontecimiento estaba predestinado desde la eternidad, y no había forma de evitarlo. Ningún hombre podía morir antes o después de la hora señalada, y cuando llegaba ésta, daba lo mismo que el ángel de la muerte lo encontrara tranquilamente en la cama que en el fragor de la batalla.

Estas fueron las doctrinas y revelaciones que de repente convirtieron el islamismo —una religión que defendía la mansedumbre y la filantropía— en la religión de la violencia y la espada. Este cambio resultaba muy apropiado para los árabes, ya que encajaba con sus costumbres ancestrales y fomentaba sus inclinaciones depredadoras. En la práctica, eran piratas del desierto y no debemos sorprendernos de que, después de esta manifiesta promulgación de la religión de la espada, se pasarán en masa a las líneas del Profeta. Sin embargo, Mahoma no autorizaba la violencia contra los que se resistían a creer, con tal que se sometieran sin resistencia a su poder temporal y aceptaran pagar tributos. Aquí encontramos el primer indicio de la ambición mundana y del deseo de dominio temporal que estaban abriéndose paso en su mente. No obstante, comprobaremos que los tributos obtenidos con este procedimiento quedaban subordinados a su pasión dominante y los dedicaba en gran parte a la propagación de la fe.

Las primeras empresas guerreras de Mahoma reflejan el oculto resentimiento de que hemos hablado. Tuvieron como objetivo las caravanas de La Meca pertenecientes a sus implacables enemigos, los coraixíes. Las tres primeras expediciones fueron dirigidas por Mahoma en persona, pero sin ningún resultado práctico. La cuarta se confió a un musulmán llamado Abdallah Ibn Chahx, que fue enviado con ocho o diez hombres decididos al camino que llevaba hacia el sur de Arabia. Como era el mes santo del Rachab, en que estaba prohibido todo acto de violencia y rapiña, Abdallah recibió órdenes selladas que no debía abrir hasta el tercer día. Las órdenes estaban formuladas en términos vagos pero significativos. Abdallah debía dirigirse al valle de Najla, entre

La Meca y Taif (el lugar donde Mahoma había tenido la revelación de los genios), y allí debería vigilar la llegada de una caravana de los coraixíes. «Quizá —añadía astutamente la carta de instrucciones— puedas traernos algunas noticias de ella.»

Abdallah entendió el verdadero significado de la carta y actuó en consecuencia. Al llegar al valle de Najla divisó la caravana, formada por varios camellos cargados de mercancías y dirigida por cuatro hombres. La siguió a cierta distancia y envió a uno de sus hombres, disfrazado de peregrino, para que le diera alcance. Por las palabras de éste, los coraixíes supusieron que sus compañeros eran también peregrinos que se dirigían a La Meca. Además, era el mes de Rachab y en aquellas fechas se podía viajar sin peligro. Sin embargo, en cuanto se detuvieron, Abdallah y sus compañeros cayeron sobre ellos, mataron a uno, y a dos los hicieron presos; el cuarto logró huir. Los vencedores regresaron a Medina con los prisioneros y el botín.

Toda la ciudad de Medina se escandalizó al comprobar la violación del mes santo. Mahoma, comprendiendo que había ido demasiado lejos, dio muestras de estar enojado con Abdallah y se negó a aceptar la parte del botín que le ofrecían. Basándose en la vaguedad de sus instrucciones, insistió en que no había ordenado a Abdallah que derramara sangre ni cometiera ningún acto de violencia durante el mes santo.

Las protestas duraron algún tiempo y encontraron eco en las de los coraixíes de La Meca. Todo ello dio lugar al siguiente pasaje del Corán:

«Te preguntarán por el mes sagrado y querrán saber si pueden hacer la guerra en él. Responde: luchar en ese mes es grave; pero negar a Dios, obstaculizar el camino de Dios, arrojar a los verdaderos creyentes de su sagrado templo y adorar ídolos son pecados mucho más graves que matar en los meses sagrados.»

Tras haber proclamado la divina sanción de aquel acto, Mahoma ya no dudó en recibir su parte del botín. Liberó a uno de los presos con un rescate; el otro abrazó el islamismo.

El pasaje anterior del Corán, por muy convincente que pareciera a los musulmanes devotos, no sirve para disculpar a Mahoma a los ojos del profano. La expedición de Abdallah Ibn Chahx fue una lamentable ilustración práctica de la religión de la espada. No sólo representaba un acto de pillaje y de venganza —acto poco importante a los ojos de los árabes y justificado por las nuevas doctrinas predicadas contra los enemigos de la fe—, sino también una violación del mes sagrado, periodo respetado desde tiempo inmemorial y en que estaba prohibida la violencia y el derramamiento de sangre, y que el mismo Mahoma había declarado merecedor de todo respeto. La astucia y el secreto con que se concibió y llevó a cabo todo el plan, la carta cerrada con instrucciones para Abdallah que sólo debería abrirse después de tres días en el lugar de la acción y formuladas en términos vagos, equívocos y al mismo tiempo significativos para el destinatario eran circunstancias que se oponían claramente a la conducta de Mahoma en la primera parte de su carrera, en la que seguía sin vacilaciones el camino del deber, «aunque vengan

contra mí el sol por la derecha y la luna por la izquierda»; todo demostraba que era consciente de la bajeza del acto que estaba autorizando. Su condena de la violencia cometida por Abdallah y, por otra parte, la utilización del Corán en beneficio propio para poder aprovecharse del acto con total impunidad dan a esta aventura tintes todavía más negros. Todo lo cual nos demuestra que, en el momento en que se alejó del espíritu benévolo del cristianismo que había intentado practicar en un principio, se inclinó por el mal camino sin tardanza ni medias tintas. Las pasiones y los intereses mundanos se impondrían en seguida al entusiasmo religioso que antes le había inspirado. Como alguien ha comentado acertadamente, «la primera gota de sangre derramada en su nombre en el mes sagrado demostró que se trataba de un hombre en quien el fango de la tierra había apagado la llama sagrada de la profecía».

17. La batalla de Badr

En el segundo año de la Hégira, Mahoma recibió información de que su gran rival, Abu Sufián, al frente de una tropa de treinta jinetes, volvía a La Meca con una caravana de mil camellos, cargados con mercancías de Siria. En su ruta atravesaba la zona de Medina, entre la cadena de montañas y el mar. Mahoma decidió interceptar la caravana. Así pues, a mediados del mes de Ramadán se puso en marcha con trescientos catorce hombres, ochenta y tres de los cuales eran muhachiríes o exiliados de La Meca; sesenta y uno, awsíes, y ciento setenta, jazrachíes. Cada tropa tenía su propio estandarte. En este pequeño ejército sólo iban dos caballos,[24] pero en cambio había setenta camellos rápidos, que los soldados montaban por turnos para poder avanzar con rapidez y sin fatigarse demasiado.

Utmán Ibn Affán, yerno de Mahoma, había regresado con su esposa Ruqaya de su exilio en Abisinia y había demostrado interés en participar en la empresa, pero su esposa estaba gravemente enferma y se vio obligado a quedarse en Medina, muy a su pesar.

Mahoma avanzó por el camino principal hacia La Meca. Luego lo dejó a la izquierda para dirigirse hacia el mar Rojo y entró en un fértil valle regado por el río Badr. Allí decidió esperar junto a un vado por el que solían pasar las caravanas. Mandó a sus hombres que cavaran una zanja profunda y que desviaran por ella el agua para poder acudir a saciar su sed sin ponerse al alcance del enemigo.

Mientras tanto, Abu Sufián recibía noticias de que Mahoma se proponía tenderle una emboscada con una fuerza superior y envió un mensajero, llamado Umair, en un dromedario para pedir con urgencia ayuda a La Meca. El mensajero llegó a la Kaaba ojeroso y jadeante. Abu Chahl subió al tejado e hizo sonar la alarma. Toda la ciudad quedó confundida y consternada. Hind, esposa de Abu Sufián, mujer de carácter orgulloso e intrépido, llamó a su padre Utba, a su hermano Al Walid, a su tío Xaiba y a todos los guerreros de su linaje y les ordenó que se armaran y acudieran a toda prisa en ayuda de su esposo. También los hermanos del coraixí asesinado por Abdallah Ibn Chahx en el valle de Najla tomaron las armas para vengar su muerte. Al deseo de venganza se sumaban motivos de interés, pues la mayoría de los coraixíes traían algo en la caravana. En poco tiempo se formó una fuerza de cien caballos y setecientos camellos que salió sin demora por el camino de Siria. A su frente iba Abu Chahl, que tenía ya setenta años, veterano guerrero del desierto que seguía manteniendo el entusiasmo y casi el vigor y agilidad de la juventud, junto con el rencor de la ancianidad.

Mientras Abu Chahl y sus fuerzas corrían en una dirección, Abu Sufián se acercaba por la contraria. Al llegar a la zona de peligro, se adelantó bastante a su caravana, examinando con atención todas las huellas y pisadas. Por fin, dio con la pista del pequeño ejército de Mahoma. Lo adivinó al ver el tamaño de las pepitas de los dátiles que las tropas habían ido dejando junto al camino —las de Medina eran famosas por su pequeño tamaño—. Estas señales tan insignificantes bastan a los árabes para localizar a sus enemigos en el desierto.

Observando el curso seguido por Mahoma, Abu Sufián cambió su ruta y avanzó por la costa del mar Rojo hasta que consideró que estaba fuera de peligro. Luego envió otro mensajero a los coraixíes que hubieran salido en su ayuda para comunicarles que la caravana estaba ya a salvo y que podían regresar a La Meca.

El mensajero encontró a los coraixíes mientras avanzaban a marchas forzadas. Al oír que la caravana no corría peligro, se detuvieron y celebraron consejo. Algunos eran partidarios de seguir avanzando y castigar a Mahoma y a sus seguidores; otros preferían regresar. Ante tal dilema, enviaron un explorador para que reconociera al enemigo. Volvió diciendo que eran unos trescientos. La noticia dio nueva fuerza a los partidarios de la lucha. Otros no acababan de decidirse. «Pensad —decían— que son hombres que no tienen nada que perder; no tienen más que sus espadas; ni uno solo de ellos caerá sin matar antes a uno de los nuestros. Además, tenemos familiares entre ellos; si vencemos, no podremos mirarnos unos a otros a la cara después de haber asesinado a nuestros propios familiares.» Estas palabras estaban produciendo su efecto, pero los hermanos del coraixí que había sido asesinado en el valle de Najla, instigados por Abu Chahl, prorrumpieron en gritos de venganza. El anciano jefe secundó su petición. «¡Adelante! —exclamó—. Vamos a buscar agua del río Badr para el banquete con que celebraremos la liberación de nuestra caravana.» Así pues, el grueso de las tropas levantó sus estandartes y reanudó la marcha, aunque hubo bastantes que regresaron a La Meca.

Los exploradores de Mahoma le informaron de la llegada de esta fuerza. Algunos de sus seguidores comenzaron a vacilar; habían formado parte de la expedición con la idea de entablar una batalla sin importancia y de obtener un gran botín, pero ahora les aterrorizaba la abrumadora mayoría del enemigo. No obstante, Mahoma les tranquilizó diciéndoles que no se preocuparan, porque Alá le había prometido una victoria fácil.

Los musulmanes se colocaron en una elevación del terreno, en cuya base tenían agua. En lo más alto habían preparado a Mahoma una choza o refugio hecho con ramas de árboles. A su lado había un dromedario para que pudiera huir a Medina en caso de derrota.

La vanguardia del enemigo entró en el valle muerta de sed y se precipitó hacia el arroyo para beber. Hamza, el tío de Mahoma, se abalanzó sobre ellos con algunos de sus hombres y mató con sus propias manos al jefe del grupo. Sólo uno de la vanguardia pudo huir y luego se convertiría a la fe musulmana.

El cuerpo principal del enemigo se aproximaba al son de la trompeta. Tres coraixíes avanzaban delante del grueso del ejército y desafiaron a los musulmanes más valientes. Dos de los que presentaban el desafío eran Utba, suegro de Abu Sufián, y Al Walid, su cuñado. El tercero era Xaiba, hermano de Utba. Como hemos dicho, los había empujado a salir de La Meca la esposa de Abu Sufián, Hind. Todos ellos eran hombres de importancia dentro de la tribu.

Tres guerreros de Medina se adelantaron y aceptaron el desafío; pero ellos respondieron: «¡No! Que avancen los renegados de nuestra propia ciudad de La Meca, si se atreven.» Al oír esto, se presentaron inmediatamente Hamza y Alí, tío y primo de Mahoma, y Ubaida Ibn al Harit. Tras una lucha encarnizada, Hamza y Alí consiguieron matar a sus respectivos antagonistas. Luego acudieron en ayuda de Ubaida, que estaba gravemente herido y casi derrotado. Mataron al coraixí y se llevaron a su camarada, pero éste murió pronto a consecuencia de las heridas.

La batalla se generalizó. Los musulmanes, conscientes de su inferioridad numérica, al principio lucharon meramente a la defensiva, manteniendo su posición en el terreno más elevado y atacando al enemigo con flechas en cuanto trataba de acercarse al arroyo para aplacar la sed que le consumía. Mahoma seguía en su refugio, acompañado por Abu Bakr, y no cesaba de rezar. Durante la batalla cayó en trance. Al recuperarse declaró que Dios le había prometido la victoria en una visión. Salió rápidamente del refugio, cogió un puñado de polvo y lo lanzó al aire hacia los coraixíes, exclamando: «Que la confusión guíe vuestros pasos.» Luego ordenó a sus seguidores que arremetieran contra el enemigo: «Luchad y no temáis —les decía con grandes voces—, las puertas del paraíso están a la sombra de las espadas. El que caiga luchando por la fe será admitido sin dilación.»

En el fragor de la batalla que se produjo a continuación, Abu Chahl, que estaba dirigiendo su caballo hacia lo más recio de la lucha, recibió un golpe de cimitarra en el muslo y cayó al suelo. Abdallah Ibn Masaud le colocó el pie en el pecho y, mientras el indomable anciano seguía lanzando insultos y maldiciones contra Mahoma, le cortó la cabeza.

Los coraixíes retrocedieron y huyeron. Dejaron setenta cadáveres en el suelo. Los prisioneros fueron también unos setenta. Habían muerto catorce musulmanes, cuyos nombres han pasado a la posteridad como mártires de la fe.

Tan señalada victoria se podía explicar fácilmente por motivos naturales; los musulmanes estaban descansados y tenían la ventaja de su situación en un terreno más elevado, además del suministro de agua. En cambio, los coraixíes estaban fatigados tras una marcha agotadora, muertos de sed y disminuidos en número por la pérdida de los que habían regresado a La Meca. No obstante, los autores musulmanes atribuyen este triunfo inicial de la fe a causas sobrenaturales. Cuando Mahoma arrojó el polvo al aire, dicen ellos, tres mil guerreros angélicos con turbantes blancos y amarillos y largos mantos resplandecientes, montados sobre corceles negros y blancos, se lanzaron como flechas contra

el enemigo y lo aniquilaron. Esta afirmación no se basa únicamente en el testimonio de los musulmanes; se citan también las palabras de un idólatra, un campesino que cuidaba su rebaño en una colina próxima. «Estaba con mi primo —dijo el campesino— viendo la lucha y esperando a ver el resultado para unirme a los vencedores y participar en el botín. De repente vimos una gran nube avanzando hacia nosotros y dentro de ella oímos el relinchar de caballos y el sonido ronco de las trompetas. Cuando llegó al campo de batalla, salieron en tropel escuadrones de ángeles y oímos la voz terrible del arcángel animando a su caballo: "¡Aprisa, aprisa, oh Haizum!" Ante tan espantosas voces, el corazón de mi compañero estalló de terror y murió en el acto y yo estuve a punto de correr su misma suerte.»[25]

Cuando terminó el conflicto, Abdallah Ibn Masaud presentó la cabeza de Abu Chahl a Mahoma, quien examinó triunfalmente el horrible trofeo y exclamó: «Este hombre era el faraón de nuestra nación.» El verdadero nombre de este veterano guerrero era Amr Ibn Hixam. Los coraixíes le habían dado el sobrenombre de Abul Hukm, o «padre de la sabiduría», por su sagacidad. Los musulmanes lo habían cambiado por el de Abu Chahl, «padre de la locura». Este es el nombre con que ha pasado a la historia, y los verdaderos creyentes nunca pronuncian su nombre sin añadir la exclamación: «Que Dios le maldiga.»

Los musulmanes que habían caído en la batalla fueron enterrados con todos los honores. En cambio, los cuerpos de los coraixíes fueron arrojados con desprecio a un pozo que habían cavado con tal fin. El problema era qué hacer con los prisioneros. Umar era partidario de cortarles la cabeza; pero Abu Bakr dijo que deberían liberarlos a cambio de un rescate. Mahoma comentó que Umar era como Noé, que pidió la destrucción de los culpables con el Diluvio, mientras que Abu Bakr era como Abrahán, que intercedía en favor de los culpables. El se inclinó por el lado de la bondad. Pero dos prisioneros fueron condenados a muerte: uno, llamado Nadr, por haberse reído del Corán y decir que era una simple recolección de cuentos y fábulas persas; el otro, de nombre Uqba, por haber atentado contra la vida de Mahoma cuando predicó por primera vez en la Kaaba y cuando fue rescatado por Abu Bakr. Varios de los prisioneros, que carecían de medios económicos, fueron liberados con la simple condición de jurar que nunca más volverían a tomar las armas contra Mahoma ni sus seguidores. El resto quedó como rehén a la espera de que llegaran los rescates enviados por sus amigos y familiares.

Entre los presos más importantes estaba Al Abbás, el tío de Mahoma. Había sido capturado por Abu Yasir, hombre de pequeña estatura. Cuando alguno de los presentes se rió de la desproporción de estaturas, Al Abbás comenzó a decir que se había rendido a un jinete de estatura gigantesca, montado en un corcel que no admitía comparación con ninguno de los que él había visto hasta entones. Abu Yasir afirmaba, por el contrario, que lo había capturado él. Mahoma, con el fin de evitar la humillación de su tío, declaró que Abu Yasir le había capturado con ayuda del ángel Gabriel.

Al Abbás quería librarse de pagar rescate, alegando que en el fondo era musulmán y que había participado en la batalla porque le habían obligado. Pero su excusa no le sirvió de nada. Muchos creen que estaba secretamente de acuerdo con su sobrino y que éste le tenía como espía en La Meca, antes y después de la batalla de Badr.

Otro preso de gran importancia para Mahoma era Abul Aas, esposo de su hija Zainab. El Profeta tenía enormes deseos de ganarse a su hijo político y de incluirle entre sus discípulos, pero Abul Aas se mantuvo firme en su incredulidad. Mahoma le ofreció luego la libertad con la condición de que le devolviera a su hija. El infiel accedió a tal propuesta. Zaid, el fiel liberto del Profeta, fue con varios compañeros a La Meca para traer a Zainab a Medina; mientras tanto, su esposo, Abul Aas, siguió como rehén hasta el cumplimiento del trato.

Antes de que el ejército regresase a Medina se procedió a repartir el botín, pues, aunque había escapado la caravana de Abu Sufián, pudieron reunir un botín considerable de armas y camellos, además de la gran cantidad de dinero que conseguirían con los rescates de los prisioneros. En aquella ocasión Mahoma ordenó que se dividiera todo en partes iguales entre los musulmanes que habían participado en la empresa y aunque entre los árabes existía la costumbre inveterada de dar una cuarta parte del botín al jefe, él se conformó con lo mismo que el resto. Entre las cosas que le correspondieron en el reparto estaba una famosa espada de temple admirable, llamada *Dul Faqar*, o «la que atraviesa». Desde entonces la llevó siempre en el campo de batalla; su yerno, Alí, la heredó a su muerte.

Esta distribución por igual del botín provocó muchos comentarios entre las tropas. Los que habían soportado el peso de la lucha y habían participado más activamente en la recuperación del botín se quejaron de recibir lo mismo que los que se habían mantenido lejos de la refriega y que los ancianos que se habían quedado a vigilar el campamento. La disputa, observa Sale, se parece a la de los soldados de David con ocasión del botín tomado a los amalecitas; los que habían participado en la acción exigían que los que habían escurrido el bulto no tomaran parte en el reparto. La decisión fue idéntica: todos recibirían lo mismo (1 Samuel 30, 21-25). Mahoma, conocedor del relato bíblico, quizá se inspirara en él al tomar su decisión. La forma del reparto era un punto importante para todo líder dispuesto a emprender la guerra de depredación. Afortunadamente, poco después de regresar a La Meca tuvo una revelación muy oportuna gracias a la cual pudo regular para el futuro la división de cualquier botín conseguido en la lucha por la fe.

Estos son los detalles de la famosa batalla de Badr, la primera victoria de los sarracenos bajo la dirección de Mahoma; insignificante en sí misma, pero trascendente por sus consecuencias, ya que fue el comienzo de una carrera de victorias que cambió los destinos del mundo.

18. La guerra de los sacos de provisiones

Mahoma regresó triunfalmente a Medina con el botín y los prisioneros obtenidos en su primera batalla. No obstante, su alegría se vio truncada por una tragedia familiar. Ruqaya, la hija a quien tanto quería y que acababa de volver del exilio, había pasado a mejor vida. El mensajero que precedió a Mahoma para anunciar su victoria se encontró con el cortejo fúnebre en las puertas de la ciudad.

El Profeta recibió poco después una noticia más consoladora: el fiel Zaid volvía de La Meca acompañado de Zainab, hija de Mahoma. Zaid había tenido dificultades para realizar su misión. Los habitantes de La Meca estaban indignados por la reciente derrota y la necesidad de pagar rescates a cambio de los prisioneros. Zaid decidió quedarse fuera de la ciudad y envió un mensajero a Kinana, hermano de Abul Aas, para informarle del pacto y señalar el lugar donde debería entregar a Zainab. Kinana intentó llevarla al lugar convenido en una litera. A mitad de camino le salió al paso un nutrido grupo de coraixíes, decididos a evitar la entrega de la hija de Mahoma. En la confusión que se produjo, un tal Habbar Ibn Aswad arremetió con una lanza hacia la litera. Kinana evitó el impacto con su arco y salvó a Zainab de una muerte casi segura. Abu Sufián acudió al lugar, atraído por el ruido, y reprendió a Kinana por tratar de devolver la hija de Mahoma con tan poco sigilo, pues podía interpretarse como un reconocimiento de debilidad; así pues, Zainab tuvo que regresar a casa. Kinana la entregó en secreto a Zaid la noche siguiente.

Mahoma se indignó de tal manera al conocer la acción de Habbar, que ordenó quemarlo vivo si es que alguien lograba capturarlo. Luego se aplacó y cambió de opinión. «Sólo Dios puede castigar con el fuego. Si alguien captura a Habbar, que lo mate con la espada.»

El triunfo de los musulmanes en Badr dejó a los coraixíes de La Meca atónitos y avergonzados. El hombre que hacía poco había tenido que huir como fugitivo de su ciudad se había convertido de pronto en un enemigo poderoso. Varios de los hombres más valientes e importantes de la ciudad habían caído bajo su espada; otros eran prisioneros suyos y estaban esperando que llegara un humillante rescate. Abu Lahab, tío de Mahoma y siempre acérrimo enemigo suyo, no había podido entrar en campaña por encontrarse enfermo. Murió pocos días después al conocer la victoria, quizá como consecuencia de la indignación que le produjo la noticia. No obstante, los musulmanes piadosos lo atribuyen a la maldición pronunciada por Mahoma contra él y su familia cuan-

do Abu Lahab levantó la mano para apedrear al Profeta en la colina de Safa. Aquella maldición tuvo también consecuencias trágicas para su hijo Utba, que había repudiado a la hija del Profeta, Ruqaya: fue despedazado por un león en presencia de toda una caravana cuando se dirigía a Siria.

Quien más sufrió las consecuencias de la derrota de Badr fue Abu Sufián. Llegó sin peligro a La Meca con la caravana, es cierto; pero nada más llegar recibió la noticia del triunfo del hombre a quien tanto aborrecía. Además su casa estaba asolada por la tragedia. Su esposa Hind salió a recibirle lamentándose a grandes voces por la muerte de su padre, de su tío y de su hermano. Presa de la rabia y el dolor, no dejaba de llorar día y noche y de pedir venganza contra Hamza y Alí, responsables directos de su muerte.[26]

Abu Sufián convocó a doscientos jinetes rápidos, cada uno con un pequeño bulto de provisiones en el arzón, como era costumbre entre los árabes cuando hacían alguna incursión; al ponerse en marcha se comprometió a no ungirse la cabeza ni a perfumarse la barba ni a tener contacto con mujer mientras no se encontrara con Mahoma cara a cara. Recorrió la zona hasta llegar a cinco kilómetros de las puertas de Medina, mató a dos de los seguidores del Profeta, asoló los campos y quemó las palmeras.

Mahoma salió a su encuentro al frente de una fuerza superior. Abu Sufián, olvidándose de su compromiso, no esperó a que llegara el Profeta, sino que volvió grupas y huyó. Su tropa salió precipitadamente tras él, arrojando sus alimentos con las prisas de la huida; por eso esta aventura recibió el nombre burlesco de «guerra de los sacos de provisiones».

Los autores musulmanes relatan el grave peligro que corrió el Profeta en aquella ocasión. Estaba durmiendo solo al pie de un árbol, algo alejado de su campamento, cuando le despertó un ruido y vio a Dutur, guerrero enemigo, que estaba a su lado con la espada desenvainada. «¡Oh Mahoma! —gritó—. ¿Quién puede salvarte ahora?» «¡Dios!», respondió el Profeta. Sorprendido por su confianza, Dutur soltó la espada. Mahoma la cogió al instante. Blandiendo el arma, exclamó a su vez: «¿Quién puede salvarte ahora, Oh Dutur?» «Nadie», respondió el soldado. «Entonces aprende de mí a ser clemente.» Y diciendo esto le devolvió la espada. El guerrero quedó conmovido; reconoció a Mahoma como profeta de Dios y abrazó su fe.

Por si el relato no era lo bastante prodigioso, otros musulmanes afirman que la salvación de Mahoma se produjo gracias a la intervención del ángel Gabriel, que, en el momento en que Dutur estaba a punto de hundir su espada en el cuerpo del Profeta, le dio un golpe en el pecho con su mano invisible, haciéndole soltar la espada.

Por aquellos días los coraixíes de La Meca se acordaron de los familiares y discípulos de Mahoma que estaban refugiados en Abisinia, la mayoría de los cuales estaban bajo la protección del rey abisinio. Los coraixíes enviaron una embajada para que este rey les entregara los fugitivos. Uno de los embajadores era Abdallah Ibn Rabía; otro era Amr Ibn Al Aas, el famoso poeta que había atacado a Mahoma al comienzo

de su misión con libelos y madrigales. Había madurado con los años y destacaba tanto por su ingenio y sagacidad como por sus dotes poéticas. Seguía en abierta oposición a la fe del Islam, aunque años más tarde demostraría ser uno de sus más audaces y distinguidos defensores.

Arm y Abdallah iniciaron su embajada con un despliegue de lujo oriental y de ricos presentes. Luego, en nombre de las autoridades de La Meca, pidieron la entrega de los fugitivos. El rey era hombre justo y llamó a los musulmanes a su presencia para explicarles las acusaciones de herejía que habían formulado contra ellos. Estaba presente Chaafar, hijo de Abu Talib y hermano de Alí, y por tanto primo de Mahoma. Era hombre de gran elocuencia y figura atractiva. Tomó la palabra y expuso las doctrinas del Islam con convicción y autoridad. El rey, que era cristiano nestoriano, comprobó que aquellas doctrinas eran tan semejantes en muchos aspectos a las de su secta y tan contrarias a la zafia idolatría de los coraixíes, que no sólo no entregó los fugitivos sino que decidió ayudarles y protegerles más que antes. Devolvió a Amr y Abdallah los regalos que habían traído y los arrojó de su corte.

19. Hostilidad contra los judíos

La batalla de Badr había significado un cambio completo en la situación de Mahoma. Se había convertido en el jefe triunfante de un poder en alza. Las tribus idólatras de Arabia se dejaban convertir fácilmente a una fe que satisfacía sus inclinaciones depredadoras y su ansia de botín y que, en definitiva, intentaba hacerles volver a la religión primitiva de sus antepasados. Así pues, el primer desfile que llegó a Medina con el botín de un campamento convirtió a casi todos sus habitantes paganos y dio a Mahoma el control de la ciudad. Este cambió hasta su forma de expresarse, pues comenzó a hablar más bien como legislador y soberano. La primera prueba de este cambio de sensibilidad aparece en su forma de tratar a los judíos, religión a la que pertenecían tres importantes y poderosas familias de Medina.

Todas las concesiones hechas por él a aquel pueblo testarudo habían resultado inútiles; no sólo seguían tercamente encerrados en su incredulidad, sino que menospreciaban al Profeta y a sus doctrinas. Asmá, hija de Marwán, poetisa judía, escribió obras satíricas contra él. Murió a manos de uno de los fanáticos seguidores de Mahoma. Abu Afak, israelita de ciento veinte años de edad, fue también asesinado por atreverse a satirizar al Profeta. Kaab Ibn Axraf, otro poeta judío, se dirigió a La Meca después de la batalla de Badr y trató de animar a los coraixiés a que tomaran venganza, recitando versos en los que exaltaba las virtudes y lloraba la muerte de aquellos de su tribu que habían caído en la batalla. Tan indignado estaba, que recitó todos estos versos en público cuando volvió a Medina. Llegó a leerlos en presencia de algunos de los defensores del Profeta, que eran familiares de los muertos. Molesto por una actitud tan hostil, Mahoma exclamó un día lleno de rabia: «¿Quién me va a librar de este hijo de Axraf?» Pocos días después, Kaab pagó sus versos con su vida: fue asesinado por un celoso ansarí de la tribu awsí.

Al final ocurrió un acontecimiento que hizo que estallara abiertamente la cólera de Mahoma contra los judíos. Una muchacha, de una de las tribus ganaderas de los árabes que llevaban leche a la ciudad, estaba un día en la zona habitada por los Beni Qainuqa, o hijos de Qainuqa una de las tres principales familias judías. Fue rodeada por varios jóvenes israelitas que, habiendo oído alabar su belleza, le pidieron que se descubriera el rostro. La joven se negó a realizar un acto que iba en contra de las normas de la corrección entre su pueblo. Un joven orfebre, que trabajaba por allí, le ató el extremo del velo al banco en que

Judíos de Medina apresados por las tropas del Profeta, según una miniatura perteneciente a la Historia de la vida de Mahoma. *Biblioteca Nacional, París. Tras los vanos esfuerzos por convertir al islamismo a los israelitas de Medina, Mahoma, encolerizado por el menosprecio judío hacia su doctrina, les declaró la guerra.*



estaba sentada, de manera que cuando se marchara cayera el velo y su cara quedara a la vista. Así ocurrió. Los jóvenes israelitas comenzaron a reírse y a gastar bromas a la muchacha, que estaba en medio de ellos confundida y avergonzada. Un musulmán que estaba presente, indignado por la humillación a que la estaban sometiendo, sacó la espada y atravesó con ella al orfebre, pero también él fue muerto al instante por los israelitas. Los musulmanes de un barrio próximo tomaron las armas y los Beni Qainuqa hicieron lo mismo, pero eran inferiores en número y se refugiaron en una fortaleza. Mahoma intervino para acabar con el tumulto, pero, dada su indignación contra los israelitas, obligó a la tribu causante de la ofensa a abrazar la fe. Ellos le recordaron el tratado que había hecho con ellos a su llegada a Medina, en virtud del cual queda-

rían autorizados a practicar su religión; pero él no se dejó convencer. Durante algún tiempo los Beni Qainuqa se resistieron a ceder y permanecieron obstinadamente encerrados en su fortaleza; pero el hambre les obligó a rendirse. Abdallah Ibn Ubayy Salul, jefe de los jazrachíes, que era protector de la tribu judía, intercedió en su favor y logró que no fueran ejecutados; pero les fueron confiscados sus bienes y propiedades y fueron desterrados a Siria. Eran siete mil hombres.

Las armas y riquezas que fueron a parar a manos del Profeta y de sus seguidores como consecuencia de esta confiscación fueron de gran importancia en las siguientes guerras de religión. Entre las armas que integraron el lote de Mahoma se enumeran tres espadas: *Medham*, «la afilada»; *al Battar*, «la puntiaguda», y *Jatif*, «la mortífera». Dos lanzas, *al Monthari*, «la dispersadora», y *al Monthawi*, «la destructora». Una coraza de plata, llamada *al Fidda*, y otra llamada *al Saadia*, de la que se decía que era un regalo de Saúl a David cuando éste iba a salir al encuentro de Goliat. Había también un arco, llamado *al Jatum*, o «el fuerte», pero no respondió a su nombre, pues en la primera batalla en que lo utilizó el Profeta, éste lo tensó con tal fuerza que se hizo pedazos. En general, utilizó el arco y las flechas de tipo árabe y prohibió a sus seguidores que utilizaran los de estilo persa.

Mahoma ya no tenía interés en reconciliarse con los judíos. Por el contrario, se convirtieron en el blanco de su hostilidad religiosa. Anuló la norma por la cual había hecho de Jerusalén la Qibla o punto de oración, y lo sustituyó por La Meca, a la que los mahometanos orientan desde entonces el rostro cuando realizan sus actos de devoción.

La muerte de la hija del Profeta, Ruqaya, había causado gran desconsuelo a su esposo Utmán. Para consolar a éste de su pérdida, su hermano de armas, Umar, le ofreció aquel mismo año a su hija Hafsa como esposa. Era la viuda de Hunais, un sahmí; tenía dieciocho años de edad y era de tentadora belleza; sin embargo Utmán declinó la oferta. Umar se indignó por lo que consideraba una ofensa para su hija y para él, y se quejó de ello a Mahoma. «No te ofendas, Umar —replicó el Profeta—, a Utmán le está destinada una esposa mejor y a tu hija un esposo mejor.» En efecto: ofreció a Utmán su propia hija Umm Kultum, y él mismo tomó como esposa a Hafsa. Con esta política de alianzas logró atraer a su causa todavía con más fuerza a Utmán y a Umar, y al mismo tiempo satisfacía sus inclinaciones personales hacia la belleza femenina. Hafsa fue, después de Aixa, la favorita entre todas sus esposas. A ella se le confió el arca donde se guardaban los capítulos y versículos del Corán según se iban revelando.

20. La batalla de Uhud

Al aumentar el poder de Mahoma en Medina, fue aumentando también la hostilidad de los coraixíes de La Meca. Abu Sufián estaba al frente de la ciudad santa y su esposa Hind le acosaba sin cesar para que emprendiera la guerra. Hind era una mujer de espíritu indomable, que no tenía otra obsesión que lograr la «venganza de sangre» contra los que habían matado a su padre y a su hermano. Ikrima, hijo de Abu Chahl, que había heredado el odio de su padre hacia el Profeta, también clamaba venganza. Así pues, el tercer año de la Hégira, al año siguiente de la batalla de Badr, Abu Sufián se puso al frente de tres mil hombres, la mayoría de ellos coraixíes aunque había tambien árabes de las tribus de Kinana y Tihama. Setecientos hombres llevaban coseletes y doscientos eran jinetes. Ikrima era uno de los capitanes. Otro era Jalid Ibn al Walid, guerrero de indomable valor, que más tarde conseguiría gran renombre. Las banderas iban delante, llevadas por los miembros del pueblo de Abd al Dar, rama de la tribu de Coraix que tenía derecho hereditario a ocupar el puesto principal en el consejo y la primera fila en la batalla y a llevar la bandera por delante del ejército.

Detrás de la tropa iba la vengativa Hind, con quince importantes mujeres de La Meca, familiares de los que habían muerto en la batalla de Badr. Algunas veces llenaban el aire con sus gemidos y lamentaciones por los muertos; otras veces animaban a las tropas con el sonido de las panderetas y con cánticos guerreros. Al atravesar la aldea de Abwa, donde estaba enterrada Amina, la madre de Mahoma, Hind intentó dispersar los desmoronados huesos de la tumba, pero consiguieron impedírselo.

Al Abbás, el tío de Mahoma, que residía todavía en La Meca y pasaba por hombre hostil a la nueva fe, al ver que su sobrino sería destruido si aquel ejército le cogía por sorpresa, envió en secreto un mensajero para que le informara del peligro. Mahoma estaba en la aldea de Quba cuando le llegó el mensaje. Volvió a toda prisa a Medina y convocó en consejo a sus principales seguidores. Teniendo en cuenta la insuficiencia de su fuerza para luchar en campo abierto, propuso que esperaran a defenderse en Medina, donde hasta las mujeres y los niños podrían ayudarles lanzando piedras desde los tejados de las casas. Los más ancianos compartían aquella opinión; pero los más jóvenes, siempre impetuosos, animados además por la reciente victoria de Badr, se declararon partidarios de una lucha en campo abierto.

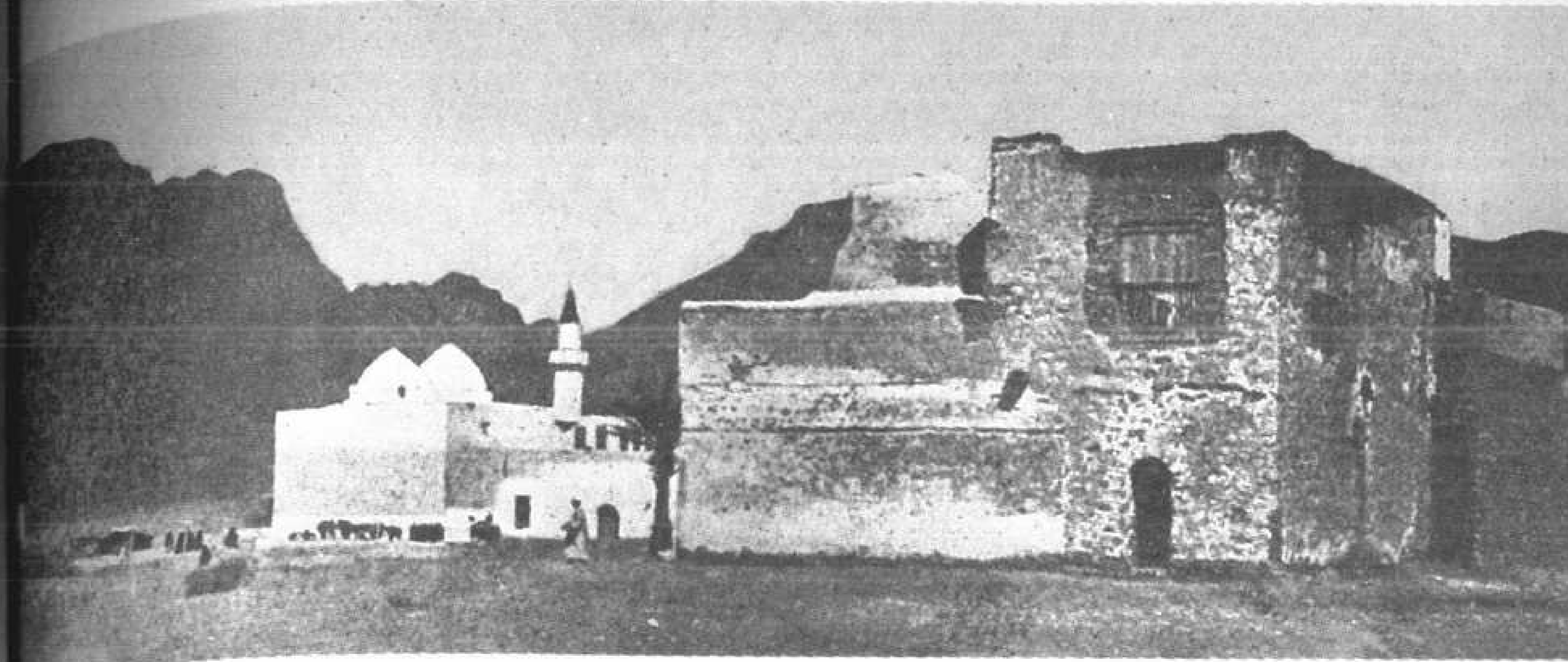
Mahoma cedió a sus presiones. Pero cuando convocó a sus hombres, éstos no pasaban de mil. De ellos sólo cien tenían coraza, y no había más que doscientos jinetes. Los que antes habían demostrado su deseo de salir a luchar comenzaron a dar marcha atrás y se inclinaron por la idea de esperar dentro de las murallas. «No —respondió Mahoma—, no es propio de un profeta envainar la espada una vez que la ha sacado, ni retroceder cuando se ha avanzado, hasta que Dios elija entre él y el enemigo.» Y diciendo esto, se puso al frente de su ejército. Parte del mismo estaba formado por judíos y jazrachíes, dirigidos por Abdallah Ibn Ubayy Salul. Mahoma rechazó la colaboración de los judíos, a no ser que abrazaran la fe del Islam. Estos se negaron y tuvieron que regresar a Medina. Su protector, Abdallah, se volvió también con sus jazrachíes, reduciendo así el ejército a unos setecientos hombres.

Con tan pequeña fuerza, Mahoma se colocó en la colina de Uhud, a unos diez kilómetros de Medina. Su posición quedaba defendida en parte por las rocas y asperezas del montículo. Además, se colocaron arqueros para que le protegieran por los flancos y por detrás de los ataques de la caballería. Iba equipado con un casco y dos cotas de malla. En su espada llevaba grabadas las palabras: «El temor lleva a la desgracia; el honor está hacia delante. La cobardía no salva a nadie de su destino.» Como él no era dado a tomar parte activa en la batalla, entregó su espada a un guerrero de gran valor, Abu Duchana, que juró utilizarla mientras conservara el filo y el temple. Como de costumbre, el Profeta se colocó en una posición desde la que podía contemplar el campo.

Los coraixíes, confiando en su superioridad numérica, se acercaron a paso de marcha hasta el pie de la colina, con las banderas al viento. Abu Sufián dirigía el centro; había cien jinetes en cada ala, la derecha dirigida por Ikrima, hijo de Abu Chahl, y la derecha por Jalid Ibn al Walid. Mientras avanzaban, Hind y sus compañeras hacían sonar las panderetas y entonaban sus cantos de guerra. De vez en cuando pronunciaban entre alaridos los nombres de los que habían muerto en la batalla de Badr. «¡Valor, hijos de Abd al Dar! —gritaban a los portaestandartes—. ¡Adelante y a luchar! ¡Duro con el enemigo! ¡Buena puntería! ¡Qué vuestras espadas sean afiladas y vuestros corazones implacables!»

Mahoma frenaba la impaciencia de sus tropas. Les ordenó que no comenzaran la lucha, sino que se mantuvieran en sus puestos y conservaran la ventaja de su posición elevada. Por encima de todo, los arqueros debían seguir donde estaban, cualquiera que fuera la evolución de la batalla, para evitar que la caballería se les viniese encima por detrás.

Los jinetes del ala izquierda, conducidos por Ikrima, intentaron atacar a los musulmanes por un flanco, pero fueron rechazados por los arqueros y se retiraron desconcertados. Al verlo, Hamza lanzó el grito de guerra musulmán, ¡Amit! ¡Amit! (¡Muerte! ¡Muerte!), y se lanzó con sus fuerzas contra el centro. Abu Duchana estaba a la derecha, sin soltar la espada de Mahoma; se había puesto alrededor de la cabeza una banda roja en la que había escrito: «¡La ayuda viene de Dios! ¡La victoria es nuestra!»



Uhud, escenario de la batalla en la que resultó herido Mahoma.

El enemigo estaba desconcertado. Abu Duchana se lanzó en medio de ellos, repartiendo golpes mortales a diestro y siniestro y exclamando: «¡La espada de Dios y su profeta!» Siete portaestandartes, de la raza de Abd el Dar, fueron cayendo uno tras otro, y el centro comenzó a ceder. Los arqueros musulmanes, creyendo que la victoria era segura, se olvidaron de las órdenes de Mahoma, abandonaron sus puestos y se dispersaron en busca de botín. Entonces Jalid reunió a la caballería, se hizo con el terreno abandonado por los arqueros, atacó a los musulmanes por la retaguardia, hizo huir a algunos y dejó a los demás en medio de una gran confusión. Entre aquel tumulto, un jinete, Ubayy Ibn Jalaf, se abrió paso entre la multitud gritando: «¿Dónde está Mahoma? Nadie está seguro mientras él esté con vida.» Pero Mahoma cogió una lanza de uno de los que le acompañaban y atravesó con ella la garganta del idólatra, que cayó muerto del caballo. «Así —dice el piadoso Al Channabi— murió este enemigo de Dios que, años antes, había amenazado al Profeta diciendo: "Llegará el día en que te dé muerte." "Ten cuidado", fue la respuesta, "Si Alá lo decide, serás tú quien caigas bajo mi mano."»

En medio de la refriega, una piedra lanzada con una honda dio a Mahoma en la boca, partiéndole el labio y arrancándole uno de los dientes; fue herido también en la cara por una flecha, cuya punta quedó en la herida. Mientras daba muerte a un coraixí, Hamza fue atravesado por la lanza de Waksa, esclavo etíope, a quien habían prometido la libertad si vengaba la muerte de su amo, producida por Hamza en la batalla de Badr. Musaab Ibn Umair, que llevaba el estandarte de Mahoma, fue derribado, pero Alí cogió el sagrado estandarte y lo mantuvo en alto en medio de la batalla.

Como Musaab se parecía físicamente al Profeta, corrió la voz entre el enemigo de que había muerto Mahoma. Al oírlo, los coraixíes atacaron con ímpetu renovado: los musulmanes huyeron despavoridos, llevando con ellos a Abu Bakr y a Umar, que estaban heridos. Raab, hijo de Malik, vio a Mahoma caído entre los heridos en una zanja y le dis-

tinguió por su armadura. «¡Oh creyentes! —gritó—, el profeta de Dios vive todavía. ¡Venid a rescatarlo!» Subieron a Mahoma por la colina hasta una roca de la cumbre, donde los musulmanes se prepararon para hacer una defensa desesperada. Sin embargo, los coraixíes, creyendo que Mahoma había muerto, renunciaron a salir tras ellos y se limitaron a saquear y a mutilar a los muertos. Hind y sus compañeras fueron las que más se destacaron en la sangrienta venganza; la feroz heroína llegó incluso a tratar de arrancar el corazón de Hamza para devorarlo. Abu Sufián llevaba una parte del cuerpo despedazado en su lanza y, mientras bajaba triunfalmente de la colina, exclamó lleno de alegría: «La guerra tiene altibajos. Después de la batalla de Badr viene la batalla de Uhud.»

Cuando se retiraron los coraixíes, Mahoma bajó de la roca y recorrió el campo de batalla. A la vista del cuerpo de su tío Hamza, tan brutalmente despezadado y mutilado, hizo promesa de hacer otro tanto con setenta enemigos cuando los tuviera en sus manos. Experimentó cierto alivio cuando el ángel Gabriel le aseguró que Hamza estaba ya habitando en el séptimo cielo, donde había recibido el título de «león de Dios y de su profeta».

Los cadáveres fueron enterrados de dos en dos y de tres en tres en los lugares en donde habían caído. Mahoma prohibió a sus fieles que se cortaran el pelo, se rasgaran las vestiduras o utilizaran ninguno de los procedimientos frecuentes entre los árabes para lamentar la muerte de un familiar. En cambio, les dejó que lloraran por los muertos, pues el llanto puede aliviar el corazón apenado.

La noche siguiente a la batalla fue de gran nerviosismo. Temían que los coraixíes atacaran de nuevo o se lanzaran por sorpresa contra Medina. Al día siguiente, marchó en dirección a la ciudad, siguiendo de cerca al enemigo. Por la noche mandó encender numerosas hogueras. Sin embargo, Abu Sufián había recibido información de que Mahoma seguía con vida. Se sentía demasiado débil para atacar la ciudad mientras Mahoma pudiera acudir en apoyo de ésta. Temía además que el Profeta pudiera contar con el apoyo de los habitantes y que salieran a hacerle frente en masa. Así pues, se conformó con la victoria obtenida, hizo con los musulmanes un pacto de un año de duración y volvió triunfalmente a la ciudad de La Meca.

Mahoma buscó consuelo a tan humillante derrota en una nueva esposa, Hind, hija de Omeya, hombre de gran influencia. Era viuda y, como su esposo, había formado parte de los fugitivos de Abisinia. Tenía entonces veintiocho años y un hijo llamado Salama, por lo que se la conocía con el nombre de Umm Salama, o «madre de Salama». Era famosa por su elegancia y belleza. La habían pretendido Abu Badr y Umar, pero sin ningún resultado. Incluso Mahoma encontró al principio dificultades. «¡Ay! —decía ella—. ¿Qué felicidad puede esperar el profeta de Dios viviendo conmigo? Ya no soy joven; tengo un hijo y soy celosa por temperamento.» «Respecto a la edad —respondió Mahoma—, eres mucho más joven que yo. En cuanto a tu hijo, yo seré su padre. Y en cuanto a tus celos, pediré a Alá que te los arranque del corazón.»



Hind, esposa de Abu Sufián, el principal enemigo de Mahoma, junto con un grupo de mujeres coraixíes, mutila los cadáveres de los musulmanes caídos en la batalla de Uhud. Con ello vengaban la muerte de sus familiares muertos en la batalla de Badr, ganada por Mahoma en el año 624.

Construyeron una vivienda independiente para la novia, junto a la mezquita. Los bienes domésticos, según un escritor musulmán, consistían en un saco de cebada, un molinillo, una fuente y un tarro de manteca o mantequilla. Así de modestos eran los medios con que contaba por entonces el Profeta; o más bien, la frugalidad de sus hábitos y la sencillez de la vida árabe.

21. Zaid, el liberto fiel

La derrota de Mahoma en la batalla de Uhud tuvo repercusiones negativas para su causa entre algunas de las tribus árabes y judías, como quedó demostrado en algunos actos lamentables. Los habitantes de dos ciudades, Adal y Qara, le hicieron llegar una delegación para expresarle su deseo de abrazar la fe y solicitar que enviara misioneros que les enseñaran sus doctrinas. Decidió enviar seis discípulos con los emisarios; pero durante el viaje, mientras descansaban junto al arroyo Rachi, dentro de las fronteras de los hudaitíes, los mensajeros se abalanzaron sobre los confiados musulmanes, asesinaron a cuatro de ellos y llevaron a los otros dos a La Meca, donde los entregaron a los coraixíes, que les dieron muerte.

Una traición semejante cometieron los habitantes de la provincia de Nachd. Haciéndose pasar por musulmanes, buscaron en Mahoma ayuda frente a sus enemigos. Él les envió a algunos de sus seguidores, que fueron atacados por los Beni Sulaim o sulaimíes, junto al arroyo Manna, a unos cuatro días de viaje de Medina; mataron a casi todos. Uno de los musulmanes, Amr Ibn Omeya, escapó de la carnicería y se dirigío hacia Medina. Mientras iba de camino, se encontró con dos judíos de Beni Amr que iban sin armas. Bien porque los confundiera con enemigos o bien porque la rabia de la muerte de sus compañeros le cegara, arremetió contra ellos y los mató. La tribu, que estaba en paz con Mahoma, le exigió un desagravio. Este sometió el asunto a la mediación de otra tribu judía, los Beni Nadir, que tenía ricas tierras y un castillo, llamado Zuhra, a unos cinco kilómetros de Medina. Esta tribu se había comprometido mediante un tratado a mantener la neutralidad entre Mahoma y sus adversarios. El jefe de la tribu, convertido ahora en mediador, invitó a Mahoma a un intercambio de opiniones. Este se hizo acompañar de Abu Bakr, Umar, Alí y algunos más. Habían preparado un banquete al aire libre ante la mansión del jefe. Sin embargo, Mahoma recibió en secreto información de que le habían engañado al citarle en aquel lugar y que lo único que querían era asesinarle durante el banquete: tenían la intención de aplastarle con una piedra de molino arrojada desde la terraza. Sin manifestar que estaba enterado del complot, salió inesperadamente de la ciudad y volvió a toda marcha a Medina.

Su indignación iba dirigida ahora a toda la raza de Nadir, y les ordenó abandonar el país antes de diez días, so pena de muerte. En principio decidieron marcharse, pero Abdallah, el jazrachí, les convenció de que se quedaran, prometiéndoles su ayuda. No cumplió su promesa.

Los Beni Nadir, engañados por el «jefe de los hipócritas», se encerraron en su castillo de Zuhra; Mahoma sitió el recinto y mandó cortar y quemar las palmeras datileras de que dependían para su alimentación. Al finalizar el sexto día capitularon y pudieron marcharse, cada uno con un camello cargado con sus propiedades, siempre que no fueran armas. Algunos marcharon a Siria, otros a Jaibar, fortaleza judía situada a varios días de marcha de Medina. Como la tribu era muy rica, el botín fue muy importante. Mahoma decidió quedárselo entero. Sus seguidores murmuraron que aquello iba en contra de la ley del reparto revelada en el Corán, pero él les comunicó que, según otra revelación, todo botín conseguido como aquel, sin mover un dedo, no era mérito humano sino don de Dios, y debía entregarse al Profeta para que éste lo dedicara a obras de caridad, ayudando a los huérfanos, a los pobres y a los caminantes. En efecto, Mahoma no se lo quedó para su propio provecho sino que lo distribuyó entre los muhachiríes, o exiliados de La Meca, dos nadiríes que habían abrazado el islamismo y dos o tres ansaríes o auxiliares de Medina que habían demostrado su valía pero eran muy pobres.

No vamos a contar con detalle algunas expediciones de poca importancia realizadas por Mahoma en aquellos días; en una de ellas llegó a las proximidades de Tabuq, en la frontera siria, para castigar a un grupo que había asaltado las caravanas de Medina. Estas expediciones tuvieron resultados diversos, pero en general fueron muy productivas por el botín obtenido. Esto comenzaba a interesar a los musulmanes casi tanto como la propagación de la fe. Los bienes así conseguidos, de forma tan rápida, debieron de originar revueltas y actos de libertinaje, como parece dar a entender un pasaje del Corán en que se prohíbe el vino y los juegos de azar, tan propicios a las enemistades y a la insubordinación.

Durante este periodo de su vida, Mahoma sufrió varios atentados contra su persona, algunos de los cuales estuvieron a punto de conseguir su objetivo. Se le ha acusado también de utilizar medios poco claros para librarse de algún enemigo; se dice que envió a Amr Ibn Omeya a La Meca con la misión secreta de asesinar a Abu Sufián, pero que éste descubrió el plan: el asesino tuvo que huir rápidamente. Pero esta acusación está basada en pruebas muy poco firmes y no concuerda con el carácter y la conducta habitual del Profeta.

Mahoma tenía enemigos implacables, pero contaba también con amigos abnegados. Un ejemplo claro es el de su liberto e hijo adoptivo Zaid Ibn Harit. Había sido uno de los primeros en abrazar la nueva fe y uno de sus más decididos defensores. Mahoma le consultaba en todas las ocasiones y lo tenía a su servicio particular. Un día entró en su casa con la libertad con que un padre entra en casa de su hijo. Zaid había salido, pero se encontraba presente Zainab, su esposa, con quien había contraído matrimonio poco antes. Era hija de Chahx, de la región de Kaiba, y pasaba por ser la mujer más hermosa de su tribu. Como estaba sola en casa, se había quitado el velo y parte de su atuendo, dejando a la vista de Mahoma su bella figura. Mahoma, ante aquella visión inesperada, no pudo contener sus manifestaciones de admiración. Ella no res-

pondió, pero luego se lo contó todo a su esposo. Zaid conocía la debilidad de Mahoma hacia las mujeres y comprendió que le había cautivado la belleza de Zainab. Fue a ver al Profeta y le dijo que estaba dispuesto a repudiar a su mujer, pero éste se lo prohibió por considerarlo contrario a la ley. No era fácil detener el celo de Zaid; amaba a su bella mujer, pero veneraba al Profeta y se divorció sin más dilación. Cuando pasó el periodo establecido de separación, Mahoma aceptó agradecido el piadoso sacrificio. Las nupcias con Zainab superaron en esplendor a las de sus otros matrimonios. Abrieron las puertas a cuantos quisieron asistir al festejo y les obsequiaron con carne de cordero, con pastas de avena, con miel y fruta y sus bebidas favoritas. Todos comieron y bebieron hasta hartarse y luego se marcharon —criticando el divorcio de Zaid y tachando de incestuoso el matrimonio de Mahoma.

En este momento crítico se produjo la revelación de una parte del capítulo treinta y tres del Corán, donde se distingue entre los familiares por adopción y los familiares por la sangre. Según tal distinción, no era pecado casarse con la esposa de un hijo adoptivo. Esta revelación tan oportuna calmó a los fieles; pero, para acabar con todo posible escrúpulo, Mahoma revocó su adopción y aconsejó a Zaid que volviera a utilizar su nombre originario de Ibn Harit, que era el de su padre natural. La bella Zainab se consideró desde entonces por encima de las demás esposas del Profeta, basándose en que su matrimonio había sido ordenado por Dios a través de la famosa revelación.[27]

22. La traición de Abdallah Ibn Ubayy

Entre las tribus árabes que tomaron las armas contra Mahoma después de su derrota en Uhud, estaban los Beni Mustaliq, poderosa familia de origen coraixí. Mahoma recibió información de que estaban congregándose con fines militares —bajo la dirección del príncipe Al Harit— junto a las murallas de Muraisi, en el territorio de Kadid, a unos ocho kilómetros del mar Rojo. Inmediatamente se puso al frente de un grupo escogido de fieles, acompañados por algunos jazraichíes, dirigidos por su jefe Abdallah Ibn Ubayy. Actuando con rapidez, sorprendió al enemigo; Al Harit murió nada más comenzar la batalla, alcanzado por una flecha; sus tropas huyeron en desorden tras una breve resistencia que les costó algunas bajas. El fruto de la victoria ascendió a doscientos prisioneros, cinco mil ovejas y mil camellos. Entre los cautivos estaba Barra, hija de Al Harit y esposa de un joven árabe de su familia. Al dividir el botín, le tocó en suerte a Tabit Ibn Rais, que pidió por ella un fuerte rescate. La cautiva recurrió a Mahoma contra aquella decisión y pidió que le rebajara el rescate. El Profeta la miró con ojos de deseo, pues era de agradable presencia. «Puedo hacerte un favor mayor —le dijo— que reducir el rescate: sé mi esposa.» La bella Barra accedió encantada. El Profeta pagó el rescate a Tabit. Sus familiares fueron liberados por los musulmanes a quienes les habían correspondido en el reparto. La mayoría de ellos abrazaron la fe, y Barra se casó con Mahoma cuando éste regresó a Medina.

Después de la batalla, las tropas acudieron en tropel a los pozos de Muraisi para aplacar su sed. En medio del tumulto se produjo un enfrentamiento entre algunos de los muhachiríes, o exiliados de La Meca, y los jazrachíes. Uno de éstos recibió un golpe. Sus compañeros acudieron a vengar la afrenta, y de no haber intervenido Mahoma habrían llegado a las manos. Los jazrachíes no quedaron satisfechos y algunos otros de los habitantes de Medina hicieron causa común con ellos. Abdallah Ibn Ubayy, impaciente por aprovechar cualquier circunstancia adversa al creciente poder de Mahoma, se reunió con sus familiares y amigos. «Pensad —les dijo— en los insultos que habéis tenido que padecer al recibir entre vosotros a estos fugitivos coraixíes. Los habéis aceptado en vuestras casas, les habéis dado vuestros bienes y ahora se vuelven contra vosotros y os maltratan. Querrían dominaros hasta en vuestra propia casa; pero, ¡por Alá!, cuando regresemos a Medina veremos quién es el más fuerte.»

Mahoma tuvo noticia de esta reunión sediciosa. Umar le aconsejó que eliminara cuanto antes a Abdallah; pero el Profeta no quería provocar a los familiares y seguidores del poderoso jazrachí. Para evitar la posibilidad de una insurrección, partió inmediatamente hacia la ciudad, a pesar del intenso calor del mediodía, y siguió avanzando durante la noche. No se detuvo hasta el mediodía siguiente, pues los soldados estaban tan agotados que no podían dar un paso más.

Al llegar a Medina, llamó a Abdallah para pedirle cuentas de sus declaraciones. Este las negó rotundamente y llamó mentiroso a quien le había acusado. Pero una revelación celestial confirmó la acusación contra él y sus fieles. «Estos son los hombres —dice el Corán— que proclaman a los habitantes de Medina: no deis nada a los refugiados que están del lado del apóstol de Dios, hasta que se vean obligados a abandonarle. Dicen también: si volvemos a Medina, el bueno arrojará al malo. ¡Que Dios los maldiga por haberse alejado tanto de la verdad!»

Algunos de los amigos de Abdallah se dejaron convencer por la revelación, y le aconsejaron que pidiera perdón al Profeta, pero sin ningún resultado. Su respuesta fue: «Ya me habéis convencido de que dé mi amistad y apoyo a este hombre, y ahora queréis que me ponga a sus pies.»

Era imposible convencerle de que Mahoma no era en el fondo un idólatra y de que sus revelaciones no eran más que una farsa. Veía en él un rival muy peligroso y trataba por todos los medios de hacerle daño y molestarle. Fruto de esta hostilidad implacable fue un relato escandaloso que propagó con la intención de difamar a Aixa, la esposa favorita del Profeta.

Mahoma tenía la costumbre de hacerse acompañar siempre, en las expediciones militares, por una de sus esposas, pues necesitaba compañía y descanso. La designación se hacía por sorteo y en la última ocasión la suerte había recaído sobre Aixa. Esta hizo el camino en una litera cubierta con cortinas y colocada sobre un camello, conducido por un criado. Cuando el ejército iba de vuelta a casa, en uno de los descansos, los criados de Aixa descubrieron con asombro que la litera estaba vacía. Antes de que se recuperaran de la sorpresa, llegó ella en un camello guiado por un joven árabe llamado Safwán Ibn al Muattal. Abdallah tuvo noticia de esta circunstancia y proclamó a los cuatro vientos que Aixa había cometido adulterio con el joven Safwán.

La historia llegó a oídos de Hamna, que la dio a conocer en la ciudad. Hamna era hermana de la bella Zainab, con quien Mahoma acababa de contraer matrimonio, y esperaba ayudar a su hermana haciendo caer en desgracia a su rival Aixa. También se hizo eco de la acusación Mistah, familiar de Abu Bakr. Asimismo, la proclamó en versos satíricos el poeta Hassán.

Pasó algún tiempo antes de que Aixa se enterara del escándalo que le estaban atribuyendo. Al volver a Medina había tenido que guardar cama por sentirse indispuesta y nadie se atrevía a contarle lo ocurrido. No obstante, ella notó que el Profeta estaba distante y callado y había dejado de tratarla con su acostumbrada ternura. Cuando se recuperó,

supo consternada la acusación que habían formulado contra ella y se declaró inocente. Esta es la versión que ella misma ofreció:

El ejército, en su vuelta a la ciudad, había acampado cerca de Medina. Por la noche recibió la orden de ponerse en marcha. Los criados, como de costumbre, colocaron un camello delante de la tienda de Aixa, bajaron la litera al suelo y se retiraron para que ella pudiera ocupar su lugar. Cuando estaba a punto de hacerlo, recordó que se había olvidado el collar y regresó a la tienda para buscarlo. Mientras tanto, los criados colocaron la litera sobre el camello y la sujetaron sin darse cuenta de que estaba vacía, pues Aixa era delgada y pesaba poco. Cuando volvió con el collar, el camello había desaparecido y el ejército estaba ya en marcha. Entonces se envolvió en su manto y se sentó, confiando en que, cuando se descubriera su ausencia, enviarían alguien a buscarla.

Estando allí sentada, se le acercó Safwán Ibn al Muattal, joven árabe que formaba parte de la retaguardia. La reconoció y se dirigió a ella con el saludo habitual entre los musulmanes: «A Dios pertenecemos y a Dios hemos de volver. Esposa del Profeta, ¿por qué te has quedado sola?»

Aixa no respondió y se cubrió el rostro con el velo. Safwán se apeó y la ayudó a subir al camello. Sin más tardanza, salió a toda prisa en busca del ejército. No obstante, llegó el nuevo día antes de que lograran alcanzarlo, justo en las afueras de Medina.

Esta explicación de Aixa fue confirmada por Safwán Ibn al Muattal. Sus padres y amigos la encontraron convincente, pero Abdallah y sus seguidores, «los hipócritas», se negaron a aceptarla. Surgieron así dos partidos enfrentados. Por su parte, Aixa se encerró en casa, negándose a aceptar ningún alimento. Tal era su amargura, que se pasaba el día y la noche llorando.

Mahoma estaba profundamente afectado y, en su perplejidad, pidió consejo a Alí. Este intentó quitar importancia al asunto diciéndole que la desgracia que le había ocurrido era la cosa más normal del mundo. Al Profeta, aquella reflexión no le consoló demasiado. Estuvo un mes alejado de Aixa; pero su corazón seguía suspirando por ella, no sólo por su belleza, sino porque le agradaba su compañía. En un momento en que el dolor le resultaba insoportable, cayó en uno de los trances que los no creyentes han atribuido a la epilepsia y en el curso del cual recibió una revelación muy oportuna que quedará reflejada en un capítulo del Corán. En resumen, decía lo siguiente:

Los que acusen a una mujer respetable de adulterio sin presentar cuatro testigos del hecho serán castigados con ochenta azotes y su testimonio será considerado nulo. En cuanto a los que han acusado a Aixa, ¿han presentado cuatro testigos? Si no lo han hecho, son mentirosos a los ojos de Dios. Por tanto, que reciban el castigo de su delito.

De esta manera milagrosa quedó clara la inocencia de la bella Aixa y el Profeta volvió a ella con renovado amor. No tardó mucho en aplicar el castigo señalado. Abdallah Ibn Ubayy era un personaje demasiado importante para recibir los azotes, pero los demás calumniadores tuvieron menos suerte y fueron castigados implacablemente. El poeta Hassán

quedó curado por algún tiempo de su afición a hacer versos satíricos. Ni Hamna, a pesar de ser mujer y de tener grandes encantos personales, se libró del castigo de los azotes; Mahoma comentó que aquella belleza debería ir acompañada de un comportamiento más correcto.

La revelación convenció inmediatamente al piadoso Alí de la inocencia de Aixa; pero ésta nunca olvidó ni le perdonó el que hubiera llegado a dudar; el odio implantado en su corazón se manifestó, con consecuencias negativas para aquél, en muchos de los momentos importantes de su vida.

23. La batalla del Foso

Durante el año de tregua que sucedió a la batalla de Uhud, Abu Sufián, el inquieto jefe de los coraixíes, formó una confederación con la tribu árabe de Gatafán y otras tribus del desierto, así como con muchos de los judíos de la familia de Nadr, a quien Mahoma había expulsado de sus hogares. Cuando terminó la tregua, se preparó a marchar contra Medina acompañado de estos confederados. Sus fuerzas conjuntas ascendían a diez mil hombres.

Mahoma había estado informado desde el primer momento del plan de atacarle, pero su último revés en Uhud le hacía desconfiar de las posibilidades de aceptar la lucha contra un número tan elevado; sobre todo teniendo en cuenta que el enemigo podía contar con aliados secretos en Medina. Mahoma no confiaba en los judíos ni en «los hipócritas», partidarios de Abdallah Ibn Ubayy, que eran numerosos y contaban con gran influencia.

Hubo que hacer grandes esfuerzos para preparar la ciudad frente al ataque enemigo. Salmán el Persa, que había abrazado la fe, aconsejó que se cavara un foso profundo a cierta distancia de las murallas, en la parte por la que debía acercarse el enemigo. Mahoma aceptó en seguida esta modalidad de defensa, hasta entonces desconocida en Arabia. Puso a gran cantidad de hombres a cavar el foso y hasta él mismo colaboró personalmente en la tarea. Se le atribuyen muchos milagros ocurridos durante la realización de aquella obra. En una ocasión, se dice, dio de comer a una gran multitud con un solo cesto de dátiles, que además seguía lleno después de que todos se hubieran hartado. En otra ocasión, dio un banquete para mil personas con un cordero asado y una barra de pan de avena y todavía le sobró para dar de comer a todos los trabajadores del foso. No podemos olvidarnos de los prodigiosos golpes que dio a una roca con un mazo de hierro, haciendo saltar chispas que, en una dirección, alumbraron todo el Yemen, o Arabia Feliz; en otra, descubrieron el Palacio Imperial de Constantinopla; y en una tercera dirección, iluminaron las torres de la residencia real de Persia. Tales signos y prodigios presagiaban las futuras conquistas del Islam.

Nada más terminarse la construcción del foso, apareció el enemigo en gran número por las colinas próximas a la ciudad. Dejando a Ibn Umm Maktum, oficial de su confianza, al frente de la ciudad y para que vigilara de cerca a los descontentos, Mahoma se puso en marcha con tres mil hombres, a quienes puso en orden de batalla con el foso por delante. Abu Sufián avanzó confiado con su fuerza conjunta de corai-

xíes y gatafaníes, pero de repente se vio frenado por el foso y por una descarga mortífera de los musulmanes colocados detrás de él. El enemigo decidió acampar: los coraixíes en la parte inferior del valle y los gatafaníes en la superior. Durante varios días, los ejércitos siguieron a uno y otro lado del foso, combatiendo a distancia con hondas y y flechas.

Mientras tanto, los espías informaron a Mahoma de que una tribu judía, los Beni Quraiza, que tenían una fortaleza junto a la ciudad y habían hecho con él una alianza de paz, se habían puesto secretamente en contacto con el enemigo. Entonces comprendió la dificultad de controlar toda la extensión del foso, de precaverse frente a un ataque a traición de los quraizíes y de mantener en orden la ciudad, donde los judíos debían de tener aliados secretos. Eran demasiadas obligaciones para tan pocas fuerzas. Convocó un consejo de guerra y consultó con los capitanes la conveniencia de sobornar a los gatafaníes para que hicieran con ellos una paz por separado; para ello podían ofrecerles una tercera parte de la cosecha de dátiles de Medina. Entonces, Saad Ibn Muad, el decidido jefe de los awsíes de Medina, preguntó: «¿Nos propones esto por orden de Alá o es una idea tuya?» «Si hubiera sido una orden de Alá —respondió Mahoma— jamás se me habría ocurrido pedir vuestro consejo. Veo que estáis rodeados de enemigos por todas partes y trato de poner fin a su confederación.» «¡Oh profeta de Dios! —respondió Saad—. Cuando nosotros compartíamos la idolatría con los habitantes de Gatafán, nunca se llevaron uno de nuestros dátiles sin pagar antes por ellos; ¿vamos a dárselos gratuitamente ahora que nosotros estamos en la verdadera fe y te tenemos a ti por jefe? ¡No, por Alá! Si quieren nuestros dátiles, tendrán que conseguirlos con sus espadas.»

El enérgico Saad tuvo muy pronto ocasión de demostrar su valor. Unos jinetes coraixíes, entre los que se encontraban Ikrima, hijo de Abu Chahl, y Amr, tío de la primera esposa de Mahoma, Jadicha, descubrieron un lugar donde el foso era más estrecho y, espoleando a sus caballos, consiguieron saltar al otro lado, seguidos de algunos de sus compañeros. Luego desafiaron a los musulmanes más valientes a que combatieran con ellos. El reto fue aceptado por Saad Ibn Muad, por Alí y algunos más. Alí luchó reñidamente con Amr; lo hicieron a caballo y a pie, hasta que acabaron luchando cuerpo a cuerpo y rodando por el polvo. Al final, Alí logró imponerse y mató a su enemigo. La lucha siguió con gran tenacidad; cayeron varios de ambos lados y Saad Ibn Muad recibió una herida grave. Finalmente, los coraixíes se rindieron y espolearon a sus caballos para saltar de nuevo el foso. El caballo de uno de ellos, Nawfal Ibn Abdallah, no consiguió llegar a la otra orilla; el jinete recibió una nube de piedras en el fondo el foso y desafió a los musulmanes a que le atacaran con armas más nobles. Inmediatamente Alí saltó al foso y Nawfal cayó en seguida bajo los golpes de su espada. Luego Alí se unió a sus compañeros en la persecución de los enemigos que se retiraban e hirió a Ikrima con una jabalina. Esta escaramuza recibió el solemne nombre de batalla del Foso.

Mahoma, que todavía no se atrevía a aceptar una batalla campal, envió a Ruain, árabe de la tribu de Gatafán que se había convertido en

secreto, a visitar los campamentos de los confederados con la intención de sembrar disensiones entre ellos. Ruain fue en primer lugar a los quraizíes, con los que había mantenido desde siempre lazos de amistad. «Es una locura —les dijo— que os dejéis arrastrar por los coraixíes de La Meca a intervenir en una batalla que a vosotros ni os va ni os viene. Considerad qué diferente es vuestra situación de la suya. Si sois derrotados, ellos sólo tienen que retirarse a La Meca, donde no correrán ningún peligro. Sus aliados del desierto se retirarán también hasta sus lejanos puntos de partida y vosotros seréis los únicos que tendréis que soportar todo el peso de la venganza de Mahoma y de los habitantes de Medina. Antes de hacer causa común con ellos, haced que se comprometan y que os ofrezcan rehenes como garantía de que no se retirarán hasta acabar con el poder de Mahoma.»

Luego se dirigió a los coraixíes y a la tribu de Gatafán y les dijo que no confiaran en los judíos de Quraiza, que intentaban exigirles rehenes para ponerlos luego en manos de Mahoma.

Esta campaña tan astuta pronto produjo efectos. El viernes por la tarde, Abu Sufián informó a los coraixíes de que estuvieran listos para realizar un ataque general a la mañana siguiente. Los judíos respondieron que el día siguiente era su sábado, y ellos no podían luchar; al mismo tiempo manifestaban que no participarían en ningún acto hostil mientras sus aliados no les enviaran rehenes que pudieran quedarse con ellos hasta el final.

Los coraixíes y gatafaníes se convencieron entonces de la maldad de los quraizíes y decidieron renunciar al ataque previsto, por miedo a que éstos les atacaran por la retaguardia. Mientras permanecían inactivos en el campamento, se acercó una tormenta del desierto que descargó ríos de agua y grandes truenos. Las tiendas quedaron destrozadas; las hogueras se apagaron; y en medio de la confusión general, cundió la alarma de que Mahoma había provocado la tormenta con sus encantamientos y se aproximaba hacia ellos con todas sus fuerzas. Sólo se oían gritos de pánico y confusión. Abu Sufián, después de comprobar que eran inútiles todos los esfuerzos por conseguir un poco de orden, montó desesperado en su camello y dio la orden de retirada. Los confederados se alejaron a toda marcha de aquel lugar de confusión y de terror: los coraixíes con dirección a La Meca, los otros a sus poblados del desierto.

Abu Sufián, furioso y humillado, escribió una carta a Mahoma, echándole en cara la cobardía demostrada al esconderse detrás de un foso, práctica nunca vista en las guerras entre árabes. Además, le amenazaba con vengarse en el futuro, cuando pudieran luchar en campo abierto, como en Uhud. Mahoma respondió que se acercaba el día en que destrozaría los ídolos de los coraixíes.

Una vez desaparecidos los invasores, Mahoma decidió vengarse de los Beni Quraiza, que se encerraron en su castillo y resistieron un asedio prolongado. Por fin, empujados por el hambre, imploraron la intercesión de sus antiguos amigos y protectores, los awsíes. Estos suplicaron al Profeta que concediera a aquellos hebreos las mismas condicio-

nes que había concedido antes a los Beni Qainuqa, por petición de Abdallah el jazrachí. Mahoma reflexionó un momento y propuso poner el destino de aquellos hombres en manos de Saad Ibn Muad, el jefe awsí. Los quraizíes aceptaron de buen grado, pensando en que éste había sido antes amigo suyo. Así pues, se entregaron, en número de setecientos, y fueron conducidos, encadenados, hasta Medina. Por desgracia para ellos, Saad consideró que su pérfida asociación con el enemigo había sido una de las causas de las pasadas hostilidades. Todavía no se había recuperado de la herida recibida en la batalla del Foso, y en sus momentos de dolor y rabia había pedido insistentemente poder vivir por lo menos hasta ver con sus propios ojos la venganza sufrida por los quraizíes. Tal era su predisposición cuando le llamaron para que actuara de árbitro.

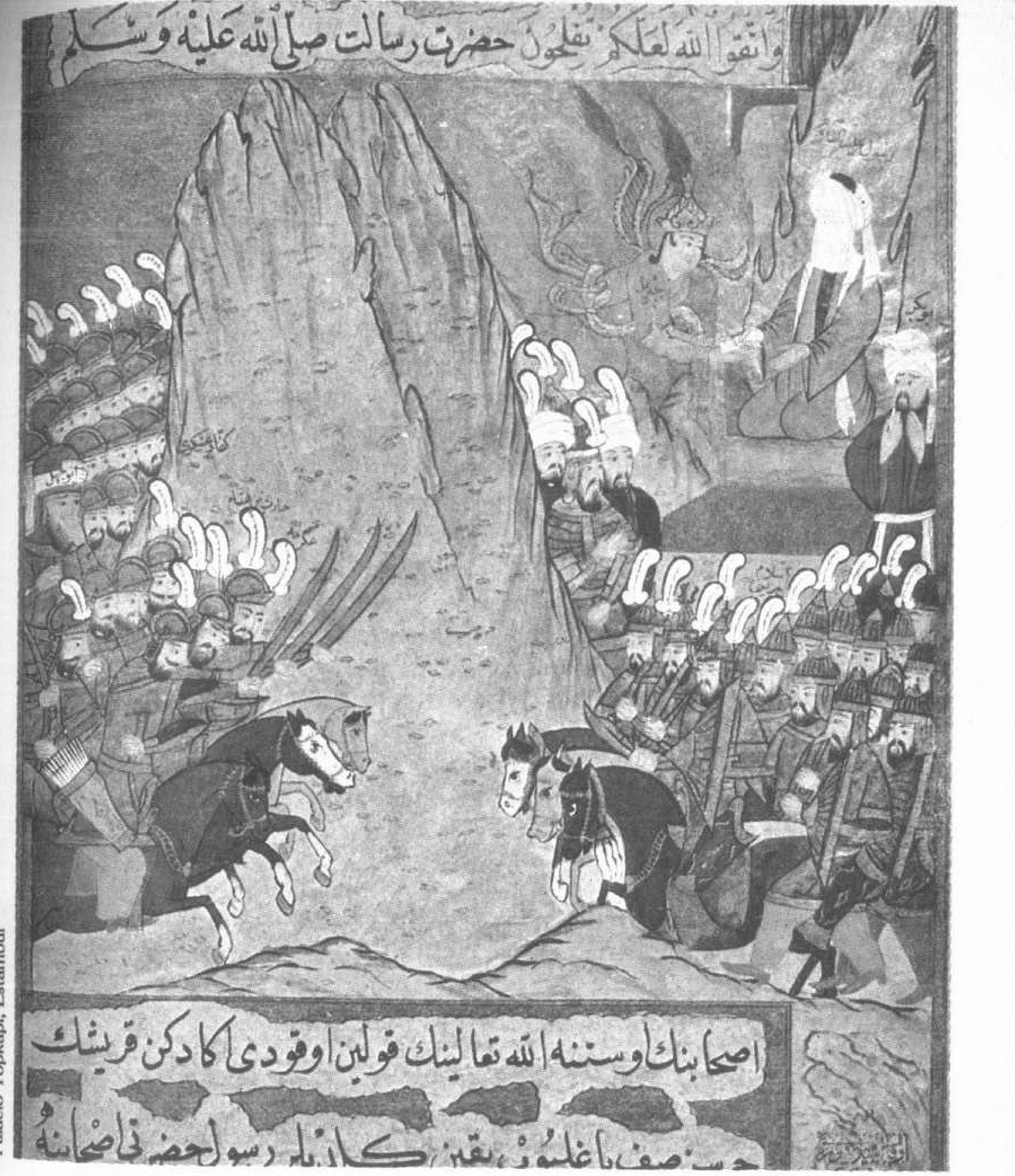
Era hombre grande y grueso y hubo problemas para subirlo a un burro, colocarlo en un cojín de cuero y amarrarlo a su asiento para llevarlo al tribunal de justicia. Antes de comenzar, exigió de todos los presentes un juramento de que aceptarían su decisión. Los judíos lo hicieron encantados, convencidos de que iban a recibir una sentencia favorable. En cuanto lo acomodaron en el lugar del juez, Saad Ibn Muad extendió la mano y condenó a los hombres a muerte, a las mujeres y niños a la esclavitud; sus pertenencias se repartirían entre los vencedores.

Los judíos quedaron consternados, pero no había posibilidad de apelación. Fueron llevados luego a un lugar público —llamado desde entonces el mercado de los quraizíes—, donde habían cavado grandes tumbas. Les obligaron a bajar a ellas, de uno en uno, y los fueron matando según llegaban, incluyendo a su jefe el príncipe Huyayy Ibn Ajtab. Así se cumplieron los deseos de Saad Ibn Muad de vengarse de los quraizíes. Estuvo presente en la ejecución de los hombres a quienes había condenado; pero la emoción fue tan grande, que volvió a abrírsele la herida y murió poco después.

En el castillo de Quraiza encontraron gran cantidad de picas, lanzas, corazas y otras armas; sus tierras estaban cubiertas de rebaños de ovejas y de camellos. Al hacer la división del botín, cada soldado de a pie recibió una parte; cada jinete, tres (dos por su caballo y una por él). Se reservó una quinta parte del total para el Profeta.

La recompensa más valiosa a los ojos de Mahoma fue Raihana, hija de Simeón, judío rico e influyente, y la mujer más bella de su tribu. La llevó a su casa y, después de convertirla a la fe, la incluyó entre sus esposas.

Pero, a pesar de su debilidad ante los encantos de las mujeres israelitas, Mahoma fue adoptando una actitud cada vez más vengativa para con los judíos en general. Dejó de confiar en sus alianzas y se convenció de que estaban siempre dispuestos a atentar contra su vida. Los musulmanes atribuyeron a los encantamientos de los magos judíos una larga enfermedad que Mahoma padeció por aquella época y que parecía resistirse a todos los remedios. Incluso describen el conjuro con que se produjo. Fue obra, dicen, de un nigromante judío de las montañas, ayudado por sus hijas, igualmente expertas en el arte diabólico. Hicieron



Palacio Topkapi, Estambul

Mahoma recibe una revelación del ángel Gabriel.

una pequeña efigie de Mahoma en cera; la rodearon con pelos y clavaron en ella once agujas. Luego, hicieron once nudos en una cuerda de arco, soplando en cada uno de ellos; rodearon la efigie con la cuerda y arrojaron todo ello a un pozo.

Mahoma se iba consumiendo por el efecto de tan poderoso hechizo, hasta que su amigo, el ángel Gabriel, le reveló el secreto en una visión. Al despertar, envió a Alí al pozo, y allí descubrieron su efigie. Cuando se la llevaron a Mahoma —sigue contando la leyenda— recitó sobre ella los dos últimos capítulos del Corán revelados en una visión reciente. Constan de once versos y son del siguiente tenor:

«En nombre de Dios misericordioso, acudiré en busca de refugio al Señor de la luz del día.

»Para que me libere del peligro de los seres y de las cosas creadas por él.

»De los peligros de la noche tenebrosa y de la luna cuando hay eclipse.

»Del peligro de los brujos, que hacen nudos y soplan sobre ellos.

»Del peligro de los envidiosos que traman amenazas de muerte.

»Acudiré en busca de refugio a Alá, el Señor de los hombres.

»A Alá, el rey de los hombres.

»A Alá, el Dios de los hombres.

»Para que me libre del mal espíritu que huye al oír su santo nombre.

»Que infunde malos pensamientos en los corazones de los hijos de los hombres.

»Y del mal de los malos genios y de los hombres que practican su magia.»

Al repetir cada uno de estos versos —dice la leyenda— se soltaba uno de los nudos de la cuerda de arco y caía una de las agujas de su efigie. Al mismo tiempo, Mahoma iba recuperando las fuerzas. Al concluir el undécimo verso, se levantó lleno de salud y de vigor, como quien hubiera recuperado la libertad después de estar atado con cuerdas.

Los dos capítulos finales del Corán, que incluyen los versos citados, son considerados por los musulmanes supersticiosos como talismanes eficaces contra la brujería y los encantos mágicos.

La conducta de Mahoma en relación con la experiencia narrada en el presente capítulo ha suscitado numerosas críticas. Se le ha tachado de débil y vacilante, de carente de decisión militar. Se ha dicho que en sus medidas brilló por su ausencia la magnanimidad. Para apoyar estas acusaciones, se han mencionado las siguientes circunstancias. Cuando se encuentra amenazado por la violencia exterior y por la traición interior, se declara partidario de sobornar a una parte de sus enemigos confederados para llegar a una paz por separado; pero se deja intimidar, en cierta manera, y renuncia a esta política astuta por la intervención de Saad Ibn Muad; luego, recurre a un plan todavía más astuto e insidioso para sembrar la discordia entre sus enemigos. Pero es su comportamiento con los judíos el que ha merecido condenas más fuertes. Cuando puso la apelación de los Beni Quraiza en manos de quien él sabía que era partidario de su eliminación, estaba cometiendo una burla cruel; y la matanza de aquellos pobres hombres en el mercado de Medina puede considerarse como una de las páginas más negras de su vida. En realidad, su actitud hacia el pueblo judío, desde el momento en que tuvo poder en sus manos, constituye una excepción en su actitud habitual, que era más inclinada al perdón y a la compasión. Quizá estuviera indispuesto con ellos por tener pruebas del odio a muerte que le tenían y de su disposición a traicionarle; pero aquí, como en otras actuaciones de esta fase de su vida, vemos la manifestación del componente mundano que en algunas circunstancias degradaba la elevación de su espíritu, una vez convertido en apóstol de la espada.

24. Un tratado de paz

Habían transcurrido seis años desde la huida de Mahoma de La Meca. Por tratarse de una ciudad sagrada a los ojos de los árabes y su principal centro de peregrinación, su largo exilio de la misma y su guerra declarada contra los coraixíes, encargados de la Kaaba, le perjudicó ante muchas de las tribus y retrasó la difusión de sus doctrinas. También sus seguidores, que le habían acompañado en la huida, añoraban volver a ver su ciudad natal. Si el exilio se prolongaba indefinidamente, existía el peligro de que muchos sintiesen vacilar su fe.

Mahoma comprendía cada vez con más claridad la importancia de vincular la ciudad sagrada con su religión y de mantener las costumbres tradicionales de su pueblo. Además, afirmaba que sólo era un reformador deseoso de restaurar la sencillez y pureza de la fe patriarcal.

Estaba ya cerca el mes Dul Qaada, el mes de la peregrinación, en que se llegaba a una tregua en todas las guerras y los enemigos podían reunirse en paz dentro de los límites sagrados. Una visión muy oportuna reveló a Mahoma que él y sus seguidores podían acogerse a la protección de tan venerable costumbre para visitar los antiguos templos del culto árabe. La revelación fue recibida con entusiasmo por sus seguidores, y al llegar el mes santo el Profeta se puso en marcha desde Medina, al frente de mil cuatrocientos peregrinos, en parte muhachiríes o fugitivos y en parte ansaríes o auxiliares. Llevaban setenta camellos con la intención de sacrificarlos en la Kaaba. Para demostrar públicamente que iban en son de paz, y no de guerra, se detuvieron en Dul Hulaifa, una aldea situada a un día de camino de Medina, donde abandonaron todas sus armas, con excepción de las espadas envainadas, y luego prosiguieron su marcha vestidos de peregrinos.

Mientras tanto, habían llegado a La Meca noticias confusas sobre aquel movimiento de musulmanes. Los coraixíes temieron que vinieran con intención hostil y enviaron a Jalid Ibn Walid con un nutrido grupo de caballería para que se apostara en un valle situado a unos dos días de La Meca e impidiera su avance.

Mahoma, al enterarse de que tenía cerrado el camino principal, siguió un sendero escarpado y difícil por entre los desfiladeros de las montañas. Así evitó encontrarse con Jalid y sus fuerzas y llegó hasta la llanura próxima a La Meca, acampando en Hudaibiya, dentro de los límites sagrados. Desde allí hizo llegar a los coraixíes una declaración de sus intenciones de paz y exigió los derechos de los peregrinos.

Los coraixíes enviaron algunos representantes para que examinaran el campamento detenidamente. Quedaron sorprendidos por el res-

peto con que trataban a Mahoma sus seguidores. El agua con que hacía sus abluciones se convertía en agua santa; si se le caía un pelo de la cabeza o un trozo de uña, lo recogían como una reliquia preciosa. Uno de los mensajeros, mientras hablaba, tocó sin darse cuenta la larga barba del Profeta; sus discípulos se abalanzaron sobre él y le hicieron ver la impiedad de tal acción. Cuando volvió a informar a los coraixíes, afirmó: «He visto al rey de Persia y al emperador de Constantinopla rodeados por sus cortes, pero nunca he visto un soberano tan respetado por sus súbditos como Mahoma por su seguidores.»

Los coraixíes eran reacios a admitir en su ciudad a un adversario de su secta, tan temible por la influencia que tenía sobre sus fieles. Mahoma envió repetidas embajadas para concertar una forma segura de llegar a los templos sagrados. Todo fue en vano. Utmán Ibn Affán, su yerno, fue el último enviado. Pasaron varios días sin que regresara y circuló el rumor de que lo habían asesinado. Mahoma decidió vengar su muerte. Se colocó debajo de un árbol y convocó a su pueblo. Les obligó a jurar que lo defenderían aun a costa de su propia vida y que nunca abandonarían el estandarte de la fe. Esta ceremonia recibe entre los mahometanos el nombre de «Inauguración Espontánea».

La reaparición de Utmán en el campamento restableció la tranquilidad. Venía acompañado de Suhail, embajador de los coraixíes con la misión de firmar un tratado de paz. Habían comprobado la imposibilidad de enfrentarse a un hombre cuyo poder iba en aumento y que era obedecido con tan fanática lealtad. El tratado propuesto era para diez años. Durante ese tiempo, Mahoma y sus seguidores tendrían libre acceso a La Meca como peregrinos y podrían permanecer en la ciudad, tres días cada vez, practicando sus ritos religiosos. Se aceptaron las condiciones y Alí recibió la misión de redactar el tratado, siguiendo el dictado de Mahoma. «Escribe —dijo éste—. He aquí las condiciones de paz establecidas por Mahoma, el apóstol de Dios.» «¡Un momento! —exclamó Suhail, el embajador—; si yo creyera que eres el apóstol de Dios, nunca me habría levantado en armas contra ti. Escribe tu nombre y el nombre de tu padre, y nada más.» Mahoma no tuvo inconveniente en aceptar, pues creía que en aquel momento no tenía la fuerza suficiente para ponerse intransigente en los detalles. Aceptó figurar en el tratado simplemente como Mahoma Ibn Abdallah (Mahoma, hijo de Abdallah), humillación que escandalizó a sus seguidores. El descontento de éstos aumentó cuando les ordenó que se afeitaran la cabeza y que sacrificaran allí mismo los camellos que habían llevado para ofrecerlos en la Kaaba, pues con ello demostraba que no tenía intención de entrar en La Meca (aquellos eran precisamente los ritos que debían realizar al finalizar las ceremonias de la peregrinación). Le recordaron la visión en que se le había prometido acceso seguro a la ciudad santa. Respondió que el tratado que habían concluido era una señal de su cumplimiento, que se produciría al año siguiente. Tuvieron que conformarse con aquella explicación. Después de realizar la ceremonia y el sacrificio prescrito, el campamento quedó disuelto y la caravana regresó a Medina.

25. Asedio de Jaibar

Para consolar a sus seguidores de la decepción sufrida a las puertas de La Meca, Mahoma puso en marcha una expedición destinada a satisfacer el hambre de botín que comenzaba a competir con el fanatismo religioso en el ánimo de los que le seguían.

A unos cinco días de camino al noreste de Medina estaba situada la ciudad de Jaibar y el territorio de ella dependiente. Estaba habitada por judíos enriquecidos con el comercio y con la agricultura. Sus ricas tierras estaban destinadas en parte al cultivo de cereales y de palmeras, y en parte a pasto para sus abundantes rebaños. Había también varios castillos fortificados. El asentamiento era tan antiguo, que Abulfeda, el historiador árabe, dice que Moisés, después de pasar el mar Rojo, envió un ejército contra los amalecitas que habitaban en Gothreb (Medina) y en la ciudad fuerte de Jaibar.

La región se había convertido en lugar de refugio para los judíos expulsados por Mahoma de Medina y de sus alrededores y para todos los que podían ser objeto de sus iras. Estas circunstancias, junto con su enorme riqueza, la hacían blanco propicio en la guerra que había declarado contra todos los enemigos de la fe.

Al comenzar el séptimo año de la Hégira, emprendió la expedición contra Jaibar. Llevaba a sus órdenes mil doscientos soldados de a pie y doscientos a caballo. Le acompañaban Abu Bakr, Alí, Umar y algunos de sus principales oficiales. Llevaba dos estandartes: uno representaba al sol, el otro a un águila negra, que luego se haría famosa en el estandarte de Jalid.

Al entrar en el fértil territorio de Jaibar, comenzó las hostilidades atacando los pequeños castillos que aparecían por todas partes. Algunos de ellos capitularon sin ofrecer resistencia. En estos casos, el botín, considerado como «regalo de Dios», pasaba al Profeta, que debía utilizarlo en la forma antes descrita. Otros castillos más fuertes o defendidos por soldados más audaces tuvieron que ser tomados al asalto.

Después de tomar estas fortalezas de importancia secundaria, Mahoma se dirigió contra la ciudad de Jaibar. Estaba fuertemente defendida por murallas exteriores. Su ciudadela, Al Qamus, construida sobre una roca abrupta, pasaba por ser inexpugnable, hasta el punto de que Kinana Ibn al Rabi, jefe o rey de la nación, había guardado allí sus tesoros.

El asedio de la ciudad fue la empresa más importante acometida por los musulmanes hasta entonces. Cuando Mahoma divisó sus imponentes muros y su ciudadela, elevó la siguiente plegaria:

«¡Oh Alá, Señor de los siete cielos y de todas las cosas que caben bajo ellos, Señor de las siete tierras y de todo lo que ellas sostienen, Señor de los malos espíritus y de todos a quienes ellos llevan por el mal camino, Señor de los vientos y de todos a quienes éstos desparraman y dispersan! Te suplicamos que pongas en nuestras manos esta ciudad y todo lo que hay en ella así como los bienes de sus tierras. En ti buscamos ayuda frente a este pueblo y los peligros que nos rodean».

Para dar mayor solemnidad a su oración, eligió como lugar de culto una gran roca, en un lugar pedregoso llamado Mansela, y durante todo el tiempo que permaneció acampado delante de Jaibar, acudió diariamente a dar siete vueltas a su alrededor, como se hacía en la Kaaba. Más tarde se construiría una mezquita en esta roca, en recuerdo de las ceremonias allí realizadas por el Profeta.

El asedio de la ciudadela se prolongaba, consumiendo la paciencia de Mahoma y de sus tropas, todavía poco entrenadas en el asalto a lugares fortificados. También padecieron por la escasez de provisiones, pues los árabes, en sus rápidas incursiones, casi nunca se preocupan de los suministros. Además, los judíos habían asolado el campo y destruido las palmeras que rodeaban la ciudad.

Mahoma dirigió personalmente los ataques: los sitiadores se protegían con zanjas y utilizaban arietes para golpear los muros. Al cabo del tiempo lograron abrir una brecha, pero durante varios días resultaron inútiles todos los intentos de penetrar por ella. En la primera ocasión fue Abu Bakr quien dirigió la acometida, llevando el estandarte del Profeta; pero a pesar de luchar con gran valentía, tuvo que retirarse. El siguiente ataque lo encabezó Umar Ibn Jattab, que luchó hasta la caída del día con el mismo resultado. El tercer intento corrió por cuenta de Alí, a quien Mahoma había prestado su propia cimitarra, llamada *Dul Faqar*, o «la afilada». Al entregarle el estandarte sagrado, le calificó de «hombre que amaba a Dios y a su Profeta y amado por Dios y su Profeta. Un hombre que no conocía el miedo ni daba nunca la espalda al enemigo».

Quizá sea éste el lugar indicado para resumir el contenido de lo que la tradición dice sobre la personalidad y figura de Alí. Era de altura media, pero ancho y robusto, y estaba dotado de una fuerza prodigiosa. Tenía rostro amable y sonriente, muy colorado, y llevaba una espesa barba. Destacaba por su buena disposición, sagacidad, inteligencia y celo religioso. Por su indomable valor, le habían puesto el sobrenombre de «León de Dios».

Los autores árabes describen con detalle y tonos exagerados las hazañas de su héroe favorito en Jaibar. Iba vestido —dicen— con una túnica escarlata, cubierta por una coraza de acero. Trepó con sus seguidores por el enorme montón de piedras y escombros formado delante de la brecha y clavó el estandarte en lo más alto, dispuesto a no ceder mientras no se rindiera la ciudadela. Los judíos arremetieron para hacer retroceder a los asaltantes. En el tumulto que se formó, Alí luchó cuerpo a cuerpo con el jefe judío Al Harit, a quien lograría dar muerte a pesar de su gigantesca estatura y de ir protegido con doble coraza y

un doble turbante enrollado sobre un casco, en cuyo centro brillaba un diamante inmenso. Llevaba una espada a cada lado y blandía una lanza de tres puntas, como un tridente. Los guerreros se miraron fijamente a los ojos y se saludaron a la manera oriental:

«Soy Marhab —dijo el judío—; armado por todas partes y terrible en la batalla.»

«Y yo soy Alí, a quien su madre puso al nacer el sobrenombre de Al Haidar (el León Indomable).»

Los autores musulmanes despachan en pocas palabras al campeón judío. Arremetió con su lanza de tres puntas contra Alí, pero éste le esquivó con habilidad, y antes de que pudiera recuperarse, un golpe de la cimitarra *Dul Faqar* partió su escudo, atravesó el casco, el doble turbante y el cráneo y le partió la cabeza en dos. Su cuerpo gigantesco cayó sin vida por tierra.

Los judíos se retiraron al interior de la ciudadela. Entonces se produjo un asalto en masa. En el fragor de la pelea, Alí perdió el escudo y quedó indefenso: sin embargo, arrancó una puerta de sus goznes y la utilizó como escudo hasta que finalizó la lucha. Abu Rafi, criado de Mahoma, dio fe de la proeza: «Luego, examiné la puerta en compañía de siete hombres y entre los ocho no pudimos levantarla.»[28]

Una vez conquistada la ciudadela, se registraron todos los sótanos en busca de las riquezas que, según las noticias recibidas, había escondido el príncipe judío Kinana. La búsqueda resultó infructuosa y Mahoma le preguntó dónde había ocultado sus tesoros. Kinana declaró que había gastado su fortuna en el mantenimiento de las tropas y en los preparativos para la defensa. Pero uno de sus súbditos desleales reveló el lugar donde había ocultado parte de sus bienes. Los vencedores no se dieron por satisfechos y torturaron a Kinana para que confesara dónde estaba el resto. Como no pudo o no quiso darles nuevas pistas, lo entregaron a un musulmán cuyo hermano había sido aplastado por una piedra de molino arrojada desde las murallas. Con un golpe de su sable le cortó la cabeza.[29]

Estando en la ciudadela de Jaibar, Mahoma estuvo a punto de caer víctima de una venganza de los judíos. Pidió algo de comer y le sirvieron una paletilla de cordero. Nada más probar el primer bocado, notó un gusto raro y lo escupió, pero inmediatamente comenzó a sentir intensos dolores. Uno de sus seguidores, que había comido sin miramientos, cayó al suelo y falleció en medio de grandes convulsiones. Siguieron momentos de gran confusión y tristeza. Tras las oportunas averiguaciones, se descubrió que el cordero lo había preparado Zainab, una cautiva sobrina de Marhab, el gigantesco guerrero muerto por Alí. La llevaron a presencia de Mahoma y la acusaron de haber envenenado la carne. Ella lo reconoció con valentía, diciendo que era una venganza lógica por los males que había sufrido su tribu y su familia. «Si eras de verdad un profeta —dijo— descrubrirías el peligro; pero en el caso contrario, caerías en la trampa y nosotros nos veríamos libres de un tirano.»

Los escritores árabes no están de acuerdo en la suerte de la heroína. Según algunos, fue entregada a los familiares de Bixr, el que había

muerto envenenado, para que se vengaran de ella. Según otros, su belleza la salvó, pues Mahoma la devolvió a su familia sin el menor daño.

Los citados autores suelen mencionar algún milagro en todos los hechos importantes de la vida de Mahoma. En el presente caso, dicen que el cordero envenenado comenzó a hablar milagrosamente y advirtió a Mahoma del peligro que corría. En tal caso, habría que reconocer que fue un poco lento de palabra, pues, para cuando intervino, Mahoma había ingerido veneno suficiente para quedar afectado el resto de sus días; sufrió numerosos paroxismos de dolor y, en sus últimos momentos, se quejó de que las venas de su corazón se estremecían por el veneno de Jaibar.

Fue mejor el trato que recibió de manos de Safiya (o Sofía), otra cautiva, que tenía todavía mayores motivos para vengarse que Zainab, pues acababa de casarse con Kinana, que acababa de morir por no querer entregar sus riquezas, y era hija de Huyayy Ibn Aitab, príncipe de Beni Quraiza que, como hemos relatado, había sido ejecutado con setecientos de sus hombres en la plaza de Medina.

Safiya era muy bella: por eso no nos sorprende que Mahoma la mirara desde el primer momento con buenos ojos y que, como de costumbre, intentara incorporarla a su harén; más nos sorprende que ella aceptara complacida tal destino. No obstante, los autores musulmanes dicen que así fue y lo explican por una intervención sobrenatural.

Mientras Mahoma estaba acampado ante la ciudad y el asedio seguía su marcha, ella tuvo una visión nocturna en la que el sol descendía del firmamento para descansar en su seno. A la mañana siguiente contó el sueño a su esposo Kinana, que la abofeteó, exclamando: «Mujer, hablas en parábolas de ese jefe árabe que ha venido contra nosotros.»

La visión de Safiya se hizo realidad. Después de convertirla a toda prisa a la fe del Islam, Mahoma la hizo su esposa antes de alejarse de Jaibar. Las bodas se celebraron mientras regresaban a Medina, en Al Sahba, donde el ejército se detuvo tres días. Abu Ayub, uno de los más fieles discípulos del Profeta y encargado de sus asuntos domésticos, se pasó la noche de bodas rondando la tienda, con la espada desenvainada. Safiya fue una de las esposas predilectas de Mahoma y permaneció viuda los cuarenta años que vivió después de la muerte del Profeta.

Además de los matrimonios que hemos citado, fruto del amor, Mahoma realizó por entonces otro matrimonio de conveniencia. Poco después de volver a Medina recibió la alegre noticia de la llegada del resto de los fugitivos de Abisinia. Entre ellos había una viuda atractiva, de treinta años de edad, cuyo esposo, Abdallah, había muerto en el exilio. Era conocida con el nombre de Umm Habiba, «madre de Habiba», en alusión a una hija que había tenido en su matrimonio. La viuda era hija de Abu Sufián, el terrible enemigo de Mahoma. El Profeta pensó que un matrimonio con la hija podría aplacar la hostilidad del padre. Consideración pragmática que, al parecer, también se le habría sugerido en la revelación de un capítulo del Corán.

Cuando Abu Sufián tuvo noticia de los esponsales, exclamó: «¡Cielos!, este camello es tan voraz que no hay bozal que lo pare.»

26. Mensajes de Mahoma a otros reinos

Durante el resto del año, Mahoma permaneció en Medina. Desde allí envió a sus discípulos de confianza, para entonces convertidos en capitanes experimentados, a diversas expediciones militares que le permitieron someter con rapidez a algunas tribus recalcitrantes. Aunque declaraba que, en casos de necesidad, había que propagar su religión con la espada, no dejaba de lado las medidas pacíficas de la diplomacia, y envió mensajeros a diversos príncipes y potentados cuyos dominios se encontraban próximos a su horizonte político y les instó a que abrazaran la fe del Islam, lo que en el fondo significaba que debían reconocerle a él como autoridad superior, debido a su misión apostólica.

Dos de las más famosas de tales misiones fueron las enviadas a Cosroes II, rey de Persia, y a Heraclio, el emperador romano, en Constantinopla. Las guerras entre romanos y persas por conseguir el dominio del Oriente, desarrolladas intermitentemente desde hacía varios siglos, habían adquirido nueva vida por la actuación de estos dos personajes. Los enfrentamientos fueron de resultados diversos y durante varios años ocuparon la atención del mundo oriental. Varios países habían sido invadidos por uno u otro poder; estados y reinos habían cambiado de mano tras invasiones de signos diversos y según se produjeran conquistas o derrotas de las partes enfrentadas. En una ocasión, Cosroes, al frente de tres ejércitos —uno de ellos con el jactancioso nombre de Cincuenta Mil Lanzas de Oro—, asoló Palestina, Capadocia, Armenia y varias otras provincias importantes y ricas y se las arrebató al emperador romano; se proclamó señor de Jerusalén y mandó llevar la Santa Cruz a Persia; invadió Africa, conquistó Libia y Egipto y llegó con sus victorias hasta Cartago.

En medio de su triunfante carrera, llegó un mensajero musulmán llevándole una carta de Mahoma. Cosroes mandó llamar a su secretario o intérprete y le ordenó que la leyera. La carta comenzaba con las palabras:

«En el nombre del Dios todomisericordioso, Mahoma, hijo de Abdallah y apóstol de Dios, a Cosroes, rey de Persia.»

«¡Cómo! —exclamó Cosroes, con arrogancia e indignación—. «¿Se atreve quien es mi esclavo a poner su nombre en primer lugar al dirigirse a mí?» Y diciendo esto, cogió la carta y la hizo añicos, sin preocuparse por saber su contenido. Luego escribió a su virrey en el Yemen, diciendo: «Me han dicho que vive en Medina un loco, de la tribu de Co-

raix, que se hace pasar por profeta. Haz que recupere la sensatez; o, si eso no es posible, envíame su cabeza.»

Cuando Mahoma supo que Cosroes había roto su carta, dijo: «Así hará Alá con su imperio, lo reducirá a añicos.»

La carta del Profeta a Heraclio encontró mejor acogida, quizá porque le llegó durante alguno de sus reveses. Iba firmada, en letras de plata, con el nombre de «Mahoma el mensajero de Dios». En ella invitaba al emperador a renunciar al cristianismo y a abrazar la fe del Islam. Heraclio colocó respetuosamente la carta encima de su almohada, trató al mensajero con distinción y al despedirle le hizo magníficos regalos. No obstante, obsesionado con sus guerras persas, no prestó mayor atención a quien no debió de considerar más que como un árabe fanático. Tampoco prestó demasiada importancia a sus operaciones militares, que le debieron de parecer simples incursiones de tribus salvajes del desierto en busca de botín.

Otra misión de Mahoma llegó hasta el muqaiqis, o gobernador de Egipto, enviado originariamente allí por Heraclio para recoger tributos pero que, aprovechando la confusión producida por las guerras entre romanos y persas, había actuado con poder soberano y casi se había olvidado de todo vínculo de sumisión al emperador. Recibió al enviado con grandes honores, pero no quiso responder directamente a la invitación de abrazar la fe, comentando que era un asunto muy serio y que tendría que pensarlo detenidamente. Mientras tanto, envió a Mahoma espléndidos regalos: joyas preciosas, vestidos de lino egipcio, miel y mantequilla exquisitas, un asno llamado *Yafur*, una mula blanca llamada *Dalda* y un caballo llamado *Lazlos*. Pero los regalos más apreciados fueron dos muchachas coptas, hermanas, llamadas Mariya (o María) y Shiren.

La belleza de Mariya causó gran impresión al Profeta. De buena gana la habría hecho su concubina, pero se lo impedía su propia ley: el capítulo diecisiete del Corán ordenaba castigar la fornicación con latigazos.

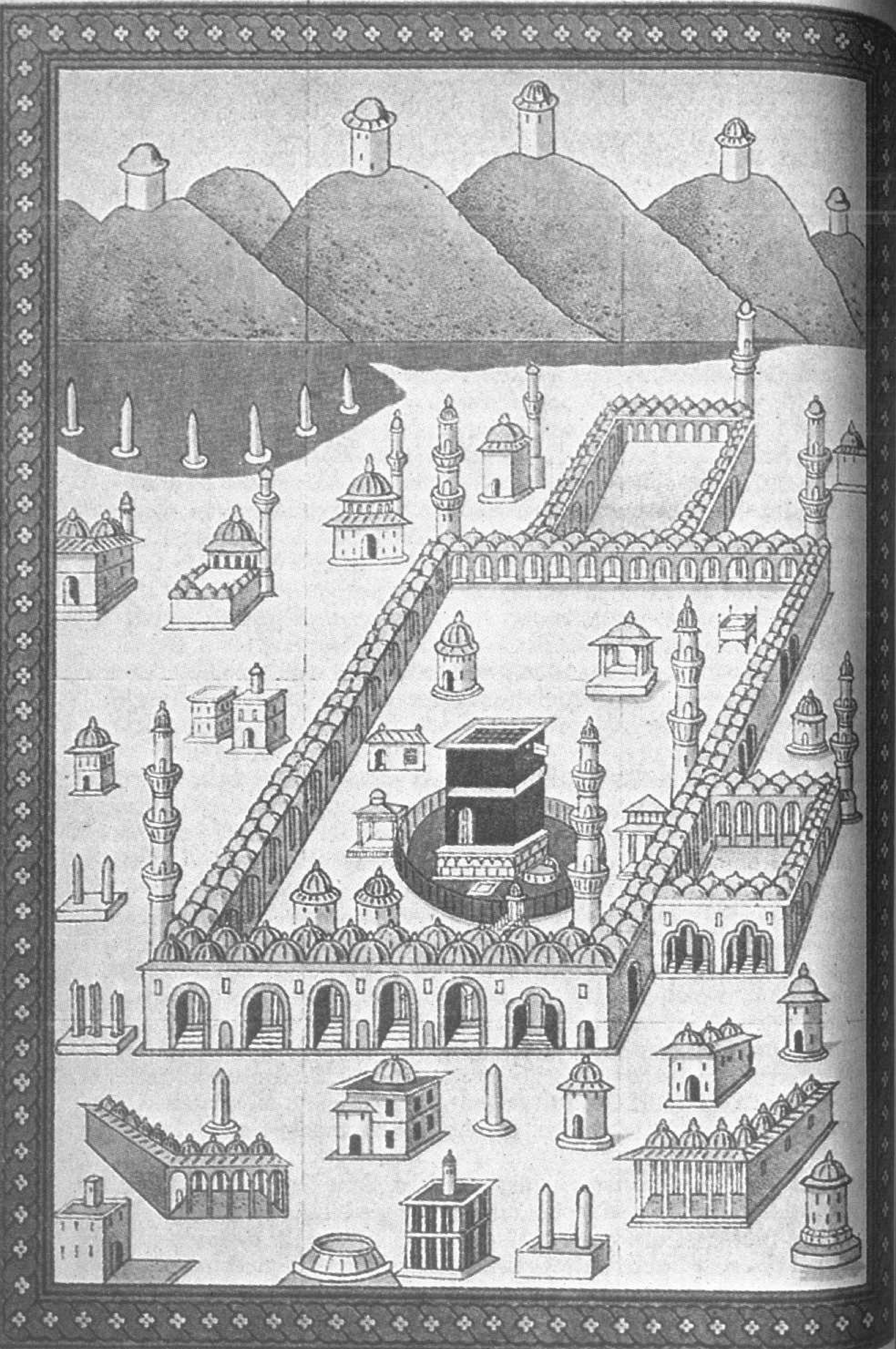
Pudo aclarar su dilema gracias a otra revelación que abolía dicha ley, pero sólo para él, que quedaba autorizado a tener relaciones sexuales con su doncella. No obstante, la anterior disposición se mantuvo en pleno vigor entre todos los demás musulmanes. Para evitar el escándalo y, por encima de todo, para no provocar los celos de sus esposas, mantuvo las relaciones con la bella Mariya en el más estricto secreto; quizá por esa razón fue durante mucho tiempo una de las favoritas.

27. Peregrinación a La Meca

Gracias al tratado con los coraixíes, Mahoma y sus seguidores contaban ya con autorización para hacer la peregrinación a La Meca y pasar allí tres días en los templos sagrados sin que nadie pudiera molestarlos. Así pues, el Profeta se puso en marcha con un séquito numeroso y bien armado y con setenta camellos para los sacrificios. Su antiguos adversarios le habrían impedido avanzar de buen grado, pero el temor les impedía convertir su deseo en realidad, y cuando se acercaban los musulmanes ellos se retiraban en silencio a las colinas más próximas. Al llegar a los límites de La Meca, los peregrinos, de acuerdo con el pacto y la costumbre, abandonaron sus pertrechos militares, con excepción de sus espadas, que debían llevar envainadas.

Grande fue su alegría al contemplar una vez más las murallas y las torres de la ciudad sagrada. Entraron por las puertas vestidos de peregrinos, con corazón piadoso y agradecido. Mahoma realizó todos los ritos tradicionales con un celo y devoción que conmovieron a los presentes; muchos de ellos se convirtieron. Una vez realizadas todas las ceremonias, se quitó la indumentaria de peregrino y se retiró a Sarif, una aldea situada a dos leguas de distancia, fuera de los límites sagrados. Allí tenía que realizar un ceremonial de distinta naturaleza, pero por el que había demostrado una gran inclinación. Quería consumar su matrimonio con Maimuna, hija de Al Harit. Se habían desposado en el momento de la llegada a La Meca, pero Mahoma había decidido posponer la boda hasta la conclusión de los ritos de peregrinación. Se trataba, sin duda, de otro matrimonio de conveniencia, pues Maimuna tenía ya cincuenta y un años y era viuda,[30] pero aquel vínculo le permitió conseguir dos importantes prosélitos. Uno fue Jalid Ibn al Walid, sobrino de la viuda, guerrero intrépido que había estado a punto de destruir a Mahoma en la batalla de Uhud. A partir de entonces sería uno de los defensores más victoriosos del islamismo. Su fortaleza le mereció el apelativo de «La Espada de Dios».

El otro prosélito fue el amigo de Jalid, Amr Ibn al Aas, el mismo que había criticado a Mahoma con versos y sátiras al comienzo de su carrera profética, que había acudido como embajador de los coraixíes ante el rey de Abisinia para pedirle la entrega de los musulmanes fugitivos, y que en el futuro estaba llamado a llevar con su espada a tierras lejanas la fe a la que tan ferozmente se había enfrentado.



28. La batalla de Muta

Entre las diferentes misiones enviadas por Mahoma más allá de los límites de Arabia para invitar a los príncipes vecinos a abrazar su religión, figura la que envió al gobernador de Bosra, el gran centro comercial situado en los confines de Siria, adonde había realizado su primer viaje en caravana en su juventud. Siria había estado alternativamente bajo autoridad romana y persa; en aquel momento se encontraba sometida al emperador, pero lo más probable es que reinara una gran confusión. El enviado de Mahoma fue asesinado en Muta, ciudad situada a unos tres días de marcha, al este de Jerusalén. El asesino era un árabe de la tribu cristiana de Gassán e hijo de Xurahbil, emir que gobernaba Muta en nombre de Heraclio.

Para vengar la muerte de su legado, y para garantizar el respeto a los que pudiera enviar en el futuro, Mahoma se dispuso a enviar un ejército de tres mil hombres contra la ciudad que había cometido la ofensa. Fue una expedición de gran importancia, pues por primera vez enfrentó las armas del Islam con las del Imperio Romano. Mahoma contaba con la ventaja de su poder en alza, de la energía de sus tropas y del desorden en que se encontraban las cosas en Siria. Confió el mando a su liberto Zaid, que había demostrado su ciega devoción al renunciar a su bella esposa Zainab para entregársela al Profeta. Iban también varios oficiales experimentados. Uno de ellos era el primo de Mahoma, Chaafar —hijo de Abu Talib y hermano de Alí— el mismo que, con su elocuencia, había defendido las doctrinas del Islam en presencia del rey de Abisinia y había vencido a los representantes de la embajada coraixí. Estaba en la flor de la vida y era famoso por su valor y belleza. Otro de los oficiales era Abdallah Ibn Kasaha, el poeta, pero que destacaba tanto en el uso de las armas como en el cultivo de la poesía. Un tercero era el nuevo prosélito Jalid, que se incorporó a la expedición movido por el deseo de demostrar con su espada la sinceridad de su conversión.

Las órdenes de Zaid eran avanzar rápidamente, para así coger a Muta por sorpresa, obligar a los habitantes a abrazar la fe y tratarlos con tolerancia. Pasara lo que pasara, perdonarían a las mujeres, niños, monjes y ciegos. Tampoco debían destruir casas ni talar árboles.

El pequeño ejército partió de Medina plenamente convencido de que el enemigo no sabía nada. Sin embargo, mientras avanzaban recibieron la noticia de que una fuerza mucho más numerosa de romanos, o más bien de griegos y árabes, había salido a su encuentro. Se convo-

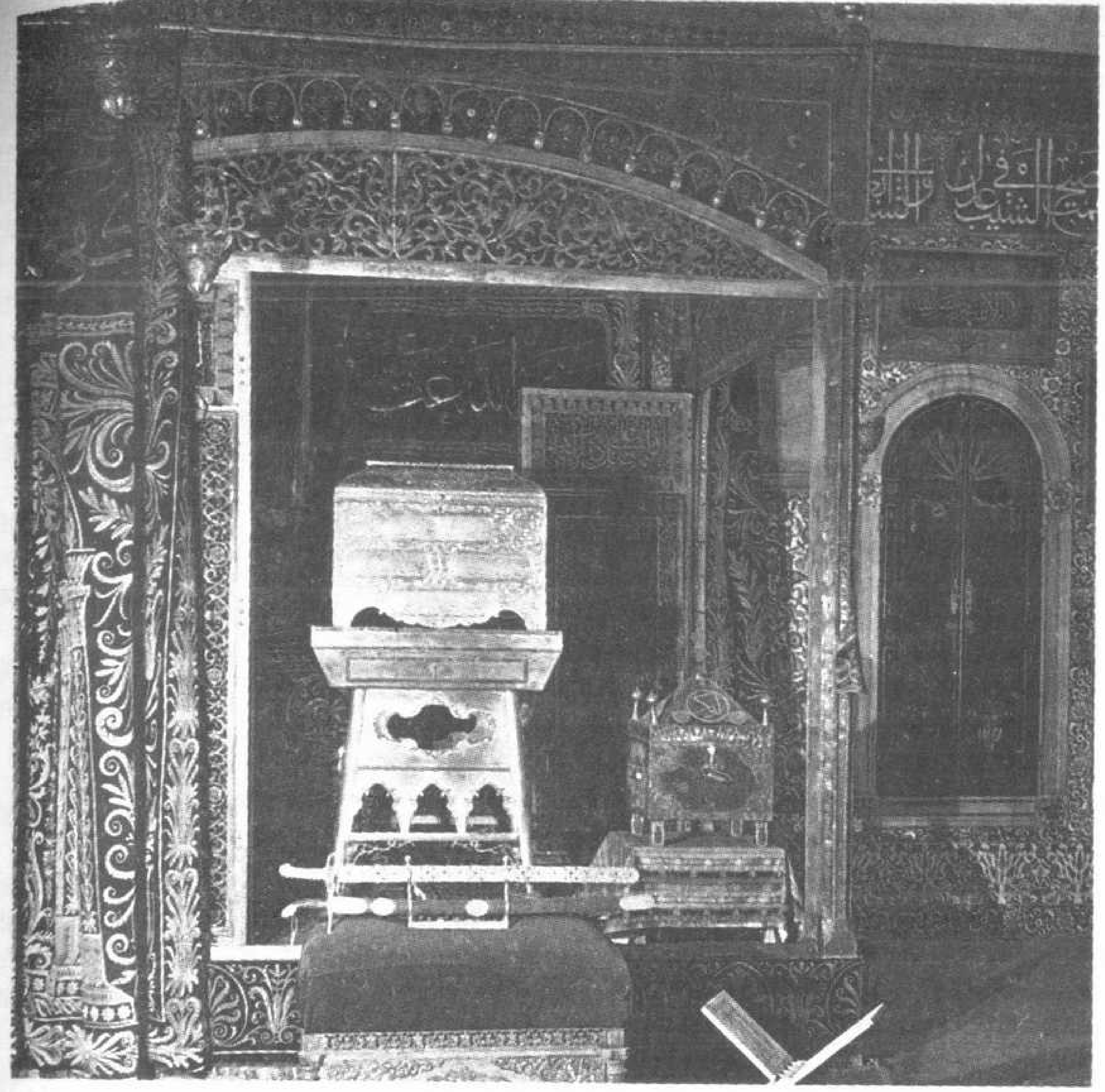
◄ *Plano de La Meca sobre una pieza de cerámica del siglo XVI.*

có un consejo de guerra. Algunos propusieron hacer un alto en el camino y esperar a que Mahoma hiciera llegar sus órdenes. Pero Abdallah, el poeta, era partidario de avanzar sin temor y sin tener en cuenta la diferencia numérica. «¡Lucharemos en defensa de nuestra fe! —gritó—; si caemos, nuestra recompensa es el paraíso. ¡Adelante, a la victoria o al martirio!»

Todos se dejaron entusiasmar por la convicción o, más bien, el fanatismo del poeta. Se encontraron con el enemigo cerca de Muta y arremetieron con rabia, más que con valor. Zaid recibió una herida mortal. El sagrado estandarte estaba a punto de caer de sus manos sin fuerza cuando lo cogió y alzó Chaafar. La batalla se fue concentrando a su alrededor, pues el estandarte era uno de los trofeos más codiciados. Lo defendió con valor desesperado. Le cortaron la mano con que lo sujetaba; se lo pasó a la otra. También ésta se la cortaron; entonces lo sujetó con sus brazos ensangrentados. Un golpe de cimitarra le partió el cráneo; cayó muerto al suelo, pero sin soltar el estandarte de la fe. Abdallah, el poeta, fue el que se encargó entonces de defender el estandarte; pero también él cayó bajo la espada. Jalid, el nuevo converso, viendo abatidos a los tres oficiales musulmanes, cogió el estandarte y consiguió mantenerlo en sus manos. Su voz animó a los vacilantes musulmanes: con su poderoso brazo se abrió camino entre el grueso del enemigo. Según sus propias palabras —y no era persona que necesitara exagerar sus hazañas—, se le rompieron nueve cimitarras, tal era la furia de los golpes que dio en tan mortal combate.

La noche separó a los combatientes. Por la mañana, Jalid, a quien el ejército veía como su jefe, demostró ser tan astuto como valiente. Con marchas y contramarchas presentó sus fuerzas en tantos puntos, que el enemigo no supo precisar su número y hasta se convenció de que habían recibido importantes refuerzos. Ante su primera carga, se retiraron. La retirada pronto se convirtió en huida, en la que fueron perseguidos con gran ensañamiento. Jalid saqueó luego el campamento, donde encontró un importante botín. Entre los que habían muerto en el campo de batalla apareció el cadáver de Chaafar, cubierto de heridas, pero todas por delante. Movido por el respeto que inspiraba su valor y dado su parentesco con el Profeta, Jalid ordenó que no enterraran allí el cadáver, sino que lo llevaran hasta Medina para enterrarlo con todos los honores.

El ejército volvió cargado de botín, pero, cuando entró en la ciudad, parecía más un cortejo fúnebre que una comitiva triunfal, y fue recibido entre aclamaciones y lamentos. El pueblo se alegraba por el éxito de sus armas, pero lloraba la pérdida de tres de sus generales favoritos. Todos lamentaban la suerte de Chaafar, que regresaba a la ciudad convertido en un cadáver destrozado, cuando hacía poco había provocado la admiración y el orgullo de cuantos le contemplaban. Tenía esposa y un niño pequeño. Mahoma quedó muy afectado. Cogió al niño en sus brazos y no pudo reprimir las lágrimas. Pero todavía quedó más afectado cuando vio a la joven hija del fiel Zaid. La abrazó y lloró sin poder decir ni una palabra. Un observador expresó su sorpresa al verle llorar



Sala de reliquias del Palacio Topkapi, en Estambul, donde según la tradición se conservan algunos de los enseres utilizados por Mahoma en Medina.

por una muerte que, según la doctrina musulmana, no era más que un pasaporte para el paraíso. «¡Ay! —replicó el Profeta—, son lágrimas de amistad por la pérdida de un amigo!»

Las exequias de Chaafar tuvieron lugar el día después de la llegada del ejército. Para entonces Mahoma había recuperado su autodominio, era de nuevo el Profeta. Condenó con tono comprensivo las apasionadas lamentaciones de la multitud, aprovechando la ocasión para inculcar una de las doctrinas más consoladoras y más políticas de su credo. «Dejad de llorar —dijo— por la muerte de este hermano mío. En lugar de las dos manos perdidas en defensa del estandarte de la fe, ha recibido dos alas que le llevarán hasta el paraíso para disfrutar allí de todos los placeres prometidos a los creyentes que mueren en el campo de batalla.»

La fuerza y la capacidad de mando demostradas por Jalid en tan peligrosa batalla hicieron que Mahoma le honrara con el sobrenombre de «La Espada de Dios», con que se le conocería en adelante.

29. La misión de paz de Abu Sufián

Mahoma, por la fuerza de sus armas o de su elocuencia, había conseguido ya dominar gran número de las tribus árabes. Tenía a sus órdenes muchos miles de guerreros, hijos del desierto, acostumbrados al hambre, a la sed y a los ardores del sol, y para quienes la guerra era más un deporte que una obligación pesada. El Profeta había corregido su intemperancia, había disciplinado su valor y los había sometido a su autoridad. Las repetidas victorias les habían dado confianza en sí mismos y en su jefe, cuyo estandarte seguían con la obediencia de los soldados y con el ciego fanatismo de los discípulos.

Las perspectivas de Mahoma se fueron ampliando al tiempo que aumentaban sus medios. Poco a poco se fue abriendo paso en su mente una empresa grandiosa. La Meca, su ciudad natal, hogar de su familia durante muchas generaciones, escenario de sus años más felices, estaba en manos de sus implacables enemigos. La Kaaba, el objeto de devoción y peregrinación para los descendientes de Ismael, su primer lugar de culto, estaba todavía profanada por los emblemas y ritos de la idolatría. Colocar el estandarte de la fe en los muros de su ciudad natal; liberar el recinto sagrado de la profanación; consagrarlo al culto espiritual de un solo Dios verdadero y hacerlo el punto de reunión del islamismo: tales eran por entonces los objetivos principales de su ambición.

El tratado de paz existente con los coraixíes era un impedimento para cualquier empresa militar; pero algunos enfrentamientos y escaramuzas fortuitos le dieron pronto ocasión de acusarles de haber violado las estipulaciones del tratado. Los coraixíes habían llegado a comprender y a temer la importancia del poder creciente de los musulmanes y se mostraron dispuestos a dar explicaciones o a reparar las fechorías de unos cuantos individuos desaprensivos. Incluso hicieron que su jefe, Abu Sufián, acudiera a Medina en son de paz, con la confianza de que pudiera influir en el Profeta por mediación de su hija, Umm Habiba.

Fue una prueba muy dura, para un dirigente tan altivo, acudir casi en tono suplicante al hombre a quien había tachado de impostor y con quien se había comportado siempre con implacable hostilidad. Su orgullo recibiría una humillación todavía mayor, pues Mahoma, viendo en aquella embajada una señal de debilidad y dada su secreta inclinación a la guerra, no se dignó responderle.

Dominando su indignación, Abu Sufián buscó la ayuda de Abu Bakr, de Umar y de Alí, pero todos ellos lo recharazon con malas maneras, pues sabían los secretos deseos de Mahoma. Luego se propuso

conseguir el favor de Fátima —hija de Mahoma y esposa de Alí— halagando su orgullo materno, pidiéndole que le dejara tener como protector a su hijo Hasan, niño de sólo seis años de edad; pero Fátima contestó altivamente: «Mi hijo es demasiado joven para ser protector de nadie; y ninguna protección sirve de nada si es contra la voluntad del profeta de Dios.» Hasta su hija, Umm Habiba, esposa de Mahoma, con la que Abu Sufián contaba para poder influir en el Profeta, se sumó a esta serie de humillaciones; cuando Abu Sufián se fue a sentar en una esterilla en casa de su hija, ésta la retiró en seguida, exclamando: «Es el lecho del profeta de Dios, un objeto demasiado sagrado para poder servir de asiento a un idólatra.»

El vaso de sus desventuras estaba a punto de colmarse. Lleno de amargura, maldijo en su interior a su hija. Luego volvió a entrar en contacto con Alí y le pidió consejo sobre lo que debía hacer en tan desesperada situación.

«Lo único que te puedo aconsejar —respondió Alí— es que, como jefe de los coraixíes, prometas mantener tu protección; y que luego te vuelvas a casa.

—Pero, ¿crees que una promesa servirá de algo?

—No lo creo —respondió Alí secamente—, pero es lo único que te puedo decir.»

Siguiendo el consejo, Abu Sufián se dirigió a la mezquita y declaró públicamente, en nombre de los coraixíes, que por su parte el tratado de paz seguiría manteniéndose con toda fidelidad. Luego, regresó a La Meca, profundamente avergonzado por el escaso resultado de su misión. Fue recibido con burlas por los coraixíes, que comentaron que su declaración de paz no servía de nada sin la conformidad de Mahoma.

30. Conquista de La Meca

Mahoma comenzó a preparar la expedición secreta a La Meca, con la intención de tomarla por sorpresa. Llamó a Medina a sus aliados de todos los lugares, pero sin darles la menor pista de lo que estaba tramando. Se cerraron todos los caminos que llevaban a La Meca para impedir que los coraixíes tuvieran información sobre sus movimientos. A pesar de tantas precauciones faltó muy poco para que se descubriera el secreto. Entre sus seguidores que habían huido de La Meca había un tal Hatib, cuya familia se había quedado en la ciudad y no tenía ni familiares ni amigos que se interesaran por ella. Hatib pensó que podría conseguir el favor para su familia si revelaba ante los coraixíes los planes de Mahoma. Escribió una carta comunicando el plan previsto y se la entregó a una cantante, llamada Sara, esclava haximí, que prometió llevarla a La Meca.

Iba ya de camino hacia la ciudad cuando Mahoma tuvo conocimiento de la traición. Alí y otros cinco buenos jinetes salieron en persecución de la esclava. Pronto le dieron alcance, pero no descubrieron nada a pesar de que la registraron minuciosamente. La mayoría de ellos estaba ya pensando en abandonar la búsqueda y regresar, pero Alí estaba seguro de que el profeta de Dios no podía estar equivocado ni mal informado. Sacó su cimitarra y juró que cortaría la cabeza a la mensajera a no ser que les entregara la carta. La amenaza fue eficaz. Sacó la carta que se había escondidio entre el pelo.

Hatib, ante las acusaciones que le formularon, reconoció su delito, pero declaró que lo hacía por ayudar a su pobre familia y porque estaba seguro de que la carta no serviría de nada, pues nada podría oponerse a los propósitos del apóstol de Dios. Umar se mofó de sus excusas y se declaró partidario de decapitarlo, pero Mahoma, recordando que Hatib había combatido valientemente en defensa de la fe en la batalla de Badr, admitió sus excusas y le perdonó.

El Profeta emprendió la transcendental empresa con diez mil hombres. Umar, encargado de regular la marcha y de elegir los lugares de acampada, llevó al ejército por los solitarios pasos de las montañas, prohibiendo el sonido de los atabales y trompetas o de cualquier otra cosa que pudiera traicionar sus movimientos. Mientras iban de marcha, se sumó el tío de Mahoma, Al Abbás, que había venido con su familia desde La Meca para abrazar la nueva fe. Mahoma lo recibió con cortesía, aunque echándole en cara su tardanza. «Eres el último de los emigrantes —dijo— como yo soy el último de los profetas.» Al Abbás envió su

familia hacia Medina mientras él daba la vuelta y acompañaba a la expedición. El ejército llegó al valle de Marr Azzahrán, junto a la ciudad sagrada, sin ser descubierto. Cuando anocheció, montaron las tiendas y, por primera vez, Umar autorizó que se encendieran hogueras.

Mientras tanto, aunque Al Abbás había abrazado la nueva fe con toda sinceridad, estaba muy preocupado al ver cómo su sobrino avanzaba contra La Meca, con una fuerza tan poderosa y con objetivos tan hostiles. Temió por la total destrucción de los coraixíes, si alguien no les convencía a tiempo de que debían capitular. A altas horas de la noche, montó en la mula blanca de mahoma, *Fadda*, y se dirigió hacia el norte para explorar el terreno. Al alejarse del campamento, oyó pisadas y voces. Un grupo de exploradores traía a dos prisioneros capturados cerca de la ciudad. Al Abbás se acercó y descubrió que los cautivos eran Abu Sufián y uno de sus capitanes. Fueron conducidos a presencia de Umar, que reconoció a Abu Sufián a la luz de la hoguera. «Alabado sea Dios —exclamó— que me ha entregado a tan gran enemigo, y sin condiciones.» Su inquieta cimitarra podría haber puesto colofón a sus palabras si Al Abbás no se hubiera presentado en aquel momento para poner a Sufián bajo su protección mientras no se conociera la voluntad del Profeta. Umar salió inmediatamente para aclarar la duda, o mejor para pedir al Profeta que decretara la muerte del prisionero; pero Al Abbás cargó a éste en su mula, hincó las espuelas y llegó a la tienda del Profeta antes que nadie. Poco después llegó Umar, pidiendo la cabeza de Abu Sufián.

Mahoma vio ante sus ojos a su feroz enemigo, el que le había expulsado de su casa y de su país, el que había perseguido a su familia y a sus amigos; pero vio en él también al padre de su esposa Umm Habiba y, como la mayoría de las veces, se mostró inclinado a la clemencia. Aplazó toda decisión hasta la mañana siguiente, confiando a Al Abbás la protección de Abu Sufián.

Cuando el capitán acudió ante él al día siguiente, exclamó: «Bien, Abu Sufián, ¿no es hora ya de reconocer que no hay más que un solo Dios?

—Yo ya lo sabía, respondió Abu Sufián.

—¡Muy bien! ¿Y no es hora de que me reconozcas como apóstol de Dios?

—Te quiero más que a mi padre y a mi madre —respondió Abu Sufián, utilizando una expresión habitual de cumplido en el Oriente—; pero todavía no estoy preparado para reconocerte como profeta.

—Confiesa ahora mismo la verdad —exclamó Umar— o te corto la cabeza.»

A estas amenazas se añadieron los consejos y súplicas de Al Abbás, que en trance tan apurado se comportó como un amigo sincero. El rencor de Abu Sufián se había apaciguado en parte al ver la inesperada benignidad de Mahoma; haciendo de la necesidad virtud, reconoció la divinidad de su misión, proporcionando así una ilustración de la máxima musulmana: «Para convencer a los incrédulos recalcitrantes, el mejor argumento es la espada.»

Después de abrazar la fe, Abu Sufián logró condiciones ventajosas para los habitantes de La Meca en caso de que se sometieran. No se haría daño a ninguno de los que optaran por quedarse tranquilamente en sus hogares o se refugiaran en las casas de Abu Sufián y de Hakim o se pusieran a las órdenes de Abu Ruwaiha.

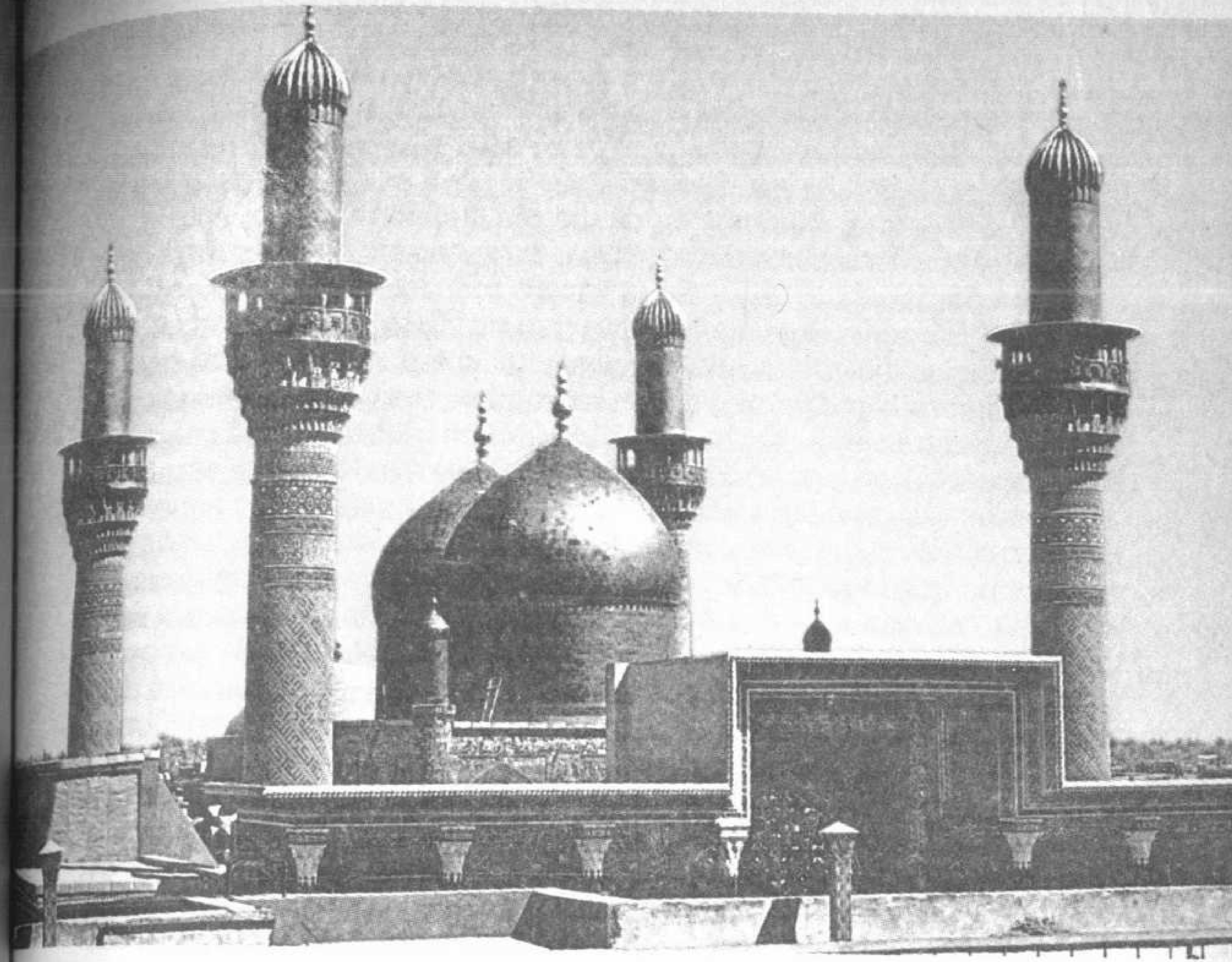
Para que Abu Sufián pudiera informar en la ciudad sobre la enorme fuerza que estaba allí reunida, le colocaron con Al Abbás en un estrecho desfiladero por donde fue pasando todo el ejército. Según iban pasando las diversas tribus árabes, cada una con sus armas y emblemas, Al Abbás iba indicando su nombre y país de procedencia. Abu Sufián quedó sorprendido por el número, disciplina y equipamiento de las tropas, pues los musulmanes habían mejorado rápidamente en el arte de la guerra. Pero cuando se acercó Mahoma rodeado por una guardia elegida, perfectamente armada y resplandeciente de acero, su asombro no tuvo límites. «¡No hay quien pueda resistir! —exclamó a Al Abbás—; en verdad tu sobrino tiene un poder enorme.»

«Entonces —respondió el otro— vuelve a tu pueblo, trata de lograr su seguridad y convénceles de que no se opongan al apóstol de Dios.»

Abu Sufián volvió de inmediato a La Meca, convocó a sus habitantes y les habló del poderoso ejército con que contaba Mahoma, de las condiciones favorables que le habían ofrecido en caso de sumisión y de lo inútil que resultaría cualquier intento de resistencia. Como Abu Sufián había sido el alma de la oposición a Mahoma y a sus doctrinas, sus palabras produjeron efecto inmediato y se llegó a un acuerdo ante un hecho que parecía no permitir otra alternativa. La mayoría de los habitantes se dispuso a presenciar, sin resistencia, la entrada del Profeta.

Mientras tanto, Mahoma, que no sabía la resistencia que podría encontrar, distribuyó cuidadosamente sus fuerzas mientras se aproximaba a la ciudad. El cuerpo principal avanzó directamente hacia adelante, pero envió fuertes destacamentos hacia las colinas de ambos lados de la ciudad. Alí, que iba al frente de un importante cuerpo de caballería, recibió el sagrado estandarte, que debía colocar en el monte Hachún y conservarlo allí hasta que llegara el Profeta. Todos los generales recibieron órdenes expresas de actuar con moderación y de no ser, bajo ningún concepto, los primeros en atacar, pues Mahoma tenía sumo interés en conquistar La Meca con la moderación y la clemencia, en vez de someterla con métodos violentos. Habría que deshacerse de cuantos ofrecieran resistencia armada, pero quienes se sometieran por las buenas deberían ser tratados con corrección. Cuando supo que uno de sus capitanes, llevado por el celo, había afirmado que «el día de la batalla no podía haber ningún lugar sagrado», le sustituyó en el acto por una persona menos exaltada.

El grueso principal del ejército avanzó sin problemas. Mahoma cerraba la marcha; llevaba un manto escarlata e iba montado en su camello favorito, *Al Qaswá*. No obstante, avanzaba con lentitud. La inmensa multitud que se amontonaba a su alrededor impedía la rapidez de movimientos. Llegó al monte Hachún, donde Alí había colocado el estandarte de la fe, y mandó que le instalaran la tienda. Se apeó, se quitó el



En los países musulmanes, se escuha al muecín cinco veces al día llamando a la oración desde el minarete, el punto más alto de las mezquitas.

manto escarlata y se puso el turbante negro y el traje de peregrino. Pero cuando dirigió la vista hacia la llanura, contempló con dolor e indignación el brillo de las espadas y las lanzas y vio a Jalid, que mandaba el ala izquierda, decidido a hacer una carnicería. Sus tropas, formadas por tribus árabes convertidas a la fe, habían recibido una descarga de flechas de un grupo de coraixíes, y el indómito guerrero se lanzó contra ellos, seguido de sus hombres, en son de guerra. Hicieron huir al enemigo, entraron revueltos con ellos por las puertas de La Meca y, de no haber sido por la rápida intervención de Mahoma, se habría producido una matanza general en la ciudad.

Una vez evitada la tragedia y después de comprobar que no había resistencia, el Profeta descendió del monte y se dirigió hacia las puertas de la ciudad sentado en su camello, acompañado por Abu Bakr a su derecha y seguido por Usama, el hijo de Zaid. Estaba amaneciendo en el momento en que volvió a entrar en su ciudad natal, con la gloria de un conquistador, pero con la indumentaria y la humildad de un peregrino. Mientras entraba, recitaba versículos del Corán que se le habían revelado en Medina y en los que se profetizaba tan gran momento. Triunfó a la manera de un fanático religioso, no de un guerrero. «A Dios —de-

cía— pertenecen los ejércitos del cielo y la tierra, y Dios es poderoso y sabio. Ahora ha cumplido Dios la visión de su apóstol y la promesa que le hiciera de entrar en el templo sagrado de La Meca sin correr ningún peligro.»

Sin desmontar, Mahoma se dirigió directamente a la Kaaba, el lugar de sus primeros actos de devoción, el templo sagrado desde la época de los patriarcas y, según él, el templo primitivo del único Dios verdadero. Al llegar dio siete vueltas al sagrado edificio, rito reverencial procedente de los días de pureza religiosa; cada vez tocaba con el mismo fervor religioso la piedra negra, considerándola como una reliquia sagrada. Quiso entrar en la Kaaba, pero Utmán Ibn Talha, el viejo guardián, había cerrado la puerta. Alí le arrebató las llaves, pero Mahoma mandó devolverlas al venerable anciano; éste se dejó conquistar por aquel rasgo de amabilidad, hasta el punto de que no sólo abrió las puertas de par en par sino que abrazó la fe del Islam, viéndose confirmado en el cargo.

Mahoma procedió entonces a realizar el gran objetivo de sus aspiraciones religiosas: la purificación del sagrado edificio de los símbolos de la idolatría, que aparecían por todas partes. Fueron derribados y destruidos todos los ídolos que había en el interior y en los alrededores, que ascendieron al número de trescientos sesenta. Entre ellos el más conocido era Hubal, ídolo traído de Balqá, en Siria, y al que se atribuía el poder de conceder la lluvia. Como es lógico, su culto era muy importante para aquellos habitantes del desierto. Había también estatuas de Abrahán y de Ismael, con flechas adivinatorias en las manos; «un ultraje a su memoria —dijo Mahoma— pues son símbolos de un arte diabólico que ellos nunca habían practicado». Para reparar aquel ultraje, destruyeron las estatuas. Había también pinturas con ángeles en forma de bellas mujeres. «Los ángeles —dijo Mahoma indignado— no son así. En el paraíso hay huríes para consolar a los verdaderos creyentes; pero los ángeles son espíritus que están al servicio del Altísimo y su naturaleza es tan pura que es incompatible con el sexo.» En consecuencia, se destruyeron aquellas representaciones.

Llegó a destrozar con sus propias manos una paloma tallada en madera y la arrojó contra el suelo por sus posibles connotaciones idolátricas.

De la Kaaba se dirigió al pozo de Zem Zem. Era para él un lugar sagrado, pues decía que era el mismo pozo revelado por el ángel a Agar e Ismael en su tribulación; consideraba que el rito con él relacionado era puro y santo y lo conservó en su nueva fe. Mientras se acercaba al pozo, su tío Al Abbás le presentó una vasija de agua para que bebiera e hiciera la ablución ritual. En conmemoración de aquel acto piadoso, nombró a su tío «guardián de la copa del pozo», cargo sagrado que sus sucesores conservan hasta nuestros días.

Al mediodía, uno de sus seguidores, por orden suya, llamó al pueblo a oración desde lo más alto de la Kaaba, costumbre que se ha mantenido desde entonces en los países mahometanos. Para ello, todas las mezquitas tienen su minarete. Fijó también la Quibla, hacia la que debián volverse los fieles de todas las partes del mundo para rezar.

Luego dirigió a su pueblo una especie de sermón, en el que enunció sus principales doctrinas y proclamó el triunfo de la fe como cumplimiento de una promesa profética. La multitud prorrumpió en gritos. «¡Allah Akbar!», aclamaban. «Dios es grande. Dios es único y Mahoma es su profeta.»

Terminadas las ceremonias religiosas, Mahoma subió a la colina de Al Safa, y los habitantes de La Meca, hombres y mujeres, pasaron ante él, haciéndole el juramento de fidelidad, como profeta de Dios, y renunciando a la idolatría. Así se cumplía una revelación del Corán: «Dios ha enviado a su apóstol a enseñar el camino y la religión verdaderos y para que ésta triunfe sobre todas las demás religiones. En verdad, los que juran fidelidad a él, juran fidelidad a Dios; la mano de Dios está sobre sus manos.»

No obstante, en medio de tanta aclamación, rechazó todo homenaje dirigido exclusivamente a su persona y toda alusión a una posible autoridad real. «¿Por qué tiemblas? —preguntó a un hombre que se le acercó con pasos tímidos y vacilantes—. ¿De qué tienes miedo? No soy rey, sólo el hijo de una mujer coraixí, que comía carne secada al sol.»

También fue notable su indulgencia. Los hasta entonces altivos jefes de los coraixíes aparecieron con rostros abatidos ante el hombre a quien habían perseguido, sabiendo que sus vidas estaban en sus manos.

«¿Qué podéis esperar de mí?, preguntó el Profeta con tono severo.

—¡Misericordia, hermano generoso! ¡Ten piedad, descendiente de un linaje generoso!

—¡Qué así sea! —respondió él, con una mezcla de desprecio y compasión—. ¡Fuera! ¡Fuera de mi vista! ¡Quedáis libres!»

Algunos de sus seguidores que habían sufrido también persecuciones quedaron decepcionados al ver que no se cumplían sus deseos de venganza y criticaron su clemencia, pero él se mantuvo firme en su postura e hizo de La Meca un santuario inviolable, o lugar de refugio, que debería mantenerse como tal hasta el día de la resurrección final. No obstante, se reservó para sí mismo, para aquella ocasión concreta y durante aquel día especial, el derecho de castigar a algunas personas de la ciudad que habían cometido delitos especialmente graves y a quienes se había proscrito de forma expresa; sin embargo, incluso éstos fueron perdonados en su mayor parte.

Entre las mujeres coraixíes que fueron a prestar el juramento, divisó a Hind, la esposa de Abu Sufián, la implacable mujer que había animado a los infieles en la batalla de Uhud y había devorado el corazón de Hamza, en venganza por la muerte de su padre. En aquella ocasión se había disfrazado para pasar inadvertida, pero al ver los ojos del Profeta fijos en ella, se arrojó a sus pies, exclamando: «Soy Hind: ¡Perdón! ¡perdón!» Mahoma la perdonó —y fue criticado por su clemencia con una mujer que hacía de sus doctrinas objeto de sarcasmos y menosprecios.

Entre los condenados al castigo estaba Wahxí, el etíope que había asesinado a Hamza y que había huido de La Meca cuando entró el ejército. Después se presentó ante el Profeta e hizo profesión de fe antes

de ser reconocido. Obtuvo el perdón, pero antes tuvo que relatar los detalles de la muerte de Hamza; luego, Mahoma le despidió con la orden de no aparecer nunca más en su presencia. Vivió hasta la época del califato de Umar, durante cuyo reinado fue azotado numerosas veces por emborracharse.

Otro de los proscritos fue Abdallah Ibn Saad, joven coraixí famoso por su ingenio y humor, así como por sus hazañas guerreras. Como era también rápido con la pluma, Mahoma le había empleado para poner por escrito las revelaciones del Corán. Al hacerlo, en muchas ocasiones había modificado y corregido el texto; es más, se comprobó que, por falta de atención o por voluntad deliberada, lo había falsificado en algunos casos o lo había convertido en un texto absurdo. Se había atrevido incluso a hacer bromas con sus compañeros sobre los cambios y correcciones, comentando que si el Corán demostraba que Mahoma era un profeta, él tenía que ser medio profeta. Cuando se descubrieron sus interpolaciones, huyó para no incurrir en la ira del Profeta y regresó a La Meca, donde volvió a caer en la idolatría.

Cuando se produjo la toma de la ciudad, su hermano de leche le ocultó en su casa hasta que pasó el tumulto. Luego, le condujo a la presencia del Profeta y le suplicó su perdón. Aquella fue la prueba más dura para la compasión de Mahoma. El reo había defraudado su confianza, le había ridiculizado, había puesto en duda su misión apostólica y atentado contra el mismo cimiento de su fe. Estuvo un rato en silencio, esperando —como declaró más tarde— que algún discípulo celoso cortara la cabeza del culpable. Pero nadie se movió y, cediendo a las súplicas de Utmán, le concedió el perdón. Abdallah renovó inmediatamente su profesión de fe y siguió siendo un buen musulmán. Su nombre volverá a aparecer en las guerras de los califas. Fue uno de los jinetes más hábiles de su tribu y hasta el último momento dio muestras de su pasión dominante, pues murió repitiendo el capítulo cien del Corán, titulado «Los corceles de la guerra». Quizá era uno de los que habían sufrido sus interpolaciones.

Otro de los proscritos fue Ikrima Ibn Abu Chahl, que en muchas ocasiones había manifestado una hostilidad mortal hacia el Profeta, heredada de su padre. Cuando Mahoma entró en La Meca, Ikrima montó en un caballo ligero y huyó por la puerta contraria, dejando en la ciudad a su bella esposa, Umm Hakim, con quien se había casado poco antes. Esta abrazó la fe del Islam, y poco después supo que su esposo había intentado escapar por mar a Yemen pero se había visto obligado a volver al puerto. Umm Hakim se presentó en el momento ante el Profeta, se arrodilló ante él, despeinada y sin el velo, y pidió clemencia para su esposo. El Profeta, quizá más conmovido por su belleza que por su dolor, la levantó del suelo y le dijo que sus deseos estaban cumplidos. Salió corriendo hacia el puerto y llegó en el preciso momento en que el barco en que había embarcado su esposo estaba a punto de darse a la mar. Volvió con él a La Meca y le presentó, ya convertido a la nueva fe, al Profeta. En aquella ocasión, llevaba el velo de tal manera que sólo eran visibles sus ojos negros. Mahoma escuchó la profesión de fe de Ikrima, le hizo jefe de un batallón de hawaziníes, como premio a su bella y abnegada esposa, y concedió generosos donativos a la joven pareja. Como muchos otros enemigos convertidos, Ikrima demostró ser un soldado valiente en las guerras religiosas y, tras distinguirse en varias ocasiones, cayó en el campo de batalla, atravesado por espadas y lanzas.

Todo el comportamiento de Mahoma al tomar posesión de La Meca demostró que se trataba de un triunfo religioso, más que militar. Además, su corazón se ablandó tras la conquista de su ciudad natal; sus resentimientos pasaron a un segundo plano, y en todo momento demostró una clara tendencia al perdón.

Los ansaríes, o auxiliares de Medina, que le habían ayudado en su campaña, comenzaron a temer que el éxito de ésta resultara fatídico para sus propios intereses. Un día, el Profeta, después de orar en la colina Al Safa, se sentó a contemplar melancólicamente la ciudad de La Meca, escenario de sus primeras luchas y de su reciente triunfo: «En verdad —dijo—, eres la mejor de las ciudades, y la más querida de Alá. Si no me hubiera expulsado mi propia tribu, no te habría abandonado nunca.» Al oír estas palabras, los ansaríes comentaron entre sí: «Mahoma es el conquistador y señor de su ciudad natal; seguro que se instala aquí y abandona Medina.» Sus palabras llegaron a oídos de Mahoma, que se volvió a ellos y les dijo en son de reproche: «¡No, cuando me prometisteis fidelidad, juré vivir y morir con vosotros. No me comportaría como servidor de Dios ni como su embajador si os abandonara.»

Y así lo hizo. Medina, que había sido su refugio, siguió siendo su residencia hasta el día de su muerte.

Mahoma no se contentó con purificar la Kaaba y con abolir la idolatría de su ciudad natal; envió a sus capitanes al frente de grupos armados para destruir los ídolos de las distintas tribus establecidas en las ciudades y aldeas próximas y para convertir a los idólatras a su fe.

De todos estos apóstoles militares, el más celoso fue Jalid, cuyo espíritu estaba todavía dominado por los fervores de su reciente conversión. Al llegar a Najla, lugar donde los coraixíes idólatras se reunían para sus actos de culto en el templo de Uzza, penetró en la gruta sagrada, asoló el templo y tiró el ídolo al suelo. Una bruja horrible, negra y desnuda, con el pelo alborotado, se precipitó hacia él, gritando y retorciéndose las manos; pero Jalid la cortó en dos con un solo golpe de su cimitarra. Informó de la acción a Mahoma, expresando sus dudas sobre si se trataba de una sacerdotisa o de un mal espíritu. «En verdad —respondió el Profeta— has destruido a la propia Uzza.»

En un viaje semejante por la provincia próxima de Tihama, Jalid llevó con él a trescientos cincuenta hombres, algunos de ellos de la tribu de Sulaim. Le acompañaba también Abd Al Rahmán, uno de los primeros prosélitos de la fe. Había recibido instrucciones del Profeta de predicar la paz y la buena voluntad, de inculcar la fe y de no recurrir a la violencia a no ser que se viera atacado. Cuando llevaba dos días de viaje camino de Tihama, tuvo que atrevesar la región de la tribu de Chadima. La mayoría de los habitantes había abrazado la fe, pero algunos eran todavía de la religión sabea. En una ocasión anterior, esta tribu ha-

bía robado y asesinado a un tío de Jalid, al padre de Abd Al Rahmán y a varios sulaimíes que regresaban de la Arabia Feliz. Temiendo que Jalid y sus fuerzas tuvieran intención de vengarse de aquellas fechorías, se prepararon para resistir con las armas.

Jalid se alegró en el fondo al verles acercarse en orden de batalla. Dirigiéndose a ellos con tono imperioso, les preguntó si eran musulmanes o infieles. Con voz vacilante, respondieron: «Musulmanes». «Entonces, ¿por qué salís a recibirnos con armas en las manos?» «Porque tenemos enemigos entre algunas de las tribus, que pueden atacarnos por sorpresa.»

Jalid les ordenó que bajaran de los caballos y dejaran sus armas. Algunos obedecieron y se vieron de inmediato maniatados; los demás huyeron. Viendo en su huida una confesión de culpabilidad, los persiguió con gran ensañamiento, asoló la región y, llevado por su celo desmedido, llegó a matar a algunos de los prisioneros.

Mahoma, cuando tuvo noticia de esta venganza injustificada, elevó las manos al cielo y pidió a Dios que fuera testigo de que él era inocente. Jalid, cuando fue reprochado por su acción, intentó echar la culpa a Abd Al Rahmán, pero Mahoma se negó a aceptar cualquier acusación contra uno de los primeros y más fieles de sus seguidores. El generoso Alí fue enviado a devolver al pueblo de Chadima lo que Jalid le había arrebatado y a compensar económicamente a los familiares de los asesinados. Fue una misión acorde con su temperamento y la ejecutó con toda fidelidad. Después de informarse de las pérdidas y sufrimientos de cada individuo, le pagaba sin regatear lo más mínimo. Cuando hubo atendido a todas las quejas, distribuyó el dinero sobrante entre la población, alegrando a todos con la abundancia de su botín. Así pues, Alí recibió palabras de agradecimiento y alabanza al Profeta. En cambio el vengativo Jalid fue criticado hasta por aquellos a quienes había intentado complacer.

«¡Mira! —dijo a Abd Al Rahmán—. He vengado la muerte de tu padre.

—Más bien deberías decir —replicó el otro, indignado— que has vengado la muerte de tu tío. Has desprestigiado nuestra fe con un acto propio de un idólatra.»

31. «El horno está encendido»

Mientras los apóstoles militares de Mahoma difundían sus doctrinas a punta de espada en las llanuras, en las montañas se estaba preparando una grave tormenta. Se había formado una liga entre los taqifíes, los hawaziníes, los chuxamíes, los saadíes y algunas otras de las aguerridas tribus de beduinos de las montañas. Su objetivo era frenar el poder que amenazaba con subyugar a toda Arabia. Los saadíes o Beni Saad aquí mencionados son los mismos árabes ganaderos entre los que Mahoma había pasado su infancia y en cuyo valle, según la tradición, un ángel había extraído y purificado su corazón. Los taqifíes, que estaban al frente de la liga, eran una tribu poderosa, que controlaba la importante ciudad de Taif y su productivo territorio montañoso. Eran idólatras fanáticos. En su capital estaba el famoso templo del ídolo femenino Al Lat. El lector recordará la humillación que soportó Mahoma cuando intentó predicar sus doctrinas en Taif: fue apedreado en la plaza pública y luego tuvo que abandonar la ciudad en medio de insultos. Fue probablemente el temor a una posible venganza lo que había impulsado a los taqifíes a formar una liga contra él.

Malik Ibn Awf, el jefe de los taqifíes, ostentaba el mando supremo dentro de la confederación. Eligió el valle de Awtás, entre Hunain y Taif, como lugar de reunión y acampada. Como conocía el carácter voluble de los árabes y su inclinación a volver a casa a la menor oportunidad, les mandó llevar con ellos a sus familias y sus pertenencias. Así pues, se reunieron gentes de lugares muy diversos, llegando a sumar cuatro mil guerreros; pero el campamento estaba lleno de mujeres y niños y de rebaños que dificultaban el paso.

El recuso de Malik Ibn Awf para garantizar la adhesión de los guerreros mereció la condena de Duraid, jefe de los chuxamíes. Era éste un guerrero anciano, de más de cien años de edad, delgado como un esqueleto, casi ciego y tan débil que tenían que llevarlo en una litera colocada sobre un camello. Sin embargo, aunque incapaz de participar en la batalla, su experiencia militar le permitía gozar de gran influencia en los consejos. Este veterano del desierto aconsejó el regreso de las mujeres y niños a sus casas, para liberar así al ejército de todo estorbo innecesario. Su consejo cayó en saco roto, y la masa humana del valle de Awtás siguió pareciéndose a un campamento de pastores y ganaderos más que a un cuerpo de ejército.

Mientras tanto, Mahoma, al tener noticias del peligro que se le avecinaba, había iniciado la marcha para poder ser el primero en dar el gol-

pe. Iba al frente de unos doce mil soldados, entre los que había fugitivos de La Meca, auxiliares de Medina y árabes del desierto, algunos de los cuales no habían abrazado todavía la fe del Islam.

Al emprender la marcha, se puso un casco y una coraza pulidos. Iba montado en su mula blanca favorita, *Deldal*, que casi nunca participaba en los combates. Sus recientes éxitos y la superioridad numérica le hacían confiar en una victoria fácil. Entró en las montañas sin precaución y se dirigió directamente hacia el campamento enemigo situado en Awtás, llegando a un valle profundo y oscuro en los confines de Hunain. Las tropas atravesaron el escarpado desfiladero sin orden ni concierto. De repente recibieron una nube de piedras, dardos y flechas que provocó la muerte de doscientos o trescientos soldados de Mahoma y ocasionó otros tantos heridos. Malik se había apostado con sus guerreros más cualificados en las alturas que dominaban aquella estrecha garganta. Todas las rocas y cuevas estaban protegidas por arqueros y honderos, algunos de los cuales dejaron sus puestos y bajaron para pelear cuerpo a cuerpo.

Dominados por el pánico, los musulmanes dieron la vuelta y huyeron. Fue inútil que Mahoma intentara detenerlos: no le sirvieron ni sus voces de general ni su título de profeta de Dios. Lo único que les interesaba era su seguridad personal y huir de tan horrible valle.

Por un momento pareció que todo se había perdido y algunos conversos de última hora, poco sinceros, no pudieron disimular su entusiasmo al ver el mal giro que iban tomando las cosas para el Profeta.

«¡Por los cielos! —exclamó Abu Sufián, viendo huir a los musulmanes—. No habrá quien los detenga hasta que lleguen al mar.»

«Sí —exclamó otro—, ¡ha llegado a su fin el poder mágico de Mahoma!»

Un tercero, que deseaba vengar a su padre, muerto por los musulmanes en la batalla de Uhud, intentó matar al Profeta en medio de la confusión que se produjo, y lo habría conseguido si no hubiera estado rodeado y protegido por algunos de sus seguidores más fieles. El propio Mahoma, en un impulso de desesperación, espoleó a su mula hacia el enemigo; pero Al Abbás le cogió la brida y le impidió dirigirse a una muerte segura, al tiempo que lanzaba un grito cuyo eco se oyó por todo el valle. Al Abbás era famoso por la fuerza de sus pulmones, y en aquel momento crítico aquella cualidad fue la salvación del ejército. Al oír aquella voz conocida, los musulmanes se reagruparon y, comprobando que no les perseguían, volvieron al combate. El enemigo había descendido de las alturas y la lucha se produjo en el desfiladero. «El horno está encendido», exclamó Mahoma, exultante, al ver el brillo de las armas. Se bajó de la silla, cogió un puñado de polvo y lo arrojó hacia el enemigo. «¡Confusión para ellos! —gritó—, ¡que este polvo los deje ciegos!» Así fue. Al no poder ver, huyeron en medio de una gran confusión, dicen los autores musulmanes, aunque su victoria puede atribuirse más bien a la superioridad de la fuerza musulmana y al entusiasmo despertado por las exclamaciones del Profeta. Malik y los taqifíes se refugiaron en la ciudad de Taif, y el resto se retiró al campamento del valle de Awtás.

Mientras Mahoma seguía en el valle de Hunain, envió a Abu Amir con una fuerza numerosa a atacar el campamento. Los hawaziníes se defendieron con valentía. Abu Amir cayó muerto; pero su sobrino, Abu Musa, se ocupó del mando y consiguió una victoria rotunda, matando a muchos de los enemigos. El campamento les permitió hacer un importante botín y tomar numerosos cautivos, por la torpe decisión de Malik Ibn Awf de amontonar allí las familias, las pertenencias y los rebaños de los confederados, en contra de la sabia opinión del veterano Duraid. El destino de aquel anciano guerrero del desierto merece unas líneas. Mientras las tropas musulmanas, dispersas por el campamento, se dedicaban a recoger el botín, Rabía Ibn Rafi, joven sulaimí, observó una litera sujeta al lomo de un camello. Se acercó a ella pensando encontrarse con una bella mujer. Al correr la cortina, vio la figura esquelética del anciano Duraid. Molesto y decepcionado, le atacó con la espada, pero se le rompió en la mano. «Tu madre —dijo el anciano con tono burlón— te ha dado armas muy malas; encontrarás una mejor colgada de mi silla.»

El joven la cogió y la sacó de la vaina. Pero Duraid se dio cuenta de que era un sulaimí y exclamó: «Di a tu madre que has asesinado a Duraid Ibn Simma, que ha protegido a muchas mujeres de su tribu en el momento de la batalla.» De nada sirvieron sus palabras; el cráneo del veterano quedó partido en dos con su propia cimitarra. Rabía regresó a La Meca y contó a su madre la hazaña. Esta le reprochó diciendo: «Has matado a un bienhechor de mi raza. Tres son las mujeres de tu familia a quienes Duraid Ibn Simma liberó de la cautividad.»

Abur Amir regresó triunfalmente junto a Mahoma, exhibiendo el botín del campamento de Awtás y las mujeres y niños que había capturado. Una de las cautivas se arrojó a los pies del Profeta y le suplicó compasión, ya que era su hermana de leche Al Ximá, hija de su nodriza Halima, que le había criado en el valle saadí. Mahoma intentó inútilmente reconocer en sus marchitos rasgos a la alegre compañera de su infancia. Entonces ella se desnudó la espalda y le enseñó una cicatriz que él le había hecho jugando. Ya no había duda. La trató con miramiento, dándole a elegir entre quedarse con él bajo su protección o volver a casa con sus familiares.

Los musulmanes tenían un escrúpulo con relación a sus cautivas. ¿Podían tomarlas, aunque estuvieran casadas, sin cometer adulterio? La revelación de un texto del Corán puso fin a la dificultad. «No tomarás como esposa a una mujer libre que esté casada, a no ser que tu mano derecha la haya hecho esclava.» De acuerdo con ello, todas las mujeres tomadas en la guerra podían convertirse en esposas de los capturadores, aunque vivieran sus antiguos esposos. Los vencedores de Hunain se aprovecharon de inmediato de aquella ley.

Dejando a los cautivos y el botín en lugar seguro y con la debida protección, Mahoma fue en búsqueda de los taqifíes, que se habían refugiado en Taif. El deseo de venganza y el celo religioso se mezclaban en él al acercarse a aquel cento de idolatría, escenario de afrentas y agravios para su persona, y al contemplar la puerta por la que una vez le habían hecho salir en circunstancias tan ignominiosas. Las murallas eran

demasiado fuertes para intentar un asalto a la ciudad, y además había un castillo de protección. Por primera vez, utilizó catapultas, arietes y otros ingenios empleados en los asedios, pero desconocidos entre los árabes. En este caso se pudieron utilizar gracias a los consejos y dirección de Salmán al Farsi, persa convertido al Islam.

No obstante, los sitiados rechazaron uno tras otro todos los ataques, acosando a los atacantes con flechas y dardos y arrojando hierro fundido sobre los escudos de piel de toro con que se protegían para acercarse a las murallas. Mahoma asoló los campos, los huertos y viñedos y declaró libres a todos los esclavos que se marcharan de la ciudad. El asedio se prolongó durante veinte días, sin resultados prácticos. Todos los días hacía sus oraciones entre las tiendas de sus esposas Umm Salama y Zainab, a quienes les había correspondido en suerte acompañarle en la campaña. Sus esperanzas comenzaron a flaquear. Sufrió un nuevo golpe en un sueño, que Abu Bakr, famoso por su habilidad para entender las visiones, interpretó en forma desfavorable. El estaba decidido a levantar el asedio, pero sus tropas comenzaron a murmurar. Entonces ordenó atacar una de las puertas. Como siempre, tropezaron con una defensa obstinada; murieron muchos por ambos lados, Abu Sufián, que luchó valientemente, perdió un ojo y, finalmente, los musulmanes tuvieron que retroceder.

Mahoma levantó entonces el campamento, prometiendo a sus tropas reanudar el sitio más adelante, y regresó al lugar donde se había guardado el botín de su expedición. Este, dicen los autores árabes, estaba formado por veinticuatro mil camellos, cuarenta mil corderos, cuatro mil onzas de plata y seis mil cautivos.

Poco después apareció una delegación de los hawaziníes, proclamando la sumisión de su tribu y pidiendo la devolución de sus familias y pertenencias. Con ellos había llegado Halima, la nodriza de Mahoma, ya muy anciana. Los recuerdos de su infancia volvieron a conmoverle. «¿Qué preferís —preguntó a los hawaziníes—, vuestras familias o vuestros bienes?» Ellos respondieron: «Nuestras familias».

«Muy bien —les dijo—. Por lo que se refiere a Al Abbás y a mí, estamos dispuestos a renunciar a los prisioneros que nos han correspondido; pero habrá que convencer a muchos otros. Venid a verme después de la oración del mediodía y decid: "Imploramos al embajador de Dios que aconseje a sus seguidores que nos devuelvan a nuestras esposas e hijos; e imploramos a sus seguidores que intercedan ante él en nuestro favor."»

Los enviados siguieron sus indicaciones. Mahoma y Al Abbás renunciaron de inmediato a sus cautivos; su ejemplo fue seguido por todos, a excepción de las tribus de Tamim y Fazara, pero Mahoma los convenció prometiéndoles seis veces más prisioneros en la siguiente expedición. De esta manera, la intercesión de Halima logró la liberación de todos los cautivos de su tribu. Una anécdota revela la deferencia con que Mahoma trató a esta humilde protectora de su infancia. «Estaba sentado con el Profeta —cuenta uno de sus discípulos— cuando de repente se presentó una mujer. El se levantó y extendió un paño para que ella se sentara. Cuando se marchó, algunos dijeron: "Esa mujer fue la que crió al Profeta."»

Mahoma envió entonces un mensajero a Malik, que seguía encerrado en Taif, ofreciéndole la devolución de todo el botín conseguido en Hunain y un regalo de cien camellos si se rendía y abrazaba la fe. Malik se dejó convencer y convertir por una oferta tan generosa, y aceptó la fe del Profeta. Consiguió además que le imitaran varias de las tribus confederadas. Fue nombrado jefe de las mismas y, más adelante, sería un enérgico defensor de la fe ante sus antiguos asociados, los taqifíes.

Los musulmanes comenzaron a temer que Mahoma, llevado por sus magnánimos impulsos, pudiera privarles de todos los bienes conseguidos en sus recientes batallas. Acudieron a él y le exigieron el reparto del botín y de los cautivos. Indignado, les preguntó: «¿Habéis visto en mí algo de avaricioso, de falso o de desleal?» Arrancó un pelo del lomo de un camello y elevando la voz dijo: «¡Por Alá!, os digo que nunca he cogido del botín ni un pelo de camello que no me correspondiera; y la parte que me ha correspondido siempre la he gastado pensando en vuestro bien.»

Luego distribuyó el botín en la forma habitual: cuatro quintas partes entre la tropa y una quinta parte para él, que luego repartió entre aquellos cuya fidelidad quería reforzar. Creía que los coraixíes eran aliados poco seguros; quizá había escuchado los gritos de alegría de algunos de ellos cuando pensaron que Mahoma iba a salir derrotado; por eso, trató de ganárselos con regalos. A Abu Sufián le entregó cien camellos y cuarenta *uqqas* de plata, en compensación por el ojo perdido en el ataque a la puerta de Taif. A Ikrima Ibn Abu Chahl y a otros personajes de importancia semejante les fue entregando partes proporcionales de su propio botín.

Entre los conversos tibios animados por esta táctica estaba el poeta Ibn Mirdas. No había quedado satisfecho con su parte y formuló su descontento en versos satíricos. Mahoma los oyó. «Traedme a ese hombre —dijo— y cortadle la lengua». Umar, siempre dispuesto a las medidas fuertes, intentó ejecutar la orden en sentido literal, y en el acto; pero otros, más conocedores de las intenciones del Profeta, llevaron a Ibn Mirdas, que temblaba de los pies a la cabeza, a la plaza pública donde estaba reunido el ganado tomado al enemigo y le pidieron que eligiera lo que más le gustara.

«¡Cómo! —exclamó el poeta entusiasmado, viendo alejarse el peligro de la mutilación—. ¿Así es como quiere silenciar mi lengua? ¡Por Alá! No necesito nada.» No obstante, Mahoma insistió en su actitud generosa y le envió sesenta camellos. A partir de entonces el poeta no dejó de proclamar la generosidad del Profeta.

Mientras se ganaba las voluntades de los prosélitos indecisos de La Meca, Mahoma provocaba las críticas de sus auxiliares de Medina. «Ved —decían— cómo colma de regalos a los traicioneros coraixíes, mientras que nosotros, que le hemos permanecido fieles en medio de tantos peligros, no recibimos más que la parte inicial. ¿Qué hemos hecho para vernos relegados a un segundo plano?»

Mahoma tuvo noticia de aquellas murmuraciones y llamó a los críticos a su tienda. «Escuchad, hombres de Medina —dijo—, ¿no estabais en desacuerdo entre vosotros y yo os he llevado a la armonía? ¿No estabais en el error y yo os he llevado por el camino de la verdad? ¿No erais pobres y yo os he hecho ricos?»

Ellos reconocieron la verdad de sus palabras. «¡Mirad! —siguió diciendo—. Llegué a vosotros con fama de mentiroso, y sin embargo creísteis en mí; era un perseguido, y vosotros me protegisteis; un fugitivo, y vosotros me disteis cobijo; estaba impotente, y vosotros me ayudasteis. ¿Creéis que no recuerdo todo esto? ¿Creéis que puedo ser tan desagradecido? Os quejáis de que les hago regalos a ellos y a vosotros no os doy nada. Es cierto, a ellos les doy cosas materiales, pero es para ganarme sus corazones mundanos. A vosotros, que habéis sido sinceros, os doy... ¡a mí mismo! Ellos vuelven a casa con corderos y camellos; vosotros regresáis acompañados por el profeta de Dios. Por aquel en cuyas manos está el alma de Mahoma, aunque todo el mundo vaya en una dirección y vosotros en otra, yo seguiría con vosotros. ¿Quién de vosotros está mejor recompensado?»

Los auxiliares derramaron lágrimas, conmovidos por sus palabras. «¡Oh profeta de Dios! —exclamaron—. ¡Estamos muy contentos con nuestra parte!»

Una vez repartido el botín, Mahoma regresó a La Meca, no con la pompa y esplendor de un conquistador sino vestido de peregrino, para terminar los ritos de su peregrinación. Una vez realizados todos, nombró a Muad Ibn Chabal imán o pontífice, encargado de formar al pueblo en las doctrinas del Islam, y entregó el gobierno de la ciudad en manos de Otab, joven de sólo dieciocho años de edad; después de ello, se despidió de su lugar natal y partió con sus tropas de vuelta a Medina.

Al llegar a la aldea de Al Abwa, donde estaba enterrada su madre, sintió enormes deseos de rendirle homenaje filial, pero los suyos les recordaron que la ley prohibía honrar el sepulcro de los no creyentes. El no quería resignarse y pidió al cielo que le permitiera hacer una excepción. Si hubo engaño en una circunstancia como ésta, hay que pensar que fue él el primero en engañarse a sí mismo y que llegó a convencerse plenamente de que el cielo le eximía de aquella prohibición y le autorizaba a visitar los restos de su madre. Al llegar al sepulcro, no pudo contener las lágrimas. Pero no pudo rendir a su madre más homenaje que el de su llanto. «Pedí autorización a Dios —comentó afligido— para visitar el sepulcro de mi madre, y me la concedió; pero cuando pedí permiso para rezar por ella, la respuesta fue negativa.»

32. Victoria en Taif

Poco después de su regreso a Medina, Mahoma recibió la triste noticia de la muerte de su hija Zainab, la que le habían entregado a cambio de su esposo Abul Aas, el incrédulo, capturado en la batalla de Badr. Los lazos familiares del Profeta eran muy fuertes y sintió muy profundamente esta pérdida. Sin embargo, recibió la buena nueva del nacimiento de un hijo de su concubina favorita, Mariya. Puso al niño el nombre de Ibrahim, y se animó al pensar que aquel hijo de su ancianidad —el único hijo varón con vida— podría perpetuar su nombre en generaciones futuras.

Su fama como Profeta y como conquistador se iba extendiendo por todas las regiones de Arabia. Llegaban sin cesar delegaciones de tribus remotas, algunas para reconocerle como Profeta y abrazar el Islam; otras, para someterse a él como soberano temporal y pagarle tributos. El talento de Mahoma se iba acomodando a las exigencias del momento. Sus preocupaciones se iban ampliando a medida que mejoraba su suerte y en aquellos días comenzó a ocuparse, con mentalidad de estadista, de los problemas fiscales de su imperio. Con el engañoso nombre de «limosna», se impuso a los verdaderos creyentes un tributo, equivalente a una décima parte de la producción de la tierra, donde ésta podía regarse por medios naturales, arroyos o agua de lluvia; y a una vigésima parte donde la fertilidad era consecuencia de obras de irrigación. Por cada diez camellos, había que entregar dos corderos; por cada treinta, un ternero de dos años; por cada cuarenta corderos, uno; quien colaborara con una proporción mayor a la indicada daría así muestras de una devoción especial y Dios le recompensaría en mayor medida.

Los tributos pagados por los que se sometían al poder temporal del Profeta, pero seguían sin aceptar su fe, equivalían a un dinar —en moneda o en especie— por cada persona adulta, libre o esclava.

Surgieron dificultades a la hora de recaudar los impuestos. La orgullosa tribu de Tamim se opuso declaradamente y expulsó al recaudador. Entonces, enviaron contra ellos tropas de caballería, que regresaron con varios hombres, mujeres y niños como cautivos. Una delegación de los tamimíes acudió a reclamar a los prisioneros. Cuatro de los delegados eran oradores y poetas famosos, y, en vez de humillarse ante Mahoma, comenzaron a declamar en prosa y en verso, desafiando a los musulmanes a una competición poética.

«Dios no me ha enviado como poeta —respondió Mahoma—, ni quiero ser un orador de fama.»

No obstante, algunos de sus seguidores aceptaron el desafío y se entabló una guerra de palabras, en la que los tamimíes se reconocieron vencidos. Mahoma quedó tan satisfecho con su actitud desafiante, con sus versos y con su franqueza al reconocer la derrota, que no sólo les entregó los prisioneros sino que además les colmó de regalos antes de su marcha.

Otro ejemplo de su sensibilidad ante los encantos de la poesía es el caso de Kaab Ibn Zuhair, famoso poeta de La Meca que le había ridiculizado con sus versos y, por lo tanto, era uno de los proscritos, pero había conseguido huir cuando la ocupación de la ciudad santa. Kaab se dirigió a Medina para hacer las paces, y se presentó a Mahoma cuando estaba en la mezquita. Comenzó a alabarle con los versos de un poema que luego gozaría entre los árabes de la consideración de obra maestra. Concluyó destacando en especial su clemencia, «pues en el Profeta de Dios, de todas las virtudes, la que más destaca es el perdón de las ofensas».

Cautivado por los versos y aplacado por los halagos, Mahoma demostró que las palabras del poeta eran verdaderas, pues no sólo le perdonó sino que se quitó el manto y se lo colocó a Kaab sobre los hombros. El poeta conservó esta preciada reliquia hasta el día de su muerte, negándose a aceptar generosas ofertas a cambio de ella. El califa Muawiya lo compró a sus herederos por diez mil dracmas. Fue utilizado por los califas en las procesiones y ceremonias solemnes hasta el trigésimo sexto califato, en que Hulagu, conquistador tártaro, se lo arrebató de los hombros al califa Mutasim Billah y lo mandó quemar.

Ciudad tras ciudad y castillo tras castillo de las tribus árabes iban abrazando la fe y proclamando su fidelidad a Mahoma. En cambio Taif, la plaza fuerte de los taqifíes, se mantenía obstinadamente fiel al culto a su ídolo Al Lat. Los habitantes de la ciudad confiaban en su situación montañosa y en la fuerza de sus murallas y de su castillo. Pero, aunque no parecía fácil tomarla por asalto, poco a poco se vieron rodeados y aislados por los musulmanes, hasta el punto de que no podían hacer el menor movimiento fuera de sus murallas sin ser atacados. Ante tantas amenazas y dificultades, enviaron embajadores a Mahoma para llegar a un tratado de paz.

El Profeta tenía un profundo resentimiento contra aquella ciudad, famosa por su obstinación y desenfrenada idolatría, que en una ocasión le había expulsado de su recinto y en otra no le había permitido entrar. Sus condiciones fueron la conversión y la sumisión sin condiciones. Los embajadores aceptaron inmediatamente el Islam, pero subrayaron el peligro que habría en provocar a los habitantes de Taif exigiéndoles de repente que renunciaran a su fe ancestral. En nombre de la ciudad, solicitaron mantener el culto al ídolo Al Lat durante tres años más. La petición fue rechazada. Luego pidieron al menos un mes de plazo para ir preparando la mentalidad de la población. Tampoco esta vez se salieron con la suya: toda idolatría era incompatible con el culto a Dios. Luego solicitaron que les eximieran de la obligación de hacer las oraciones de todos los días.

«No puede haber verdadera religión sin oración», respondió Mahoma. En resumidas cuentas, tuvieron que aceptar una rendición incondicional.

Abu Sufián Ibn Harb y Al Mugira fueron a Taif con la misión de destruir el ídolo Al Lat, que era de piedra. Abu Sufián intentó golpearlo con una piqueta, pero falló el golpe y cayó de bruces al suelo. El populacho lanzó un grito, viendo en ello un buen augurio, pero Al Mugira acabó con sus esperanzas —y con la estatua— con un solo golpe de su martillo. Luego, cogió los trajes, brazaletes, collares, anillos y otros adornos de oro y piedras preciosas con que lo habían adornado y los hizo añicos mientras las mujeres de Taif no paraban de llorar y lamentarse.[31]

Entre los que desafiaron el poder de Mahoma estaba el jefe beduino Amir Ibn Tufail, jefe de la poderosa tribu de Amir. Era famoso por su belleza personal y por su gran magnificencia; pero era de carácter altivo, y su magnificencia era también fruto de la ostentación. En la gran feria de Ukaz, entre Taif y Najla, donde solían reunirse comerciantes, peregrinos y poetas de todas las partes de Arabia, un heraldo proclamaba: «Quien necesite una bestia de carga, que venga a Amir; si alguien tiene hambre, que venga a Amir y podrá alimentarse; si alguien está perseguido, que huya a Amir y será protegido.»

Amir había admirado a todo el mundo con su generosidad. Por otra parte, su ambición estaba a la altura de su popularidad. El creciente poder de Mahoma le hacía sentirse celoso de su gloria. Cuando le aconsejaban que llegara a un acuerdo con él, respondía altaneramente: «He jurado no descansar hasta conquistar Arabia entera, ¿y ahora voy a rendir homenaje a ese coraixí?»

No obstante, las últimas conquistas de los musulmanes le obligaron a escuchar los consejos de sus amigos. Fue a Medina y, presentándose ante Mahoma, preguntó abiertamente: «¿Quieres ser mi amigo?

—Nunca, ¡por Alá! —fue la respuesta—. A no ser que abraces la fe del Islam.

—Y si lo hago, ¿te conformarás con mantener tu poder sobre los árabes de las ciudades; y me dejarás a mí los beduinos de los desiertos?

Mahoma respondió negativamente.

—¿Qué voy a ganar entonces abrazando tu fe?

—La amistad de todos los creyentes.

—¡No me interesa esa amistad!», respondió el orgulloso Amir; y profiriendo amenazas de guerra volvió a su tribu.

Muy distinto era el temperamento de otro jefe beduino, Aadi, príncipe de la tribu de Tai. Su padre, Hatim, había sido famoso no sólo por sus proezas guerreras, sino también por su inagotable generosidad, hasta el punto de que los árabes solían utilizar la expresión «tan generoso como Hatim». Aadi, el hijo, era cristiano; y aunque había heredado la generosidad de su padre, no tenía su mismo valor. Alarmado ante las expediciones asoladoras de los musulmanes, encargó a un joven árabe, que vivía con sus camellos en el desierto, que tuviera siempre dispuestos varios de los más fuertes y rápidos para informarle sin pérdida de tiempo de la aproximación del enemigo.

En una ocasión en que Alí recorría aquella parte de la región con un grupo de jinetes, el joven beduino los divisó desde lejos y acudió corriendo a Aadi, exclamando: «Los musulmanes se acercan. ¡He visto sus estandartes a lo lejos!» Aadi montó inmediatamente a su esposa y a sus hijos en los camellos y huyó a Siria. Su hermana, denominada Saffana, o la perla, cayó en manos de los musulmanes, que la llevaron con otros cautivos a Medina. Viendo que Mahoma pasaba cerca del lugar donde la tenían encerrada, le dijo a grandes voces:

«¡Ten piedad de mí, embajador de Dios! Mi padre ha muerto y el que debería haberme protegido me ha abandonado. Ten piedad de mí, embajador de Dios, y que Dios se apiade de ti!

—¿Quién es tu protector?, preguntó Mahoma.

—Aadi, el hijo de Hatim.

—Es un fugitivo de Dios y su profeta», respondió Mahoma y pasó de largo.

Al día siguiente, cuando Mahoma pasó de nuevo por allí, Alí, que estaba impresionado por la belleza y el dolor de aquella mujer, le aconsejó que intentara hablar de nuevo con el Profeta. Ella volvió a repetirle su petición: «¡Oh profeta de Dios!, mi padre ha muerto y mi hermano, que debería haber sido mi protector, me ha abandonado. Ten piedad de mí, y que Dios se apiade de ti.»

Mahoma se volvió hacia ella con compasión. «Que así sea», dijo; y no sólo la puso en libertad sino que le dio vestidos y un camello y la envió con la primera caravana que salió hacia Siria.

Cuando llegó a presencia de su hermano, le echó en cara su deserción. El reconoció su culpa y ella le perdonó, al tiempo que le pedía que hiciera la paz con Mahoma: «Es un profeta auténtico —le dijo— y pronto tendrá poder sobre todo el mundo; busca su favor cuanto antes.»

El político Aadi escuchó su consejo y salió a toda prisa hacia Medina. Nada más llegar fue a ver al Profeta, que estaba en la mezquita. Su propio relato de la conversación nos presenta una imagen sorprendente de la sencillez en las maneras y formas de vida de Mahoma, a pesar de su poder soberano y de su carrera de rápidas conquistas. «Me pregunto cómo me llamaba —cuenta Aadi— y yo se lo dije. Luego me invitó a acompañarle hasta su casa. Cuando nos dirigíamos hacia allí, le salió al paso una mujer demacrada y enferma. Se detuvo y estuvo hablando con ella de sus cosas. Esto, pensé yo para mis adentros, no es muy propio de un rey. Cuando llegamos a su casa, me ofreció para sentarme un cojín de cuero lleno de hojas de palmera, mientras que él se sentaba en el duro suelo. Esto, pensé, no es muy propio de un príncipe.

»Luego me pidió tres veces que abrazara el Islam. Le respondí que tenía mi propia fe. "Conozco tu fe —dijo él— mejor que tú mismo. Como príncipe, te quedas con una cuarta parte del botín de tu pueblo. ¿Es esa la doctrina cristiana?" Por aquellas palabras deduje que era un profeta, que sabía más que otros hombres.

»"No aceptas el islamismo —siguió diciendo— porque ves que somos pobres. Llegará el tiempo en que los verdaderos creyentes tendrán más riquezas de las que puedan utilizar. Quizá te asustes al ver el reducido número de los musulmanes en comparación con la masa de sus enemigos. Por Alá, dentro de no mucho tiempo una mujer musulmana podrá ir en peregrinación en su camello, sola y sin peligro, desde Qadisiya al templo de Dios en La Meca. Probablemente estés pensando que el poder está en manos de los no creyentes; sábete que no pasará mucho tiempo antes de que coloquemos nuestros estandartes en los blancos castillos de Babilonia."»[32]

El político Aadi creyó en la profecía y abrazó la fe.

33. Expedición contra Siria

Mahoma había conseguido, mediante conversiones o conquistas, convertirse en señor soberano de casi toda Arabia. Aquellas tribus dispersas, hasta entonces rivales entre sí pero incapaces de hacer nada contra el resto del mundo por su falta de unión, se habían convertido en una sola nación y, por lo tanto, estaban en condiciones de emprender conquistas en el exterior. El carácter profético de la autoridad de Mahoma le permitía tener un control absoluto de tan formidable poder surgido en el desierto. Había llegado el momento de ponerse en marcha para propagar la fe y extender el poder musulmán en tierras extrañas.

Sus numerosas victorias y el reciente incidente de Muta habían atraído finalmente la atención del emperador Heraclio, que decidió reunir un ejército en las fronteras de Arabia para aplastar a este nuevo enemigo. Mahoma prefirió adelantarse a sus hostilidades y llevar el estandarte de la fe hasta el mismo corazón de Siria.

Hasta entonces había realizado sus expediciones en secreto. Sólo confiaba sus planes e intenciones a los oficiales de mayor confianza. Pero la presente campaña era muy distinta de las breves incursiones depredadoras de los árabes y exigiría grandes preparativos. Había que reunir una fuerza sin precedentes, así como toda clase de provisiones para poder realizar largas marchas y soportar una ausencia prolongada. Por eso, manifestó abiertamente el objetivo y la naturaleza de la empresa.

No hubo demasiado entusiasmo entre sus seguidores. Muchos recordaban el desastre de Muta y temían entrar en conflicto con las disciplinadas tropas romanas. La época del año tampoco era muy propicia para una expedición prolongada y por tierras lejanas. Estaban en pleno verano; la tierra estaba quemada y los arroyos y manantiales, resecos. Por si fuera poco, se acercaba la cosecha de dátiles, y en esos días los hombres deberían estar en casa para recogerla, y no en el extranjero, dedicados a la rapiña.

Todas estas circunstancias supo aprovecharlas Abdallah Ibn Ubayy, el jazrachí, que seguía siendo enemigo encubierto de Mahoma y trataba por todos los medios de enfrentarse a sus planes. «¡Buena época —decía una y otra vez al pueblo— para emprender una marcha tan larga a pesar de la sequía y del calor del desierto! Mahoma se debe de creer que una guerra con los griegos es cosa de juego; hacedme caso: va a ser muy distinta de una guerra entre árabes. ¡Por Alá! Creo que ya os estoy viendo a todos encadenados.»

Con estas y semejantes críticas y afirmaciones, fue despertando los temores y susceptibilidades de los jazrachíes, sus partidarios, y haciendo aquella empresa cada vez más impopular. Mahoma, como siempre, recurrió a una revelación. «Los que se echan para atrás y no quieren consagrarse al servicio de Dios —decía un oportuno capítulo del Corán— presentan como excusa el calor del verano. ¡Decidles que el fuego del infierno es más caliente todavía! Pueden disfrutar de la seguridad del momento, pero en el futuro serán castigados a llorar sin cesar.»

Algunos de sus seguidores más fieles manifestaron su celo en aquel momento de vacilación. Umar, Al Abbás y Abd Al Rahmán ofrecieron grandes sumas de dinero; varias mujeres fieles donaron sus adornos y joyas. Utmán entregó mil —algunos dicen diez mil— dinares a Mahoma, y quedó absuelto de sus pecados, pasados, presentes o futuros. Abu Bakr entregó cuatro mil dracmas; Mahoma dudó en aceptar la oferta, pues sabía que era todo lo que tenía. «¿Qué te va a quedar a ti y a tu familia?» «Dios y su profeta», respondió.

Estos ejemplos produjeron gran impacto. No obstante, hubo de superar muchas dificultades para reunir un ejército de diez mil caballos y veinte mil soldados de a pie. Mahoma nombró a Alí gobernador de Medina durante su ausencia, y guardián de sus familias. Aceptó el encargo con gran resistencia, pues estaba acostumbrado a acompañar siempre al Profeta y a compartir sus peligros. Una vez finalizados todos los preparativos, Mahoma salió de Medina para emprender tan trascendental expedición. Parte de su ejército estaba formado por jazrachíes y confederados suyos, dirigidos por Abdallah Ibn Ubayy. Este, a quien Mahoma había denominado con toda justicia «jefe de los Hipócritas», acampó por la noche en un lugar separado con sus hombres, a cierta distancia de la retaguardia del ejército principal; cuando éste emprendió la marcha por la mañana, ellos se quedaron rezagados y volvieron a Medina. Abdallah fue a ver a Alí, cuyo dominio de la ciudad era intolerable para él y para sus seguidores, y trató de engañarle, diciéndole que Mahoma le había dejado al frente de Medina con la única intención de liberarse de un estorbo. Molesto por la insinuación, Alí salió apresuradamente en busca de Mahoma y le preguntó si era cierto lo que habían dicho Abdallah y los suyos.

«Estos hombres —respondió Mahona— son mentirosos. Son del grupo de los Hipócritas y Vacilantes, que sólo desean provocar una sedición en Medina. Te dejé en la ciudad para que los vigilaras y para que te ocuparas de nuestras familias. Quería que fueras para mí lo que Aarón fue para Moisés, con la diferencia de que tú no puedes ser, como el, un profeta, pues yo soy el último de los profetas.» Satisfecho con esta explicación, Alí volvió a Medina.

Muchos han deducido de las citadas palabras que Mahoma quería que Alí fuera su califa o sucesor, pues tal es la significación de la palabra árabe utilizada para designar la relación entre Aarón y Moisés.

Las tropas que habían continuado al lado de Mahoma comenzaron pronto a experimentar las dificultades de atravesar el desierto en tan sofocante estación. Muchos se volvieron al segundo día; otros, al tercero

o al cuarto. Cuando informaban al Profeta de las deserciones, éste se limitaba a decir: «Que se vayan. Si sirven de algo, Dios hará que vuelvan con nosotros; si no, nos deshacemos de estorbos.»

Mientras que algunos se desanimaban por las dificultades de la marcha, otros que se habían quedado en Medina se arrepentían de su falta de ánimo. Uno de ellos, llamado Abu Jaitama, entró a su jardín cuando daba el sol del mediodía y vio ante sí la comida y el agua fresca que sus dos esposas le habían preparado en un lugar agradable, a la sombra. «En este momento —exclamó— el Profeta de Dios está sufriendo los vientos y calores del desierto, y Jaitama no va ser capaz de sentarse aquí a la sombra, acompañado de sus dos bellas esposas.» Cogió inmediatamente su espada y su lanza y, montando en su camello, salió a toda prisa para incorporarse al ejército de defensores de la fe.

Mientras tanto el ejército, tras una pesada marcha de siete días, había entrado en el distrito montañoso de Hachar, habitado en la Antigüedad por los tamudíes, una de las tribus perdidas de Arabia. Era la región maldita, según la tradición ya mencionada. El ejército, que no conocía dicha tradición y estaba fatigado y sediento, contempló entusiasmado un arroyo que atravesaba un valle cubierto de hierba y frescas cavernas excavadas en las laderas de las colinas próximas, antiguas viviendas del pueblo castigado por el cielo. Se detuvieron ante el arroyo: unos se disponían a tomar un baño, otros comenzaron a guisar y a hacer pan, y todos se las prometían muy felices, pues aquella noche podrían dormir en las cuevas, protegidos del frío y del calor.

Mahoma, según su costumbre, iba en la retaguardia del ejército para ayudar a los débiles, y en algunas ocasiones llegaba a montar a su grupa a alguno de sus seguidores agotados por la marcha. Al llegar al lugar donde se habían detenido las tropas, recordó las tradiciones existentes sobre el lugar, que él había escuchado al pasar por allí en los días de su infancia. Temeroso de sufrir el castigo que amenazaba a toda la zona, ordenó a sus tropas que arrojaran la comida que habían preparado con el agua del arroyo, que dejaran el pan amasado con tal agua y que salieran inmediatamente de la zona maldita. Luego, se cubrió el rostro con los pliegues de su manto, espoleó a su mula y atravesó a toda marcha la región pecadora. El ejército le siguió como si estuvieran huyendo de un enemigo.

La noche siguiente fue de grandes sufrimientos; el ejército tuvo que acampar sin agua; el calor era intenso y soplaba un viento asfixiante del desierto; todo el campamento padecía una sed insoportable, como si pesara sobre ellos la maldición tamudí. Sin embargo, al día siguiente cayó abundante lluvia que sirvió para refrescar y dar nuevas fuerzas a hombres y animales. Se reanudó la marcha con nuevo entusiasmo y el ejército llegó, sin más complicaciones, a Tabuk, pequeña ciudad en los confines del Imperio Romano, a mitad de camino entre Medina y Damasco y a unos diez días de marcha de una y otra ciudad.

Mahoma montó allí el campamento, en las proximidades de una fuente y en medio de una zona de árboles y pastos. Las tradiciones árabes cuentan que la fuente estaba prácticamente seca, hasta el punto de



Las tropas de Mahoma dirigiéndose a luchar contra los infieles, según una miniatura persa.

que cuando llenaron un pequeño recipiente para el Profeta no quedaba ya ni una gota; después de aplacar su sed y de hacer sus abluciones, Mahoma arrojó de nuevo el agua sobrante a la fuente y entonces comenzó a salir un chorro de agua que permitió satisfacer las necesidades de la tropa y del ganado.

Desde allí, Mahoma envió a sus capitanes a proclamar y hacer aceptar la fe o a recaudar tributos. Algunos de los príncipes circundantes enviaron embajadas, bien para reconocer la divinidad de su misión o bien para someterse a su poder temporal. Uno de los enviados fue Yuhanna Ibn Ruba, príncipe de Ayla, ciudad cristiana próxima al mar Rojo. Es la ciudad de la que se cuenta que, en la Antigüedad, cuando sus habitantes eran judíos, los ancianos se convirtieron en cerdos y los jóvenes en monos por pescar en sábado, castigo recogido con todos los honores en el Corán.

El príncipe de Ayla hizo una alianza de paz con Mahoma, aceptando pagar un tributo anual de tres mil dinares o coronas de oro. La forma de la alianza se convirtió en precedente para los tratos con otros poderes.

Entre los príncipes árabes que profesaban la fe cristiana y se negaban a rendir homenaje a Mahoma, estaba Ukaidir Ibn Malik, de la tribu de Kinda. Residía en un castillo al pie de una montaña, en medio de sus posesiones. Jalid se presentó ante él con una tropa de caballería para obligarle a aceptar sus condiciones. Viendo que el castillo era demasiado fuerte para tomarlo al asalto, prefirió recurrir a una estratagema. Una noche de luna, mientras Ukaidir y su esposa tomaban el aire fresco en la terraza del castillo, vieron un animal pastando y supusieron que era

un asno salvaje de las montañas próximas. Ukaidir, que era un enamorado de la caza, pidió su caballo y su lanza y salió en persecución de la presa, acompañado de su hermano Hassán y de algunas otras personas. El asno salvaje resultó ser un cebo colocado por Jalid y sus hombres, que les esperaban emboscados. Cuando se acercaron los del castillo, se abalanzaron sobre ellos. Como llevaban armas ligeras, no pudieron ofrecer mucha resistencia. Hassan murió en el acto. Ukaidir cayó prisionero. El resto huyó a toda prisa al castillo, que se rindió poco después. El príncipe quedaría en libertad después de pagar un generoso rescate y reconocerse tributario de Mahoma.

Como trofeo de la victoria, Jalid envió a Mahoma el manto manchado con la sangre de Hassán. Era de seda y tenía ricos bordados en oro. Los musulmanes rodearon a Mahoma y examinaron la prenda con admiración. «¿Os produce admiración este manto? —dijo el profeta—. Juro, por aquel en cuyas manos está el alma de Mahoma, que el manto que en este momento lleva Saad, hijo de Maadi, en el paraíso es mucho más valioso.» El tal Saad era el juez que dictó sentencia de muerte contra setecientos judíos cautivos en Medina, al finalizar una campaña anterior.

Sus tropas habían podido descansar tras su instalación en Tabuk. Además, habían sometido la región próxima. Mahoma estaba impaciente por continuar con el objetivo de su campaña y seguir avanzando hasta el corazón de Siria. Pero sus seguidores no compartían el mismo ardor. La información sobre los inmensos cuerpos de tropas hostiles que se estaban formando en las fronteras sirias había desalentado al ejército. Mahoma observó el desánimo general, pero se resistía a abandonar la campaña. Convocó consejo de guerra y propuso el problema de si seguían hacia adelante o retrocedían. Umar replicó secamente: «Si tienes orden de Dios de continuar adelante, no te detengas.» «Si tuviera esa orden de Dios —comentó Mahoma—, no habría solicitado vuestra opinión.»

Umar encajó el reproche. Luego, con tono respetuoso, explicó los inconvenientes de avanzar frente a la fuerza abrumadora que, al parecer, se estaba preparando en la frontera siria; recordó también a Mahoma todo lo que había conseguido en aquella campaña. Había impedido el peligro de invasión de los ejércitos imperiales y había recibido el homenaje y la sumisión de varias tribus y pueblos, desde lo alto del mar Rojo al Eufrates: por tanto, le aconsejó que se diera por satisfecho con lo que había conseguido y que dejara la culminación de la empresa para una futura campaña.

Se aceptó su consejo: cuando Mahoma no estaba dominado por el nerviosismo o por una inspiración de lo alto, no tenía inconveniente en dejarse convencer en materias militares por sus consejeros. Así pues, después de estar unos veinte días en Tabuk, levantó el campamento y volvió con su ejército hacia Medina.

34. Regreso a Medina

Las entradas de Mahoma en Medina a la vuelta de sus triunfos militares se caracterizaban también por la sencillez y ausencia de espectacularidad que impregnaban todas sus acciones. Cuando se acercaba a la ciudad y los miembros de su familia salían a su encuentro acompañados de la multitud, él se detenía a saludarles y subía a su caballo a los niños pequeños. Así fue también como entró después de la campaña contra Tabuk.

La llegada de un ejército cargado de botín, obtenido en la expedición más remota emprendida hasta entonces por los soldados del Islam, fue un acontecimiento de demasiada trascendencia como para no ser recibido con aclamaciones triunfales por la comunidad. Sólo estaban abatidos los que se habían negado a marchar con el ejército o lo habían abandonado cuando ya estaba en marcha. Al principio se puso en entredicho a todos ellos: Mahoma prohibió a sus seguidores fieles que tuvieran relación con ellos. Pero, compadecido por su dolor o por sus excusas, fue perdonando poco a poco a la mayoría. Siete de los que seguían en entredicho, privados de todo contacto con sus conocidos y avergonzados con su afrenta en medio de una comunidad exultante de alegría, llegaron a tal estado de desesperación que se sujetaron con cadenas a las murallas de la mezquita y juraron que no se moverían de allí mientras no obtuvieran el perdón. Mahoma, por su parte, juró que los dejaría allí, a no ser que Dios le ordenara lo contrario. Afortunadamente para ellos, recibió la orden a través de un versículo revelado del Corán: pero, al liberarlos de los grilletes que ellos mismos se habían puesto, les exigió una tercera parte de sus posesiones, que serían gastadas en servicio de la fe.

Entre los que estaban todavía en entredicho se encontraban Kaab Ibn Malik, Murara Ibn Rabía e Hilal Ibn Omeya. Los tres habían figurado antes entre los musulmanes más celosos; su defección era, por tanto, diez veces más odiosa a los ojos del Profeta que la de sus compañeros, cuya fe siempre había sido tibia y vacilante. Por eso, con ellos se mostró implacable. Estuvieron cuarenta días en entredicho, lo cual suponía también que no podían tener contacto con sus esposas.

La exposición que el propio Kaab Ibn Malik hace de su situación mientras estuvieron excomulgados constituye una descripción gráfica del poder de Mahoma sobre los espíritus de sus seguidores. Kaab declaró que todos evitaban su trato o le ponían mala cara. Sus dos compañeros de desgracia no salían de sus casas. El, en cambio, iba de un

lugar a otro, pero nadie le hablaba. Se dirigió a la mezquita, se sentó junto al Profeta y le saludó, pero sin obtener respuesta. El día cuarenta y uno llegó la orden de que debía alejarse de su esposa. Entonces abandonó la ciudad y colocó una tienda en la colina de Safa, decidido a sufrir con todo rigor el castigo impuesto. No obstante, su corazón comenzaba a desfallecer; parecía que el mundo se le estaba quedando demasiado pequeño. El día cincuenta y uno llegó un mensajero que le ofreció la esperanza del perdón. Volvió rápidamente a Medina y buscó al Profeta en la mezquita. Le recibió con rostro radiante y le dijo que Dios le había perdonado. El alma de Kaab experimentó tal alegría y quedó tan agradecido, que ofreció parte de su riqueza como reparación por su error.

Poco después de la vuelta del ejército a Medina, cayó enfermo Abdallah Ibn Ubayy, el jazrachí, «el jefe de los Hipócritas». Se había perdido toda esperanza de salvarle la vida. Aunque Mahoma conocía perfectamente la perfidia de aquel hombre, le visitó varias veces durante su enfermedad, estuvo presente en su agonía y acompañó su cuerpo hasta la tumba. Allí, ante la insistencia del hijo del fallecido, pidió a Dios que le perdonara sus pecados.

Umar se presentó ante Mahoma para reprocharle sus plegarias en favor de un hipócrita. Le recordó que Abdallah le había difamado en muchas ocasiones. Mahoma le respondió con un texto del Corán: «Podéis rezar por los "hipócritas" o no, como queráis; pero aunque recéis setenta veces, no conseguiréis su perdón.»

Asi pues, las oraciones realizadas ante el sepulcro de Abdallah tenían una finalidad pragmática, la de ganarse las simpatías de los jazrachíes y de los poderosos amigos del difunto; y en este sentido fueron eficaces, pues la mayoría de los partidarios del fallecido se puso al lado del Profeta, cuyo poder en Medina ya nadie discutió. Luego comunicó otra revelación, que le prohibía rezar en el lecho de muerte o acudir al sepulcro de cualquier persona que muriera en la incredulidad.

Pero aunque Mahoma tenía gran poder sobre sus discípulos y sobre la comunidad en general, tuvo muchas dificultades para gobernar a sus esposas y mantener la tranquilidad en su harén. Debió de actuar con bastante equidad en los problemas conyugales: asignó a cada una de sus esposas una vivienda independiente, en la que podía actuar con total autonomía, y pasaba veinticuatro horas con cada una de ellas por turno. En una ocasión en que estaba en casa de Hafsa, ésta salió para visitar a su padre. Volvió antes de lo previsto y sorprendió al Profeta con su esclava favorita, Mariya, la madre de su hijo Ibrahim. Hafsa comenzó a dar gritos estentóreos. Mahoma trató de calmarla, pues temía que sus protestas pudieran incitar a la rebelión a todo su harén; pero sólo logró calmarla jurándole que no volvería a cohabitar con Mariya. Entonces ella prometió olvidar el incidente y guardarlo en secreto.

Pero no cumplió su promesa y reveló a Aixa la infidelidad del Profeta; poco después todo el harén estaba informado. Sus esposas formaron un frente común y le abrumaron con sus reproches hasta que, agotada su paciencia, repudió a Hafsa y renunció a toda relación con el resto. Durante un mes estuvo durmiendo sobre una esterilla en una habitación independiente; pero, por fin, Alá se compadeció de su soledad y le envió el primero y el sexto capítulos del Corán, absolviéndole del juramento hecho sobre Mariya, que a partir de entonces le acompañó en su soledad.

Las recalcitrantes esposas comprendieron entonces su error y, en la misma revelación, se les comunicó que las prohibiciones impuestas a los demás hombres no obligaban al Profeta. Al final, volvió a admitir a Hafsa, que estaba arrepentida, y se reconcilió con Aixa, a la que amaba tiernamente, y con el tiempo todas fueron recuperando su favor; pero siguió amando a Mariya, pues era mujer de gran belleza y la madre de su único hijo varón.

35. Revelación contra los idólatras

El mes sagrado de la peregrinación estaba próximo, pero Mahoma se encontraba demasiado agobiado por los problemas públicos y familiares para ausentarse de Medina: así pues, delegó en Abu Bakr el cargo de emir o jefe de los peregrinos que debían dirigirse desde Medina a la ciudad santa. Abu Bakr partió al frente de trescientos peregrinos, con veinte camellos para los sacrificios.

Poco después, Mahoma llamó a su yerno y abnegado discípulo Alí, le hizo montar en *Al Adbá*, su camello más veloz, y le ordenó que se dirigiera a toda prisa a La Meca, para proclamar allí, ante la multitud de peregrinos procedentes de todas partes, un importante sura, o capítulo del Corán, que acababa de recibir del cielo.



Alí cumplió su misión con el celo y fidelidad de siempre. Llegó a la ciudad santa cuando la fiesta religiosa estaba en todo su apogeo. El día del sacrificio, cuando se completaron las ceremonias de la peregrinación con el sacrificio de las víctimas en el valle de Mina, y cuando Abu Bakr hubo predicado e instruido al pueblo en las doctrinas y ritos del Islam, Alí se puso en pie ante la inmensa multitud congregada en la colina de Al Aqaba y se presentó como mensajero del Profeta, encargado de transmitir una importante revelación. Entonces leyó el citado capítulo del Corán, en el que se exponía con todo rigor lo que era la religión de la espada. Se declaraba a Mahoma libre de todo trato o pacto con los idólatras y otros incrédulos, si éstos habían ayudado a sus enemigos o habían violado de alguna manera sus compromisos. Concedía a los incrédulos cuatro meses de plazo a partir de aquella proclamación; durante aquel tiempo podrían «ir de un lugar a otro sin peligro», pero al acabar el plazo ya no encontrarían compasión; se declararía la guerra en todas sus formas, en todo momento y lugar, recurriendo a la fuerza o a las estratagemas contra los que se negaran a aceptar la verdadera fe: no les quedaría otra alternativa que convertirse o pagar un tributo. No encontrarían ya protección ni en los meses ni en los lugares sagrados. «Cuando pasen los meses en que os está prohibido atacarles —decía la revelación—, matad a los idólatras allá donde los encontréis, o hacedlos prisioneros; asediadlos o acechadlos.» No valdrían ya los vínculos de sangre o amistad; los fieles deberían romper con sus familiares y amigos más íntimos si se mantenían en la idolatría. Una vez concluido el año en curso, ningún incrédulo podría traspasar los límites sagrados de La Meca ni entrar en el templo de Alá —prohibición que se mantiene hasta nuestros días.

Al parecer, este severo capítulo del Corán lo provocó, en gran medida, el comportamiento de algunos de los judíos y árabes idólatras con los que Mahoma había hecho alianzas, pero que éstos no habían respetado, llegando incluso a atentar contra su vida. No obstante, demuestra la nueva confianza que le daban la muerte de su tenaz y poderoso enemigo, Abdallah Ibn Ubayy, y la rápida conversión o sometimiento de las tribus árabes. De hecho, era un paso decisivo hacia el triunfo exclusivo de su fe.

Cuando Abu Bakr y Alí regresaron de La Meca, el primero expresó su sorpresa y desilusión por no haber sido el encargado de proclamar tan importante revelación, pues parecía estar relacionada con su reciente misión, pero se tranquilizó al saber que las nuevas revelaciones debían ser proclamadas por el Profeta o por alguien de su familia.

◀ *Miniatura perteneciente a un manuscrito de al-Hariri, conservado en la Biblioteca Nacional de París, que representa la peregrinación a La Meca, una de las cinco obligaciones impuestas a los creyentes musulmanes; en realidad este ritual ya se realizaba en la Arabia preislámica.*

36. Peregrinación de despedida

La promulgación del citado capítulo del Corán, con la consiguiente proclamación de la guerra de exterminio contra todos los que se negaran a creer o someterse, provocó numerosas conversiones y declaraciones de sumisión. Al terminar el mes, y al comienzo del décimo año de la Hégira, las puertas de Medina estaban abarrotadas de mensajeros de tribus y príncipes de regiones remotas. Entre los que se sometieron al poder temporal del Profeta estaba Farwa, lugarteniente de Heraclio en Siria y gobernador de Amón, la antigua capital de los ammonitas. Pero el emperador desautorizó su decisión y castigó a su lugarteniente con la cárcel.

Mahoma pensaba y actuaba cada vez más como soberano, pero sus proyectos más grandiosos de conquista llevaban siempre la impronta de su celo apostólico. Envió a sus capitanes a lugares más alejados que en casos anteriores, pero siempre lo hacía con el objetivo de destruir los ídolos y de someter a las tribus idólatras, de manera que su poder temporal se extendía como consecuencia de la propagación de su fe. Nombró dos lugartenientes para que gobernaran en su nombre en Arabia Feliz, pero parte de aquella región, tan rica e importante, ofreció resistencia. Entonces ordenó a Alí que se dirigiera hasta allí al frente de trescientos jinetes e hiciera entrar en razón a sus habitantes.

El joven discípulo expresó sus comprensibles temores a emprender una misión en que tendría que tratar con hombres mucho mayores y más sabios que él; pero Mahoma le colocó una mano en los labios y la otra en el pecho y, levantando los ojos al cielo, exclamó: «¡Oh Alá!, desata su lengua y guía su corazón.» Le dio una norma para cuando tuviera que actuar como juez: «Cuando acudan a ti dos partes rivales, nunca te pronuncies en favor de una de ellas hasta haber escuchado a la otra.» Luego le entregó el estandarte de la fe, le colocó el turbante en la cabeza y le despidió.

Cuando el misionero y militar llegó a la región herética del Yemen, sus hombres, cediendo a sus ancestrales raíces árabes, comenzaron a saquear, asolar y destruir. Alí refrenó sus excesos, hizo llamar a los habitantes y comenzó a exponerles las doctrinas del Islam. A pesar de la reciente consagración del Profeta, no consiguió convencerlos. Es más, le contestaron con una nube de flechas y dardos. Entonces optó por el viejo argumento de la espada, que utilizó con tal eficacia que en poco tiempo veinte de los infieles yacían en el suelo y el resto proclamaba su conversión: Luego realizó varias hazañas semejantes y, finalmente, envió mensajeros al Profeta para comunicarle el nuevo triunfo de la fe.

Mientras Mahoma exultaba de júbilo con las noticias de los éxitos conseguidos en todas partes, recibió uno de los golpes más fuertes de toda su vida, una noticia que le destrozó el corazón. Ibrahim, el hijo tenido de su concubina favorita, Mariya, niño de sólo quince meses de edad, su único descendiente varón, en quien había depositado su esperanza de transmitir su nombre a la posteridad, cayó víctima de una enfermedad grave y falleció poco después en presencia de su padre. Mahoma no pudo controlar los sentimientos paternos mientras contemplaba con el ánimo destrozado aquella esperanza marchita. Sin embargo, incluso en un momento tan difícil demostró que la sumisión a la voluntad de Dios constituía el cimiento de su fe. «Mi corazón está triste —murmuró— y mis ojos se llenan de lágrimas al despedirme de ti, hijo mío. Pero todavía mayor sería mi pena si no supiera que pronto seguiré tu mismo camino, pues somos de Dios, de él venimos y a él hemos de volver.»

Abd Al Rahmán, viéndole llorar, le preguntó: «¿No nos has prohibido a nosotros llorar por los muertos?» «No —replicó el profeta—. Os he prohibido lanzar gritos y alaridos, daros golpes en el rostro y rasgar vuestras vestiduras; todas ellas son acciones recomendadas por el maligno; pero las lágrimas derramadas ante una desgracia son como un bálsamo para el corazón.»

Acompañó a su hijo al sepulcro, donde, a pesar de los dolores de la separación, dio otra prueba de que los principios de su religión estaban siempre presentes en su espíritu. «¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó, mientras bajaban el cuerpo a la tumba—. ¡Di que Dios es mi Señor! ¡El profeta de Dios fue mi padre y el Islamismo es mi fe!» Con ello quería preparar a su hijo para el interrogatorio a que le someterían los ángeles sobre sus creencias religiosas y que, según el credo musulmán, tenía lugar mientras el fallecido estaba en el sepulcro.[33]

En aquellas fechas se produjo un eclipse de sol y algunos de sus seguidores lo interpretaron como una señal celestial de duelo por la muerte de Ibrahim, pero el desconsolado padre rechazó la lisonja. «El Sol y la Luna —dijo— forman parte de las maravillas de Dios, a través de las cuales él comunica a veces algo a sus siervos; pero su eclipse no tiene nada que ver con el nacimiento ni con la muerte de ningún ser mortal.»

La muerte de Ibrahim fue un golpe que precipitó el final de sus propios días. Su constitución estaba ya castigada por los extraordinarios paroxismos de su espíritu y por los padecimientos físicos a que había estado sometido; además, el veneno que le habían administrado en Jaibar le había debilitado, le hacía padecer dolores insoportables y le había hecho envejecer prematuramente. Su celo religioso comprendió lo que podía significar el desarrollo de sus males corporales y decidió consumir las fuerzas que le quedaban en una última peregrinación a La Meca, con la intención de presentar un modelo para todos sus futuros seguidores.

La proclamación de su piadosa intención atrajo a devotos de todos los rincones de Arabia, deseosos de seguir al Profeta-peregrino. Las calles de Medina se llenaron con miembros de las diversas tribus origina-

rias de las ciudades, o de las fortalezas de las montañas, o de las partes más alejadas del desierto. Los valles que rodeaban la ciudad aparecieron cubiertos de tiendas. Era una demostración sorprendente del triunfo de la fe: aquellas tribus guerreras, bárbaras y hasta entonces enfrentadas se reunían con espíritu de hermandad, e inspiradas por un mismo sentimiento de fervor religioso.

Mahoma fue en compañía de sus nueve esposas, transportadas en literas. Salió al frente de una inmensa caravana de peregrinos. Algunos hablan de cincuenta y cinco mil, otros de noventa mil y otros de ciento catorce mil peregrinos. Había también gran número de camellos, engalanados con guirnaldas de flores y serpentinas, destinados a ser ofrecidos en sacrificio.

La primera noche se detuvieron a pocos kilómetros de Medina, en la aldea de Dul Hulaifa, donde, en fechas anteriores, él y sus seguidores habían dejado sus armas para vestirse de peregrinos. A la mañana siguiente, temprano, después de rezar en la mezquita, montó en su camello *Al Qaswá* y, al entrar en la llanura de Baidá, entonó la oración o invocación llamada en árabe «Talbiya», y pronto se le sumaron todos sus seguidores. El contenido de esta invocación es el siguiente: «Aquí estoy a tu servicio, ¡oh, Señor! ¡Aquí me tienes a tu servicio! Tú no tienes igual. Tú eres el único objeto de culto. De ti viene todo bien. Tuyo sólo es el reino. No hay nadie que pueda compartirlo contigo.»

Esta oración, según la tradición musulmana, salió de los labios del patriarca Abrahán cuando, desde lo alto de la colina de Qubais, junto a La Meca, predicó la verdadera fe a todo el género humano, y tan prodigiosa fue la fuerza de su voz, que fue oída por todos los seres vivos del mundo, hasta el punto de que todos los niños respondieron desde el seno de sus madres: «¡Aquí me tienes a tu servicio, Oh Dios!»

Los peregrinos prosiguieron su marcha, por sinuosos e interminables caminos, atravesando montañas y valles y haciendo resonar el desierto con sus oraciones y exclamaciones comunitarias. Ya no había ejércitos hostiles que pudieran estorbarles el paso ni hacerles regresar, pues para entonces la fe islámica se había impuesto por toda Arabia. Mahoma se aproximó a la ciudad santa atravesando las mismas alturas por las que había pasado cuando la tomó, y entró por la puerta Beni Xaiba, que todavía lleva el nombre de «La Santa».

Poco después de su llegada, se le unió Alí, que había regresado a toda prisa desde el Yemen y había traído con él numerosos camellos para el sacrificio. Como aquella peregrinación debía ser el modelo para las futuras generaciones, Mahoma observó rigurosamente todos los ritos que él había mantenido de acuerdo con la costumbre de los patriarcas o que él mismo había introducido siguiendo las indicaciones de la revelación. Como estaba demasiado débil para caminar, se montó en el camello y de esa manera realizó las vueltas a la Kaaba y las marchas de ida y vuelta entre las colinas de Safa y Marwa.

Cuando llegó el momento de ofrecer los camellos en sacrificio, él mató sesenta y tres con su propia mano, uno por cada año de edad, y Alí mató, al mismo tiempo, otros treinta y siete.

Entonces Mahoma se afeitó la cabeza, comenzando por el lado derecho y terminando por el izquierdo. Los mechones se distribuyeron equitativamente entre sus discípulos, que los guardaron como reliquias sagradas. Jalid llevó desde entonces uno en su turbante, y afirmaba que le daba una fuerza sobrenatural en la batalla.

Consciente de que estaba llegando a su fin, Mahoma trató, durante su última estancia en la ciudad santa de su fe, de grabar firmemente sus doctrinas en las mentes y en los corazones de sus seguidores. Con este fin, predicó muchas veces en la Kaaba desde el púlpito, o al aire libre subido a su camello. «Escuchad mis palabras —decía— pues no sé si después de este año volveremos a encontrarnos aquí. Mis queridos oyentes, yo no soy más que un hombre como vosotros; el ángel de la muerte puede presentarse en cualquier momento y yo debo acudir a su llamada.»

Trató de inculcar no simplemente doctrinas y ceremonias religiosas, sino también normas de conducta para todas las circunstancias de la vida, tanto pública como familiar. Los preceptos formulados en aquella ocasión han tenido una amplia y duradera influencia en la moral, en los modales y en los hábitos de todo el mundo musulmán.

Sin duda, fue esta convicción de que llegaba su fin y la preocupación por el bienestar de sus familiares y amigos después de su muerte —en especial de su favorito Alí, quien había provocado descontentos en su reciente campaña al Yemen— lo que le llevó a dirigirse a sus oyentes con estas solemnes palabras:

«¿Vosotros creéis que no hay más que un Dios; que Mahoma es su profeta y apóstol; que hay un paraíso y un infierno; que existe la muerte y la resurrección; y que hay un momento previsto en que los que suben del sepulcro deben someterse a juicio?»

Todos respondieron:

«Creemos esas verdades.»

Luego les pidió solemnemente, en virtud de los dogmas de su fe, que demostraran en todo momento amor y reverencia hacia su familia, y en especial hacia Alí.

«Si alguien me ama —dijo—, que reciba a Alí como amigo suyo. Que Dios ayude a los que sean sus amigos y castigue a sus enemigos.»

Fue al concluir uno de sus discursos al aire libre, desde lo alto de su camello, cuando descendió desde el cielo, en voz de la misma divinidad, el famoso versículo del Corán: «Malditos sean los que han renegado de vuestra religión. No les temáis; temedme a mí. Hoy he perfeccionado vuestra religión y realizado en vosotros mi gracia. Es mi deseo que vuestra fe sea el Islamismo.»

Al oír estas palabras —dicen los historiadores árabes—, el camello *Al Qaswá*, en que estaba sentado el Profeta, se puso de rodillas en señal de adoración. Estas palabras —siguen diciendo— fueron el sello y la conclusión de la ley, pues ya no hubo más revelaciones.

Tras haber realizado todos los ritos y ceremonias de la peregrinación y haber expuesto a fondo su fe, Mahoma se despidió de su ciudad natal y regresó a Medina al frente de su ejército de peregrinos.

Cuando llegó a las proximidades de Medina, levantó la voz y exclamó:

«¡Dios es grande! ¡Dios es grande! No hay más que un solo Dios; no tiene igual. Suyo es el reino. Sólo a él debemos alabar. Es todopoderoso. Ha cumplido su promesa. Ha defendido a su siervo y ha dispersado a sus enemigos. ¡Volvamos a nuestras casas para adorarle y alabarle!»

Así terminó lo que se ha conocido con el nombre de «peregrinación de despedida», pues fue la última realizada por el Profeta.

37. Al Aswad y Musailima, dos falsos profetas

La salud de Mahoma se fue deteriorando a su regreso a Medina; sin embargo, su celo por ampliar su imperio religioso se mantenía intacto y comenzó los preparativos, a gran escala, para la invasión de Siria y Palestina. Mientras pensaba en estas conquistas exteriores, surgieron dos profetas rivales interesados en acabar con el control de Mahoma sobre Arabia. Uno se llamaba Al Aswad, el otro, Musailima; recibieron de los creyentes la merecida apelación de «los dos mentirosos».

Al Aswad, hombre de ingenio agudo y palabra elocuente, era originariamente un idólatra convertido luego al islamismo, del que apostató para declararse profeta y crear su propia religión. Su volubilidad en materia religiosa le mereció el apelativo de «Aihala», o «la veleta». A imitación de Mahoma, decía que recibía revelaciones del cielo por mediación de dos ángeles. Experto en juegos de magia y en malabarismo, asombraba y confundía a la multitud con ilusiones sorprendentes, que él calificaba de milagros. Es más, algunos escritores musulmanes creen que contaba con la ayuda de dos demonios o genios malignos. Sus planes se vieron temporalmente coronados por el éxito, lo que demuestra la indecisión de los árabes de entonces en materia de religión y lo poco que les costaba aceptar una nueva fe. Badam, el persa que Mahoma había mantenido como virrey de Arabia Feliz, murió aquel mismo año; entonces Al Aswad, al frente de un grupo numeroso de seguidores, asesinó a su hijo y sucesor, se casó con la viuda —después de acabar con el padre de ésta— y se hizo con las riendas del gobierno. Los habitantes de Nachrán le invitaron a su ciudad. También se le abrieron de par en par las puertas de Sanaa, capital del Yemen. El resultado fue que, en poco tiempo, toda Arabia Feliz había quedado bajo su control.

La noticia de esta usurpación llegó a Mahoma cuando sufría los primeros ataques de una enfermedad peligrosa y cuando estaba absorto en los preparativos para la invasión de Siria. Molesto por aquella interrupción de sus planes y pensando que todo el peligro y todas las dificultades dependían de la vida de un individuo, dio órdenes a algunos de sus seguidores que tenían contacto con Al Aswad de que se deshicieran de él, abiertamente o mediante alguna estratagema, pues ambos caminos eran justificables contra los enemigos de la fe, según la reciente revelación promulgada por Alí. Se encargaron de la tarea dos personas, más movidas por deseo de venganza que por motivos religiosos. Uno de ellos, llamado Rais, había recibido una grave afrenta del usurpador; el otro, llamado Fairuz el Dailamí, era primo de la nueva esposa de Al

Aswad y sobrino del padre asesinado. Se pusieron en contacto con la mujer, cuyo matrimonio con el usurpador debió de serle impuesto por la fuerza, y le recordaron su deber, según la ley árabe de la sangre, de vengar las muertes de su padre y de su anterior esposo. Con gran dificultad la convencieron de que les facilitara el acceso hasta el dormitorio de Al Aswad, que estaba dormido. Fairuz le clavó un puñal en la garganta. El golpe no fue decisivo. Al Aswad se despertó y con sus gritos atrajo a la guardia. Pero su esposa se adelantó a tranquilizar a los soldados. «El profeta —dijo— está bajo la influencia de la inspiración divina.» Para entonces habían cesado los gritos, pues los asesinos habían decapitado a su víctima. Cuando amaneció, el estandarte de Mahoma ondeaba una vez más sobre las murallas de la ciudad, y un heraldo proclamó, haciendo sonar una trompeta, la muerte de Al Aswad, llamado también «el mentiroso» y «el impostor». Su carrera comenzó y terminó en menos de cuatro meses. La población volvió a dar muestras de lo poco que le costaba cambiar de fe y abrazó de nuevo el islamismo con la misma facilidad con que lo había abandonado.

Musailima, el otro impostor, era árabe, de la tribu de Hanifa, y gobernaba en la ciudad y provincia de Yamama, situada entre el mar Rojo y el golfo Pérsico. En el noveno año de la Hégira se presentó en La Meca al frente de una delegación de su tribu e hizo profesión de fe en manos del Profeta; pero, al regresar a su propio país, proclamó que Dios le había dado también a él los dones de la profecía y le había designado como ayudante de Mahoma para convertir al género humano. Escribió también un Corán, que luego divulgó como verdad inspirada. Su credo tenía como rasgo peculiar el atribuir al alma un lugar de residencia algo humillante: la región del abdomen.

Como era hombre de influencia y buena presencia, obtuvo en seguida numerosas conversiones entre sus crédulos compatriotas. Animado por el éxito, dirigió una carta a Mahoma que comenzaba con los siguientes términos:

«De Musailima, el profeta de Alá, a Mahoma, el profeta de Alá. Ha llegado el momento de repartir el mundo en dos mitades, una para ti y otra para mí.»

La carta llegó también a Mahoma en un momento en que estaba agobiado por sus achaques y por los preparativos militares. Se limitó a enviarle la siguiente respuesta: «De Mahoma, el profeta de Dios, a Musailima, el mentiroso. La tierra es del Señor y él la entrega a sus siervos que encuentran favor a sus ojos. Felices los que viven en el temor del Señor.»

Ante la urgencia de los asuntos que tenía entre manos, dejó de lado el problema de Musailima. Su castigo podía esperar.

38. Muerte del Profeta

A comienzos del undécimo año de la Hégira, tras grandes preparativos, el ejército estaba ya dispuesto a emprender la invasión de Siria. Quizá tengamos una prueba del deterioro de las facultades mentales de Mahoma en el hecho de que confiara el mando de tal ejército y para semejante expedición a Usama, joven de sólo veinte años de edad, en vez de a alguno de sus veteranos y experimentados generales. Debió de ser una decisión basada en el favoritismo tomada más con el corazón que con la cabeza. Usama era hijo de Zaid, el fiel liberto de Mahoma que había dado al Profeta una prueba tan increíble de fidelidad al entregarle a su bella esposa Zainab. Zaid había sido hasta el último momento el discípulo fiel y sacrificado de siempre y había muerto valientemente combatiendo en defensa de la fe en la batalla de Muta.

Mahoma era consciente de los riesgos de la elección que había hecho y temía que las tropas se insubordinaran frente a un jefe tan joven. Por eso, en una revista general, les aconsejó la obediencia, recordándoles que el padre de Usama, Zaid, había dirigido una expedición de idénticas características y contra el mismo objetivo, pero había fallecido a manos del enemigo; como homenaje a su memoria, era justo brindar a su hijo la oportunidad de vengar su muerte. Luego, colocando el estandarte en manos del joven general, le ordenó que luchara con valentía en defensa de la fe contra todos los que negaran la unidad de Dios. El ejército emprendió la marcha aquel mismo día y acampó en Churf, a pocos kilómetros de Medina; pero ocurrieron imprevistos que impidieron su avance.

Aquella misma noche Mahoma tuvo un grave ataque de la enfermedad que le venía aquejando desde hacía algún tiempo y que algunos atribuían a los efectos del veneno que le habían dado en Jaibar. Comenzó con un fuerte dolor de cabeza, acompañado de vértigo y del delirio que debió de sufrir en todas las crisis de su enfermedad. Se despertó a media noche con una pesadilla y llamó a un esclavo para que le acompañara, diciendo que los muertos enterrados en el cementerio público de Medina le llamaban para que fuera a rezar por ellos. Seguido del esclavo, atravesó la oscura y silenciosa ciudad hasta llegar al enorme cementerio, fuera de las murallas.

Cuando llegó al centro del mismo, levantó la voz y se dirigió solemnemente a sus habitantes. «¡Alegraos, los que habitáis en el sepulcro! —exclamó—. Más pacífica es la mañana en que os despertaréis de la que espera a los vivos. Vuestra situación es más feliz que la suya. Dios os ha liberado de las tormentas que a ellos amenazan y que se se-

guirán en cadena como las horas de una noche de tormenta, cada una más oscura que la que le precedió.»

Después de rezar por los muertos, se volvió a su esclavo y le dijo: «Se me ha dado la posibilidad de elegir entre permanecer en este mundo hasta el final de los tiempos, disfrutando de todos sus placeres, o volver antes a la presencia de Dios; he elegido esto último.»

A partir de entonces su enfermedad se agravó con rapidez, aunque él intentaba llevar la misma vida de siempre y cambiaba de residencia todos los días, para estar con sus distintas esposas, según era su costumbre. Estaba en casa de Maimuna cuando se puso tan grave que comprendió que había llegado su última hora. Su corazón deseaba estar con su esposa favorita, Aixa, y pasar con ella lo poco que le quedaba de vida. Con la cabeza vendada y con Alí y Fadl ayudándole a mantenerse en pie, se dirigió a casa de Aixa. Esta se encontraba también en la cama con un terrible dolor de cabeza y le pidió un remedio.

«¿Por qué un remedio? —dijo él—. Mejor sería que murieses antes que yo. Así podría cerrarte los ojos, vestir tu cuerpo para el funeral, depositarte en la tumba y rezar por ti.»

«Sí —respondió ella—, y luego volverías a mi casa y vivirías con una de tus otras esposas, que se vería beneficiada por mi muerte.»

Mahoma sonrió ante aquella manifestación de amor y celos y se dejó cuidar por ella. La única hija que le quedaba, Fátima, la esposa de Alí, fue en seguida a verle. Aixa solía decir que aquella hija era la única que se podía parecer al Profeta por su bondad de carácter. Mahoma la trataba siempre con cariño y respeto. Cuando llegaba ante él, éste solía levantarse, dirigirse hacia ella, cogerle la mano y besársela, y sentarla a su lado. El encuentro que tuvo lugar en esta ocasión concreta lo relata Aixa en las tradiciones conservadas por Abulfeda.

«"Bienvenida, hija mía", dijo el Profeta y le indicó que se sentara a su lado. Luego le susurró algo al oído y ella comenzó a llorar. Al ver su aflicción, él volvió a decirle algo al oído y el rostro de su hija se iluminó de alegría. "¿Qué significa ésto?", pregunté a Fátima. "El profeta te honra con una señal de confianza nunca hecha a ninguna de sus esposas." "No puedo descubrir el secreto del profeta de Dios", respondió Fátima. Sin embargo, después de su muerte declaró que en sus primeras palabras el Profeta le había dicho que su muerte era inminente; pero, al verla llorar, la consoló diciendo que ella no tardaría en seguirle y convertirse en princesa del cielo, entre las fieles de su sexo.»

En el segundo día de su enfermedad, Mahoma tuvo que soportar una fiebre abrasadora y ordenó que le echaran agua por la cabeza y por el cuerpo, exclamando entre paroxismos: «Ahora noto cómo el veneno de Jaibar me roe las entrañas.»

En un momento en que pareció sentirse más aliviado, le ayudaron a ir a la mezquita, que estaba próxima a su vivienda. Allí, sentado en su silla, o púlpito, rezó con devoción; luego, dirigiéndose a los fieles presentes, que eran muchos, les dijo: «Si alguno de vosotros tiene algo que le pese sobre la conciencia, que lo diga públicamente, para que yo pueda pedir perdón a Dios en su nombre.»

Entonces un hombre, que se había hecho pasar por musulmán fervoroso, dio un paso adelante y declaró que era un hipócrita, un mentiroso y un mal discípulo. Umar le increpó diciendo: «¿Por qué manifiestas lo que Dios ha permitido que siga oculto?» Pero Mahoma se volvió enojado hacia Umar. «¡Oh, hijo de Jattab! —le dijo—. Mejor es sonrojarse en este mundo que sufrir en el más allá.» Entonces levantó los ojos al cielo e intercedió por el pecador: «¡Oh Dios!, dale rectitud de fe y acaba con todas sus debilidades para que pueda cumplir tus mandamientos tal como le indique su conciencia.»

De nuevo volvió a dirigirse a los fieles: «Si hay aquí alguien a quien yo haya golpeado, aquí tiene mi espalda, que me golpee en justo castigo. Si hay aquí alguien a quien haya calumniado, que aproveche esta ocasión para echármelo en cara. Si hay aquí alguien a quien haya quitado algo injustamente, que se acerque a mí y le compensaré.»

Entonces, un hombre de la multitud recordó a Mahoma que tenía con él una deuda de tres dinares de plata, y en el momento recuperó la deuda con intereses.

«Mucho más fácil es —dijo el Profeta— soportar el castigo en este mundo que por toda la eternidad.»

Luego rezó ardientemente por los fieles que habían caído a su lado en la batalla de Uhud y por los que habían sufrido por defender la fe en otras batallas e intercedió por ellos, en virtud del pacto que existe entre los vivos y los muertos.

Luego se dirigió a los muhachiríes o exiliados, que le habían acompañado desde La Meca, y les exhortó a que respetaran a los ansaríes o aliados de Medina. «El número de creyentes —dijo— aumentará, pero no el de aliados. Fueron mi familia y entre ellos encontré un hogar. Sed buenos con los que sean buenos con ellos, y romped vuestra amistad con los que les sean hostiles.»

Luego dio tres mandamientos de despedida:

Primero. Expulsar de Arabia a todos los idólatras.

Segundo. Conceder a todos los prosélitos los mismos derechos que tenían ellos.

Tercero. Dedicarse sin cesar a la oración.

Una vez concluido su sermón y su exhortación, le llevaron con todo cuidado a casa de Aixa, pero al llegar estaba tan agotado que perdió el conocimiento.

Sus males se agravaban, y de vez en cuando sufría delirios. Decía que recibía visitas del ángel Gabriel, enviado por Dios para informarse de su estado de salud; y que le había dicho que era él mismo quien podía fijar el momento de su muerte, pues Alá había prohibido al ángel de la muerte que entrara en su presencia sin su autorización.

En uno de los paroxismos pidió material para escribir, pues quería dejar algunas normas de conducta para sus seguidores. Sus criados no sabían qué hacer, pues temían que pudiera hacer algo que fuera en contra de la autoridad del Corán. Al oír que discutían entre ellos si debían acceder a su petición, les ordenó que salieran de la habitación, y cuando regresaron no volvió a hablar más del asunto.

El viernes, día de la asamblea religiosa, se dispuso, a pesar de su enfermedad, a oficiar en la mezquita, y ordenó que le volvieran a echar agua para refrescarse y adquirir fuerza; pero al hacer el esfuerzo para marcharse, cayó desmayado. Cuando recuperó la conciencia, pidió a Abu Bakr que se encargara de presidir las oraciones públicas, comentando: «Alá ha dado a su siervo derecho para nombrar a quienes puedan ocupar su lugar.» Luego, hubo algunos que dijeron que con ello quería designar a su viejo amigo y seguidor como sucesor en el cargo; pero Abu Bakr no se atrevió a tomar las palabras al pie de la letra.

Mahoma se enteró en seguida de la conmoción producida por la aparición de Abu Bakr en el púlpito; había llegado a circular el rumor de que el Profeta había muerto. Sacando fuerzas de flaqueza y apoyándose en los hombros de Alí y Al Abbás, consiguió llegar hasta la mezquita, donde su aparición llenó de alegría a todos los fieles allí congregados. Abu Bakr dejó de rezar, pero Mahoma le pidió que prosiguiera, se sentó detrás de él en el púlpito y fue repitiendo sus oraciones. Luego se dirigió a la asamblea: «He oído que el rumor de la muerte de vuestro profeta os ha hundido en la consternación; pero, ¿acaso alguno de los profetas anteriores a mí ha vivido eternamente? Entonces, ¿por qué creéis que yo no voy a abandonaros nunca? Todo ocurre conforme a la voluntad de Dios y en el momento previsto, que nadie puede adelantar ni retrasar. Vuelvo al que me envió; mi último mandato es que permanezcáis unidos; que os améis, respetéis y defendáis mutuamente, que os exhortéis a permanecer en la fe y en la práctica de las buenas obras; sólo éstas constituyen la prosperidad del hombre; todo lo demás le lleva a la destrucción.»

Como conclusión añadió: «Sólo os precedo en el camino; pronto me seguiréis. La muerte nos llega a todos y nadie debe intentar alejarla de mi lado. Mi vida ha estado ordenada a vuestro bien; lo mismo ocurrirá con mi muerte.»

Estas fueron las últimas palabras que pronunció en público. Alí y Abbás lo condujeron de nuevo a casa de Aixa.

Unos días después experimentó una mejoría tan notable, que Alí, Abu Bakr, Umar, y el resto de los que le habían cuidado en todo momento, se ausentaron brevemente para ocuparse de sus asuntos. Sólo se quedó con él Aixa. La mejoría fue un espejismo. Los dolores volvieron con redoblada intensidad. Comprendiendo que se acercaba la hora de su muerte, dio orden de que pusieran en libertad a todos sus esclavos y distribuyeran entre los pobres todo el dinero que hubiera en la casa; luego, levantando los ojos al cielo, exclamó: «Que Dios me acompañe en la lucha final.»

Aixa mandó llamar a toda prisa a su padre y a Hafsa. Mientras estuvo a solas con Mahoma, apoyó la cabeza del Profeta sobre su regazo, le cuidó con mimo y trató por todos los medios de aliviar sus dolores. De vez en cuando, metía la mano en una vasija con agua y luego se la pasaba con cuidado por la cara. Al final, el moribundo levantó los ojos y mantuvo los párpados inmóviles, mientras exclamaba con débil voz: «¡Oh, Alá! ¡Qué así sea... entre los gloriosos moradores del paraíso!»

«Entonces supe —diría Aixa al relatar la escena de la agonía— que había llegado su último momento y que había elegido la existencia sobrenatural.»

Momentos después, tenía las manos frías y había desaparecido toda señal de vida. Aixa le apoyó la cabeza en la almohada y, dándose golpes en la cabeza y en el pecho, prorrumpió en gritos de dolor. Las otras esposas de Mahoma la oyeron y se unieron a sus lamentos. Pronto el hecho se conoció por toda la ciudad. La población quedó consternada, como si hubiera ocurrido alguna calamidad. Se suspendieron todas las actividades comerciales. El ejército, que había desmontado las tiendas, recibió orden de detenerse y Usama, que tenía ya el pie en el estribo dispuesto a emprender la marcha, dio la vuelta, regresó a Medina y colocó su estandarte a la puerta del Profeta.

Se formó una gran multitud para contemplar el cadáver. El nerviosismo y las discusiones llegaron hasta la cámara mortuoria. Algunos no querían dar crédito a sus ojos. «¿Cómo va a estar muerto? —gritaban—. ¿No es nuestro mediador ante Dios? ¿Cómo puede estar muerto? ¡Imposible! Está dormido y su alma ha subido al cielo como la de Isa (Jesús) y los otros profetas.»

El gentío era cada vez mayor. Comenzaron a oírse voces de que no debían de enterrar el cadáver. Entonces llegó Umar. Sacó su cimitarra y, penetrando por entre la multitud, amenazó con cortar las manos y los pies a quien se atreviera a afirmar que el Profeta estaba muerto. «Sólo se ha marchado por algún tiempo —dijo—, como Musa (Moisés), el hijo de Imrán, que subió cuarenta días a la montaña; y, como él, volverá de nuevo.»

Abu Bakr, que se encontraba en el otro extremo de la ciudad, llegó a tiempo para calmar la desesperación del pueblo y los arrebatos de Umar. Entró en la cámara mortuoria, levantó el paño que cubría el cadáver, besó el pálido rostro de Mahoma y exclamó: «¡Oh tú, que has sido para mí como un padre y una madre! Hasta en la muerte despides fragancia y olores agradables. Ahora vives en la felicidad eterna, pues Alá no te hará pasar una segunda muerte.»

Cubrió el cadáver y se dirigió hacia Umar para tratar de calmarlo, pero sin ningún resultado. Entonces se dirigió a la multitud: «En verdad, si Mahoma es el único objeto de vuestra adoración, está muerto; pero si es a Dios a quien dirigís vuestro culto, no puede morir. Mahoma sólo era el profeta de Dios y ha compartido el destino de los apóstoles y de los hombres santos que le han precedido. El mismo Alá ha dicho en el Corán que Mahoma no era más que su embajador y estaba sometido a la muerte. Entonces, ¿por qué le dais la espalda y abandonáis su doctrina porque esté muerto? Recordad que vuestra apostasía no puede perjudicar a Dios, pero os hace merecer de su condena. En cambio, las bendiciones de Dios se derramarán sobre los que le sigan siendo fieles.»

La multitud escuchó a Abu Bakr con lágrimas y sollozos, y a medida que iban oyendo sus palabras desaparecía su desesperación. Umar se dejó convencer pero no consolar: se arrojó al suelo y lloró la muerte de Mahoma, a quien recordaba como jefe y amigo.

La muerte del Profeta, según los historiadores musulmanes Abulfeda y Al Channabi, tuvo lugar el día en que cumplía sesenta y tres años. Era el undécimo año de la Hégira, y el año 632 de la era cristiana.

Varios de sus familiares y discípulos más íntimos se encargaron de preparar el cuerpo para el sepulcro. Declararon que seguía emanando aquella maravillosa fragancia que, según el testimonio de sus esposas e hijas, le había acompañado durante toda su vida; utilizando las palabras de Alí, podría decirse que «parecía que estuviera al mismo tiempo muerto y vivo».

Después de lavar y perfumar el cuerpo, lo cubrieron con tres envolturas: dos blancas y una tercera de paño a rayas de Yemen. Luego, volvieron a perfumar el cadáver con ámbar, almizcle, áloes y hierbas olorosas, y lo expusieron al público después de recitar setenta y dos oraciones en su honor.

El cuerpo permaneció tres días sin enterrar, siguiendo la costumbre oriental y para satisfacer a quienes creían todavía en la posibilidad de que estuviera en éxtasis y no muerto. Cuando quedó fuera de toda duda que estaba muerto, se hicieron los preparativos para el enterramiento. Entonces surgió una discusión sobre dónde debían hacerlo. Los muhachiríes o discípulos de La Meca se inclinaban por dicha ciudad, ya que era su lugar de nacimiento; los ansaríes se declaraban partidarios de Medina, pues era allí donde se había refugiado y donde había fijado su residencia durante sus diez últimos años de vida. Un tercer grupo opinaba que sus restos debían de transportarse a Jerusalén, lugar más idóneo para la sepultura de un profeta. Abu Bakr, cuya palabra había tenido siempre mucho peso, declaró que Mahoma había formulado expresamente la opinión de que un profeta debía ser enterrado en el lugar donde muriera. En aquel caso, su deseo se cumplió al pie de la letra, pues cavaron una fosa en la casa de Aixa, debajo justo de la cama en que había fallecido Mahoma.[34]

39. Mahoma, hombre y profeta

Mahoma, según los relatos transmitidos por tradición desde sus contemporáneos, era de mediana estatura, fornido y musculoso. En los últimos años de su vida fue un hombre más bien corpulento. Su cabeza era de tamaño considerable, de formas elegantes y bien encajada en el cuello que salía como una columna de su amplio pecho. Tenía frente ancha en las sienes y elevada, atravesada por venas que llegaban hasta las cejas y se le hinchaban cuando se enfadaba o se ponía nervioso. El rostro era ovalado, con rasgos pronunciados y expresivos, nariz aguileña, ojos negros, cejas arqueadas que casi se le juntaban en el centro, boca grande y flexible, reveladora de su elocuencia; dientes muy blancos, algo separados e irregulares; pelo negro que le caía ondeando sobre los hombros, y barba abundante y muy larga.

Su porte era, en general, tranquilo y ecuánime; algunas veces gastaba bromas, pero lo más normal era que estuviera con ademán grave y digno, aunque también se dice que poseía una sonrisa cautivadora. Era de tez más colorada de lo que es normal entre los árabes, y en sus momentos de excitación y entusiasmo emanaba de su semblante una especie de brillo e irradiación, que sus discípulos atribuían a la luz sobrenatural de la profecía.

Sus dotes intelectuales fueron, sin duda ninguna, extraordinarias. Tenía gran facilidad de comprensión, una enorme memoria retentiva, una imaginación despierta y gran capacidad de inventiva. Su educación fue muy rudimentaria, pero gracias a la observación fue desarrollando y enriqueciendo su inteligencia con una gran variedad de conocimientos referentes a los sistemas religiosos vigentes en su tiempo o transmitidos por tradición desde la Antigüedad. Su forma de hablar habitual era seria y sentenciosa, llena de los aforismos y apólogos que tanto gustan a los árabes; en algunas ocasiones era apasionado y elocuente, contando en este último aspecto con la colaboración de una voz agradable y sonora.

En su dieta era sobrio y abstemio, y observó escrupulosamente los ayunos. No admitió ninguna magnificencia en su indumentaria, ostentación más propia de los espíritus mezquinos; su sencillez no era tampoco forzada, sino resultado de su menosprecio hacia una distinción tan trivial. Sus prendas eran algunas veces de lana; otras de algodón a rayas del Yemen; y muchas veces iban remendadas. Llevaba turbante, pues decía que los ángeles lo llevaban también; cuando se lo colocaba, dejaba que una de las puntas le colgara entre los hombros, pues así era como lo llevaban los ángeles. Prohibió la utilización de prendas de vestir

que estuvieran hechas totalmente de seda; pero autorizó una combinación de hilo y seda. Prohibió también las prendas rojas y el uso de anillos de oro. Llevaba un anillo de plata, en cuya parte grabada se leía: «Mahoma el mensajero de Dios». Era escrupuloso en cuanto a su limpieza personal y realizaba frecuentes abluciones. En algunos aspectos era un sibarita. «Hay dos cosas en este mundo —solía decir— que me encantan: las mujeres y los perfumes. Estas dos cosas me alegran la vista y me ayudan a ser más fervoroso en mi devoción.» Por su extremada limpieza y el uso de perfumes y de aceites con aromas suaves para el pelo, emitía un olor agradable que algunos de sus discípulos consideraban como innato y milagroso. Su pasión por el sexo tuvo repercusiones en todos sus asuntos. Se dice que cuando estaba en presencia de una mujer hermosa, no paraba de arreglarse las cejas y el pelo, como si quisiera parecer más atractivo.

No sabemos con seguridad el número de esposas que tuvo. Abulfeda, que escribe con más precaución que otros historiadores árabes, habla sólo de quince, auque hay quienes afirman que tuvo hasta veinticinco. En la época de su muerte tenía nueve, cada una en una vivienda separada, pero todas cerca de la mezquita de Medina. La razón que se suele presentar para justificar que él tuviera más esposas de las que permitía a sus seguidores sería su deseo de engendrar para su pueblo una gran familia de profetas. Si eso fue cierto, tuvo que sufrir una gran decepción. De todos sus hijos, sólo le sobrevivió Fátima, esposa de Alí, que murió poco después que el Profeta. De los descendientes de Fátima, sólo su hijo mayor, Hasan, llegó a ocupar el trono de los califas.

En sus tratos privados fue siempre justo. Trataba a los amigos y a los desconocidos, a los ricos y a los pobres, a los poderosos y a los humildes, con equidad, y el pueblo le adoraba por la afabilidad con que recibía a todos y escuchaba sus quejas.

Era por naturaleza irritable, pero había conseguido dominar su temperamento, de tal manera que hasta en el relajado ambiente familiar se mostraba siempre amable y tolerante. «Le serví desde que cumplí los ocho años —decía su criado Anas—, y nunca me regañó por nada, aunque a veces me salieron algunas cosas mal.»

Ahora se nos plantea una pregunta: ¿fue un impostor sin principios, como algunos parecen opinar? ¿Fueron todas sus visiones y revelaciones mentiras deliberadas? ¿Fue todo su sistema una sarta de mentiras? Al examinar este problema, debemos tener presente que no podemos acusarle de muchas de las extravagancias asociadas a su nombre. Muchas de las visiones y revelaciones transmitidas como suyas son invenciones de autores posteriores. Los milagros que se le atribuyen son todos fruto de la imaginación de musulmanes exaltados. Mahoma negó expresa y repetidamente todos los milagros que le atribuían, a excepción del Corán, que, teniendo en cuenta su mérito incomparable y la forma en que se le entregó desde el cielo, él calificó como el más grande de los milagros.

Creemos conveniente hacer aquí algunas observaciones sobre tan famoso documento. Aunque los musulmanes más fanáticos y algunos

de los doctores más instruidos de su fe presentan como pruebas de su origen divino lo maravilloso e inimitable de su estilo y composición, siendo así que Mahoma era una persona sin ninguna formación, otros críticos menos piadosos han declarado que la citada obra es una acumulación caótica de cualidades y defectos, carente de método o esquema, llena de puntos oscuros, incoherencias, repeticiones, falsas versiones de relatos de las Escrituras y de contradiciones flagrantes. La verdad es que el Corán, tal como existe ahora, no es el mismo Corán transmitido por Mahoma a sus discípulos, pues ha sufrido numerosos cambios e interpolaciones. Las revelaciones en él contenidas se produjeron en diversas ocasiones, en diferentes lugares, y ante distintas personas; algunas veces fueron anotadas por sus secretarios o discípulos en pergaminos, en hojas de palmera o en paletillas de cordero, y amontonadas en un cofre del que se encargaba una de sus esposas; algunas veces sólo quedaban grabadas en la memoria de quienes las escuchaban. Parece que no se hizo nada por sistematizar y ordenar las revelaciones durante la vida del Profeta; a su muerte, se conservaron en fragmentos dispersos, muchos de ellos a merced de memorias traidoras. Cuando había pasado ya cierto tiempo de su muerte, Abu Bakr emprendió la tarea de reunirlas y transcribirlas. Zaid Ibn Tabit, que había sido uno de los secretarios de Mahoma, participó directamente en la obra. Decía que se sabía de memoria muchas partes del Corán, pues él mismo las había escrito mientras el Profeta le dictaba; otras partes las fue recogiendo de forma dispersa de distintas fuentes, escritas con el tosco procedimiento antes indicado; otras le llegaron por vía oral de diversos discípulos que afirmaban que se las habían oído decir al propio Profeta. Los heterogéneos fragmentos así reunidos se integraron sin un esfuerzo previo de selección, sin orden cronológico ni sistema de ninguna clase. El volumen así formado durante el califato de Abu Bakr fue transcrito por diferentes manos y muchas supuestas copias se pusieron en circulación por todas las ciudades musulmanas. Fueron tantos los errores, interpolaciones y versiones contradictorias que se deslizaron en dichas copias, que Utmán, el tercer califa, mandó reunir los distintos manuscritos y, después de elaborar lo que él declaró como Corán auténtico, mandó destruir todos los demás.

Esta breve explicación puede justificar muchas de las incoherencias, repeticiones y discrepancias de que se acusa a este singular documento. Mahoma, como ha dicho alguien con razón, pudo dar los mismos preceptos o relatar el mismo apólogo en diferentes ocasiones, a diversas personas y con distintas palabras; o pudo haber varias personas presentes en un momento, cada una de las cuales daría su versión de las palabras y transmitiría sus apólogos y relatos de las Escrituras de distintas maneras, según sus recuerdos, nunca infalibles. Muchas revelaciones que él presentó como formuladas mucho antes a los profetas, sus predecesores, quizá las presentará como narracciones que él mismo había escuchado. Se ha dicho que Abu Bakr, en los primeros días de su califato, pudo considerar conveniente interpolar muchas cosas en el Corán, con la intención de disponer de un agarradero en caso de emer-

gencia y de confirmar el imperio del Islam. Los cambios e interpolaciones hechos por otras manos menos escrupulosas, después de la muerte del Profeta, nos los podemos imaginar teniendo presentes las increíbles libertades que se tomó Abdallah Ibn Saad, uno de sus secretarios, mientras él vivió.

Dadas todas estas circunstancias, es lógico que hasta los recuerdos documentales referentes a Mahoma estén llenos de corruptelas, y que los tradicionales estén llenos de leyendas. Esto aumenta la dificultad a la hora de resolver el enigma de su personalidad y conducta. La historia de su vida parece dividirse en dos grandes épocas. Durante la primera de ellas, hasta los años centrales de su existencia, no vemos qué objetivos podía intentar conseguir con las impías y monstruosas imposturas de que se le acusa. ¿Buscaba la riqueza? Su matrimonio con Jadicha le había hecho ya un hombre rico, y durante muchos años antes de su supuesta visión no había manifestado ningún deseo de aumentar sus bienes. ¿Buscaba la distinción? Ya disfrutaba de una buena posición en su ciudad natal, y era reverenciado como hombre de inteligencia y probidad. Pertenecía a la ilustre tribu de Coraix y a una de las más distinguidas ramas de dicha tribu. ¿Buscaba el poder? La misión de guardar la Kaaba 'y, junto a ella, el mando en la ciudad santa—, había pertenecido a su familia desde muchas generaciones anteriores, y su situación y circunstancias le daban derecho a esperar con cierta seguridad el día en que él mismo ocuparía el cargo. Al intentar echar por tierra la fe en que le habían criado atentaba también contra la raíz en que se basaban todas aquellas ventajas, pues la fe tradicional era el fundamento de todas las riquezas y dignidades de su familia. Al atacar su fe, se atraía la hostilidad de sus familiares, la indignación de sus conciudadanos y el odio de todos los habitantes del país que iban a rendir culto a la Kaaba.

¿Hubo, en el comienzo de su carrera profética, algo especial que le recompensara por aquellos sacrificios y le animara a seguir adelante? Más bien habría que decir que los comienzos fueron vacilantes y secretos. Durante algunos años no consiguió el menor éxito material. Conforme iba exponiendo sus doctrinas y proclamando sus revelaciones, sólo sufría desprecios, burlas, calumnias y, finalmente, una persecución declarada, que supuso la ruina para él y para sus amigos, obligó a algunos de sus familiares y seguidores a abandonar su ciudad natal y él mismo tuvo que salir como un fugitivo en busca de un hogar lejos de su ciudad. ¿Por qué iba a mantenerse año tras año en una impostura que tan desastrosas consecuencias tenía para sus bienes materiales, en un momento de su vida en que era ya demasiado tarde para comenzar de cero?

Al no encontrar los suficientes motivos materiales, tenemos que buscar alguna otra explicación de su conducta en esta fase de su enigmática historia. Es lo que hemos intentado hacer en la primera parte de esta obra, donde hemos descrito su espíritu entusiasta y visionario cada vez más agobiado por la soledad, el ayuno, la oración y la meditación y excitado por la enfermedad corporal hasta llegar a una situación de delirio temporal, en que se imagina que recibe una revelación del cielo y

es proclamado profeta del Altísimo. No podemos dejar de pensar que en aquel momento fue él el primero en engañarse y que creyó en la realidad del sueño o de la visión, sobre todo cuando la celosa y confiada Jadicha y el erudito y astuto Waraga le aclararon todas sus dudas.

Una vez convencido de la divinidad de su misión de predicar la fe, todos los subsiguientes sueños e impulsos podrían interpretarse de la misma manera; todos podían considerarse como indicaciones de la voluntad divina, manifestada a él de diversas formas en cuanto profeta. Lo vemos con frecuencia en estado de trance o de éxtasis en los momentos de especial agitación o nerviosismo, en que podía imaginarse que estaba de nuevo en comunicación con Dios; el hecho es que después de tales situaciones casi siempre se producía alguna revelación.

La línea general de su conducta hasta el momento de su huida de La Meca es la de un fanático que actúa llevado por una especie de ilusión mental, profundamente convencido de que es un agente de Dios para la reforma religiosa. Hay algo sorprendente y sublime en el sendero luminoso que su espíritu entusiasta trazó a través del desconcertante laberinto de fes y tradiciones disparatadas en que tuvo que moverse; su objetivo fue, precisamente, sustituir la ciega idolatría de su infancia por el culto puro y espiritual al único Dios verdadero.

Todas las partes del Corán que se consideran promulgadas por él en esta época, por muy incoherente que haya sido la forma en que han llegado hasta nosotros y por muchos desperfectos que haya sufrido su belleza original al pasar por otras manos, son de carácter puro y elevado y están llenas de inspiración poética, por no decir religiosa. Revelan que se había sumergido en las profundidades del agua viva del cristianismo y que si no logró beberla en toda su pureza, quizá se debió a que tuvo que hacerlo en cisternas abandonadas o en arroyos revueltos y contaminados por los que deberían haber sido sus guardianes. La fe que había inculcado hasta aquel momento era más pura que la predicada por algunos de los seudocristianos de Arabia; y su vida, hasta entonces, se había acomodado a sus principios.

Esta es nuestra opinión sobre Mahoma y su conducta durante la primera parte de su carrera, mientras era un hombre perseguido en La Meca. No obstante, se produjo en él un cambio trascendental —lo hemos señalado en los anteriores capítulos— después de su huida a Medina, cuando, en lugar del mero refugio provisional que buscaba, se encuentra convertido en un profeta respetado, obedecido como jefe y al frente de una multitud de seguidores cada vez más importante en número y con intenciones más belicosas. A partir de entonces, las pasiones mundanas y los fines materiales son con demasiada frecuencia las fuerzas que impulsan sus acciones, ocupando el lugar de aquel entusiasmo visionario que, aunque desviado, nos permitía mirar con comprensión sus primeras acciones. De repente echa por la borda las antiguas doctrinas de la paciencia, la resignación y la indulgencia; siente deseos de venganza contra los que le habían perseguido hasta entonces; manifiesta su ambición de ampliar sus dominios. Sus doctrinas, preceptos y comportamiento llevan las huellas de una profunda contradicción, y todo

su caminar es irregular e inestable. Las revelaciones de esta segunda etapa son muchas veces tan oportunas y adaptadas a emergencias concretas, que nos vemos obligados a poner en duda su sinceridad. No parece que él mismo se dejara engañar sobre su autenticidad. No obstante, conviene recordar, como hemos señalado, que no podemos fiarnos demasiado de los testimonios de dichas revelaciones. Lo que él pudo expresar como manifestación de su propia voluntad quizá otros lo hayan presentado como si fuera voluntad de Dios. Además, muchas veces pudo considerar que sus propios impulsos eran indicaciones de Dios y que, por ser una persona destinada a propagar la fe, todos los impulsos e ideas que contribuyeran a tal fin podrían formar parte de una inspiración divina que le ayudaba en todo momento.

Estamos muy lejos de considerar a Mahoma como el zafio e impío impostor de que han hablado algunos, pero tampoco creemos que se les pueda dar la razón a quienes le han atribuido el mérito de prever el futuro y de concebir el proyecto pormenorizado de conquista universal. Fue, sin duda, hombre de gran genio y de rica imaginación, pero nos parece que, en gran medida, estuvo dominado por los impulsos y las pasiones y a merced de las circunstancias. Sus proyectos fueron el resultado de sus éxitos, y no al revés. Hasta los cuarenta años de edad no comenzó a exponer sus doctrinas. Tuvo que ocultarse año tras año hasta que se atrevió a promulgarlas fuera de su propia familia. Cuando huyó de La Meca, habían pasado trece años desde la proclamación de su misión, y el que había sido un rico comerciante se convirtió en un fugitivo arruinado. Cuando llegó a Medina, no tenía la menor idea del poder material que le esperaba; su única aspiración era levantar una humilde mezquita donde predicar, y su única esperanza, la de poder predicar sin peligro. Cuando se encontró con el poder en las manos, lo utilizó durante algún tiempo para realizar incursiones sin importancia e intervenir en conflictos locales. Sus planes militares se fueron ampliando en la medida en que aumentaron sus recursos, pero bajo ningún concepto se puede decir que fueran geniales, y algunas veces resultaron catastróficos. No se emprendieron con audacia ni se ejecutaron con decisión; muchas veces se cambiaron por deferencia a las opiniones de los guerreros que le rodeaban y en otras ocasiones para aceptar las propuestas de espíritus mezquinos que, en algunos casos, le hicieron cometer errores. Si hubiera concebido desde el principio la idea de unir a las tribus dispersas y enfrentadas de Arabia para formar una nación basada en la *hermandad de fe*, con el fin de realizar un plan de conquistas externas, habría sido uno de los primeros proyectistas militares; pero parece que la idea de emprender grandes conquistas fue bastante tardía y una consecuencia de los éxitos obtenidos. En el momento en que proclamó la religión de la espada y lanzó a los depredadores árabes por el camino del saqueo en tierras extrañas, emprendió una carrera de conquistas que le permitió avanzar con ímpetu irresistible. El celo fanático con que había inspirado a sus seguidores le ayudó a triunfar más que su ciencia militar; la fe que ellos tenían en su doctrina de la predestinación posibilitó victorias que ningún cálculo militar permitiría predecir. En



Edinburgh University Library

No existen de Mahoma pinturas coetáneas, pero artistas posteriores le han representado en ocasiones como un santo oriental.

sus vacilantes comienzos como profeta le habían animado los hábiles consejos del oráculo Waraqa; en su carrera como conquistador tuvo a Umar, a Jalid y a otros hombres impulsivos que le animaron y le ayudaron a controlar el enorme poder que tenía en sus manos. A pesar de su ayuda, en algunas ocasiones tuvo que echar mano de su capacidad sobrenatural de profeta, y al hacerlo quizá acallara los posibles remordimientos por aquel fraude pensando en el piadoso fin con que lo hacía.

Sus triunfos militares no despertaron en él ni orgullo ni vanagloria, como habría ocurrido si hubiera actuado por motivos egoístas. En la época en que llegó al máximo de su poder, conservó la misma sencillez de vida y de conducta que en los días de su adversidad. En vez de vivir rodeado del lujo propio de un rey, se molestaba si, al entrar en una habitación, le mostraban algún testimonio especial de respeto. Si aspiraba a un dominio universal, era el dominio de la fe. En cuanto al poder temporal con que se encontró sin buscarlo, además de usarlo sin ninguna ostentación, no tomó ninguna medida para perpetuarlo dentro de su propia familia.

Las riquezas que acumuló gracias a los tributos y a los botines de guerra las dedicó a promover las victorias de la fe y a ayudar a sus seguidores pobres, hasta el punto de que muchas veces su tesoro se va-

ciaba hasta la última moneda. Umar Ibn Harit declara que Mahoma no dejó al morir ni un dinar de oro ni un dirhem de plata, ni esclavas; sólo dejó su mula *Duldul*, sus armas y la tierra, que había repartido entre sus esposas, sus hijos y los pobres. «Alá —dice un autor árabe— le ofreció las llaves de todos los tesoros de la tierra, pero él no quiso aceptarlas.»

Esta abnegación total, junto con la profunda piedad que demostró en las diversas fases de su fortuna, complican las cosas al tratar de hacer una valoración justa de la personalidad de Mahoma. Aunque no pudiera ocultar la infiltración de intereses demasiado terrenos después de disponer de poder material, conservó en todo momento las aspiraciones iniciales de su espíritu, que le elevaron por encima de las cosas terrenales. Practicó en todo momento la oración, obligación fundamental del Islam y medio infalible para purificar el alma. «Confía en Dios» eran sus palabras de consuelo y apoyo en momentos de prueba y de aflicción. En la clemencia de Dios, dicen los testimonios, puso todas sus esperanzas de felicidad sobrenatural. Aixa cuenta que en una ocasión le preguntó:

«¡Oh, Profeta!, ¿nadie puede entrar en el paraíso si no es por la misericordia de Dios?» «¡Nadie..., nadie..., nadie!», respondió, subrayando la rotundidad de lo que decía con la repetición. «Pero tú, ¡oh Profeta!, ¿no entrarás *tú* en el paraíso sin necesidad de recurrir a su compasión?» Mahoma se llevó una mano a la cabeza y respondió tres veces, con gran solemnidad: «¡Tampoco yo entraré en el paraíso si Dios no me protege con su misericordia!»

Cuando estuvo en el lecho de muerte de su hijo Ibrahim, demostró en tan amargo trance su resignación ante la voluntad de Dios; su consuelo fue la esperanza de reunirse con su hijo en el paraíso. Cuando le acompañó hasta la tumba, pidió a su espíritu que se mantuviera firme en los cimientos de su fe: la unidad de Dios y su propia misión como profeta. Y hasta en sus momentos finales, cuando ya no podía tener ningún motivo humano para mentir, siguió demostrando la misma devoción religiosa y la misma fe en su misión apostólica. Las últimas palabras que pronunciaron sus labios temblorosos fueron una manifestación de su confianza de disfrutar pronto de la feliz compañía de los profetas que le habían precedido.

Es difícil reconciliar tan ardiente y perseverante piedad con un sistema basado en la blasfemia y en la impostura; o preceptos tan puros, elevados y compasivos como los que se encuentran en el Corán, con un espíritu dominado por pasiones innobles y entregado a los rastreros intereses de lo puramente mortal. No se nos ocurre otra forma convincente de resolver el enigma de su carácter y conducta que suponer que el rayo de la alucinación mental que dominó su espíritu entusiasta durante los éxtasis religiosos que experimentó en la cueva del monte Hira siguió trastornándole, más o menos, como una especie de monomanía, hasta el fin de su vida, y que murió plenamente convencido de su misión de profeta.

Apéndice

De la fe islámica

En un capítulo de la presente obra hemos mencionado algunos detalles de la fe predicada por Mahoma que nos parecieron importantes para la comprensión del resto del relato: ahora, aun a costa de repetirnos, vamos a presentar un resumen algo más amplio, acompañado de algunas observaciones.

La religión del Islam, como observamos en la citada ocasión, se divide en dos partes: Fe y Práctica. Hablemos primero de la Fe. Esta se distribuye en seis apartados o artículos diferentes: 1) fe en Dios; 2) en sus ángeles; 3) en sus Escrituras o Corán; 4) en sus profetas; 5) en la resurrección y juicio final; 6) en la predestinación. Hablaremos brevemente de estos aspectos en el mismo orden en que los hemos mencionado.

FE EN DIOS. Mahoma predicó que hay, hubo y habrá siempre un solo Dios, creador de todas las cosas; que es uno solo, inmutable, omnisciente, omnipotente, compasivo y eterno. La unidad de Dios mereció una especial insistencia, frente a la Trinidad de los cristianos. En la profesión de fe esta unidad se representaba levantando un dedo y exclamando: «La Ilaha illa Allah» («No hay más Dios que Dios»), a lo que se añadía: «Muhammad Rasul Allah» («Mahoma es el profeta de Dios»).

FE EN LOS ÁNGELES. La bella doctrina de los ángeles o espíritus servidores, que era una de las más antiguas y universales de los credos orientales, aparecía entretejida en todo el sistema islámico. Se les representa como seres etéreos, hechos de fuego, el elemento más puro, perfectos por su forma y de radiante belleza, pero sin sexo; libres de toda pasión grosera o sensual y de todos los apetitos y debilidades de la frágil humanidad; y eternamente jóvenes. Se distinguían por sus categorías y obligaciones y por el favor que tenían ante la divinidad. Algunos le rendían culto en torno al trono celestial; otros cantaban sin cesar las alabanzas de Alá; otros eran mensajeros con alas para ejecutar sus órdenes y otros intercederían por los hijos de los hombres.

Los más destacados miembros de esta hueste celestial son los cuatro arcángeles: Gabriel, el ángel de las revelaciones, que escribe los decretos divinos; Miguel, el defensor que emprende las batallas en favor de la fe; Azrail, el ángel de la muerte, e Israfil, a quien se confía la terrible misión de hacer sonar la trompeta del día de la resurrección. Había otro ángel, llamado Azazil —el mismo que Lucifer—, uno de los más

gloriosos del coro celestial; pero se dejó vencer por el orgullo y la desobediencia. Cuando Dios ordenó a sus ángeles que rindieran culto a Adán, Azazil se negó diciendo: «¿Por qué voy a inclinarme yo, a quien tú has creado del fuego, ante alguien hecho de barro?» Por este delito fue arrojado del paraíso y se le impuso el nombre de Iblís, que significa «desesperación». En venganza, realiza toda clase de fechorías contra los hombres y les anima por el camino de la desobediencia y de la impiedad.

Entre los ángeles de rango inferior hay una clase llamada Muaqquibat, dos de los cuales vigilan a cada mortal, uno a la derecha y el otro a la izquierda, y toman nota de cada una de sus palabras y acciones. Al finalizar el día vuelan al cielo con un informe escrito, y al día siguiente son sustituidos por dos ángeles similares. Según la tradicion musulmana, cada acción buena la registra diez veces el ángel de la derecha; y si el hombre comete un pecado, el mismo espíritu bondadoso dice al ángel de la izquierda: «Espera siete horas antes de tomar nota, no sea que se arrepienta y rece y obtenga el perdón.»

Además de los órdenes angélicos, Mahoma predicó la fe en seres espirituales llamados Chins o genios, que, aunque creados también del fuego, comparten los apetitos y fragilidades de los hijos del polvo, y, como ellos, están también sometidos a la muerte. Como hemos visto, Mahoma declaró que, después de sus oraciones verpertinas en el valle solitario de Al Najla, recibió la visita de seres de esta naturaleza, que suelen recorrer las soledades del desierto.

Cuando el ángel Azazil se rebeló y cayó, convirtiéndose en Satán o Iblís, siguió conservando su soberanía sobre estos espíritus inferiores, que los orientalistas dividen en Dives y Peri: los primeros son feroces y gigantescos; los segundos, amables y delicados, y se alimentan de perfumes. Parece que los Peri son todos del sexo femenino, aunque en esto hay ciertas dudas. Parece que las hadas europeas proceden de estos seres imaginarios.

Hay otros semiespíritus llamados Tacwins o Hados, seres femeninos alados de bellas formas, que pronuncian oráculos y defienden a los mortales de los ataques y maquinaciones de los malos espíritus.

No hay uniformidad en los atributos que Mahoma asignó a estos seres semicelestiales; sus ideas al respecto procedían de varias fuentes. Todo su sistema de espíritus intermedios tiene reminiscencias de los credos y supersticiones de los hebreos, de los magos, de los paganos y de los sabeos.

EL TERCER ARTÍCULO DE LA FE es la creencia en el Corán, en cuanto libro divinamente inspirado. Según el credo musulmán, había un libro en el séptimo cielo conservado desde toda la eternidad, en el cual aparecían escritos todos los decretos de Dios y todos los acontecimientos, pasados, presentes o futuros. El ángel Gabriel bajó al cielo inferior algunas transcripciones de estas tablillas. El mismo ángel las fue revelando periódicamente a Mahoma, según lo aconsejaban los acontecimientos. Como eran palabras textuales de Dios, estaban redactadas en primera persona.

Tenemos bastantes referencias sobre la forma en que sus secretarios y discípulos las fueron anotando y guardando y sobre cómo las reunió Abu Bakr a la muerte de Mahoma. Esta compilación constituye el código civil y penal, así como la ley religiosa de los musulmanes, y los verdaderos creyentes la tratan con la mayor reverencia. Hay enorme interés en poseer copias espléndidamente encuadernadas y decoradas. Una inscripción en la portada prohíbe tocarlo a todo el que esté impuro, y se considera una irreverencia leerlo teniéndolo por debajo de la cintura. A pesar de todos sus errores y contradicciones, si consideramos que es en gran parte obra de un solo hombre, y de un hombre sin estudios, constituye un grandioso monumento legislativo.

Además del Corán o ley escrita, los testigos presenciales recogieron diversos preceptos y apólogos pronunciados por Mahoma. Luego se transcribieron en un libro llamado Sunna o Ley Oral. Hay una secta de mahometanos, llamados sunníes, que le conceden la misma autoridad que al Corán; otros lo rechazan por considerarlo una obra apócrifa; estos últimos son los xiíes. Entre estas sectas ha habido hostilidades y persecuciones casi tan violentas como las que han enfrentado a católicos y protestantes. Los sunníes llevan turbantes blancos; los xiíes, rojos, y por eso sus enemigos les llamaban *kizilbach*, o «Cabezas Rojas».

Es curioso que la circuncisión, practicada por todos los mahometanos y considerada como rito distintivo de su fe, no se mencione ni en el Corán ni en la Sunna. Parece que su uso estaba muy extendido en Arabia, donde la habían introducido los judíos. Algunos llegan a afirmar que se practicaba en todo el Oriente antes de Moisés.

Se dice que el Corán prohíbe hacer reproducciones de todo ser viviente, lo que habría impedido la utilización de la pintura retratista entre los mahometanos. Sin embargo, el pasaje del Corán al que se atribuye la citada prohibición parece ser simplemente el eco del segundo mandamiento judío y cristiano de no hacer imágenes o representaciones para el culto. Uno de los estandartes de Mahoma fue un águila negra. Entre los elementos decorativos más notables de la Alhambra de Granada figura una fuente apoyada sobre leones tallados en piedra, y algunos monarcas musulmanes han grabado sus efigies en las monedas.

Otro importante error con relación al sistema de Mahoma es la idea de que excluye a las mujeres del paraíso por no tener alma. Este error procede de la falta de alusiones a la forma en que podrán ellas gozar en un mundo futuro, mientras que especifica con todo detalle los goces de su propio sexo. La recompensa celestial a las mujeres virtuosas aparece insinuada en el Sura 56 del Corán y en otros lugares, aunque la imprecisión del lenguaje podría hacer pensar, tras una lectura rápida, que se refiere a las huríes.

EL CUARTO ARTÍCULO DE FE hace referencia a los *profetas*. Su número asciende a doscientos mil, pero sólo seis tienen una categoría especial, por haber sido los encargados de traer a la tierra nuevas leyes y decretos para abrogar los anteriores cuando discrepaban o se contradecían entre sí. Estos seis profetas fueron Adán, Noé, Abrahán, Moisés, Jesús y Mahoma.

EL QUINTO ARTÍCULO DE LA FE islámica trata sobre la *resurrección* y el *juicio final*. En un tema de tanta trascendencia, Mahoma fundió algunas creencias cristianas con determinados conceptos aceptados por los judíos de Arabia. Entre estos últimos se encuentra el temible tribunal del Sepulcro. Cuando Azrail, el ángel de la muerte, ha realizado su cometido y el cadáver está ya en la tumba, dos ángeles negros, Munkar y Nakir, de aspecto siniestro e inquietante, se constituyen en inquisidores. Durante su escrutinio, el alma se une de nuevo al cuerpo. El difunto recibe la orden de incorporarse y es sometido a un interrogatorio sobre los grandes puntos de la fe, la unidad de Dios y la misión divina de Mahoma, así como sobre las acciones realizadas a lo largo de su vida. Sus respuestas se van registrando en libros para poder utilizarlas el día del juicio. Si son satisfactorias, el alma sale suavemente por los labios del difunto y el cuerpo queda en reposo; en caso contrario, es golpeado en la frente con barras de hierro, mientras le arrancan el alma en medio de terribles suplicios. Para facilitar esta siniestra inquisición, los mahometanos suelen despositar a sus muertos en sepulcros vacíos o con bóvedas, envueltos simplemente en sus trajes funerarios, pero sin introducirlos en ataúdes.

El espacio de tiempo que transcurre entre la muerte y la resurrección se llama Barzaj, o Intervalo. Durante este periodo el cuerpo permanece en el sepulcro, pero el alma experimenta de antemano, en sueños o visiones, su suerte futura.

Las almas de los profetas pueden entrar directamente en el paraíso. Las de los mártires, incluyendo a los muertos en el campo de batalla, entran en los cuerpos o buches de pájaros verdes que se alimentan de fruta y beben en los ríos del paraíso. Los de la gran masa de verdaderos creyentes reciben distintos destinos; pero, según la opinión más común, rondan por los alrededores de sus tumbas en un estado de seráfica tranquilidad. Por eso, los musulmanes suelen visitar los sepulcros de sus amigos y familiares, convencidos de que sus almas son testigos agradecidos de tales muestras de afecto.

Muchos musulmanes creen que las almas de los verdaderos creyentes adquieren la forma de aves blancas como la nieve que anidan bajo el trono de Alá; creencia ésta que concuerda con la antigua superstición de los hebreos según la cual las almas de los justos ocuparán un lugar en el cielo bajo el trono de la gloria.

En cuanto a las almas de los infieles, la opinión más ortodoxa es que los ángeles las expulsarán del cielo y de la tierra y las arrojarán a las oscuras entrañas de la tierra, donde esperarán con angustia el día del juicio.

EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN irá precedido de señales y portentos en los cielos y en la tierra: eclipse total de Luna; cambio en el movimiento del Sol, que saldrá por el oeste en vez de por el este; guerras y conflictos; pérdida de la fe por todo el universo; llegada del Anticristo; llegada de Gog y Magog para destruir el mundo; una gran humareda que cubrirá toda la tierra... éstos y muchos otros prodigios y augurios aterrorizarán e inquietarán las almas de los hombres y producirán un gran

abatimiento espiritual, hasta el punto de que los que pasen junto a un sepulcro sentirán envidia de la tranquilidad de los muertos y dirán: «¡Ojalá me permitiera Dios estar en tu lugar!»

La última señal de tan terrible día será el sonar de una trompeta. El encargado de tocarla será el arcángel Israfil. Su sonido hará temblar la tierra; los castillos y las torres quedarán arrasados y las montañas se pondrán al mismo nivel que los valles. El cielo se oscurecerá; el firmamento desaparecerá y el Sol, la Luna y las estrellas caerán al mar. El océano se secará o entrará en ebullición formando olas espantosas.

Al oír el sonido de la trompeta fatídica, el género humano sentirá gran pánico; los hombres abandonarán a sus hermanos, a sus padres y a sus esposas; y las madres, presas de terror y desesperación, abandonarán a los bebés que amamantan. Las fieras de los bosques y los animales de pasto olvidarán su fiereza y sus enfrentamientos y pastarán juntos, dominados por el temor.

El segundo toque de trompeta es la señal del exterminio. Al oír su sonido, todas las criaturas del cielo y de la tierra, de las aguas y de las profundidades de la tierra, los ángeles y genios, los hombres y animales morirán, con excepción del pequeño grupo de elegidos de Alá. El último en morir será Azrail, el ángel de la muerte.

Después de la señal de exterminio, habrá cuarenta días —según otras versiones, cuarenta años— de lluvia ininterrumpida. Entonces sonará por tercera vez la trompeta del arcángel Izrafil: ¡es la llamada a juicio! En ese instante, el espacio existente entre el cielo y la tierra se cubrirá de las almas de los muertos que vuelven en busca de sus respectivos cuerpos. Entonces se abrirá la tierra y se oirá el crujir de huesos resecos mientras se congregan los miembros dispersos; hasta los mismos pelos volverán a congregarse en el cuerpo nuevamente reconstruido, el alma lo penetrará y los muertos resucitarán sin el menor resto de mutilación, en estado perfecto, desnudos como al nacer. Los infieles se arrastrarán con el rostro por tierra, pero los fieles caminarán erguidos; los más piadosos serán transportados en camellos alados, blancos como la nieve, con sillas de oro puro.

Todos los seres humanos serán sometidos a un juicio para ver cómo han empleado sus facultades y las buenas y malas acciones cometidas. El ángel Gabriel instalará una gran balanza; en uno de los platillos, llamado Luz, se colocarán las buenas acciones; en el otro, llamado Tinieblas, las malas. Un átomo o una semilla de mostaza será suficiente para inclinar la balanza y el sentido de la sentencia dependerá del lado hacia el que aquélla se incline. En ese momento habrá que pagar cada ofensa o mala acción. El que haya ofendido a otro hombre tendrá que pagarle con una parte de sus propias obras buenas, o si no tiene ninguna que presentar, tendrá que admitir una parte proporcional de los pecados del otro.

Al juicio de la balanza sucederá la prueba del puente. Todos los congregados tendrán que seguir a Mahoma y atravesar el puente Al Serat, estrecho como el filo de una cimitarra, que atraviesa el abismo de la Gehena o infierno. Los musulmanes pecadores y los infieles tratarán de

avanzar a tientas y caerán en el abismo; en cambio, los fieles, ayudados por una luz resplandeciente, lo cruzarán con la rapidez de un pájaro y entrarán en el paraíso. La idea de este puente y del terrible lugar de la Gehena, parece tomada en parte del pensamiento judío, pero sobre todo de los magos.

La Gehena es una región llena de horrores de todas clases. Los mismos árboles tienen serpientes en vez de ramas, y su fruto son cabezas de demonios. No vamos a detenernos en los detalles de este lugar espantoso, aunque aparecen descritos con una minuciosidad angustiosa y a veces repugnante. Se describe en forma de siete pisos, uno debajo del otro, en los que va variando la naturaleza e intensidad del tormento. El primero está reservado a los ateos, que niegan al Creador y creen que el mundo es eterno. El segundo es para los maniqueos y otros que admiten dos principios divinos; y para los idólatras árabes de la época de Mahoma. El tercero es para los brahmanes de la India; el cuarto es para los judíos; el quinto para los cristianos; el sexto para los magos de Persia; el séptimo para los hipócritas, que se dicen creyentes pero en el fondo son incrédulos.

El terrible ángel Tabij, es decir, «el Verdugo», gobierna en esta región de terror.

Debemos observar que la naturaleza general de la Gehena y la distribución de sus castigos han suscitado distintos comentarios y exposiciones entre los especialistas musulmanes. Algunos dicen, y son muchos los que así piensan, que ninguno de los que creen en Alá y en sus profetas será condenado al suplicio eterno. Expiarán sus pecados con periodos de sufrimiento proporcionales a la gravedad de los mismos, que oscilarán entre novecientos y nueve mil años.

Algunos de los especialistas más humanitarios no admiten el castigo eterno para ningún pecador, y afirman que, como Dios es infinitamente misericordioso, terminará perdonando hasta a los infieles. El perdón llegará primero a los que tengan un intercesor, como Jesucristo para los cristianos. No obstante, la generosidad de estos comentaristas no llega al extremo de admitirlos en el paraíso entre los verdaderos creyentes; dicen que, tras un largo periodo de castigo, serán liberados de sus tormentos por la aniquilación.

Entre la Gehena y el paraíso está Al Araf o la División, una región donde no existe ni la paz ni el placer, destinada a acoger a los niños, locos, idiotas y otros seres que no han obrado ni bien ni mal. También irán allí los que han cometido obras buenas y malas en la misma proporción, aunque éstos pueden ser admitidos en el paraíso por intercesión de Mahoma, realizando un acto de adoración que incline la balanza a su favor. Se dice que los habitantes de esta región pueden hablar con sus vecinos de uno y otro lado, los bienaventurados y los condenados, y que Al Araf parece un paraíso a los del infierno, y un infierno a los del paraíso.

AL CHANNA O EL JARDÍN. Cuando el verdadero creyente ha pasado por todas estas pruebas y expiado todos sus pecados, se refresca en el Estanque del Profeta. Es un lago de agua perfumada, alimentado con las

aguas del río Al Kawtar, que nace en el paraíso. El agua del lago es dulce como la miel, fría como la nieve y transparente como el cristal; el que la prueba una vez ya no vuelve a sentir sed, virtud especialmente apreciada por los árabes, hombres acostumbrados a la sed abrasadora del desierto.

Cuando el verdadero creyente ha bebido del agua de la vida, el ángel Ridwán le abre la puerta del paraíso. La misma exuberancia y minuciosidad que se aprecia en la descripción de la Gehena vuelve a observarse en la exposición de los deleites del paraíso, hasta el punto de que la imaginación queda perpleja y confusa ante tantos detalles. El suelo es de harina de trigo de la mejor calidad, emite perfumes fragantes y está cuajado de perlas y jacintos en vez de piedras y polvo.

Algunos de los ríos son totalmente transparentes y atraviesan verdes prados cuajados de flores; otros son de leche, de vino y de miel y sus orillas están cubiertas de almizcle o de alheña o de musgo y azafrán. El aire es agradable y fresco por la acción de espumosas fuentes. Aquí está también Taba, el maravilloso árbol de la vida, tan grande que un caballo tardaría cien años en recorrer el terreno cubierto por su sombra. Las ramas están repletas de frutas deliciosas y se inclinan hacia las manos de quienes desean cogerlas.

Los habitantes de este jardín bienaventurado llevan vestidos llenos de joyas; tienen coronas de oro con perlas y diamantes y viven en suntuosos palacios, donde descansan en cómodos divanes. Cada creyente tiene cientos de servidores que llevan platos y copas de oro para ofrecerle los tipos más exquisitos de alimentos y bebidas. Come sin saciarse y bebe sin embriagarse; disfrutará del último bocado y de la última gota tanto como de los primeros: no se sentirá lleno ni tendrá necesidad de evacuar.

En el aire resuena la voz melodiosa de Israfil y los cánticos de las hijas del paraíso; el mismo murmullo producido por los árboles será una armonía encantadora, y las innumerables campanillas colgadas de sus ramas se pondrán suavemente en acción gracias al viento procedente del trono de Alá.

Por encima de todo, los fieles disfrutarán de la compañía femenina hasta un punto superior a lo que pueda concebir incluso una imaginación oriental. Además de las esposas que cada uno haya tenido en la tierra, que se le reunirán con todos sus encantos primitivos, están las Hur al Uyún, o huríes, así llamadas por sus grandes ojos negros: seres resplandecientes, sin ninguno de los defectos o fragilidades de la naturaleza humana, siempre jóvenes y bellas y capaces de recuperar continuamente su virginidad. Cada creyente puede disponer de setenta y dos huríes. Las relaciones con ellas serán fecundas o no, según su deseo, y el fruto de su unión alcanzará en una hora la misma estatura que los padres.

Para que el verdadero creyente pueda disfrutar adecuadamente los placeres de esta región dichosa, se levantará del sepulcro en la plenitud de su fuerza, con treinta años de edad, y tendrá la misma estatura de Adán, es decir, treinta codos; todas sus facultades se encontrarán en

un estado de perfección preternatural; tendrá la habilidad de cien hombres y sus deseos y apetitos no se saciarán al conseguir su satisfacción, sino que se irán intensificando cada vez más.

Estos y semejantes placeres se prometen a los fieles. Pero hay grados en el placer, como en el mérito. Respecto a los goces destinados a los más perfectos, Mahoma tuvo que reconocer que no había posibilidad de describirlos adecuadamente y prefirió recurrir al texto de las Escrituras cuando habla de las cosas que «el ojo no ha visto, el oído no ha escuchado y la mente humana es incapaz de concebir».

Los comentaristas de la ley mahometana no están de acuerdo sobre el significado general de este sistema de recompensas y castigos. Unos lo entienden en sentido figurativo, otros en sentido literal. Los primeros dicen que el Profeta hablaba en parábolas, para adaptarse al temperamento tosco y sensual de sus oyentes; afirman que las alegrías del cielo serán tanto espirituales como corporales, pues la resurrección es en cuerpo y alma. El alma se complacerá en el progreso sobrenatural y en la utilización de todas sus facultades; en el conocimiento de todos los secretos de la naturaleza, en la revelación plena de todo lo pasado, presente y futuro. Por otra parte, los placeres del cuerpo se acomodarán a sus distintos sentidos y alcanzarán un grado de perfección sobrenatural.

Según esta misma corriente, la descripción de la Gehena es también figurativa; los tormentos del alma consistirán en la angustia del remordimiento perpetuo por los delitos cometidos y en una profunda y creciente desesperación por haber perdido el cielo; los tormentos corporales serán unos dolores insoportables e interminables.

Los otros especialistas, que interpretan todo en sentido literal, pasan por ser los más ortodoxos y sus seguidores son, con mucha diferencia, los más numerosos. La mayoría de los detalles del sistema de recompensas y castigos, como ya hemos indicado, refleja una estrecha afinidad con las supersticiones de los magos y de los rabinos judíos. Las huríes, o ninfas de ojos negros que tan importante papel desempeñan en el paraíso musulmán, parecen ser idénticas a las Huram Behest de los magos persas. Los investigadores cristianos acusan a Mahoma de haber tomado gran parte de su descripción del cielo del relato del Apocalipsis sobre la nueva Jerusalén, introduciendo algunas variaciones, como los joyeros sin conciencia cuando retocan las joyas robadas.

EL SEXTO Y ÚLTIMO ARTÍCULO de la fe islámica es la predestinación. En él basó Mahoma el triunfo de sus empresas militares. Según él, todo acontecimiento está predeterminado por Dios y está escrito en la tablilla eterna antes de la creación del mundo. El destino de cada individuo y la hora de su muerte estaban fijados de forma irrevocable y no podían sufrir la menor variación como consecuencia del esfuerzo, de la sagacidad o de la previsión del hombre. Con esta convicción, los musulmanes entraban en el campo de batalla sin riesgo; y como la muerte en la batalla equivalía al martirio y les daba derecho a entrar inmediatamente en el paraíso, tanto si morían como si vencían tenían la seguridad de salir ganando.

Esta doctrina —según la cual los hombres, a pesar de su libre voluntad, no pueden evitar ni el pecado ni el castigo— resulta para muchos musulmanes contradictoria con la justicia y la clemencia de Dios. Han aparecido varias sectas que intentan quitar fuerza o prescindir de este dogma inquietante. Pero el número de quienes expresan estas dudas es muy reducido y no se les considera como musulmanes ortodoxos.

La doctrina de la predestinación fue una de las revelaciones de Mahoma que podrían considerarse casi como milagros por la oportunidad con que se produjeron. Esta le llegó inmediatamente después de la desastrosa batalla de Uhud, en la que murieron muchos de sus seguidores, entre ellos su tío Hamza. En aquel momento de tristeza y desaliento, cuando los seguidores que le rodeaban estaban descorazonados, promulgó una ley que decía que todo hombre muere en la hora señalada, tanto si está en la cama como en el campo de batalla. Declaró, además, que el ángel Gabriel le había anunciado la recepción de Hamza en el séptimo cielo, con el título de «León de Dios y del Profeta». Añadió, mientras contemplaba los cadáveres: «Soy testigo de que éstos y todos los que han muerto por la causa de Dios aparecerán cubiertos de gloria en la resurrección, con sus heridas brillantes como el bermellón y aromáticas como el almizcle.»

No podía presentarse doctrina más oportuna, para una frenética carrera de conquistas y para un grupo de soldados ignorantes y depredadores, que esta garantía de cobrar el botín si sobrevivían y de conseguir el paraíso si caían.[35] Esta convicción hizo a los ejércitos musulmanes casi irresistibles; pero contenía también el veneno que iba a destruir su dominio. Desde el momento en que los sucesores del Profeta dejaron de ser agresores y conquistadores y envainaron la espada para siempre, la doctrina de la predestinación comenzó a tener consecuencias negativas. Relajados por la paz y los placeres permitidos por el Corán —en lo que se advierte una clara diferencia con la religión pura y abnegada del Mesías—, los musulmanes consideraron cada revés como preestablecido por Alá e inevitable; todo esfuerzo y previsión eran inútiles. «Ayúdate y Dios te ayudará» es un precepto que nunca tuvo vigencia entre los seguidores de Mahoma. Por eso, su destino ha sido una constante decadencia. La media luna ha menguado ante la cruz, y existe en Europa, donde antes fue tan importante, únicamente por la tolerancia o, mejor, por los celos de las grandes potencias cristianas. Es probable que, antes de no mucho tiempo, constituya otra ilustración de que «el que a espada mata, a espada muere».

La práctica religiosa

Los artículos de la práctica religiosa son cuatro: oración (en la que se incluye la ablución), limosna, ayuno y peregrinación.

LA ABLUCIÓN aparece como preparativo para las *oraciones*, pues la pureza del cuerpo se considera representativa de la pureza del alma. El

Corán describe esta ceremonia con sorprendente precisión. La cara, brazos, codos, pies y una cuarta parte de la cabeza deben lavarse una sola vez; las manos, boca y narices, tres veces; los oídos deben humedecerse con el agua que quede después de lavarse la cabeza; los dientes deben limpiarse con un cepillo. La ablución comienza por la derecha y termina por la izquierda; al lavarse las manos y los pies se comienza por los dedos; cuando no hay agua, se puede usar arena de grano fino.

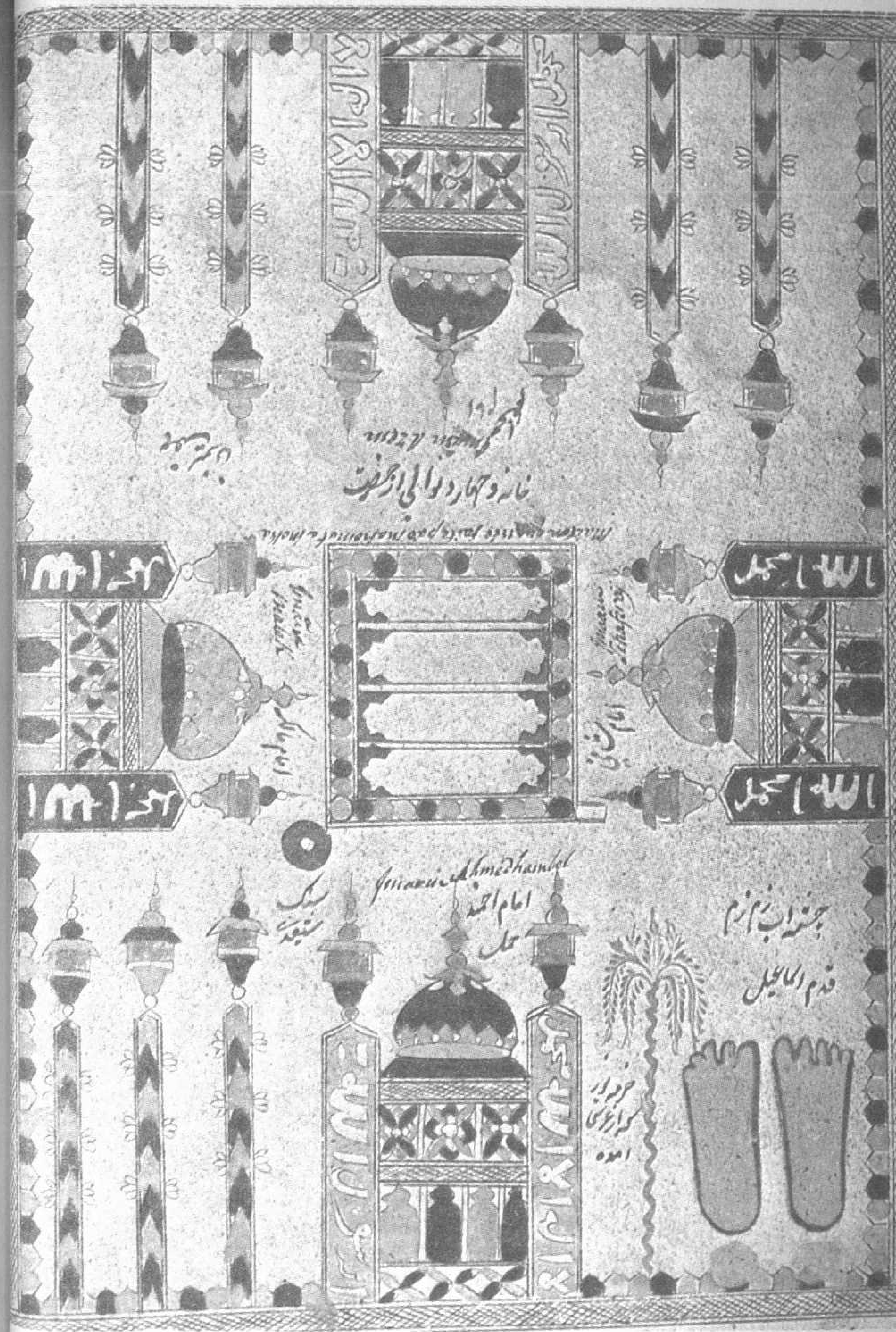
LA ORACIÓN debe realizarse cinco veces al día: la primera, por la mañana, antes de la salida del sol; la segunda, al mediodía; la tercera, por la tarde antes de la puesta de sol; la cuarta, al atardecer, entre la puesta del sol y la noche cerrada; la quinta, entre el ocaso y la primera guardia nocturna. Muchos realizan una sexta oración voluntaria entre la primera guardia nocturna y el amanecer. Estas oraciones sólo son repeticiones de la misma exclamación de la alabanza: «¡Dios es grande! ¡Dios es poderoso! ¡Dios es poderoso!», y los escrupulosos las van contando con todo esmero. Pueden realizarse en la mezquita o en cualquier lugar puro. Durante la oración, los ojos están orientados hacia la Qibla, o punto del cielo en dirección a La Meca, que aparece indicado en cada mezquita por un nicho llamado Al Mihrab, y en el exterior por la posición de los minaretes y puertas. También se establecen las posturas que se deben adoptar mientras se reza. El acto más solemne de adoración consiste en doblar la frente hasta el suelo. Las mujeres no deben alargar los brazos hacia adelante, sino mantenerlos doblados en el pecho. Tampoco deben hacer inclinaciones tan profundas como las de los hombres. Deben rezar en voz baja. No pueden acompañar a los hombres a la mezquita, para que las mentes de los fieles no se distraigan de sus devociones. Al dirigirse a Dios, los fieles deben hacerlo con humildad, prescindiendo de adornos y atavíos suntuosos.

Muchas de las observancias mahometanas relacionadas con la oración eran semejantes a las practicadas con anterioridad por los sabeos; otras coincidían con los ceremoniales prescritos por los rabinos judíos. Así ocurría con las posturas, inclinaciones y postraciones y con la orientación hacia la Qibla, aunque en el caso de los judíos se volvían hacia el templo de Jerusalén.

La oración es, para los musulmanes, una práctica diaria, pero los viernes hay un sermón en la mezquita. Este día solía tenerse como sagrado entre las naciones orientales, por considerar que era el día de la creación del hombre. Los idólatras sabeos lo consagraban a Astarté, o Venus, el más bello de los planetas y la más brillante de las estrellas. Mahoma lo adoptó como su sábado propio, en parte quizá por costumbre, pero sobre todo para señalar las diferencias con el sábado de los judíos y el domingo de los cristianos.

EL SEGUNDO ARTÍCULO de la práctica religiosa es la *caridad* o la limosna. Hay dos clases de limosnas, a saber: las impuestas por la ley, llamadas

Miniatura de una guía ilustrada para peregrinos, del siglo XVIII, en la que se describe el templo sagrado de La Meca, con la Kaaba en el centro. Biblioteca Bodleyana, Oxford. ▶



Zacat (azaque), como los diezmos de la Iglesia cristiana, que deben hacerse en proporciones preestablecidas, en dinero, mercancías, ganado, cereales o fruta; y los donativos voluntarios, llamados Sadakat, hechos según el criterio del donante. El buen musulmán debe ofrecer una décima parte de su renta para aliviar las necesidades de los indigentes.

EL TERCER ARTÍCULO de la práctica es el *ayuno*, que parece también inspirado en el de los judíos. Todos los años, durante los treinta días del mes de Ramadán, el verdadero creyente debe abstenerse, desde la salida a la puesta de sol, de toda comida y bebida, de los baños y perfumes, de las relaciones sexuales y de todas las demás satisfacciones y placeres de los sentidos. Se considera que esta práctica significa un gran triunfo de la renuncia personal, que sirve para someter los diversos apetitos y para purificar el cuerpo y el alma. De estos tres artículos de la práctica el príncipe Abd Al Aziz solía decir: «La oración nos permite recorrer la mitad del camino que nos separa de Dios; el ayuno nos acerca a su puerta y las limosnas nos introducen en su presencia.»

LA PEREGRINACIÓN es el *cuarto gran deber práctico* impuesto a los musulmanes. Todo verdadero creyente debe peregrinar a La Meca una vez en su vida, bien personalmente o por delegación. En este último caso, su nombre debe mencionarse en cada oración ofrecida por su sustituto. La peregrinación sólo es obligatoria para las personas libres de edad madura, que estén en sus cabales y que tengan la salud y los medios suficientes para soportar las fatigas y los gastos del viaje. Antes de marchar de casa, el peregrino deja arreglados todos sus asuntos, públicos y familiares, como si se preparara para morir.

El día señalado, que es un martes, un jueves o un sábado, convoca a sus esposas, hijos y a todos los que conviven con él y pide a Dios que guarde sus personas y bienes durante su ausencia. Luego, pasando un extremo de su turbante por debajo de la barbilla hasta el otro lado de la cabeza y cogiendo un grueso bastón se despide de su familia y sale de la vivienda diciendo: «En nombre de Dios inicio esta santa empresa, confiando en su protección. Creo en él y pongo en sus manos mis acciones y mi vida.»

Una vez fuera de casa, se vuelve hacia la Qibla, repite algunos pasajes del Corán y añade: «Vuelvo mi rostro a la Santa Kaaba, el trono de Dios, para realizar la peregrinación, impuesta por su ley y que me permitirá acercarme a él.»

Finalmente coloca el pie en el estribo, monta en la silla, se vuelve a encomendar al Dios todopoderoso, sabio y misericordioso y comienza su peregrinación. El tiempo de la salida se calcula de tal manera que se pueda llegar a La Meca al comienzo del mes de peregrinación.

Durante su viaje debe observar tres leyes:

1. No iniciar ninguna pelea.
2. Soportar con mansedumbre todas las injurias.
3. Promover la paz y la buena voluntad entre sus compañeros de caravana.

Además, debe ser generoso en sus donativos y obras de caridad mientras dure la peregrinación.

Al llegar a un lugar próximo a La Meca, se deja crecer el pelo y las uñas, se desnuda y se coloca el *Ihram* o vestido de peregrino, consistente en dos pañuelos, sin costuras ni motivos decorativos y de cualquier tejido que no sea la seda. Uno de ellos se enrolla alrededor de la cintura, y el otro se deja caer sobre el cuello y los hombros, dejando libre el brazo derecho. La cabeza debe ir descubierta, pero los ancianos y los enfermos pueden protegérsela en consideración de las limosnas dadas a los pobres. Pueden utilizarse sombrillas como protección frente al sol, y los peregrinos sin medios económicos pueden utilizar en sustitución de las mismas un paño colocado en el extremo de un palo.

El empeine debe ir descubierto y para ello se utilizan unas sandalias especiales o se corta un trozo de la parte superior del zapato.

El *ihram* de las mujeres es un manto amplio y un velo que las rodea por completo, de manera que queden cubiertos los tobillos, las muñecas y hasta los ojos.

Una vez utilizado, el *ihram* debe llevarse hasta que termine la peregrinación, por muy mal tiempo que haga. Al llevarlo, el peregrino debe abstenerse de todo lenguaje licencioso, de todo contacto sensual, de toda pelea y acto de violencia, no debe matar ni siquiera a un insecto que le esté molestando, aunque hay una excepción para con los perros, los escorpiones y las aves de presa.

Al llegar a La Meca, el peregrino deja su equipaje en algún lugar y, sin hacer ninguna gestión de tipo mundano, se encamina directamente a la Kaaba, dirigido por uno de los *Mutawwifs*, o guías, que se ofrecen en todo momento a ayudar a los peregrinos.

Entra en la mezquita por la Bab el Salam, o Puerta del Saludo, se postra cuatro veces y repite unas oraciones al pasar por debajo del arco. Al llegar a la Kaaba, se postra otras cuatro veces ante la piedra negra y luego la besa; o, si la multitud se lo impide, la toca con la mano derecha y luego se besa la mano. Después, dejando siempre el edificio a mano izquierda, da las siete vueltas; las tres primeras aprisa, las cuatro últimas con paso lento y solemne. Repite algunas oraciones en voz baja, y besa la piedra negra o la toca al finalizar cada vuelta.

El *Tawaf*, o procesión alrededor de la Kaaba, era una antigua ceremonia observada desde mucho antes de Mahoma, y realizada por ambos sexos totalmente desnudos. Mahoma prohibió esta exhibición y mandó utilizar el *ihram*, o traje del peregrino. Las mujeres suelen hacer el *tawaf* durante la noche, aunque en algunos casos lo hacen durante el día, mezcladas con los hombres.[36]

Una vez terminadas las siete vueltas, el peregrino aprieta el pecho contra el muro, en el tramo comprendido entre la piedra negra y la puerta de la Kaaba, y con los brazos extendidos reza pidiendo perdón de sus pecados.

Luego se dirige a la Maqam, o lugar de Abrahán, se postra cuatro veces, reza por intermedio del patriarca, va al pozo de Zem Zem y bebe todo el agua que puede consumir.

Durante todas estas ceremonias, los peregrinos inexpertos tienen a su lado un guía o *mutawwif*, que les va indicando las oraciones que

tienen que repetir. Este les conduce luego fuera de la mezquita por la puerta de Bab el Safa y los lleva a una pequeña elevación situada a unos cincuenta pasos, la llamada colina de Safa. El peregrino reza con los brazos levantados y comienza una marcha sagrada llamada *Saa* o *Say*. Avanza por una calle recta y llana, llamada Al Masaa, de unos seiscientos pasos de longitud, bordeada de tiendas y que finaliza en un lugar llamado Marwa. El recorrido del *Say* se hace en conmemoración de Agar, que anduvo errante por aquel mismo lugar buscando agua para su hijo Ismael. Por eso, el peregrino camina a veces despacio, con aire inquisitivo, luego va corriendo hasta un determinado lugar y de nuevo vuelve a caminar despacio, deteniéndose a veces y mirando hacia atrás con nerviosismo.

Después de recorrer esta calle siete veces en las dos direcciones, el peregrino entra en una peluquería de Marwa; se afeita la cabeza y se arregla las uñas, mientras el barbero va rezando y el peregrino repite sus mismas oraciones. Los restos del afeitado y el corte de uñas se entierran en lugar consagrado, dándose por terminados los deberes esenciales de la peregrinación.[37]

El noveno día del mes de Al Dul Hichcha, los peregrinos acuden en forma tumultuosa a visitar el monte Arafat, donde permanecen hasta la puesta del sol; luego pasan la noche en oración en una capilla llamada Muzdalifa, y antes de la salida del sol parten hacia el valle de Mina, donde arrojan siete piedras contra tres pilares, a imitación de Abrahán, y algunos dicen que también de Adán, que alejaron al diablo de aquel lugar con piedras para que no les distrajera en sus devociones. Estas son las ceremonias principales que forman el gran rito musulmán de la peregrinación; pero, antes de concluir este resumen de la fe islámica y poner fin a este relato legendario de su fundador, debemos mencionar una de las innovaciones introducidas por éste y que ha producido gran confusión entre sus seguidores y graves molestias a los piadosos peregrinos.

El año árabe consta de doce meses lunares, de treinta o veintinueve días; esto significa que el año tiene un total de trescientos cincuenta y cuatro días, once días menos que el año solar. Para compensar esta diferencia, se añadía un mes cada tres años (con el mismo fin con que el calendario cristiano añade un día los años bisiestos). Pero Mahoma no sabía mucho de astronomía y prescindió de este mes intercalado, por considerarlo en contra del orden divino de las revoluciones de la Luna, y reformó el calendario tras una revelación divina ocurrida en su última peregrinación. Aparece en el capítulo noveno del Corán, redactada en los siguientes términos:

«El número total de meses es de doce, como estableció Alá y aparece registrado en las tablillas eternas[38] desde el día en que creó el cielo y la tierra.

»No se puede cambiar un mes sagrado por otro, pues esto es una innovación de los infieles.»

Así pues, el número de días perdidos en 33 años asciende a 363. Después de cada treinta y tres años, para compaginar la era mahometana con la cristiana, hay que añadir un año intercalado. Un gran inconveniente derivado de esta revelación del Profeta es que los meses musulmanes no corresponden siempre a la misma estación, pues cada año comienza once días antes que el anterior. En algunas épocas esto crea graves dificultades a los peregrinos de La Meca, pues el mes de Dul Hichcha, durante el que tienen obligación de llevar el *ihram*, lo que significa que deben ir medio desnudos, puede caer en cualquier estación: lo mismo en pleno verano que en lo más crudo del invierno. Así pues, aunque Mahoma, según un relato legendario, podía dar órdenes a la Luna y hacerla girar en torno al recinto, no pudo controlar sus revoluciones mensuales alrededor de la Tierra. Así quedó demostrado que la ciencia de los números es superior incluso al don de la profecía y desafía a los milagros.

Notas

1. *Mohammed der Prophet, sein Leben mod seine Lehre.* Stuttgart, 1843.
2. Además de los árabes de la península, todos ellos de raza semita, había otros llamados kusitas, descendientes de Kus, hijo de Cam. Ocupaban las orillas del Eufrates y el golfo Pérsico. El nombre de Kus se atribuye con frecuencia, en las Escrituras, a los árabes en general, así como a su país. Deben de ser los árabes de esta raza los que recorren en la actualidad las regiones desérticas de la antigua Asiria y han colaborado recientemente en la excavación de las ruinas de Nínive. Algunas veces se les llama sirio-árabes. La presente obra se refiere únicamente a los árabes de la península, o Arabia propiamente dicha.
3. Jarán, Kanné y Edén, puertos situados en el océano Indico.
4. En verano, dice Burckhardt, los árabes errantes casi nunca permanecen más de tres o cuatro días en el mismo lugar; en cuanto su ganado ha consumido las hierbas que crecen junto a un manantial, la tribu se traslada en busca de nuevos pastos. La hierba vuelve a crecer y sirve para un nuevo campamento. Los campamentos varían en cuanto al número de tiendas, que pueden ir desde seis a ochocientas; cuando las tiendas son muy pocas, se colocan en círculo; cuando el número es mayor, suelen disponerse en línea recta o en una fila de tiendas individuales, sobre todo si es siguiendo el cauce de un arroyo. En invierno, cuando el agua y los pastos no se agotan nunca, toda la tribu se dispersa por la llanura en grupos de tres o cuatro tiendas, separados entre sí por una distancia que pueda recorrerse aproximadamente en media hora. La tienda del jeque está siempre en la parte en que es más probable la llegada de enemigos o de huéspedes. El principal cometido del jeque es resistir a los primeros y agasajar a los segundos. Cada padre de familia clava su lanza en el suelo al lado de su tienda y ata el caballo delante de ella. Allí reposan también sus camellos por la noche. (Burckhardt: *Notes on Bedouins,* vol. I, p. 33.)

   El párrafo siguiente es una descripción de los árabes de Asiria, aunque se puede aplicar, en gran medida, al conjunto de la raza.

   «Sería difícil describir la imagen de una gran tribu cuando emigra en busca de nuevos pastos. Nos encontramos en seguida en medio de rebaños de ovejas y de camellos que cubrían un gran espacio. Hasta donde llegaba la vista, a la derecha, a la izquierda y delante, no se veía más que aquella inmensa muchedumbre en movimiento. Largas hileras de asnos y bueyes, cargados con tiendas negras, grandes calderos y abigarradas alfombras; ancianas y ancianos, incapaces de caminar, sujetos al montón de muebles domésticos; niños encaramados en las alforjas, sacando sus cabecitas por la pequeña abertura, llevando como equilibrio cabritos o corderos al lado contrario; muchachas vestidas únicamente con la ceñida camisa árabe, que exhibía más que ocultaba sus agradables formas; madres con sus hijos al hombro; muchachos dirigiendo rebaños de corderos; jinetes armados con sus largas lanzas coronadas por penachos; otros jinetes azuzando a sus dromedarios con

sus bastones puntiagudos y llevando a sus corceles de pura sangre por el cabestro; potros trotando entre el gentío; así era la abigarrada multitud que teníamos que atravesar.» *(Layard's Nineveh,* I. 4.)
5. *Génesis* 16, 12.
6. Los Bani Saad (o hijos de Saad) proceden de la más remota Antigüedad y, junto con los árabes katanes, son los únicos supervivientes de las tribus primitivas de Arabia. Su valle está entre las montañas que desde el Taif se dirigen hacia el sur. (Burckhardt, *op. cit.,* vol. II, p. 47.)
7. Según algunos, estos dos nombres corresponden a dos monjes que mantuvieron conversaciones con Mahoma.
8. La conversión de Abrahán de la idolatría en que había caído el mundo después del Diluvio aparece relatada en el sexto capítulo del Corán. El padre de Abrahán, Azar o Téraj, según lo llaman las Escrituras, era adorador de estatuas e ídolos.

   «Y Abrahán dijo a su padre, Azar: "¿Por qué tomas por dioses a imágenes esculpidas? En verdad, tú y tu pueblo estáis en el error."

   »Entonces se abrió ante Abrahán el firmamento del cielo, para que viera cómo estaba gobernado el mundo.

   »Cuando llegó la noche y las tinieblas cubrieron la tierra, vio una estrella resplandeciente brillando en el firmamento y gritó a su pueblo, que era un pueblo de astrólogos: "Esto, según vosotros, es el Señor."

   »Pero luego la estrella desapareció, y Abrahán dijo: "No creo en dioses que desaparecen."

   »Vio salir la luna y exclamó: "Sin duda, esto es el Señor." Pero también la luna desapareció y él se quedó confundido, diciendo: "Ayúdame para que no me vaya por le mal camino, como estos pueblos."

   »Cuando vio salir el sol, exclamó: "Este es el más resplandeciente de todos; éste, sin duda, es el Señor." Pero también el sol se puso. Entonces dijo Abrahán: "Pueblo mío, no creo en esas cosas que vosotros llamáis dioses. Vuelvo mi rostro hacia El, el Creador, que ha hecho los cielos y la tierra."»
9. *Mixkat-al-Masabih,* vol. II, p. 812.
10. Gustav Weil, en una nota de su obra, *Mohammed der Prophet,* examina el problema de los posibles ataques de epilepsia de Mahoma, que en general se han considerado como una calumnia de sus enemigos y de los escritores cristianos. Pero parece que la afirmación se encuentra ya en algunos de los biógrafos musulmanes más antiguos, que citan a personas que le conocían bien. Según ellos, experimentaba violentos temblores, seguidos por una especie de desmayo, o más bien de convulsión, durante la que sudaba abundantemente por la frente, aunque la temperatura fuera gélida; se quedaba en el suelo con los ojos cerrados, echando espuma por la boca y bramando como un camello joven. Aixa, una de sus esposas, y Zaid, uno de sus discípulos, figuran entre las personas citadas como testigos de estas manifestaciones. Consideraban que en aquellos momentos estaba bajo la influencia de una revelación. Tuvo estos ataques en La Meca antes de que se le revelara el Corán. Jadicha temía que estuviera poseído por los malos espíritus y trató de llamar a un exorcista para que los expulsara, pero él se lo prohibió. Mahoma no quería que nadie le viera durante aquellos paroxismos. Pero no todas sus visiones estuvieron precedidas por los citados signos. Harit Ibn Haxim le preguntó una vez cómo eran las revelaciones. «Muchas veces —replicó él— el ángel se me aparece en forma humana y habla conmigo. Otras veces oigo sonidos como el repicar de una campana, pero no veo nada. [Uno de los síntomas de la epilepsia es un zumbido en los oídos.] Cuando se marcha el ángel invisible me siento poseído por lo que él ha revelado.» Algunas de sus revelaciones, según sus palabras, las recibió direc-

tamente de Dios; otras, en sueños. Los sueños de los profetas, solía decir, son revelaciones.
Esperamos que esta nota ayude al lector a entender algo mejor la enigmática carrera de este hombre extraordinario.

11. Niebuhr (*Viajes*, vol. II) habla de la tribu de Harb, que poseía varias ciudades y pueblos en las tierras altas de Hichaz, cadena montañosa situada entre La Meca y Medina. Sus hombres construyen castillos sobre rocas escarpadas y atacan y obligan a pagar tributos a las caravanas. Se supone que esta tribu recibe su nombre del padre de Abu Sufián, como la gran familia de los Omeyas lo recibió de su abuelo.
12. Por error de los traductores, Alí aparece a veces acompañando su oferta de adhesión con una extravagante amenaza contra todos los que se opongan a Mahoma.
13. *Corán*, cap. II.
14. Procedente de la palabra árabe *Qara*, que significa «leer» o «enseñar».
15. *Corán*, cap. V.
16. Algunos etimólogos derivan la palabra «Islam» de *Salam* o *Aslama*, que significa «salvación». Los cristianos han derivado de él el término *islamismo*, y los judíos lo han convertido en *Ismailismo*, utilizándolo como reproche, pues hace alusión al origen de los árabes en cuanto descendientes de Ismael.
De la palabra «Islam» los árabes derivaron los términos *Moslem* o *Muslim* y *Musulman*, o profesor de la fe del Islam. Estos términos son así en singular y dan *Musliman* en el dual y *Muslimin* en el plural. Los franceses y algunos otros pueblos siguen las peculiaridades de su propio idioma al adoptar o traducir los términos árabes, y forman el plural añadiendo la letra s *(Musulman/Musulmans)*. Algunos autores ingleses, Gibbon sobre todo, los han imitado, creyendo que seguían así la costumbre árabe. Sin embargo, la mayoría de los autores ingleses sigue las peculiaridades de su propia lengua: *Moslem* y *Moslems, Musulman* y *Musulmen;* este uso resulta más armónico.
17. La Mishná de los judíos, como la Sunna de los musulmanes, es una colección de tradiciones que forman la Ley Oral. Fue compilada en el siglo II por Judah Hakkodish, culto rabbí judío, durante el reinado del emperador romano Antonino Pío.
El Talmud de Jerusalén y el Talmud de Babilonia son comentarios sobre la Mishná. El primero fue compilado en Jerusalén unos trescientos años después de Cristo, y el segundo en Babilonia, unos dos siglos más tarde. La Mishná es el texto más antiguo de los judíos, exceptuando la Biblia.
18. Para hacer ver el complicado laberinto de doctrinas enfrentadas en que Mahoma tuvo que adquirir sus ideas sobre la fe cristiana, señalamos los puntos principales de las sectas rivales de los cristianos orientales mencionadas en el artículo antes citado, todas ellas consideradas como heréticas o cismáticas.
Los sabelianos, así llamados por el nombre de su fundador, Sabelio, sacerdote libio del siglo III, creían en la unidad de Dios y decían que la Trinidad sólo expresaba tres estados diferentes o relaciones, Padre, Hijo y Espíritu Santo, todos los cuales no formaban más que una única sustancia, de la misma manera que un solo hombre consta de cuerpo y alma. Los arrianos, o seguidores de Arrio, eclesiástico de Alejandría en el siglo IV, decían que Cristo era el Hijo de Dios, pero distinto de él e inferior a él, y negaban que el Espíritu Santo fuera Dios. Los nestorianos, seguidores de Nestorio, obispo de Constantinopla en el siglo V, decían que Cristo tenía dos naturalezas distintas, divina y humana; que María era sólo su madre y que Jesús era un hombre, por lo que suponía una aberración denominarla, como era costumbre en la Iglesia, madre de Dios. Los monofisitas proclamaban la naturaleza

única de Cristo, como indica su nombre; afirmaban que era una mezcla de Dios y hombre, tan interpenetrados y unidos que formaban una única naturaleza. Los eutiquianos, seguidores de Eutiques, abad de un convento de Constantinopla en el siglo V, eran una rama de los monofisitas, explícitamente opuestos a los nestorianos; negaban la doble naturaleza de Cristo, declarando que era totalmente Dios antes de la encarnación y totalmente hombre durante la encarnación. Los jacobitas, seguidores de Jacobo, obispo de Edesa (Siria) en el siglo VI, eran una rama numerosa de los monofisitas, que se distinguían muy poco de los eutiquianos; la mayoría de las tribus cristianas árabes era jacobita. Los marianitas, o adoradores de María, consideraban que la Trinidad estaba formada por Dios Padre, Dios Hijo y Dios la Virgen María. Los colidirios eran una secta de cristianos árabes formada principalmente por mujeres; adoraban a la Virgen María en cuanto dotada de divinidad y le ofrecían unas pastas retorcidas, llamadas *collyris*, de donde procede su nombre. Los nazareos o nazarenos eran una secta de cristianos judíos que consideraban a Cristo como Mesías, nacido de una Virgen por obra del Espíritu Santo y poseedor en parte de una naturaleza divina; pero en todos los demás aspectos seguían los ritos y ceremonias de la ley mosaica. Los ebionitas, seguidores de Ebion, judío converso que vivió en el siglo I, eran también una secta de cristianos judaizantes, muy parecidos a los nazarenos. Creían que Cristo era sólo hombre, el mayor de los profetas, pero negaban que tuviera existencia antes de que naciera de la Virgen María. Esta secta, como la de los nazarenos, tenía muchos adeptos en Arabia. Podrían enumerarse muchas otras sectas, como las de los corintios, maronitas y marcionitas, que recibían su nombre de sus fundadores; y las de los docetas y gnósticos, que se subdividían en otras sectas. Algunos de ellos afirmaban la pureza inmaculada de la Virgen María, considerando que su concepción y alumbramiento fueron algo parecido a la transmisión de los rayos de la luz a través de un cristal, sin dañar su virginidad, opinión todavía defendida vigorosamente por los católicos españoles. La mayoría de los docetas afirmaba que Jesucristo era de naturaleza totalmente divina; que los judíos crucificaron sólo a un fantasma, una simple forma sin sustancia, y que la crucifixión y la resurrección fueron sólo manifestaciones místicas engañosas hechas por el bien de la raza humana. Los capocratianos, basilidianos y valentinianos recibían sus nombres de tres polemistas egipcios y afirmaban que Jesucristo no era más que un mortal, sabio y virtuoso, hijo de José y María, elegido por Dios para reformar e instruir a la humanidad, pero al que se le comunicó una naturaleza divina al llegar a la mayoría de edad, en el momento del bautismo a manos de San Juan. La primera parte de esta fe, que es la de los ebionitas, ha vuelto a renacer entre los cristianos unitarios, secta protestante cada vez más numerosa en nuestros días.
Basta con echar una ojeada a estas disensiones, que no hemos dispuesto en orden cronológico, pero que conmovieron a la primitiva Iglesia cristiana y seguían existiendo en la época de Mahoma, para eximirle de toda acusación de blasfemia consciente en las opiniones que difundió sobre la naturaleza y misión de nuestro Salvador.
19. Las siguientes palabras de Mahoma, recogidas por uno de sus discípulos, parecen inspirarse en un pasaje de Mateo 25, 35-45:
«En verdad, Dios dirá el día de la resurrección: "¡Oh, hijos de Adán! Estuve enfermo y no me visitasteis." Entonces ellos dirán: "¿Cómo íbamos a visitarte, a ti, que eres el Señor del Universo y estás libre de enfermedad?" Y Dios responderá: "¿No sabíais que uno de mis siervos estaba enfermo y sin embargo no fuisteis a visitarle? Si hubiérais visitado a aquel siervo, se os habría considerado como una obra buena." Y Dios dirá: "¡Oh hijos de Adán!

Os pedí de comer, y no me disteis." Y los hijos de Adán dirán: "¿Cómo podíamos darte de comer, si sabemos que eres el que sostiene el Universo y no puedes pasar hambre?" Y Dios dirá: "Uno de mis siervos os pidió pan y se lo negasteis. Si le hubierais dado de comer, habríais recibido mi recompensa." Y Dios dirá: "¡Oh, hijos de Adán!, os pedí agua y no me la disteis." Ellos responderán: "Oh tú, que eres el fundamento de nuestro ser! ¿Cómo íbamos a darte agua si eres el fundamento del Universo y no puedes pasar sed?" Y Dios dirá: "Uno de mis siervos os pidió agua y vosotros no se la disteis. Si lo hubierais hecho, habríais recibido mi recompensa."»

20. Los milagros aquí citados no aparecen en las páginas del preciso Abulfeda ni en ninguno de los autores musulmanes serios; pero existen en la tradición y se describen con gran detalle en los autores apócrifos, que insisten en que se alude a ellos en el capítulo cincuenta y cuatro del Corán. Deben de tener tanto de verdaderos como muchos otros de los prodigios atribuidos al Profeta. Recordemos que él solamente hablaba de un único milagro, el Corán.

21. La creencia en los genios estaba muy extendida en Oriente mucho antes de la época de Mahoma. Se suponía que habitaban en los lugares solitarios, sobre todo al caer la noche, superstición que concuerda con los hábitos y conceptos de los habitantes de países desiertos y solitarios. Los árabes suponían que todos los valles y las tierras estériles tenían su tribu de genios, que estaban sometidos a un espíritu dominante y rondaban por la noche para perseguir a los peregrinos y a los viajeros. Por eso, cuando éstos llegaban a un valle solitario al caer de la tarde, solían suplicar al espíritu principal, o señor del lugar, que los protegiera de los malos genios a él sometidos. Las columnas de polvo formadas por los remolinos de viento y que atraviesan el desierto se cree que están producidas por algún mal genio o duende de tamaño gigantesco. Las serpientes que de vez en cuando invadían las casas serían también genios; unos infieles y otros creyentes. Mahoma aconsejaba a sus fieles que no se precipitaran a matar a las serpientes que encontraran en casa. «Dile que se vaya; si no obedece, mátala, pues es señal de que es un simple reptil o un genio infiel.»

Se dice que en tiempos pasados los genios habitaban en el cielo, pero que fueron expulsados por sus intromisiones y por su carácter curioso y fisgón. Muchas veces han intentado trepar hasta las constelaciones para, desde allí, poder contemplar el cielo y ver y oír lo que en él ocurre. Sin embargo, los expulsan de allí ángeles con espadas de fuego. Los meteoros, conocidos con el nombre de estrellas fugaces, serían como flechas lanzadas por los ángeles guardianes contra estos genios intrusos.

Otras leyendas dicen que la tierra estaba poblada originariamente por estos genios, pero que se rebelaron contra el Altísimo y se hicieron con el dominio de la tierra, que conservaron durante dos mil años. Por fin, Azazil, o Lucifer, vino a enfrentarse con ellos y los derrotó, arrojando a su poderoso rey Gian ben Gian, creador de las pirámides, cuyo escudo de poder talismánico fue luego a parar a manos del rey Salomón, dándole poder sobre los hechizos y encantos de los magos y genios malos. Los espíritus rebeldes, derrotados y humillados, fueron arrojados a un lugar recóndito de la tierra. Luego creó Dios al hombre, con capacidades y poderes menos peligrosos, y le encargó que habitara el mundo.

Los ángeles, según la concepción musulmana, fueron creados a partir de brillantes piedras preciosas; los genios, con fuego sin humo, y Adán, con barro. En el capítulo setenta y dos del Corán, Mahoma alude a la visita de los genios en el valle de Najla, y pone en su boca esta descripción de sí mismos: «En el pasado tratamos de curiosear lo que ocurría en el cielo, pero comprobamos que estaba guardado por ángeles con espadas de fuego; y nos sentamos en algunos de sus asientos para oír lo que decían sus habitantes; pero quien desea escuchar ahora encuentra una llama allí dispuesta para proteger los lugares celestes. Algunos de nosotros somos musulmanes, pero hay otros que no quieren seguir por el buen camino. Todo el que abraza el islamismo busca la dirección verdadera; pero los que van por el mal camino serán pasto del fuego de la Gehena.»

22. Hay tres cosas, dicen los doctores musulmanes, a las que Dios siempre atiende gustoso: la voz del que lee el Corán, de quien reza pidiendo perdón y de este gallo que canta la gloria del Altísimo. Cuando se acerque el último día, siguen diciendo, Alá indicará al gallo que cierre sus alas y deje de cantar. Entonces dejarán de cantar todos los gallos de la tierra y su silencio será señal de que está próximo el día del juicio.

El doctor Humphrey Prideaux, deán de Norwich, en su *Vida de Mahoma* le acusa de haber copiado la imagen del gallo del poema de Bava Bartha, del Talmud de Babilonia, «en donde —dice él— se nos cuenta el relato de un ave prodigiosa, llamada Zig, que, sin levantar los pies de la tierra, llegaba con la cabeza hasta los cielos, y al extender las alas dejaba a todo el orbe en la oscuridad, pues tapaba por completo el Sol. El comentario caldeo sobre los salmos dice que el ave es un gallo y que canta en presencia del Señor; y el comentario caldeo sobre Job nos dice que canta todas las mañanas ante el Señor y que Dios le ha dado sabiduría con tal fin.»

23. Humphrey Prideaux confunde, en su *Vida de Mahoma*, a Salmán, el persa, con Abdallah Ibn Sallam, judío de gran preparación intelectual, a quien algunos llaman Abdias Ben Salan, en el dialecto hebreo, y otros Abdallah Salen, a quien los escritores cristianos acusan de ayudar a Mahoma a inventar sus revelaciones.

24. «Los árabes del desierto —dice Burckhardt— no tienen muchos caballos. Entre las grandes tribus situadas junto al mar Rojo, entre Aqaba y La Meca, y al sur y al sureste de La Meca, hasta el Yemen, los caballos son muy escasos, especialmente entre los pueblos de los distritos montañosos. Los habitantes de Hichaz y del Yemen no tienen demasiada costumbre de criar caballos. Las tribus más ricas en caballos son las que habitan en las llanuras relativamente fértiles de Mesopotamia, en las orillas del río Eufrates y en las llanuras sirias.» (Burckhardt, *op. cit.*, II, 50.)

25. Esta ayuda milagrosa aparece mencionada varias veces en el Corán; por ejemplo: «Dios te había dado ya la victoria en Badr, cuando tú eras inferior en número. Cuando dijiste a los creyentes: ¿No es suficiente para vosotros que vuestro Señor os ayude con tres mil ángeles, enviados desde el cielo? En verdad, si perseveráis y teméis a Dios y vuestros enemigos os atacan de forma imprevista, vuestro Señor os ayudará con cinco mil ángeles, a quienes distinguiréis por sus caballos y atavíos.»

«¡Oh verdaderos creyentes!, no fuisteis vosotros quienes acabasteis con los que perecieron en Badr, sino el mismo Dios. Tampoco fuiste tú, Mahoma, quien les dificultó la visión, pues no fuiste tú quien arrojó la nube de polvo, sino el mismo Dios.» (Corán, cap. III.)

26. Es ley comúnmente admitida entre todos los árabes que quien derrama la sangre de un hombre está en deuda de sangre con la familia de la persona asesinada. Esta antigua ley está sancionada en el Corán: «¡Oh verdaderos creyentes!, la ley de la venganza se os ha impuesto en favor del asesinado; el libre morirá por el libre.» La venganza de sangre, o *Tar*, como se llama en árabe, corresponde a los familiares de todos los que han muerto en una guerra declarada y no sólo recae sobre el homicida sino sobre todos sus familiares. En cuanto a los que mueren en una guerra entre dos tribus, el pre-

cio de la sangre deben pagarlo los que han sido autores materiales de la muerte.
El árabe considera esta venganza de sangre como uno de sus derechos y deberes más sagrados; nada en este mundo podría hacerle renunciar a ella. Un proverbio dice: «Aunque me estuviera reservado el fuego del infierno, no renunciaría al *Tar*.» (Véase Burckhardt, *op. cit.*, vol. I, 314, Notas.)

27. Esta fue la segunda esposa de Mahoma con el nombre de Zainab; la primera, que había fallecido algo antes, era hija de Juzaima.
28. Tan prodigiosa hazaña aparece citada por el historiador Abulfeda, cap. 24. «Abu Rafi —comenta Gibbon— fue un testigo presencial; pero, ¿quién puede dar testimonio en favor de Abu Rafi?» Coincidimos con el distinguido historiador cuando formula sus dudas; pero si somos escrupulosos al valorar el testimonio de un testigo presencial, ¿qué va a ser de la historia?
29. Los judíos que habitan el territorio de Jaibar reciben todavía en Arabia el nombre de Beni Jaibar. Se dividen en tres tribus, con jeques independientes, los Beni Messiad, los Beni Schahan y los Beni Ansesse. Al parecer, se dedican a saquear caravanas. (Niebuhr, *op. cit.*, vol. II, p. 43.)
30. Maimuna fue la última esposa del profeta, y, a pesar de su edad al contraer matrimonio, sobrevivió a todas sus otras esposas. Murió muchos años más tarde que él, en Serif, a la sombra del mismo árbol donde había estado su tienda nupcial, y allí la enterraron. El piadoso historiador Al Channabi, que se autocalifica «pobre siervo de Alá, que espera el perdón de los pecados de la misericordia de Dios», visitó su tumba al volver de una peregrinación a La Meca en el año de la Hégira 963, o 1555 de nuestra era. «Vi allí —escribe— una cúpula de mármol negro levantada en recuerdo de Maimuna, en el mismo lugar en que el apóstol de Dios había descansado con ella. ¡Dios sabe la verdad y también la razón del color negro de la piedra! Hay un lugar de ablución y un oratorio, pero el edificio está muy deteriorado.»
31. Los taqifíes siguen siendo todavía una poderosa tribu. Poseen la misma fértil región en la parte oriental de la cordillera de Hichaz. Algunos habitan en la antigua ciudad de Taif, otros viven en tiendas y tienen rebaños de cabras y corderos. Pueden reunir dos mil mosquetes; en las guerras con los wahhabíes defendieron su fortaleza de Taif. (Burckhardt, *op. cit.*, vol. II.)
32. Weil, *Mahoma*, p. 247.
33. Uno de los ritos funerarios de los musulmanes consiste en que el *mulaqqin*, o sacerdote, se dirija al fallecido, una vez depositado en el sepulcro, con las siguientes palabras: «¡Oh siervo de Dios! ¡Oh hijo de una criatura de Dios! Sabe que, en este momento, descenderán hasta ti dos ángeles; cuando te pregunten ¿Quién es tu Señor?, responde: "Dios es mi Señor"; y cuando te pregunten sobre tu profeta o el hombre enviado a los hombres, diles: "Mahoma es el apóstol de Dios"; y cuando te pregunten por tu religión, diles: "El Islam es mi religión". Y cuando te pregunten por tu libro, diles: "El Corán es mi libro y los musulmanes son mis hermanos"; y cuando te pregunten por tu Qibla, diles: "Mi Qibla es la Kaaba y he vivido y muerto convencido de que no hay más divinidad que Dios y de que Mahoma es el apóstol de Dios", y ellos dirán: "¡Duerme, oh siervo de Dios, bajo la protección de Dios!"» (Véase Lane: *Modern Egyptians*, vol. II, p. 338.)
34. La casa de Aixa estaba lindando con la mezquita, que por aquellas fechas era un sencillo edificio con paredes de yeso y un tejado cubierto de hojas de palmera y con troncos de árboles como soporte. Luego el edificio quedó incluido dentro de un templo espacioso, junto al que iba una gran columnata que cerraba una plaza rectangular de 165 pasos por 130, abierta a los cielos, con cuatro puertas de entrada. La columnata, de varias filas de columnas de diversos tamaños cubiertas de estuco y pintadas con colores alegres, sirve de base a una sucesión de pequeñas cúpulas blancas situadas a los cuatro lados de la plaza. En las cuatro esquinas hay minaretes altos y estilizados.
Junto a la parte sudoriental de la plaza hay un espacio cerrado, rodeado por una verja de hierro, pintada de color verde, trabajada con gran filigrana y entremezclada con latón e hilo de oro; no es posible ver el interior, excepto por unas pequeñas ventanas, de unos quince centímetros cuadrados. Este lugar cerrado, el gran centro de atracción para los peregrinos, se llama la Hadgira y contiene las tumbas de Mahoma y de sus dos amigos y primeros sucesores, Abu Bakr y Umar. Encima de este recinto sagrado se eleva una gran cúpula rematada por una media luna y un globo dorado que sirve como orientación a los peregrinos que se acercan a Medina: cuando divisan la cúpula saludan la tumba del Profeta con profundas inclinaciones del cuerpo y con las oraciones adecuadas. Se ha comprobado el carácter legendario de un relato considerado durante mucho tiempo como verdadero y según el cual el féretro de Mahoma estaba suspendido en el aire sin apoyo ninguno; algunos autores lo explicaban diciendo que el ataúd era de hierro y estaba astutamente colocado entre dos imanes.
La mezquita ha sufrido cambios. En una ocasión quedó parcialmente destruida por una tempestad, pero el sultán de Egipto la mando reconstruir. Varios califas la ampliaron y embellecieron, en particular Walid I, bajo cuyo mandato se produjo la invasión y conquista de España. Los wahhabíes la saquearon y se llevaron sus grandes tesoros cuando conquistaron y saquearon Medina. En la actualidad no tiene el esplendor de antaño y está al cuidado de unos treinta Agas, cuyo jefe se llama Xaij Al Haram, o jefe de la Casa Sagrada. Es el principal personaje de Medina. La peregrinación a esa ciudad, aunque se considera un acto meritorio de devoción, no es obligatoria para los mahometanos como la peregrinación a La Meca, y ha decaído mucho en los últimos tiempos.
Los anteriores detalles están tomados de Burckhardt, que logró entrar en Medina y en La Meca disfrazado y con gran peligro, pues en estas ciudades sagradas sólo pueden entrar los musulmanes.
35. El lector recordará que Napoleón fomentó la creencia en la predestinación o el destino, que alcanzó gran influencia en sus tropas.
36. Burckhardt: *Travels in Arabia*, Londres, 1829, vol. I, p. 260.
37. La mayor parte de los detalles referentes a La Meca y a Medina y a sus respectivas peregrinaciones están tomados de las obras de un viajero observador e infatigable, Burckhardt. Disfrazado de peregrino, visitó estos templos y realizó los distintos ritos y ceremonias. Sus obras arrojan mucha luz sobre las costumbres del Oriente y sobre las prácticas de la fe mahometana. Los datos ofrecidos por Burckhardt los hemos combinado con los de otros viajeros y escritores y con algunos detalles tomados de otras fuentes.
38. Las tablillas eternas eran de nácar blanquísimo, y llegaban desde el este hasta el Oeste y desde la tierra hasta el cielo. En ellas se anotaban todos los decretos de Dios y todos los acontecimientos pasados, presentes y futuros. Su custodia estaba confiada a los ángeles.

Cronología

569 Nace Mahoma en La Meca. Muere su padre, Abdallah.
575 Muere su madre, Amina. Es recogido por su abuelo paterno Abd al Muttalib, y más tarde por su tío Abu Talib.
581 Realiza su primer viaje en la caravana de su tío Abu Talib, con destino a Siria.
585 Viaja a Yemen con la caravana de su tío Zubair.
594 Se casa con la viuda Jadicha, para la que trabajaba como conductor de caravanas.
610 Tiene una visión en el monte Hira que le proclama profeta de Dios. Comienza la "misión del Profeta".
614 Toma de Jerusalén por los persas.
615 Perseguidos por los coraixíes, algunos familiares de Mahoma y un grupo de musulmanes huyen a Abisinia.
619 Mueren su tío y protector Abu Talib, y su esposa, Jadicha.
622 24 de septiembre: Mahoma, acompañado por Abu Bakr y ciento cincuenta incondicionales, llega a Medina huyendo de La Meca (Hégira). Primer año de la era musulmana.
623 Matrimonio de Fátima, hija de Mahoma, con Alí, hijo de Abu Talib.
624 Marzo: batalla de Badr.
Mahoma sustituye Jerusalén por La Meca como punto de oración, o Qibla, para los musulmanes.
625 Marzo: batalla de Uhud.
628 Firma de una tregua de paz de diez años con los coraixíes de La Meca.
630 Conquista de La Meca por el ejército musulmán de Mahoma.
632 Peregrinación de despedida a La Meca.
8 de junio: muere Mahoma, en Medina.
Muere su hija Fátima.
Comienzo del califato de Abu Bakr.
634 Comienzo del califato de Umar.
636 Conquista de Siria por los musulmanes, tras la batalla de Yarmuk.
638 Conquista de Jerusalén.
642 Conquista de Alejandría y anexión de Egipto.
644 Comienzo del califato de Utmán.
650 El califa Utmán ordena la recopilación y redacción definitiva del Corán.
656 Califato de Alí, yerno del Profeta.
657 Batalla de Saffi.
Formación de la rama islámica de los jariyíes, separados del partido de Alí.
660 Inicio del califato de la dinastía de los Omeya, en Damasco. Comienzo de la expansión del Islamismo.
750 Llegada al poder de la dinastía abasí.

Testimonios

Johann Gottfried Herder

A comienzos del siglo séptimo se dio a conocer este hombre, extraña mezcolanza de elementos procedentes del país, de la tribu, de la época y de la comarca: comerciante, profeta, orador, poeta, héroe y legislador, todo ello con la impronta árabe. Nació Mahoma en la tribu más noble de Arabia, la que conservaba el dialecto más puro y el santuario nacional más antiguo, la Kaaba... Aun cuando el odio hacia la práctica atroz de la idolatría —culpa que veía en su estirpe y que también creyó encontrar en el cristianismo—, su entusiasmo desbordado por la doctrina de un único Dios y el servicio a El por medio de la pureza, la oración y la caridad, parecen haber sido las causas de su dedicación al profetismo, en realidad las alas que le permitieron trascenderse a sí mismo fueron las tradiciones heredadas del judaísmo y del cristianismo, la mentalidad poética de su pueblo, el dialecto de su tribu y sus dotes personales. Su Corán, extraño conglomerado de poesía, elocuencia, ignorancia, sagacidad y arrogancia, es un reflejo fiel de su alma, y muestra, con mayor claridad que la obra de cualquier otro profeta, las virtudes y los defectos, las inclinaciones y los errores, el autoengaño y los métodos con los que su autor se engañó a sí mismo y a los demás.
(*Esbozo de una Filosofía de la Historia de la Humanidad,* 1786.)

Georg Wilhelm Friedrich Hegel

El islamismo no es la inmersión del hindú o del monje en lo Absoluto; en él la subjetividad permanece viva e inacabada, es una actividad que al entrar en el mundo lo niega, que sólo es eficaz y mediadora en tanto en cuanto exista la pura adoración de lo Uno. El objeto del islamismo es una idea espiritual pura, puesto que no tolera imagen o representación alguna de Alá: Mahoma es profeta y hombre al mismo tiempo, y no está libre, por tanto, de las flaquezas humanas. El islamismo, en esencia, afirma que es imposible cualquier consolidación dentro de lo real, ya que todo entra activo y vivo en la forma interminable del Mundo, de modo que la adoración de lo Uno es el único lazo que cohesiona al Todo.
(*Cursos sobre Filosofía de la Historia,* 1822.)

Joseph von Hammer-Purgstall

A pesar de las grandes manchas que afean la memoria del hombre, Mahoma es uno de los caracteres más vigorosos de la Historia Universal, y su vida de profeta y fundador de una religión es, si no la más importante, sí la más atrayente de las biografías de profetas y creadores de religiones, y esto por un doble motivo. Primero: porque de ningún otro de esos hombres inspirados por Dios existen tantos datos históricos sobre su vida pública, tantos rasgos que configuren el perfil de su vida privada. Segundo: porque Mahoma, además de ser para los adeptos a su doctrina, los musulmanes, el último y más excelso enviado de Dios, supone, dentro del contexto de la Historia Universal, la culminación de los fundadores religiosos y el último de los profetas.
(*Galería biográfica de grandes líderes musulmanes,* 1837.)

Thomas Carlyle

No hay que buscar en Mahoma *dilettantismo* de ningún género; para él todo es cuestión de salvación y de reprobación, de tiempo y de eternidad, de vida o muerte. El *dilettantismo,* la especulación, la hipótesis, la investigación de la verdad a lo *amateur*, jugando y coqueteando con ella, es el más deplorable de los pecados, la raíz de todos los pecados imaginables. Consiste esto en no haber estado nunca ni el alma ni el corazón del hombre *abiertos* a la verdad, y en haber vivido en vana ostentación y puro engaño. Un hombre así no sólo prefiere y produce falsedades, si no que todo él es una falsedad. El principio moral y racional, luz de los cielos desprendida de la frente de la misma Inteligencia Divina, yace hundido y oscurecido en él, en quieta parálisis: la vida reducida a la muerte. Las mismas falsedades de Mahoma son más verdaderas que sus propias verdades. Es el hombre insincero, puro barniz, boca de miel, respetable en ciertos tiempos y lugares; inofensivo, nada inconveniente dice a nadie; es irreprochable del todo, puro, limpio, ni más ni menos que el ácido carbónico: el veneno y la muerte. No juzgaremos ni ensalzaremos los principios morales de Mahoma como si fuesen siempre lo superior y más refinado; pero sí diremos que existe siempre en ellos una tendencia al bien y son fiel expresión y sentimiento de un corazón que aspira a todo lo grande, bueno, verdadero y justo.
(*Los héroes,* 1840.)

Gustav Weil

Mahoma quiso ser y fue un reformador, y por ello merece toda nuestra estima y admiración. El árabe que descubrió los puntos flacos del judaísmo y del cristianismo de su tiempo e intentó, arriesgando en ello su vida, erradicar el politeísmo e inculcar a su pueblo la doctrina de la inmortalidad del alma, merece un lugar al lado de los personajes más destacados de la Historia, y además el sobrenombre de profeta.
(*Mahoma, el Profeta,* 1843.)

Leopold von Ranke

Exigía fe por ser el enviado de Dios; sin embargo, el contenido de la doctrina que proclamaba contribuyó a que le dieran crédito a él. No cabe considerarlo un filósofo teísta; en él, la creencia en la unidad divina no es una mera idea. Se alaba su independencia frente a las limitaciones de la idea de Dios, pero aquélla implica un matiz negativo, mientras que en Mahoma todo tiene un carácter positivo... Todo muestra el sello perfecto de lo árabe. Las tradiciones nacionales se funden con las doctrinas religiosas... La idea de establecer el reino de Dios por encima de cualquier vinculación de tipo político contradice en el fondo el proyecto del propio Mahoma. Su propósito consistía desde el principio en erigir un imperio terrenal específicamente árabe.
(*Historia Universal.* Parte quinta, 1884.)

James George Frazer

En el Corán hay una alusión a la malignidad «de los que soplan en los nudos» y un comentador árabe explica este pasaje diciendo que esas palabras se refieren a las mujeres que practican la magia haciendo nudos de cuerda y después soplando y escupiendo sobre ellos. Sigue relatando cómo una vez un judío perverso embrujó al propio Mahoma haciendo nueve nudos en una cuerda que después ocultó en un pozo. Así, el profeta cayó enfermo y nadie sabría lo que pudiera haber ocurrido si el arcángel Gabriel no hubiera revelado oportunamente

al santo hombre el lugar donde estaba oculta la cuerda de nudos. El fiel Alí fue en busca de la funesta cuerda al pozo y el profeta recitó sobre ella ciertos conjuros que le habían sido revelados con ese objeto. A cada versículo del conjuro se desataba un nudo por sí solo y el profeta sentía mayor alivio.
(*La rama dorada,* 1922.)

Jacque Jomier

Antes, los oráculos coránicos proclamados por Mahoma habían sido grabados en la memoria. En aquella época, para hombres que vivían en una civilización oral, conocer de memoria centenares de versos era juego de niños. Sin embargo, dice la tradición que los musulmanes habían puesto por escrito buen número de pasajes, anotándolos sobre objetos improvisados: ostracas, omóplatos de camello, etc. Todo este material fue recogido, se interrogó a docenas de «compañeros del Profeta» y, finalmente, se estableció un texto oficial, que fue remitido a Abu Bakr. Este lo conservó y, a su muerte (634), lo confió a su sucesor, el califa Umar (634-644), que lo dejó al morir a su hija Hafsa, una de las viudas de Mahoma. Con la dispersión de los musulmanes ocasionada por las conquistas, el texto coránico corría un nuevo peligro: los nuevos conversos amenazaban con modificar una u otra lectura como consecuencia de su ignorancia de la lengua árabe. Por otra parte, las orientaciones políticas del califa Utmán (644-656) chocaban con la oposición de numerosos «compañeros». La comunidad musulmana vivía en estado de tensión y era importante que no pudiera utilizarse el Corán en esa lucha con fines de partido. El califa Utmán mandó hacer una edición oficial del texto y se encargó otra vez del trabajo Zaid Ibn Tabit. Tomó de nuevo los documentos y reanudó la encuesta. Finalmente se estableció el texto oficial y se envió un ejemplar de éste a las principales ciudades del imperio arábigo-musulmán.
(Introducción al Corán, 1980.)


Bibliografía

ANDRAE, T.: *Mahoma (su vida, su fe).* Madrid, Alianza, 1966. Trad. de José Gaos.
ARNALDEZ, R.: *Mahomet, ou la prédication prophètique,* París, Seghers, 1970.
AZAAM, ABD-AL-RAHMAN: *The Eternal Message of Muhammad.* N. York, Devin Adair, 1965. Trad. del árabe por Caesar E. Farah.
BLACHÈRE, R.: *Le problème de Mahomet.* París, 1952.
DERMEMGHEM, E.: *Mahomet et la tradition islamique.* París, Seuil, 1970.
GABRIELI, F.: *Mahoma y las conquistas del Islam.* Madrid, Guadarrama, 1967. Trad. de M.ª Eugenia Gálvez.
GAUDEFROY-DEMOMBYNES, M.: *Mahomet.* París, Albin Michel, 1957.
GHEORGHIU, C.: *La vida de Mahoma.* Barcelona, Caralt, 1975.
HAMIDULLAH, M.: *The Battlefields of the Prophet Muhammad.* Haiderabad, 1973. 3.ª ed.
— *Le Prophète de l'Islam, sa vie, son oeuvre.* París, ed. aum., 1979.
IQBAL, A.: *The Prophet's Diplomacy. The Art of Negotiation as Conceived and Developed by the Prophet of Islam.* Massachusetts, Claude Stark, 1975.
LINGS, M.: *Muhammad, his life based on the earliest sources.* Londres, Allen and Unwin, 1983.
MONTERO VIDAL, J. DE: *Mahoma, su vida, el Corán.* Madrid, Reus, 1927. 2 vols.
MUHAMMAD ALI, P.: *A Critical Biography of Prophet Mohamed [A True Story of the Arabian Prophet].* Cochin, 1983.
NALLINO, C. A.: *Vita di Maometto.* Roma, Istituto per l'Oriente, 1946.
PARET, R.: *Mohammed und der Koran. Geschichte und Verkündigung des arabischen Propheten.* Stuttgart, Urban Bücher, 1957.
RIZZITANO, U.: *Mahoma y el Islam.* Barcelona, Daimon, [1976]. Trad. de Antonio G. Valiente.
RODINSON, M.: *Mahoma.* México, Era, 1974.
VV.AA.: *Muhammad. nazra asriyya yadida* («M., una nueva visión actual»). Beirut, 1972.
VV.AA.: *La Vie du Prophète Mahomet.* Colloque de Strasbourg, oct. 1980, París, P.U.F., 1983.
WATT, W. M.: *Mahoma, profeta y hombre de estado.* Barcelona, Labor, 1967. Trad. de Leonor Martínez.
— *Muhammad at Mecca.* Londres, Oxford University Press, 1953.
— *Muhammad at Medina.* Londres, Oxford University Press, 1956.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.

33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.
45. **Juárez,** por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler,** por Arthur Koestler.
47. **Nelson,** por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt,** por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven,** por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero,** por Franz Winzinger.
51. **Wagner,** por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1),** por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2),** por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier,** por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohígas.
55. **Bach,** por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno,** por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire,** por Haydn Mason.
58. **De Gaulle,** por Jean Lacouture.
59. **Kennedy,** por André Kaspi.
60. **Gaudí,** por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1),** por André Maurois.
62. **Balzac (2),** por André Maurois.
63. **Bismarck,** por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal,** por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo,** por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V,** por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma,** por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.



MAHOMA

Escrita, revisada y ampliada durante las sucesivas estancias del autor en España, la presente biografía de Mahoma es una muestra más de la fascinación que la cultura islámica ejerció sobre el escritor estadounidense Washington Irving (1783-1859) durante toda su vida.

Guiado por el propósito de sintetizar, en un relato sencil[illegible] clar[illegible] fluid[illegible] los h[illegible]os [illegible]ocid[illegible] [illegible] junto con las leyendas y tradiciones de la literatura oriental referidas al Profeta, el autor de los *Cuentos de la Alhambra* nos ofrece también un resumen de los fundamentos de la fe islámica, todo ello con el brillante estilo literario que le caracteriza.

10067
9 788434 581456

MAHOMA Washington Irving

67

SALVAT

MAHOMA

WASHINGTON IRVING

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS